Suplantación

AMBER LAKE

Dos hermanas. Dos vidas diferentes.
Un objetivo común.

Suplantación

AMBER LAKE

Título: Suplantación

© 2023 J. F. Vidal

© Diseño de portada: Víctor García Vidal

© Edición y maquetación: J. F. Vidal

Todos los derechos reservados. Obra inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esta es una obra de ficción. Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas, hechos, situaciones o negocios reales son mera coincidencia.

NOTA DE LA AUTORA

Muchas gracias por adquirir esta novela.

La primera versión de esta obra se publicó en 2016. Tras recuperar los derechos y someterla a una intensa revisión y actualización, reescribiéndola casi en su totalidad y cambiando parte de su contenido, he decidido volver a ponerla en vuestras manos. La historia de Cristina y Ryan, así como de todos los personajes secundarios que participan en esta aventura y que escribí con tanta ilusión, merecen una segunda oportunidad.

Más información en https://amber-lake.blogspot.com

ÍNDICE

NOTA DE LA AUTORA
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
SI TE HA GUSTADO…
BIOGRAFÍA Y OBRAS

A los lectores, por hacer que siga viva
la ilusión por crear historias.

Todo lo que se hace por amor, se hace más allá
del bien y del mal.
Friedrich Nietzsche.

CAPÍTULO 1

—¡Te odio!

El grito de rabia y frustración precedió al golpe de la puerta al cerrarse.

Cristina, refugiada en su habitación, respiró aliviada. La discusión ya había terminado… por esta vez.

Siempre ocurría igual. Desde que su memoria le alcanzaba, se había visto obligada a soportar aquellas encendidas disputas entre su padre y su hermana, en las que se mezclaban las recriminatorias palabras de él con las réplicas exaltadas de Laura. Daba igual el motivo, incluso variaba según las temporadas, aunque la raíz era la misma: la diferencia de mentalidad entre uno y otro unido a la fuerte personalidad dominante en ambos, siempre empeñados en no dar su brazo a torcer.

Cuando su madre vivía no eran tan encarnizadas ni se repetían con tanta frecuencia. Ella, con su suave e inflexible voz, intervenía en los momentos de tensión, hasta que lograba calmar a su marido y hacer razonar a su hija mayor. ¡Cómo la echaba de menos!, y no solo por la armonía que lograba imponer en aquella casa. Añoraba su tierna sonrisa, su dulce y afectuosa mirada, su apoyo, su amor…

Nada había sido igual desde su muerte, un año antes. Su padre estaba triste, malhumorado y mucho más irascible. Pasaba la mayor parte del tiempo en su estudio dedicado a la colección de sellos, lo único que parecía ilusionarle. Él también la añoraba. Eran una pareja enamorada cuya felicidad solo se veía alterada por las dificultades que Laura creaba constantemente.

En cuanto a su hermana, una vez desaparecida la única persona que lograba controlarla y conseguía suavizar su explosivo carácter, se hallaba perdida en su egoísta mundo de fantasía, empeñada en vivir al margen de los demás y rechazando la autoridad de su padre; algo que él no estaba dispuesto a consentir a su hija de diecisiete años.

Desde hacía unos meses las polémicas se centraban en un nuevo tema: el deseo de Laura de convertirse en actriz. Daniel, su nuevo novio, colaboraba en un pequeño grupo de teatro del barrio y ella estaba decidida a acompañarle en la gira teatral del próximo verano. Su padre se negaba y le recordaba que, mientras fuese menor de edad y viviese bajo su techo, debía acatar sus órdenes.

Cristina sabía que esa situación no duraría mucho. Su hermana cumpliría los dieciocho años en pocos días y no podría impedirle que se marchase. Confiaba en que Laura comprendiera el tremendo error que acabaría cometiendo si se dejaba llevar por su impulsiva naturaleza.

Ellas dos eran muy diferentes, pese al gran parecido físico y los dos años de edad que se llevaban. Ambas habían heredado los rasgos de su madre y su abundante cabellera oscura. Solo el color de los ojos era diferente. Los de Laura tenían una preciosa tonalidad azul violeta, como los de Marta, y Cristina había heredado de su padre el tono verdoso matizado con reflejos dorados, que le conferían una exótica y atractiva mirada.

En cuanto al carácter, no podía ser más opuesto. Laura era irresponsable, voluble y muy independiente. No le gustaba que la dominasen o le dijeran lo que debía hacer, convencida de llevar siempre la razón.

Cristina, en cambio, se consideraba más reflexiva, prudente y reservada y con unos estrictos criterios morales inculcados por sus padres y por las religiosas del colegio en el que estudiaba desde preescolar. Su talante tranquilo, tan parecido al de su madre, congeniaba con el de Laura y posibilitaba que los desacuerdos entre ambas apenas existieran.

Ella era la que se encargaba de mediar en las discusiones desde la muerte de su madre… y fracasaba la mayoría de las veces. Con dieciséis años recién cumplidos y su escasa experiencia, se consideraba demasiado joven para realizar la difícil tarea de la que su madre se encargaba.

Marta, conocedora de la fatal enfermedad que padecía, le pidió a su hija menor, a la que consideraba muy madura para su corta edad, que continuase con la labor conciliadora en un hogar tan conflictivo como el que iba a dejar. Cristina lo intentaba. Habían sido meses de continua tensión, con el temor de que saltara la chispa que encendía sus volcánicos temperamentos en cualquier momento, ocultando las repetidas ausencias de su hermana, mintiendo sobre sus actividades y sus alocadas aventuras…

Estaba cansada de tanta responsabilidad. Deseaba que todo terminase y vivir como una adolescente normal, tener tiempo para ocuparse de sus inquietudes, salir con sus compañeras al salir de clase sin tener la obligación moral de regresar a casa para impedir que su padre y su hermana se enzarzaran en otra disputa.

Aquella tarde, al igual que en anteriores ocasiones, había querido mediar entre ellos para que no se repitiera la habitual escena de gritos, insultos y amenazas. Acabó desistiendo cuando su padre le

ordenó que se retirara a su habitación y, desde allí, les escuchó discutir hasta que su hermana se marchó.

Varias horas después, y cuando había conseguido conciliar un sueño inquieto, Cristina se despertó al oír unos pasos amortiguados y el sonido de la puerta de la habitación de Laura, contigua a la suya, al cerrarse con cautela. Ella siempre era muy sigilosa cuando regresaba tan tarde. Aunque le gustaba desafiar la autoridad paterna, el regresar a las tres de la madrugada resultaba excesivo.

Cristina la escuchó moverse por la habitación durante varios minutos y se alarmó. Decidió averiguar de qué se trataba. Se dirigió al cuarto de su hermana y llamó con suavidad a la puerta. Temía que su padre se despertara y se enredaran en una nueva discusión. La actividad cesó, pero Laura no dio señales de haberla oído. Cristina entró de todos modos. Abrió la puerta y se sorprendió al verla vestida y con un bolso de viaje en la mano.

—¿Qué quieres? —preguntó Laura irritada. Se acercó a ella y la empujó hacia la salida de malos modos—. Lárgate y no me molestes.

Cristina permaneció dentro de la habitación y cerró la puerta tras ella. Miró hacia la cama y vio una maleta a medio llenar con las ropas y objetos de su hermana.

—¿Qué piensas hacer? —La miró horrorizada. Esperaba que sus sospechas no se confirmaran.

Laura le dio la espalda y volvió a su tarea.

—¿Tú qué crees, tonta? Me voy ahora mismo. Ya no lo soporto más. Si quiere buscarme, que lo haga; será tiempo perdido. No pienso regresar. Pasado mañana cumplo la mayoría de edad. Ya no podrá obligarme a nada.

Cristina permaneció inmóvil. Se negaba a creer lo que acababa de escuchar.

—No puedes irte. —Su voz tenía tintes trágicos.

—Claro que puedo. Observa.

Laura continuó preparando la maleta, decidida a no perder más tiempo.

—¿Qué piensas hacer? ¿De qué vas a vivir?

—Nos marchamos a Londres. Allí nos uniremos a un grupo de teatro en el que trabaja un amigo de Dani y que va a comenzar una gira por el Reino Unido. Me han prometido un pequeño papel en la obra. Dicen que tengo madera de actriz —respondió con orgullo.

¡A Londres! Cristina estaba atónita.

—No puedes hacer eso, papá se llevará un gran disgusto. Además, el curso no ha terminado —le advirtió. Le asustaba aquella decisión que enfurecería a su padre.

—¡Ja! Lo que me importa a mí eso. Y si se disgusta, que se aguante. Se lo tiene merecido por tirano —acusó con los ojos encendidos de odio. Se encogió de hombros y continuó en el mismo tono despectivo —. Nunca me ha querido; no creo que le preocupe. Hasta puede que lo esté deseando.

—¡No es cierto! —protestó Cristina con calor.

—¿No? Sabes que esperaba un niño y se llevó una gran decepción cuando yo nací. Un hijo que fuese el gran arquitecto que él no pudo ser y perpetuase su apellido por los siglos de los siglos. No ha dejado de lamentarse y de echarme en cara la pobre opinión que tiene de mí. —Sus palabras rezumaban rencor.

Cristina se acercó a ella. Se negaba a admitir que tenía razón. ¿Cómo era capaz de decir eso de su padre? Pese a que le ilusionaba tener un varón, siempre se sintió orgulloso de sus dos hijas y les había demostrado que las amaba.

—Estás equivocada, Laura. Papá te quiere y solo desea lo mejor para ti. ¿No te das cuenta? —Intentaba hacerle razonar.

—Sí, me doy cuenta del amor que me tiene y que siempre me ha demostrado al apoyarme en mis decisiones y concederme todos los caprichos, como hace contigo. —El resentimiento era patente en su voz.

Laura empujó a su hermana para apartarla de su camino. Cristina comenzó a llorar y ella, arrepentida de su estallido de celos, se acercó y la abrazó.

—Perdona, he sido injusta. Tú no tienes la culpa de nada y te agradezco lo que has hecho por mí. Si no hubiese sido por tu ayuda, me habría largado cuando mamá murió. Siempre me has defendido ante él, y eso es algo que nunca olvidaré. —Le secó las lágrimas con la mano—. Vuelve a tu habitación y duérmete. Debo terminar de preparar mis cosas. Dani pasará a recogerme a las ocho de la mañana, cuando papá se haya marchado a la oficina.

Cristina la miró con tristeza. Quería a Laura a pesar de su egoísmo. Su padre y su hermana eran la única familia que le quedaba y ahora perdía a uno de ellos, tal vez para siempre.

—¿Te volveré a ver? Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites. —Se ofreció con sinceridad.

—Gracias, Tina. Me pondré en contacto contigo de vez en cuando. Y no le digas nada a papá o tendrás problemas. ¿Me lo prometes? —Ante el gesto afirmativo de Cristina, la abrazó—. Algún día te sentirás

orgullosa de tu famosa hermana, ya lo verás.

Cristina la besó en la mejilla y se dirigió a la puerta. Una vez allí, se giró y la miró. Laura le sonrió. Intentaba infundirle la confianza que ella misma no sentía. Era un gran paso el que iba a dar, un paso sin posibilidad de retroceso. No le importaba; estaba enamorada y confiaba en el futuro prometedor que tenía por delante gracias a su juventud y su valentía.

Cristina regresó a su habitación. Estuvo llorando durante bastante tiempo hasta que el sueño y el cansancio la vencieron. Si su madre, a la que tanto necesitaba, continuase con vida, habría convencido a Laura de que abandonara sus insensatos planes.

A la mañana siguiente, Cristina despertó tarde y muy cansada. Guardaba la esperanza de que todo hubiese sido un sueño, una pesadilla más bien. No fue así. La casa estaba silenciosa. Laura no se encontraba en su habitación y la cama seguía sin deshacer. Revisó el armario y los cajones. Estaban vacíos. No se había tratado de un sueño, sino de una penosa realidad. Se angustió. Su hermana se adentraba en un futuro incierto y muy peligroso.

Fue al cuarto de su padre y encontró sobre la mesilla de noche un sobre cerrado dirigido a él. Reconoció la letra de Laura y se alegró de que le hubiese escrito para explicarle su decisión. Suspiró más aliviada; ya no tendría que ser ella la que le diese la noticia. Aun así, espero intranquila su llegada.

Cuando Germán llegó por la tarde y preguntó por Laura, Cristina le comunicó que no estaba en la casa. Él, resignado a sus continuas ausencias, no le dio importancia. Al entrar en su habitación descubrió la nota y buscó furioso a su hija menor.

Cristina aguardaba la reacción de su padre con una inquietud que no podía controlar, y contuvo la respiración al oír sus pasos por el pasillo. La puerta se abrió de golpe y Germán se acercó a la cama.

—Sabías que tu hermana se ha marchado, ¿no es cierto? —le reprochó con la voz rota.

Ella negó con la cabeza.

—No te creo. Vosotras os lo contáis todo —insistió.

Cristina consiguió sacudirse parte del temor que la dominaba y se sinceró.

—Lo sospeché al encontrar esta mañana la cama hecha y los cajones vacíos, aunque no tenía forma de confirmarlo.

La mentira le pesaba como una losa, pero confesarle la verdad solo serviría para que le guardara rencor y la convivencia resultara más

difícil. Nada se habría solucionado si le hubiese advertido de las intenciones de Laura. Su hermana estaba decidida a marcharse y, el que su padre se lo impidiera en ese momento, solo lo hubiese retrasado unos días.

—Bien, ella lo ha querido. Desde este momento ha muerto para nosotros. Yo solo tengo una hija, tú. No lo olvides por si alguna vez desea reaparecer en nuestras vidas. —La decepción se mezclaba con el dolor y confería un matiz desolado a sus palabras.

—No puedes hacer eso, papá. Tienes que aceptar que necesita un poco de libertad —le rogó con lágrimas en los ojos—. No es tan grave lo que ha hecho. Sabes que siempre le han gustado los viajes y las aventuras. Pronto regresará.

—¿Aventuras? ¿Llamas aventura a su decisión de casarse? Locura, diría yo.

—¡¿Qué?!

Cristina estaba espantada. Su hermana le había ocultado que estuviese planeando casarse. Ella imaginaba que, tras uno o dos meses de vagar por ahí con la compañía de teatro, regresaría arrepentida de su loca decisión.

—Eso es lo que pone aquí. ¿No te lo ha contado? —Le mostró la nota que estrujaba en la mano.

Ella leyó con ansiedad las cortas frases en las que Laura justificaba su decisión de marcharse de aquella casa, en la que solo recibía incomprensión por parte de su padre, para casarse con el hombre que amaba y dedicarse a la profesión que siempre había soñado.

Cristina se quedó abatida ante aquella noticia. Su hermana era una irresponsable al querer dar ese paso a su edad. Una cosa era marcharse unos meses y otra muy distinta casarse con un chico que apenas superaba la adolescencia y que no poseía medios para mantenerla.

—¡Debes impedírselo, papá! —le urgió.

—No lo haré. Si ella desea vivir su vida sin rendir cuentas a nadie, que lo haga. Puede que entonces comprenda muchas cosas —declaró inflexible.

—No puedes permitir que Laura cometa esa locura. Por favor, tenemos que hacer algo. Sé dónde vive Dani. Podemos llegar a tiempo de evitar que se casen —insistió a punto de echarse a llorar—. Si mamá viviese, la buscaría.

—No nombres a tu madre. Bastante la malcrió cuando vivía. —La voz se le quebró al recordar a su esposa fallecida—. No insistas más, Tina; he tomado mi decisión. Si alguna vez la ves o tienes noticias

suyas, te agradeceré que no la menciones.

Cuando su padre se marchó, Cristina comenzó a llorar. No comprendía ni compartía esa intransigencia, y le atormentaba no poder hacer nada para evitar que Laura cometiese ese error. Esperaba equivocarse y que fuera feliz con la decisión que había tomado.

CAPÍTULO 2

Nueve años después.

Sentada ante la mesa cubierta de libros y papeles, Cristina mostraba un gesto de pesar. No podía aprobar a aquel alumno. Las notas eran pésimas y el comportamiento durante el curso había sido muy negativo, con continuas peleas con sus compañeros y ausencias reiteradas pese a las numerosas llamadas de atención por su parte.

El chico no tenía toda la culpa. Procedía de una familia desestructurada, marcado por la separación de los padres, y vivía en una constante incertidumbre, sometido a la guerra interna entre los cónyuges por obtener el mayor beneficio propio.

De nada sirvieron los avisos para que acudieran a las reuniones propuestas por los profesores, lo que demostraba una total falta de interés en la educación de su hijo. Parecían estar tan ocupados en hacerse daño el uno al otro que no advertían el que le estaban causando a él.

Cristina veía impotente cómo, el que fuera un alumno destacado el año anterior, se dedicaba a haraganear a todas horas. Había intentado cambiar esa actitud y ayudarle en todo lo que estaba en su mano. No lo había conseguido. Él permanecía encerrado en su mundo interior y no le permitía acceder. Aunque se negaba a darse por vencida y había vuelto a citar a los padres aquella tarde. Esperaba que alguno de ellos acudiese a la cita.

Cristina era una buena profesora. Amaba su profesión y eso se reflejaba en la entrega que mostraba más allá de su deber, lo que le ocasionaba numerosos disgustos y preocupaciones a la vez que algún enfrentamiento con padres y profesores.

Pensaba que un educador no debía limitarse al reducido espacio del aula y tenía que proyectar su labor a todos los ámbitos de la vida del alumno. Se preocupaba por los problemas y les ayudaba a resolverlos en la medida de sus posibilidades. Esa era una de las razones de que sus alumnos la adorasen y la respetasen por igual. Veían en Cristina una profesional competente y una confidente en la que volcar sus penas y alegrías, sus ilusiones y proyectos de futuro. Ella les correspondía con su entrega desinteresada y sus acertados consejos.

Había elegido esa profesión por auténtica vocación, consciente de que con ello frustraba las esperanzas de su padre de verla convertida en arquitecto. Él lo comprendió y la apoyó en todo lo que pudo. Ahora

se sentía muy orgulloso de su hija y soportaba con estoicismo las continuas visitas de alumnos y padres a su casa para tratar algún asunto. Cristina le agradecía su paciencia y comprensión, y le compensaba con amor y cuidados.

Germán había envejecido mucho. Acababa de cumplir sesenta y cinco años y aparentaba muchos más. Se le veía cansado y sombrío, aunque tratase de disimularlo para no preocuparla. Cristina conocía la causa de ese desánimo: no terminaba de superar la muerte de su esposa y la deserción de su hija mayor para dedicarse a esa vida que llevaba, de continuos escándalos que tanto le avergonzaba.

Laura había cambiado de nombre y de aspecto, lo que no evitó que la reconociera nada más verla en la portada de una revista. Desde que seis años antes comenzó a darse a conocer con el nombre de Lori Martel, se había visto envuelta en numerosos escándalos que involucraban a personas importantes de la industria cinematográfica.

Lo último que había leído sobre ella varios meses antes se refería a su futura boda con un relevante hombre de negocios, patrocinador de su última película, una vez que este hubiese conseguido el divorcio. La noticia ocupaba las primeras páginas de todos los diarios sensacionalistas debido a las astronómicas exigencias de la esposa del empresario y los jugosos trapos sucios que se estaban aireando.

Esperaba que su padre no hubiese visto ninguna de las películas en las que Laura intervenía, todas de alto contenido erótico y en las que mostraba su cuerpo con generosidad. Le habría avergonzado tanto como a ella, al igual que le avergonzaba la fama que se había creado de mujer sin escrúpulos, dispuesta a todo para abrirse camino en el difícil mundo del cine.

Cristina sentía lástima por su hermana. No podía creer que le gustara ese tipo de vida, siempre de fiesta en fiesta, siendo objeto del acoso de la prensa, viviendo constantemente en un escaparate. Estaba demacrada, con claros signos de agotamiento que el maquillaje camuflaba, pero que se mostraban en el brillo apagado de sus ojos y el rictus de amargura en su boca. Todo le indicaba que Laura no era tan feliz como quería aparentar.

Unos suaves golpes en la puerta la apartaron de sus pensamientos y la devolvieron a la realidad. Tras un formal «adelante» se preparó para enfrentarse a los padres de su alumno, que al fin habían decidido aparecer.

Vio entrar por la puerta a un hombre y le sonrió con amabilidad.

—Buenos días —saludó el recién llegado en tono inseguro.

—Buenos días. Usted debe de ser el padre de Raúl. Me alegro de conocerle. Siéntese, por favor —le pidió Cristina, y le indicó una silla

junto al escritorio.

—¿Raúl? —El desconocido se mostró perplejo. Al comprender que se trataba de una equivocación, aclaró con rapidez—. Creo que se confunde, señorita Ayala. La cuestión que me trae aquí no está relacionada con ninguno de sus alumnos.

Cristina se sintió decepcionada e intrigada al mismo tiempo. No imaginaba qué deseaba aquel hombre joven, vestido con un costoso traje de firma, que la observaba con desasosiego.

—Usted dirá en qué puedo ayudarle, señor…

—Miguel Salcedo —se presentó.

Se levantó de la silla y extendió la mano, que Cristina estrechó. A continuación, dedicó su atención a observar el aula.

—Tiene una clase muy amplia y luminosa.

—Gracias.

A Cristina no se le había escapado el azoramiento que mostraba y su reticencia a iniciar el tema que le había llevado allí. De pronto, una terrible sospecha acudió a su mente y le preguntó alarmada:

—¿Le ha ocurrido algo a mi padre?

—No… no que yo sepa —la tranquilizó—. Vengo de parte de su hermana; ella me envía. —Bajó la cabeza, interesado de repente por el estado de sus zapatos.

—¡¿Laura?! —exclamó sorprendida. Hacía mucho tiempo que su hermana no se comunicaba con ellos, por lo que pensaba que se había olvidado de su familia.

Recordó la única carta que le había escrito ocho años atrás. En ella le pedía dinero y le indicaba una dirección donde mandárselo. Había abandonado a Dani, con el que no llegó a casarse, y al grupo de teatro en el que se enroló y no tenía medios para mantenerse hasta que encontrara un trabajo. Le aseguraba que estaba bien, que era feliz y que no iba a regresar. Le insistía en que no dijera nada a su padre y le prometía seguir en contacto con ella.

Cristina tuvo que echar mano de sus ahorros, con los que pensaba pagarse un curso de inglés en Irlanda, para mandárselos a su hermana. No volvió a recibir noticias suyas hasta que unos tres años después comenzó a salir en la prensa, donde se la calificaba de joven promesa del cine español. ¿Y ahora venía un hombre desconocido diciendo que su egoísta hermana le enviaba? Algo debía necesitar para que se acordase de que tenía una familia.

—Sí. Me ha pedido que le entregue esto. Es un regalo de su parte.

Cristina observó el objeto que había dejado sobre la mesa. Se trataba de una cajita de plata con incrustaciones de piedras semipreciosas. La

abrió con expectación. Contenía una pulsera de oro que reconoció al momento. Levantó la vista y lo miró con desconcierto.

—Su hermana pensó que usted recelaría de lo que le estoy diciendo. Esto demuestra que Laura me envía —explicó ante la muda pregunta que reflejaba el rostro de Cristina.

Ella no lo dudó ni por un momento. La pulsera había pertenecido a su abuela y su madre se la dio a su hija mayor cuando hizo la primera comunión. Cristina siempre deseó poseer esa sencilla joya por su gran valor sentimental, y envidiaba a su hermana por tener la suerte de poseerla. Le devolvió el joyero.

—No puedo aceptarla. Es de Laura. Mi madre se la regaló.

—Eso es algo que deberán discutir ustedes dos. De momento, quédesela, por favor.

Cristina aceptó. Al menos, sería suya durante unas horas.

—¿Qué desea mi hermana, señor Salcedo?

—Lori me ha enviado a buscarla. Quiere verla, y deberá ser en el más estricto secreto.

A Cristina no le extrañó esa petición. Laura no estaba interesada en que se la relacionase con ellos.

—¿Para qué quiere verme y a qué se debe tanto misterio?

—Ella se encargará de darle todas las respuestas, señorita Ayala. Yo no estoy autorizado para hacerlo —respondió Miguel con prudencia.

Cristina pensó en negarse. Estaba enfadada con Laura por el desprecio hacia su familia durante esos nueve años, pero quería conocer las razones que tenía para acudir a ella tras tanto tiempo y cuando ya no necesitaba ayuda económica.

—De acuerdo. ¿Cuándo y dónde debo encontrarme con mi hermana?

—Lo antes posible, si no tiene inconveniente. —La sonrisa de satisfacción y el tenue suspiro de alivio no pasaron desapercibidos a Cristina—. Yo la recogeré en el lugar que me diga y la llevaré con Lori. No está lejos de aquí. Y recuerde, no debe decirlo a nadie; en especial a su padre. Es algo que su hermana le ruega y espera que lo cumpla.

Cristina no lo pensó demasiado. Si tenía la oportunidad de decirle en la cara lo que pensaba de ella, bien merecía la pena el esfuerzo.

—Pase por aquí mañana a las once; estaré preparada. Y descuide, no hablaré de ello con nadie, y menos con mi padre. No tengo interés en provocarle un infarto. —No pudo evitar mostrarse irónica. Que viniese de parte de su hermana era suficiente motivo de desconfianza.

Cristina despidió a Salcedo con un cortés saludo y se quedó pensativa. No imaginaba el motivo que llevaba a Laura a querer reunirse con ella. Lo que sí comprendía era el deseo de ocultar la entrevista. Evitaba que los periodistas descubriesen la identidad de su verdadera familia cuando se rumoreaba que era hija de un importante financiero catalán, cosa que Laura no había desmentido en ningún momento.

A su hermana siempre se le dio muy bien manipular a la gente y dejarles suponer lo que ella deseaba que creyesen. Era una maestra de la sutileza y el engaño. Sonrió con tristeza al recordar que, cuando era una adolescente, Laura era su modelo a seguir y envidiaba su carácter fuerte y decidido. Ahora comprendía que el egoísmo y la soberbia eran sus rasgos más destacables.

Miró el reloj de pulsera. Eran más de las seis de la tarde y se convenció de que los padres de Raúl no acudirían a la cita. Recogió sus cosas y abandonó el aula. El colegio estaba desierto a esas horas de la tarde, vísperas de fin de curso. Saludó al conserje, que le abrió la puerta, y decidió dar un paseo antes de tomar el autobús que le llevaba a su casa. La tarde era soleada y la temperatura agradable. Le apetecía pasear por aquellas amplias avenidas de la elegante urbanización en la que estaba situado.

Había tenido mucha suerte de encontrar ese trabajo. Apenas terminada la carrera, uno de sus antiguos profesores le informó de que en un importante centro educativo cercano a Madrid necesitaban un profesor sustituto de inglés. Ella no lo dudó y, avalada por su magnífico expediente académico y los cursos de verano realizados en el Reino Unido, se presentó al puesto y fue aceptada; al poco le ofrecieron un contrato fijo.

Cristina se sentía feliz y orgullosa por realizar el trabajo que siempre había deseado y que le proporcionaba independencia económica, si bien prefería continuar viviendo en casa de su padre para que se sintiese acompañado. Lo tenía casi todo para ser feliz; solo le faltaba ver reunida a su familia de nuevo y ese encuentro con su hermana podía resultar una buena ocasión para conseguirlo. Tenía que intentarlo.

Con esa esperanza regresó a casa. Su padre se encontraba en su estudio. Llamó a la puerta y entró. Germán estaba sentado tras el escritorio y dormía con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón. Lo miró durante largos minutos, parecía tan cansado… Una fuerte oleada de ternura la invadió al ver el sufrimiento reflejado en aquel querido rostro y se prometió que intentaría devolverle la alegría.

No podía hablarle sobre la futura entrevista con su hermana. No deseaba infundirle vanas esperanzas hasta que supiese las intenciones

de Laura. Por mucho que renegara de ella, seguía queriéndola y añorando su regreso.

Pensó en la inminencia de las vacaciones. Le encantaba su trabajo, mas reconocía que necesitaba ese descanso. Había sido un curso agotador. Además, estaba deseosa de iniciar aquel cursillo en Londres donde ya tenía buenos compañeros. Sería en el mes de julio y en agosto se marcharía con su padre al pueblo de la sierra madrileña donde siempre pasaban las vacaciones.

En la casa heredada de sus abuelos, su padre se relajaba con los amigos de la infancia y recorriendo los parajes de su niñez. Su ánimo cambiaba en aquel ambiente, rodeado de un entorno tan familiar y querido, y eso bastaba para suplir el aburrimiento y la falta de estímulos que el lugar, perdido entre las montañas, ofrecía a una joven como ella.

CAPÍTULO 3

Miguel Salcedo llegó a la hora indicada conduciendo un automóvil de gama alta y partieron en dirección a la ciudad. Él no le dio ninguna indicación del lugar hacia el que se dirigían y Cristina no quiso preguntar.

Estaba intrigada por la relación que unía a ese hombre tan amable con su hermana. A sus preguntas, Miguel le respondió que era su agente artístico, secretario personal y asesor jurídico y financiero. Era abogado y había abandonado el prestigioso bufete donde trabajaba cuando conoció a Laura; desde entonces se encargaba de todos sus asuntos. A Cristina le pareció advertir un tierno acento cuando se refería a su hermana y se preguntó si les uniría otra relación aparte de la profesional.

Tras un trayecto de casi una hora por el complicado tráfico de aquellas horas del día, Miguel aparcó en la puerta de una clínica privada y le indicó que bajara. Se introdujeron con rapidez en el interior.

Cristina se alarmó.

—¿Le ha ocurrido algo a mi hermana? ¿Está enferma?

—No es nada grave, créame —la tranquilizó él.

En silencio, subieron en el ascensor hasta la última planta y de allí, por una puerta que exhibía el letrero de «Solo personal autorizado», accedieron a una zona que se hallaba separada del resto. Continuaron por el largo pasillo hasta llegar a una puerta al final del mismo. Miguel llamó y, tras recibir un lacónico «pase», abrió y se hizo a un lado para que Cristina entrara.

La habitación era muy espaciosa. En nada se parecía a las de hospital que ella había visitado durante la larga enfermedad de su madre. Esta parecía la suite de un lujoso hotel y estaba decorada como tal. No faltaba ningún detalle de comodidad y refinamiento.

En el centro había una cama articulada y en ella reposaba una persona con parte del rostro vendado y una pierna enyesada y elevada por una polea.

—¿Tina?

Cristina no reconoció la voz que surgía amortiguada por los vendajes, pero supo desde el primer momento que se trataba de su

hermana. Los ojos se le anegaron de lágrimas por la impresión de verla en aquel estado.

—¡Laura, ¿qué te ha ocurrido?! —exclamó. Se acercó a ella y le agarró la mano que le tendía.

—No temas, no es nada irreparable. En realidad, estoy en este estado porque han arreglado los daños que el accidente me causó —explicó Laura. Intentaba contener la emoción que le había suscitado la reacción de su hermana.

—¿El accidente? ¿Cómo? ¿Cuándo?

Laura hizo un gesto a Miguel y este se acercó de inmediato.

—Mickey, cariño, ¿puedes informar a Tina? Yo me fatigo demasiado. —Entornó los ojos con gesto de cansancio.

—Por supuesto, Lori —contestó solícito. Miró a Cristina y comenzó a explicarle con su habitual serenidad—. Señorita Ayala, su hermana tuvo un accidente de automóvil el pasado fin de semana cuando se dirigía en compañía de…

—Sin dar excesivos detalles, por favor —le interrumpió Laura con voz encrespada.

—Perdona, Lori. —Miguel se sonrojó por la inesperada reprimenda —. En el accidente, sufrió importantes lesiones en el rostro, aparte de fractura de fémur y de dos costillas. Las fracturas se curarán por el proceso normal; el rostro ha necesitado cirugía estética debido a la gravedad de las lesiones, que amenazaban con dejarle desfigurada de por vida. Ya comprenderá que esto no se podía permitir debido a su profesión, que como debe saber…

—Gracias, Mickey, ella sabe a qué me dedico; ¿no es así, Tina? —volvió a interrumpir Laura.

—Sí. Ahora eres Lori Martel, una deslumbrante estrella de nuestro firmamento nacional y asidua portada de las revistas del corazón —respondió Cristina con mordacidad. Le ofendía que su hermana estuviese tan orgullosa de su reputación y muy satisfecha de cómo la había conseguido.

—Así es, hermanita. Me complace que hayas seguido mis progresos artísticos y personales —afirmó Laura con presunción una vez recuperada de la momentánea debilidad emocional. Calló durante unos minutos y giró la cabeza hacia la ventana—. ¿Él lo sabe?

Cristina comprendió a quién se refería sin necesidad de decir su nombre.

—¿Cómo iba a dejar de enterarse si sales a todas horas en los medios de comunicación? No le has engañado con ese cambio de aspecto. Un padre reconoce a su hija.

—¿Y qué opina nuestro querido y respetable progenitor de todo esto? ¿Continúa tan enfadado como siempre? —sondeó con aparente indiferencia.

A Cristina le dolió esa falta de consideración hacia su padre y el hecho de que no le hubiese preguntado por su salud después de tantos años.

—Puedes imaginar su opinión, ya conoces sus principios morales —respondió molesta—. De todas formas, es un tema que no se trata. Está prohibido hablar de ti desde el día que te marchaste, y yo respeto su decisión.

—¿Tú también estás enfadada conmigo, Tina?

Cristina advirtió un vestigio de preocupación en la voz de su hermana, como si le importase su respuesta. Y sí, estaba muy disgustada a pesar de la alegría que experimentaba al volver a verla y de la preocupación por su salud. Advertía que Laura continuaba siendo una persona egoísta y vanidosa, cuyo único interés eran sus necesidades.

—¿Cómo quieres que me encuentre? ¡Hace nueve años que no tengo noticias tuyas excepto por una carta en la que me pedías dinero! —estalló con rabia—. ¿Sabes lo preocupada que estuve durante todo ese tiempo, sin saber si seguías viva o no? Para luego descubrir por las revistas que te habías convertido en una…

—¿Desvergonzada? —le ayudó Laura a completar la frase con una cínica sonrisa.

Cristina se arrepintió de su arrebato. Estaba siendo injusta con ella. Al fin y al cabo, ese debía de ser el comportamiento usual en el ambiente artístico. Su forma de actuar no se diferenciaba del resto de jóvenes actrices que luchaban por destacar y abrirse un hueco en el despiadado mundo del celuloide.

No tenía derecho a condenar su modo de vida por indigno que le pareciese. Lo que no le perdonaba era la pena que le había provocado a su padre al huir de casa a los diecisiete años para enrolarse en aquel grupo de teatro ambulante y la humillación que le ocasionaba cada vez que se proyectaba una de sus indecentes películas o se aireaba algún escándalo suyo en la prensa.

—No soy quién para juzgarte, Laura —continuó más calmada—, lo que no voy a olvidar es el daño que has causado a nuestro padre.

—¿Y qué querías que hiciera si no me dejaba realizar mi sueño? —se quejó.

Cristina apreció en su voz por primera vez un tono afligido.

—Había otras formas. ¡Eras muy joven!

—Es cierto, y lo comprendí con el tiempo; en aquellos momentos me pareció la única solución —reconoció, y cerró los ojos con un gesto de dolor.

—No debes fatigarte, Lori; estás muy débil. Yo continuaré explicándole a tu hermana el problema que tenemos —le aconsejó Miguel.

Laura asintió. Cerró los ojos y giró la cabeza hacia la ventana.

Miguel le rogó a Cristina que se sentara en uno de los sillones; él lo hizo a su lado. Su desasosiego era patente, así como el esfuerzo que le costaba comenzar a hablar.

—Su hermana se encuentra en una difícil posición y necesita su ayuda. —Hizo una pausa para comprobar el efecto que le provocaban esas palabras y continuó con voz clara—. A causa del accidente y de las secuelas que le ha ocasionado, debe permanecer en reposo de uno a dos meses. Esto no representaría un inconveniente si no nos importara darle publicidad; pero es necesario que no trascienda debido a la identidad de la persona que le acompañaba y las negativas repercusiones que le acarrearía. Y está el asunto de las lesiones en el rostro. Ha necesitado cirugía estética y, de divulgarse, se podría malinterpretar. En este mundillo hay que tener mucho cuidado con lo que se hace y cómo se hace; no sé si me entiende…

Miguel miró a Cristina buscando su confirmación. Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza y él, más animado por su receptividad, continuó.

—Si se supiera todo lo que acabo de contarle, la carrera artística de Lori se vería perjudicada y es probable que fracasaran sus proyectos de introducirse en la industria norteamericana. Ha recibido una propuesta para hacer una película en Estados Unidos, en la que ella tendría uno de los papeles protagonistas. A finales de agosto viajaremos a Hollywood para realizar el *casting* y confiamos que sea seleccionada. Esta oferta es una gran oportunidad en la trayectoria de su hermana, que no debe dejar escapar.

Cristina había escuchado con atención las explicaciones del hombre y entendía la importancia de las dificultades que tenían, lo que no llegaba a comprender era la razón de su presencia allí.

—Por ello —continuó Miguel más animado— es imprescindible ocultar el estado en el que se encuentra. De enterarse los americanos, podrían pensar que Lori no se va a restablecer por completo, o va a tardar más de lo previsto, y se inclinarían por una de las otras candidatas. ¿Comprende la gravedad de la situación?

Cristina dirigió la mirada a su hermana, que la observaba con expectación.

—Lo entiendo. Y no temas; no pienso comentarlo con nadie, ni siquiera con papá.

Laura hizo un gesto de exasperación.

—Mickey, díselo ya de una vez y acabemos con esta tensión.

Miguel miró en aquella dirección y tragó saliva. Cristina intuyó que no le agradaba lo que tenía que decir, y temió que a ella tampoco le iba a gustar escucharlo.

—Aparte de su silencio, necesitamos que… nos haga un pequeño favor —dijo con voz teñida de inquietud.

Cristina sintió lástima por él. ¿Qué tendría que pedirle que le provocaba tanta zozobra?

—Intentaré ayudarles en lo que esté en mi mano. Dígame de qué se trata —lo animó con una sonrisa.

Miguel inspiró y la miró con decisión.

—Necesitamos que se haga pasar por Lori durante el tiempo que ella permanezca en la clínica, y que calculamos que será un mes.

—¡¿Qué?!—Cristina no daba crédito a lo que acababa de escuchar.

—No es tan complicado como parece. Solo se trataría de… —se apresuró a añadir Miguel.

Cristina ya no le escuchaba. Se levantó de un salto y se acercó a la cama para encararse con Laura.

—¡Estás loca! —exclamó—. ¿Cómo se te ocurre una idea tan descabellada sabiendo lo que pienso de la asquerosa vida que llevas?

—Gracias, hermanita; no esperaba otra cosa de ti. —Laura intentó parecer irónica, aunque su mirada no ocultaba el pesar y la decepción que sentía.

—¡No se te ocurra echarme en cara que me niegue a participar en ese fraude con todo el sufrimiento que nos has causado!

—¿Y qué querías que hiciera si él me desprecia? ¿Sabes las veces que estuve a punto de visitaros o de llamar por teléfono para oír vuestra voz? ¿Sabes lo sola que me he sentido durante todos estos años? —Se defendió Laura en un arrebato de frustración que le causó un intenso dolor. Prosiguió, en esta ocasión con menos vehemencia—. Temía la reacción de papá si decidía ponerme en contacto con vosotros. Él nunca me perdonará, bien lo sabes. Es tan cabezota como yo —reconoció con amargura.

—Debiste intentarlo. Papá ha cambiado mucho en estos años. Está muy triste desde que te marchaste, ya no es el mismo. Sé que te echa de menos y no te rechazaría si decidieses visitarle.

—No, Tina; aún no estoy preparada para enfrentarme a él. Tal vez,

cuando dé a mi vida el giro que tengo proyectado, logre que se olvide de todo lo anterior y me acepte de nuevo.

CAPÍTULO 4

Cristina se sintió conmovida por la congoja que expresaban las palabras de Laura. Le gustaría ayudarle, aunque no se creía capaz de hacer lo que le pedían. ¿Suplantarla y durante todo un mes? ¡Qué locura!

—Siento mucho que te encuentres en este trance, pero no puedo acceder a lo que me pides. Es un plan que no daría resultado.

—Tranquila, no te guardaré rencor. No estás obligada a nada después de cómo me he portado con vosotros —dijo Laura con falso tono resignado.

Cristina comenzó a exasperarse ante la obcecación de su hermana.

—Esa no es la única razón, créeme. Si considerase que tengo la menor posibilidad de representar esa farsa, la valoraría; por desgracia, pienso que es imposible. Somos muy diferentes. Apenas nos parecemos físicamente y, sobre todo, yo no podría actuar como tú en ningún momento. No soy actriz.

Laura vislumbró una nota de debilidad en la voz de su hermana y la esperanza renació en ella.

—No lo necesitas. Lo único que te pido es que te dejes ver durante unos días por alguna playa de moda y que tu imagen aparezca en la prensa como si nada hubiese ocurrido —aclaró—. Y ¿cómo que no nos parecemos? Siempre nos confundían cuando éramos pequeñas, ¿recuerdas? Tenemos los mismos rasgos. Ahora podemos parecer diferentes porque me he retocado los labios y he cambiado el color del pelo, lo que se solucionaría con un buen tinte y un adecuado maquillaje.

Laura no se daba por vencida, era parte de su personalidad. Cuando algo se le metía entre ceja y ceja no paraba hasta conseguirlo y acababa convenciendo a cualquiera, excepto a su padre; bien lo sabía Cristina.

Miguel, que hasta entonces se mantenía al margen, intervino para apoyar a Laura.

—En un principio no estaba de acuerdo con el plan ideado por Lori. Comprendí que era factible al estudiar las fotografías. El parecido entre ambas es asombroso. Como ella dice, el maquillaje y un experto peluquero harán el resto.

—¿Qué fotografías? —preguntó Cristina. No recordaba haberle enviado ninguna a su hermana en los últimos años.

Miguel, avergonzado, se dirigió a una mesa cercana donde tenía la cartera y extrajo de ella unas fotografías.

Cristina miró sorprendida varios primeros planos en los que aparecía con diferentes gestos y perfiles. Dirigió una interrogativa mirada a su hermana. Fue Miguel quien respondió a su muda pregunta.

—Cuando comenzamos a trazar la idea, lo primero que hice fue comprobar si el parecido entre ambas era tan grande como Lori afirmaba. Me limité a seguirla una tarde al salir del colegio y tomar las fotografías que tiene en su mano. Al estudiarlas, me convencí de que sería sencillo realizar la transformación.

Miguel se acercó a Cristina para examinarla. Le cogió el mentón entre los dedos y le hizo girar la cabeza para ambos lados.

—Es indudable que los rasgos faciales son casi idénticos: la misma nariz, la línea de la mandíbula, el mentón… La forma de las cejas es diferente, pero se puede redibujar —prosiguió. Se alejó un poco y la evaluó con la mirada—. Son muy similares en altura y complexión. Deben gastar la misma talla, excepto que usted tiene más pecho que Lori. Eso no constituiría ningún problema porque ella piensa aumentárselo para adecuarse mejor a los gustos de los espectadores americanos —le explicó; y dirigiéndose a Laura—: ¿No crees que el tamaño de Cristina es más adecuado que las voluminosas prótesis que pensabas implantarte?

Laura asintió de mala gana.

—Cuando se recupere un poco, se someterá a la operación; así, cuando vuelva a asumir su personalidad, no se apreciará ninguna diferencia y todos pensarán que ha aprovechado estos meses de descanso para realizar el cambio —explicó Miguel.

Cristina miró irritada a su hermana.

—Veo que lo tienes todo calculado.

—Hemos hecho los deberes, hermanita. —Sonrió divertida ante el visible enojo de Cristina.

—Se os olvida algo muy importante: el color de los ojos. Es diferente y, a no ser que vaya siempre con gafas de sol, no podría engañar a nadie —apuntó, satisfecha por haber encontrado un fallo insalvable en la elaborada estrategia.

—Eso también es fácil de solventar —le explicó Miguel—. Existen en el mercado unas lentillas de colores que permiten cambiar el color de los ojos a voluntad. El azul de Lori es uno de los que tienen mayor demanda.

Cristina se sentía cada vez más acorralada.

—Bien, admito que con algunos cambios terminaríamos pareciéndonos, pero ¿y la voz o la forma de andar, de desenvolverme…? Tampoco conozco detalles de tu vida durante estos últimos años, solo lo que ha aparecido en los medios de información, que no es mucho, excepto tus aventuras amorosas. Esas sí han sido aireadas hasta la saciedad.

—Eso era lo que se pretendía, guapa. ¿O cómo crees que se escalan posiciones en esta profesión? —se defendió Laura. Comenzaba a cansarse de las mojigaterías de su santa hermana.

Miguel se apresuró a intervenir para evitar otra desagradable discusión entre ellas y un cambio de actitud en Cristina, que le parecía más receptiva a la propuesta.

—Apenas se advertirán esos cambios. Lo que Lori pretende es que pase la mayor parte del tiempo en la casa que hemos alquilado en Marbella. Se dejará ver en la piscina para que los fotógrafos de prensa la capten con teleobjetivo o entrando y saliendo de la villa. Tal vez tendrá que asistir a una o dos fiestas de las que se organizan allí.

Cristina hizo un gesto de espanto y Miguel se apresuró a tranquilizarla.

—Por muy embarazoso que suene, no debe preocuparse. Son tan multitudinarias y ruidosas que no advertirán la diferencia. Su tono de voz es algo más grave que el de Lori, lo que se puede justificar con la excusa de una afonía pasajera. Y como necesitará que sus cuerdas vocales descansen, tendrá que hablar lo menos posible. En cuanto a la forma de moverse y actuar en general, solo tendrá que estudiar algunos vídeos en los que ella aparece. Pronto captará sus movimientos y podrá imitarla. No creo que le resulte difícil. Sobre la vida de su hermana, le proporcionaré información suficiente por si se ve en la necesidad de responder a preguntas. Y yo estaré siempre a su lado para impedir que los periodistas la atosiguen.

La amplia sonrisa de Miguel transmitía confianza; aun así, Cristina continuaba reticente. Veía complicaciones por todos lados, aparte de los escrúpulos de conciencia que la propuesta le causaba.

—¿Y si nos encontramos con alguien que conozca a Laura en… profundidad y advierte la diferencia? Me descubrirá al momento. No llegaría tan lejos en la suplantación. —No creyó necesario precisar el tipo de profundidad a la que se refería. El intenso sonrojo que tiño sus mejillas lo dejaba bien claro.

Se escuchó la risa ahogada de su hermana y Cristina se ruborizó aún más.

—No temas, hermanita. Cuando me canso de un hombre no vuelvo a

repetir con él. Y a ti no te vendría mal un poco de diversión de ese tipo. Apuesto a que continúas siendo virgen. Con lo modosita que siempre has sido y sometida al férreo control de papá…

Cristina miró a su hermana con fiereza. ¿Cómo se atrevía a burlarse de ella?

—No creo que mi vida privada sea de tu incumbencia.

Miguel, temeroso de perder el pequeño avance conseguido, advirtió a Laura con la mirada de que no debía continuar con las puyas. Para su sorpresa, Laura decidió que era lo más prudente. Emitió un suspiro de resignación y cerró los ojos.

—Debe disculpar a Lori; está muy alterada —intervino en tono conciliador—. Todo está calculado para que le resulte muy sencillo y esos días se conviertan en unas relajantes vacaciones.

—¿Y no resultará inverosímil tanto descanso cuando ella se ha pasado los últimos veranos de fiesta en fiesta? —objetó Cristina con sarcasmo.

Laura abrió la boca para contestar. Una nueva mirada de Miguel se lo impidió.

—Diremos que está agotada tras su última película, que terminó hace dos semanas, y necesita descansar para comenzar con excelente forma física su andadura americana. A nadie le extrañará que no desee correr riesgos y perder un contrato tan importante, ¿no cree?

—¿Y papá? Él no permitirá que me preste a esa locura, aunque vosotros lo veáis tan sencillo —aludió al acordarse de él.

—¡No se te ocurra decirle nada!

La abrupta intervención sobresaltó a ambos. Laura, alarmada, intentaba incorporarse en la cama. Miguel tuvo que intervenir para calmarla. Cuando lo consiguió, se dirigió a Cristina.

—No creemos que sea prudente comentarle nada a su padre —comentó con voz conciliadora—. Él no lo entendería puesto que no conoce los entresijos de esta profesión. Si Lori pierde esta oportunidad, es posible que no vuelva a presentársele otra similar y eso sería un insalvable obstáculo en su carrera. Además, es conveniente que estén enteradas el menor número de personas posible. Solo conocemos la realidad nosotros tres, el médico que la atiende y algún personal de la clínica de total confianza y que han firmado una cláusula de confidencialidad que les impide revelar lo que saben. Con ello, reducimos las posibilidades de cometer errores y de que todo se descubra.

Cristina se indignó.

—¿Y cómo pensáis que puedo ocultárselo, aparte del hecho de que

no deseo hacerlo?

—¿Qué pasa, Tina? ¿Tanto te cuesta decir una pequeña mentira? —saltó Laura exasperada.

Cristina fue a responder como su hermana se estaba mereciendo. La voz de Miguel la calmó de nuevo.

—A su padre no le beneficiaría en nada saber que usted está desempeñando una labor que, siendo sencilla, él podría considerar peligrosa. Sabemos que tiene intención de pasar el mes de julio en Londres realizando un cursillo de conversación en lengua inglesa.

—¿Me ha espiado?

Miguel se sonrojó ante el gesto de censura que mostraba el rostro de Cristina.

—Lo siento, pero necesitábamos conocer sus proyectos. Me limité a hacer algunas averiguaciones siguiendo el patrón de años anteriores. Consulté la lista de inscritos en el centro donde ha realizado los últimos tres cursos de verano y confirmar su admisión.

La disculpa pareció tranquilizar a Cristina y Miguel prosiguió:

—Como le comentaba, su padre creerá que se encuentra en Londres, cuando usted estaría en otra parte con el aspecto de Lori Martel. Le llamaría por teléfono, se comunicaría con él por internet o podría enviarle alguna carta si lo prefiere, que nosotros le haríamos llegar desde esa ciudad. Nunca sospechará la verdad. Créame, es mejor que continúe en la ignorancia hasta que todo se solucione.

Cristina quedó pensativa unos segundos. No le agradaba mentirle a su padre de esa manera. Nunca lo había hecho excepto las veces en que se veía obligada a proteger a su hermana, como en esta ocasión.

Miró a Laura y advirtió la tensión que sentía y que se reflejaba en sus ojos pese a que el orgullo le impedía admitir que la necesitaba y pedirle ese favor. Ella sabía que era su última esperanza y no podía dejarla en la estacada.

—De acuerdo, lo intentaré —dijo. Miró a su hermana y escuchó como exhalaba un suspiro de alivio.

—Gracias, Tina. Sabía que no me fallarías —reconoció con los ojos nublados por las lágrimas.

—Pero… —Cristina se detuvo para meditar sus siguientes palabras. Tanto Laura como Miguel la miraron expectantes—, si deseas que te ayude, debes prometerme una cosa; de lo contrario, me marcharé ahora mismo y no me verás más.

—No esperaba menos de ti —ironizó Laura, y con tono resignado, preguntó—: ¿Qué deseas?

Cristina se armó de valor y miró a su hermana a los ojos.

—Quiero que le pidas perdón a papá y te reconcilies con él.

Laura casi saltó de la cama al oír la petición.

—¿Estás loca? ¡Si él no quiere verme! Se avergüenza de mí y yo no estoy para que me echen en cara ciertas cosas, y menos él.

Cristina se mantuvo firme. No dejaría pasar esta oportunidad de ver unida de nuevo a su familia.

—Deberás hacerlo. Cuando estés restablecida, iremos ambas a verle. Le pedirás que te perdone por todo el sufrimiento que le has provocado y aguantarás su reprimenda sin rechistar. No te quepa duda de que él está deseando olvidar el pasado, solo es necesario que tú des el primer paso al ser la que se marchó y no ha dado señales de vida hasta ahora.

Laura gruñó con impotencia. Lo que su hermana le pedía era demasiado, mas no podía arriesgarse a que le negara su ayuda. Necesitaba hacer esa película y, si para ello tenía que suplicar a su padre que la perdonase, lo haría. Al fin y al cabo, un padre nunca reniega de su hija, o eso se decía. No estaría mal volver a tener una familia con la que pasar las navidades como el resto de los mortales.

—Está bien, lo intentaré. Y si se pone borde, doy la vuelta y me largo. Ahora no soy la adolescente que debía acatar sus órdenes —aseguró con gravedad—. Hasta que llegue ese momento, te ruego que no le digas nada. No me gustaría que estropease nuestros planes con su mentalidad puritana, ni que me viese en este estado después de tantos años.

Cristina sonrió. Laura no cambiaría nunca; aun así, era un gran paso que accediese a enfrentarse a su padre y estuviese dispuesta a doblegar su orgullo y pedirle perdón.

Llegó una enfermera y les indicó que debían marcharse para que la paciente descansara.

—Volveré pronto a visitarte —le prometió Cristina a su hermana.

Cuando salieron de la clínica, Miguel la acompañó hasta el colegió.

—¿Le parece bien que pase mañana a recogerla? Tenemos pocos días y nos quedan muchas cosas por hacer —le preguntó con una nota de ansiedad. Temía que se hubiese arrepentido de su decisión.

—Puede pasar mañana a la misma hora —aceptó.

Miguel llevaba razón, tenía mucho trabajo por delante si quería suplantar con éxito a la famosa Lori Martel.

Al día siguiente Miguel la recogió. Fueron de nuevo a visitar a Laura y Cristina comenzó el proceso que la llevaría a convertirse en su doble durante un mes. A partir de ahí, se sucedieron una serie de días

agotadores que pusieron a prueba la capacidad de resistencia de Cristina y su paciente y abnegado carácter, así como sus grandes dotes para la interpretación, que ignoraba poseer. Se asombraba de la soltura con la que asumió su papel desde el primer momento y la satisfacción que le producía.

Acudía a diario a visitar a su hermana en la clínica, donde pasaba ratos charlando con ella, recordando anécdotas de su niñez y aprendiendo a imitar el tonillo afectado en la voz que Lori Martel utilizaba. En esas horas de charla pudo conocer a la auténtica Laura, una mujer llena de inseguridades y con una gran necesidad de cariño, que se escondía bajo la fachada de irónica insolencia que mostraba a los demás.

Como tenían previsto, preparó todo lo necesario para su supuesto viaje a Inglaterra con la intención de que su padre no sospechase nada inusual. Llamó a la universidad de Westminster, donde pensaba realizar el cursillo, para anular la reserva de plaza con el pretexto de una súbita enfermedad que la obligaba a guardar reposo durante varias semanas.

El día que debía emprender viaje a Londres, se despidió de su padre y le prometió que le llamaría con frecuencia. En vez de ir al aeropuerto, se dirigió al piso que Laura tenía en la ciudad y se instaló allí hasta su partida hacia Marbella. A partir de ese momento comenzó la transformación física, siempre bajo la tutela e inestimable apoyo de Miguel Salcedo, que apenas se separaba de su lado.

En primer lugar, acudió a un centro de belleza donde cambiaron su aspecto. Tuvo que teñirse el cabello y ponerse unas extensiones para simular la larga y ondulada melena rubia que Laura lucía. Modificaron la forma y espesor de las cejas y le enseñaron a maquillarse como su famosa hermana. El resultado fue sorprendente. Acabó pareciéndose tanto a la actriz que al salir de allí se le acercaron varias personas para pedirle un autógrafo. Como su hermana le había enseñado a firmar y Miguel a comportarse en esas circunstancias, salió airosa del brete.

El éxito en el primer ensayo le proporcionó una gran confianza en sí misma y comenzó a pensar que tenía muchas posibilidades de llevar a cabo con éxito la suplantación de su hermana. Al día siguiente estuvieron de compras por diversas tiendas del centro, en las que adquirió numerosos artículos y continuó poniendo en práctica las enseñanzas y los consejos recibidos, tanto de Miguel como de Laura.

Tras varios días de ensayos, Miguel consideró que estaba preparada para una de las pruebas más difíciles: viajar a Marbella y enfrentarse a los reporteros que plagaban el aeropuerto de Barajas en aquella época del año. Por suerte, no hubo ningún contratiempo. Como le habían aconsejado, Cristina se limitó a sonreír de forma seductora y se negó a

contestar a las preguntas que le formulaban. Tuvo que enfrentarse al mismo escenario al llegar al aeropuerto de Málaga y lo resolvió de idéntica manera.

Le preocupaba que los periodistas recelasen de su inusual actitud, ya que su hermana siempre se mostraba deseosa de despertar el interés de la prensa. Según Miguel, de esa forma borraría la pésima reputación de «*femme fatale*» que se había ganado y le brindaba la posibilidad de instalarse en Estados Unidos y dar un giro a su carrera.

Superado con éxito aquel importante examen, Cristina se instaló en la villa alquilada en una lujosa urbanización marbellí y se dispuso a dejar pasar los días en placentera relajación, que era lo que necesitaba.

CAPÍTULO 5

Cristina se paseaba nerviosa por su habitación. Miguel le acababa de comunicar que al día siguiente debían asistir a una fiesta y la inquietud la dominaba. Era consciente de que acabaría pasando por esa experiencia y le aterrorizaba pensar que descubrirían que era una impostora.

Le había sugerido a Miguel que rechazara la invitación y él le explicó que no tenían elección. Resultaría sospechoso permanecer enclaustrada durante tantos días, rehusando una invitación tras otra; además, el anfitrión era un importante hombre de negocios al que Laura no quería desairar.

Miguel la tranquilizó y le aseguró que todo iría bien. Le prometió que permanecerían en la fiesta el menor tiempo posible y que él estaría a su lado para solucionar las dificultades que pudieran surgir, que serían insignificantes porque en la lista de invitados no aparecía nadie que conociese a su hermana lo suficiente como para detectar el cambio.

Según le aseguraba, estaba preparada para hacer el papel de Lori Martel con soltura. Había visto todas las películas y las entrevistas para televisión de Laura y se desenvolvía con la espontaneidad y seguridad que su hermana exhibía en todo momento. Imitaba bastante bien su voz, la sensual mirada y los gestos vehementes a los que era tan asidua. Gracias a los informes de Miguel, que la propia Laura había ampliado, conocía su trayectoria profesional y a las personas que se relacionaron con ella en esos años; ¿qué podía fallar?

Cristina se tumbó en la cama y cogió el libro que estaba leyendo. Lo dejó a un lado tras unos minutos. El temor y la incertidumbre por lo que pudiera suceder la noche siguiente le impedían concentrarse en la lectura y alteraban la calma que hasta ese momento la había rodeado.

No dejaba de reconocer que, en la semana que llevaba en Marbella, había disfrutado de unos días de auténtico descanso entre lecturas y baños en la piscina, amenas charlas con Miguel y llamadas diarias a su hermana y a su padre.

Germán le aseguraba que se encontraba bien y le deseaba que se divirtiera en Londres y aprendiera mucho en el curso. A Cristina, el hecho de mentirle a su padre le pesaba como una losa en su conciencia. Se sentía tan disgustada consigo misma cada vez que acababa una conversación que procuraba demorar las llamadas todo

lo posible, cosa que Miguel siempre le reprochaba.

En cuanto a su hermana, seguía descontenta y echando mucho de menos a Miguel, que sabía lo que debía hacer y resolvía los problemas sin esfuerzo. Se sentía abandonada, a merced de médicos tiránicos e ineptas enfermeras y mortalmente aburrida. Cristina soportaba durante unos minutos sus innumerables quejas y le recordaba que ella tampoco estaba allí divirtiéndose. Miguel cogía el relevo y se encargaba de tranquilizarla y animarla con tiernas palabras.

Miguel, que al fin había consentido en tutearla y llamarla por el familiar nombre de Tina, era un ser entrañable al que había tomado gran aprecio y al que respetaba por su enorme humanidad e inteligencia. De aspecto físico poco llamativo, poseía una bondad y generosidad de carácter que le convertían en una persona entrañable. Era educado, atento y muy paciente. Jamás se alteraba o enfadaba, y encaraba con estoicismo y una perenne sonrisa los continuos caprichos de Laura o las quejas y cambios de humor que padecía a causa de su inmovilidad.

Cristina sospechaba, por los continuos desvelos más allá de la obligación profesional, que Miguel estaba enamorado de su hermana, algo que ella no advertía. Era una pena que no apreciase el tesoro que tenía a su lado. Laura valoraba más la apariencia externa o la relevancia social de los hombres con los que se relacionaba e ignoraba otras cualidades mucho más importantes.

En cuanto a ella, Miguel se mostraba siempre amable y protector. Era una persona con un gran sentido del humor, muy culto y un excelente conversador con el que pasaba ratos charlando de diferentes temas.

La villa en la que se alojaba, situada en una zona tranquila con maravillosas vistas de la sierra y del mar, era magnífica. Amplia, soleada y con una gran piscina en la que Cristina, gran amante de la natación, pasaba mucho tiempo. Todo resultaba agradable y ella lo disfrutaba, pero la sensación de enclaustramiento comenzaba a agobiarla.

Echaba de menos el salir a pasear, mezclarse con la gente, sentarse en un lugar bullicioso y observar a su alrededor; en cambio, pasaba todo el tiempo con la única compañía de Miguel y la señora que se encargaba de atender la casa, a la que ayudaba en la preparación de las comidas para evitar que el aburrimiento no se apoderase de ella.

Le había propuesto a Miguel en varias ocasiones visitar la ciudad, que no conocía, o recorrer la costa y bañarse en alguna playa tranquila. Él le recordaba que los paparazis observaban todos sus movimientos, por lo que debía permanecer entre aquellos muros y limitar las salidas a cuando fuesen imprescindibles. Aquella zona era

frecuentada por artistas y Laura era muy conocida por la mayoría de ellos, lo que podía acarrearle algunos inconvenientes.

Pese a esas pequeñas quejas por su parte, reconocía que todo estaba resultando más sencillo de lo que imaginó. Ahora, esa tranquilidad se había acabado y tendría que enfrentarse a un difícil examen.

Cristina volvió a mirarse al espejo y se sintió satisfecha. La hora larga que había empleado en maquillarse y arreglarse, según las instrucciones recibidas, había sido provechosa y el resultado era espectacular, incluso para Miguel que conocía el cambio. Tras algunos consejos más por parte de este y la recomendación de que no se despegase de su lado y hablara lo menos posible, llegaron a la discoteca donde se celebraba la fiesta en la limusina que había alquilado.

Al principio todo marchó bien. Posó para los periodistas congregados a la entrada con una amplia sonrisa y se negó a responder a sus preguntas achacando su mutismo a una leve y pasajera afonía que exigía el reposo de las cuerdas vocales. A continuación, entraron en el local, que se hallaba atestado de gente, y saludó al anfitrión y a las personas que Miguel le iba indicando o que se acercaban a ella.

Se encontraban allí algunos personajes de la alta sociedad marbellí y varios más que estaban deseosos de codearse con gente importante para promocionarse a cambio de favores de todo tipo; algo que Laura solía hacer y de lo que no se avergonzaba.

Tras casi una hora, y cuando estaban a punto de marcharse, se le acercó un hombre al que había saludado con anterioridad. Miguel se había ausentado unos minutos y ella se encontraba sola. Intentó escabullirse y él, ignorando sus protestas, la agarró del brazo y la arrastró hacia un rincón solitario. La aplastó con su cuerpo contra la pared y comenzó a acariciarle los pechos con torpeza.

—¡Suélteme! —exclamó indignada. El hombre le repugnaba, con su rostro sudoroso, los ojos vidriosos y el pestilente aliento a alcohol y tabaco.

—No te hagas la estrecha ahora, guapa. Cuando necesitabas mi ayuda no te mostrabas tan desdeñosa —le recordó con voz sofocada mientras intentaba besarla, ajeno a los intentos de ella por desasirse.

Cristina sintió pánico y unas incontenibles náuseas, pero tuvo fuerzas para levantar una rodilla y propinarle un fuerte golpe entre las piernas que le hizo soltarla y doblarse de dolor.

—¡Hija de puta! —exclamó el agresor con voz estrangulada.

Ella se arrepintió al instante e intentó ayudarle a levantarse. El

hombre no tenía culpa de nada. De haberse tratado de la auténtica Lori, no le habría rechazado.

—Lo siento. Perdóneme —le rogó con tono pesaroso, olvidándose de imitar la voz de su hermana.

Él la miró perplejo durante unos segundos y, con visible asombro, exclamó:

—¡Tú no eres Lori!

Ella se sorprendió e, incapaz de reaccionar de forma coherente, no vio mejor solución que salir corriendo. Al darse la vuelta chocó con Miguel, que la estaba buscando. Le explicó lo sucedido y decidieron marcharse para evitar complicaciones.

Cristina logró mantener la compostura hasta que estuvieron en la limusina. Una vez allí comenzó a temblar presa aún del pánico que había experimentado. Miguel dejó que se tranquilizara sin intervenir, consecuente con los sentimientos que la embargaban en esos momentos.

—Lo he estropeado todo. No debí dejarme llevar por el pánico —logró explicar cuando pudo controlar la agitada respiración.

—No temas, Tina. No creo que se decida a comentar sus sospechas. No le interesa que su esposa se entere de la aventura con Lori ni que esté dispuesto a admitir su fracaso.

—¡He sido tan torpe!

—Relájate y no pienses más en ello. Pronto estaremos en la villa y podrás descansar. —Si a Miguel le pareció exagerada la reacción ante el incidente, no lo demostró.

Cristina agradeció su delicadeza. Tenía razones que justificaban su estado y que le costaba reconocer ante él. ¿Cómo explicarle que la única relación sexual que había tenido, cuando apenas contaba dieciocho años, resultó tan desafortunada que le marcó profundamente?

Todo ocurrió muchos años atrás y aún lo tenía fresco en su memoria. Ella acababa de ingresar en la universidad cuando conoció a Pablo, un compañero de clase simpático y atractivo al que todas las chicas perseguían. Se sintió muy halagada cuando le pidió que salieran juntos y aceptó.

Necesitaba sentirse querida. Desde la muerte de su madre, no había recibido el calor y el afecto de otra persona. Su hermana, mientras vivió con ellos, no le prestaba la menor atención y solo recurría a ella cuando necesitaba que le hiciese algún favor. Su padre era una persona muy seria y poco dada a manifestar sus sentimientos. Cristina sabía que la quería, pero le habría gustado que se lo demostrara de

vez en cuando. La oferta de Pablo le pareció un regalo.

Comenzaron a salir y, ya desde los primeros días, él la apremió con sus exigencias sexuales y a mostrar poca paciencia con su timidez y falta de experiencia. Le decía que a su edad era inconcebible que fuese virgen y que era una anticuada por insistir en continuar siéndolo.

A Cristina le angustiaba la tensión a la que la sometía y que la forzara a tomar una decisión. Deseaba complacerle y experimentar las sensaciones de las que sus amigas hablaban con tanto entusiasmo. Le gustaban las caricias y los besos, aunque no se atrevía a dar el siguiente paso. Los rígidos principios morales inculcados por las religiosas del colegio al que había asistido desde pequeña se oponían a las demandas de Pablo.

Ella intentaba que comprendiera sus reticencias y le pedía tiempo para acallar su conciencia culpable, sin conseguirlo. Él se disgustaba cuando Cristina le obligaba a detenerse y la amenazaba con abandonarla por alguna de las chicas que iban tras él y que eran más modernas y complacientes. Le reprochaba su frigidez y egoísmo, que le impedía satisfacer sus deseos. Sus encuentros solían acabar en una fuerte disputa tras la cual él se marchaba ofendido y ella se quedaba desolada, por ello se planteó complacerle.

Una lluviosa tarde de primavera, en la que se hallaban en el coche de Pablo en un descampado a las afueras de la ciudad, él comenzó a besarla y ella se dejó llevar por el dulce abandono que experimentaba con sus caricias. Cuando advirtió que comenzaba a desvestirla se resistió, tal vez con menos determinación que en ocasiones anteriores y esa dejadez convenció a Pablo de que iba a conseguir su objetivo.

Los besos se volvieron más ardientes y las caricias más íntimas. Cristina comenzó a arrepentirse de su decisión y continuó con los reparos. Pablo, cegado por el deseo, no la escuchaba e intentaba convencerla de lo que se estaba perdiendo por sus ridículos temores.

Se tendió sobre ella y comenzó a acariciarla entre las piernas. Ella, reacia al principio, acabó abandonándose al goce que le proporcionaba. Perdida en un mundo de creciente placer y cercana al orgasmo, no advirtió que él la penetraba hasta que sintió un punzante dolor. Emitió un agudo grito e intentó apartarlo. Pablo lo ignoró y se centró en alcanzar su propia satisfacción.

El dolor fue en aumento debido a la brusquedad que imprimía a sus movimientos y ella se obligó a soportarlo. Cuando él se desplomó, vencido por la laxitud posterior al orgasmo, Cristina lo empujó para liberarse de su peso y se encogió en el asiento. Estaba lastimada y humillada. Cogió sus ropas y comenzó a vestirse con manos temblorosas.

—Vamos, Tina, no vayas a enfadarte ahora. ¡Si lo estabas deseando! —quiso justificarse él con sonrisa socarrona.

—No así. Esperaba que… que… —No pudo continuar. No sabía con exactitud qué había esperado; desde luego, no esa frialdad y desconsideración.

—¿Quieres decir que no te ha gustado? —El gesto de incredulidad cambió a otro de rencor, que enmascaraba su orgullo herido, y continuó con rabia—: A mí menos aún. Ha sido como tirarse a una muñeca hinchable. ¡Eres una frígida!

Pablo terminó de vestirse y arrancó el coche.

Ante sus insultos, Cristina no pudo reprimir las lágrimas que había estado controlando con esfuerzo.

—¡Largo! —le gritó él con rabia. Abrió la puerta y la empujó para que saliera—. Aquí te quedas. Que te lleve otro a tu casa.

Cristina observó atónita cómo arrancaba el coche y se marchaba. Tras unos minutos de aturdimiento, se refugió bajo un árbol de la copiosa lluvia que caía y esperó, convencida de que solo pretendía darle una lección y pronto regresaría por ella. No podía creer que hubiese decidido abandonarla a su suerte en medio de aquel lugar.

Estaba calada hasta los huesos, aterida de frío y muy decepcionada. Cuando transcurrió un buen rato y comprendió que Pablo no iba a regresar, se encaminó por aquella senda pedregosa hasta que llegó a la carretera. Desde allí regresó a casa gracias a un amable automovilista que se prestó a llevarla en vista de su apuro. Tuvo la suerte de no encontrar a su padre esperando y se evitó embarazosas preguntas.

Al día siguiente no se encontró con ánimo de ir a clase. Estaba avergonzada por su parte de responsabilidad en lo sucedido y decidida a no volver a salir con él. No sabía cómo afrontarlo… ni tuvo necesidad. Pablo la ignoró cuando volvió a verle, lo que le supuso un inmenso alivio.

Aquella experiencia la marcó. Lo comprobó dos años después, cuando decidió salir con otro chico. Era divertido, amable y generoso, pero cuando intentaba algún avance sexual, Cristina se retraía. Tras unos meses, él la dejó. Desde entonces no había salido con nadie, pese a que las propuestas no faltaron, y se centró en los estudios o el trabajo. Había perdido la confianza en las relaciones de pareja y no quiso arriesgarse a otro fracaso. Estaba convencida de que nunca encontraría a ningún hombre que le hiciese superar sus recelos.

CAPÍTULO 6

Tumbada en la hamaca junto a la piscina, Cristina repasaba las revistas que Miguel acababa de traerle. En la mayoría, ella ocupaba la portada y un amplio reportaje en el interior. También había aparecido la noticia de la fiesta en un famoso programa de televisión, en el que se la veía radiante y perfecta en su imitación de Lori Martel. No se mencionaba ningún tipo de incidentes ni suspicacias por su temprana marcha, que atribuyeron a las leves molestias de garganta que venía sufriendo desde que acabó su último trabajo y que le impedían conceder entrevistas.

Todo había salido bien y Laura estaba muy satisfecha con el resultado, si bien Miguel consideró prudente no asistir a otras fiestas hasta que la verdadera Lori Martel hiciese acto de presencia. No quería arriesgarse a estropearlo por un pequeño desliz. Cristina coincidía con él. Era más seguro dedicar los días que quedaban a exhibirse ante los paparazis ocultos en los alrededores de la villa y no exponerse a nuevos incidentes que pudieran descubrir la suplantación.

No obstante, se sentía asfixiada entre aquellos muros. Estaba cansada de adoptar la personalidad de su hermana y fingir ante los sirvientes durante el tiempo que estos pasaban en la casa. Le exasperaba la continua inactividad, la soledad y el aislamiento a los que estaba sometida. Echaba de menos a su padre y a sus amigas, con las que solía salir de vez en cuando, añoraba los largos y solitarios paseos por las calles de la ciudad, el barrio en el que vivía, donde todos la conocían y saludaban con cariño… Todo eso le resultaba ahora maravilloso y se daba cuenta de lo afortunada que era cuando tenía la oportunidad de disfrutar de libertad.

Necesitaba salir de allí y volver a ser una persona anónima por unas horas. Se le ocurrió que, si se camuflaba, podría abandonar la casa sin ser detectada por los fotógrafos; pero Miguel no lo permitiría. Lo habían hablado en alguna ocasión y siempre se mostraba tajante. En contra de su opinión, pensaba que la reconocerían, y más con él a su lado.

—Tina; ¿estás dormida?

Cristina se sobresaltó al oír la voz de Miguel y sintió que se ruborizaba, como si hubiese podido leerle los pensamientos.

—No, estaba meditando. ¿Qué deseas?

Él se sentó en una tumbona a su lado y la miró con afecto.

—Ha llamado Lori hace unos minutos. Desea que vaya a Madrid.

—¿Qué le ocurre, se encuentra mal?

Cristina se alarmó ante esa noticia. Su hermana no le habría llamado si no fuera por algo urgente. Sabía que Miguel era imprescindible allí.

—Aparte del consabido malhumor por la inmovilidad que padece y las continuas quejas sobre la asistencia que recibe, evoluciona de forma favorable. —Le dedicó una sonrisa cómplice y ella respondió con un gesto de asentimiento—. Solo quiere que lleve a cabo algunas gestiones con los americanos y que le haga compañía.

Cristina comprendió que Miguel se sentía feliz al tener la oportunidad de volver a verla. Las emociones que reflejaba su rostro eran fáciles de interpretar.

—Amas a Laura, ¿no es cierto? —le preguntó en un impulso que no pudo contener.

Él se sonrojó y bajó la cabeza. Se creía muy hábil escondiendo sus sentimientos, aunque no lo suficiente para la perspicaz mujer que tenía enfrente. Y tenía suerte de que lo hubiese descubierto su hermana y no la propia Lori, pensó con alivio. Debería de ser más cuidadoso si no quería delatarse ante ella. Solo conseguiría que se burlara de sus sentimientos o, peor aún, que le rechazase.

—Sí —admitió, y alzó los ojos con valentía para mirarla.

No iba a negarlo ante ella, conociendo su discreción. Había llegado a apreciarla en aquellos días. La admiraba por su inteligencia y la respetaba por su profesionalidad y abnegación. Se había transformado en Lori Martel, y no solo en el aspecto físico, demostrando innatas cualidades para la interpretación. Pero lo que más apreciaba en ella era su generosidad, algo que a su hermana le faltaba.

A Lori solo le preocupada satisfacer sus propias necesidades. Tina era tan diferente que se asombraba de que tuviesen los mismos progenitores. Si la hubiese conocido antes, se habría enamorado de ella. Ahora era tarde. Había entregado su corazón y sabía que tendría que sufrir.

Cristina le sonrió de manera alentadora. Le haría muy feliz que aquel hombre maravilloso acabase consiguiendo el amor de Laura. Con él encontraría la paz y la felicidad que tanto necesitaba.

—¿Cuándo te marchas? —se interesó.

—Tomaré un avión esta misma tarde; espero estar de vuelta en veinticuatro horas. No deseo dejarte sola durante mucho tiempo. Nunca se sabe qué puede suceder.

—No veo la necesidad de tanta precipitación. Puedes quedarte todo el tiempo que necesites. ¿Qué me va a suceder encerrada en este

inexpugnable castillo? —ironizó molesta.

—No empieces otra vez con tus alocadas ideas, Tina. Sabes que no debemos correr riesgos innecesarios y más cuando quedan pocos días para que toda esta farsa termine. Pronto serás libre para hacer lo que desees; hasta entonces debemos ser prudentes. Comprende que entre estas cuatro paredes estás protegida, por muy agobiante que te resulte. —Le cogió la barbilla entre los dedos para hacerle volver la cabeza y mirarla a los ojos—. Regresaré en cuanto pueda para que tengas a alguien con quien discutir.

Cristina hizo un mohín de disgusto ante la reprimenda. Miguel tenía razón y miraba tanto por los intereses de su hermana como por su propia seguridad. Asintió con un suspiro y el rostro de él se iluminó de alivio.

—Le he pedido a la asistenta que se quede a pasar la noche, ¿te parece bien?

—De acuerdo. Márchate tranquilo. No abriré la puerta a ningún lobo feroz.

Miguel rio divertido y la abrazó con cariño, a lo que ella respondió con idéntico sentimiento. Cogidos del brazo, se dirigieron al interior de la casa.

Una vez que Miguel se hubo marchado, Cristina cambió de parecer. Sabía que esa iba a ser la única oportunidad que tendría de escabullirse por unas horas y no iba a desaprovecharla. Esa noche se acostó madurando un plan que pensaba poner en práctica.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano con el propósito de escapar a la menor ocasión. Se había camuflado bajo una peluca morena, gorra, grandes gafas oscuras y un amplio vestido que ocultaba su figura. Sería muy difícil que alguien la reconociera y ella pasaría la mañana haciendo lo que le apeteciese sin levantar sospechas. Pensaba estar de vuelta a primeras horas de la tarde, mucho antes de que Miguel regresara de Madrid, por lo que no se enteraría. Esperaba demostrarle que no era tan arriesgado y convencerle de repetir la experiencia.

Cristina sabía que le era imposible abandonar la casa por sus propios medios. No disponía de coche ni se atrevía a llamar a un taxi, así que le contó su plan a la asistenta y le pidió su colaboración. Esta, que había servido en casas de personas famosas durante años y estaba acostumbrada a sus excentricidades, no se asombró ni puso objeciones para ayudarla.

Tras estudiar las distintas posibilidades, llegaron a la conclusión de que la mejor forma de abandonar la casa sin ser vista era escondida en

la furgoneta de reparto del supermercado, que solía llegar sobre las nueve de la mañana con la compra encargada el día anterior. Y así lo hizo. El chico, que apenas la reconoció, se sintió muy orgulloso de prestarse a llevar a una famosa actriz. Aparte de la generosa propina que ella le prometió si la dejaba en la ciudad sin levantar sospechas, tendría una sabrosa historia que contar a sus amigos.

Todo resultó fácil y Cristina se encontró en medio de aquella pintoresca población media hora más tarde. Comprobó que nadie le prestaba especial atención y se dedicó a recorrer las calles y a saborear el ambiente alegre y cosmopolita que allí se respiraba. Comió en una pequeña taberna y tomó un autobús hacia algún pueblo alejado de las populosas playas marbellíes para bañarse sin inconvenientes.

Tras un corto trayecto, se bajó en un pueblecito que le recomendaron y se dirigió a una cala que estaba solitaria a esas horas, las primeras de la tarde, cuando la mayoría de la gente estaba comiendo o durmiendo la siesta. Con alivio, se despojó de la gorra y la peluca y se sumergió en las cristalinas aguas que la atraían como un imán.

Llevaba casi una hora de baño y no tenía ganas de salir. Nadaba a ratos o flotaba con los ojos cerrados mientras se dejaba mecer por las olas. Adoraba el mar, su inmensidad, su bravura, y pocas veces tenía la oportunidad de disfrutarlo. Ahora se estaba saciando a gusto; no tendría la oportunidad de repetir la experiencia en varios días.

Suspiró y una placentera sonrisa iluminó su rostro. Tal vez había cometido una locura, pero estaba tan feliz de disfrutar de esas horas de libertad que bien valía la pena la regañina que recibiría si Miguel y su hermana llegaban a enterarse.

Se incorporó y miró a su alrededor. Se sorprendió al comprobar que se encontraba a considerable distancia de la playa. El suave viento que había comenzado a soplar poco antes la estaba adentrando en el mar. No se asustó. Era una experta nadadora y podía llegar a la costa sin complicaciones.

Con todo, comprendió que le llevaría un buen rato conseguirlo con el viento en contra y, para entonces, la bolsa en la que llevaba sus pertenencias habría desaparecido. En ella llevaba el dinero, el teléfono móvil y los artículos que había utilizado para camuflar su aspecto.

Advirtió la presencia de un enorme yate anclado a pocos metros de donde se encontraba. En un primer momento se vio tentada de pedirles ayuda para que la acercaran a la playa en la pequeña lancha amarrada a su popa. Lo descartó; mejor arreglárselas por sus propios medios. Inspiró con fuerza y se preparó para comenzar el regreso a la orilla antes de que se viera privada de todo lo suyo y se encontrara en

un gran aprieto para regresar a la villa sin ser descubierta.

Estaba mirando hacia la lejana línea de playa cuando sintió un grito a sus espaldas y, de inmediato, un golpe en la cabeza que la sumió en la oscuridad.

Ryan estaba aterrado. No la había visto hasta que fue demasiado tarde para evitar el golpe. ¿Qué hacía esa mujer en aquella zona tan alejada de la playa y fuera de la demarcación de la línea de baño? Era una locura adentrarse tanto en el mar, ni siendo un consumado nadador. Afortunadamente, pudo virar a tiempo y solo le golpeó con la vela. Tembló al imaginar qué hubiera ocurrido de haberla atropellado con la tabla.

No creía que el golpe fuese de gravedad. Él había sufrido algunos cuando jugaba a *basketball* en la universidad y, tras unos minutos de inconsciencia, se recuperaba; aun así, requeriría la opinión de un experto.

La subió a la tabla y se dirigió al cercano yate. Logró llegar en pocos minutos pese al enorme esfuerzo que le supuso debido al peso extra y al viento en contra. Pidió ayuda para subirla e indicó que la llevaran a su camarote y avisaran al sanitario que formaba parte de la tripulación para que valorara la necesidad de ingresarla en un hospital.

El sanitario llegó cuando Ryan le quitaba a Cristina el mojado bikini y la cubría con una sábana. Tras reconocerla, lo tranquilizó sobre el estado de salud de la accidentada.

—Pienso que solo se trata de una leve conmoción cerebral causada por el golpe. La respiración y pulso son normales y no presenta heridas o fracturas de ningún tipo, exceptuando una pequeña contusión en la cabeza.

—¿No sería conveniente llevarla a un hospital? —quiso asegurarse al advertir que continuaba inconsciente.

—No lo veo necesario de momento. No tardará en recobrar el conocimiento y lo único que sentirá será un fuerte dolor de cabeza durante un buen rato. Haga que descanse y tome un analgésico cada seis horas; después, podrá desplazarse.

—¿Y si tarda en salir de la inconsciencia?

—De no hacerlo en la próxima hora, sería conveniente someterla a un estudio completo para descartar posibles lesiones cerebrales. Si lo desea, puedo gestionar su traslado al hospital.

—Prepárelo por si fuera necesario. Es mejor no correr riesgos —concluyó Ryan.

El hombre se marchó tras dejarle un frasquito con varios comprimidos y las indicaciones para su correcta administración.

Ryan se sentó en una butaca cercana a la cama y se dedicó a observar a la chica. Era muy guapa y su rostro le resultaba familiar; ¿dónde la había visto con anterioridad? Tal vez en alguna de las fiestas a las que había asistido en los días que llevaba allí. Se trataría de una de esas jóvenes que invitaban para amenizar y dar colorido a las reuniones.

CAPÍTULO 7

Cristina gimió y se movió inquieta, lo que provocó que la sábana que cubría su cuerpo se desplazara y lo dejara casi al descubierto. Ryan sintió un súbito ramalazo de deseo ante la visión de aquellos magníficos senos, de grandes y oscuros pezones, que se mostraban incitadores. Lo reprimió y la volvió a cubrir. ¿Cómo era posible que, con treinta y cuatro años y su larga experiencia, se excitase como un adolescente ante la visión de unos pechos de mujer?

Se pasó una mano por la frente. El celibato que se había impuesto en ausencia de Susan era una estupidez. ¿No le había dejado bien claro su prometida que tenían una relación abierta y que no le importaría si ambos recurrían ocasionalmente a otras parejas? Lo único que le había pedido era que fuese discreto, al igual que ella.

Su futuro matrimonio era un acuerdo de ayuda y colaboración mutua no una historia de amor. Él había renunciado muchos años antes a ese sentimiento. Ya no era el jovencito de ideas románticas y corazón tierno que se sentía morir de adoración por una mujer y se mostraba dispuesto a hacer todo lo que esta le pidiese.

Había pagado bien cara su candidez al casarse con una que lo engañó repetidas veces antes de abandonarle por su último amante y dejarle con un niño de corta edad y la duda de si era suyo. Se hizo una prueba de paternidad para cerciorarse, aun sabiendo que, de resultar negativa, nunca lo abandonaría y seguiría queriéndolo y cuidando de él como había venido haciendo desde que nació.

A partir de entonces, no se dejó engañar por miradas seductoras o palabras dulces. Pensaba que la mayoría de las mujeres eran egoístas y manipuladoras, siempre detrás de su propio beneficio; como ocurría con Susan, aunque ella tuvo la decencia de confesarlo y eso fue lo que le decidió a pedirle que se casara con él.

Susan era una mujer inteligente y sabía que no la amaba, al igual que él entendía que a ella solo le movía un interés económico y de respaldo social. Sería una correcta esposa y madre para su hijo y nunca le ridiculizaría con escándalos de ningún tipo; no necesitaba nada más.

Kevin tenía diez años y llevaba casi seis sin los cuidados de una madre, a la que apenas veía unos pocos días al año; iba siendo hora de que los tuviera. Le faltaba poco para entrar en la pubertad, una etapa difícil en la que la figura materna representa un gran apoyo para un

chico. Lo sabía por propia experiencia. Él mismo quedó huérfano con doce años y echó mucho de menos a su madre.

Susan era una mujer de su misma edad con la triste experiencia de dos matrimonios fallidos y la imposibilidad de tener hijos. Era abogada en el bufete que llevaba los asuntos legales de sus empresas y se conocían desde hacía años. Existía entre ellos una buena camaradería y tenían diversas afinidades que harían que su matrimonio no resultase demasiado tedioso; además, su hijo la aceptaba de buen grado.

Habían fijado la fecha de la boda para septiembre, tras el regreso de su viaje a Europa, y quería serle fiel pese a la certeza de que a ella no le importaría que tuviera una aventura. Hacía casi dos meses desde la última vez que le hizo el amor, si es que se le podía llamar así a las insípidas relaciones sexuales que mantenían de forma esporádica, y la necesidad crecía.

Cristina volvió a emitir un suave gemido y movió la cabeza. Abrió los ojos lentamente y los fijó en el contorno de una figura frente a ella.

—¿Miguel? —dijo con voz débil. Intentó incorporarse y volvió a caer sobre la almohada con un lastimero quejido.

Ryan comprendió que le había confundido con otra persona y se acercó a ella con temor. La desorientación que mostraba y sus gestos de dolor eran preocupantes.

—No Miguel; yo Ryan Caine —se presentó en un pésimo castellano.

Era poco diestro hablando en ese idioma, del que solía entender bastante. Fred y Dolores, el matrimonio que cuidaba su casa en Mallorca, intentaban enseñarle esa lengua que le resultaba muy difícil, con aquellos incomprensibles giros verbales y el extenso vocabulario. Kevin, más joven y con mayor facilidad para los idiomas, había avanzado más que él. En momentos como aquel se arrepentía de no haber sido más aplicado.

Cristina intentó disipar los restos de bruma que poblaban su cabeza y miró a su alrededor. Al no reconocer el lugar, se dirigió al hombre.

—¿Dónde estoy? —preguntó en correcto inglés. Imaginaba que la entendería mejor.

—¡Habla mi idioma! —se sorprendió Ryan. No podía dejar de mirar sus bonitos ojos verdes con reflejos dorados.

Cristina se esforzó en recordar lo ocurrido antes de despertarse en aquella habitación. Estaba nadando hacia la playa, preocupada por si le habían robado su bolsa, cuando sintió un golpe en la cabeza… y nada más.

—¿Estoy en un hospital? —volvió a preguntar. Si era así, se trataba

de un hospital muy extraño. El hombre que tenía delante, y que iba cubierto por un escueto bañador, no debía pertenecer al personal sanitario.

Ryan se sentó en la orilla de la cama.

—No será necesario llevarla a uno, señorita; a menos que se sienta mal —le aclaró—. ¿Cómo se encuentra?

Ella cerró los ojos y se llevó una mano a la zona de la cabeza en la que había recibido el golpe.

—Como si una taladradora estuviese perforándome el cerebro —contestó con una mueca, y se palpó el bulto que comenzaba a formársele—. ¿Dónde estoy entonces?

Ryan se acercó a la mesa, en la que se hallaba el frasco con los comprimidos que debía tomar. Cogió dos y llenó un vaso con agua.

—Tómese esto, por favor. —Le acercó el medicamento y, ante el recelo de ella, añadió—: Prescripción facultativa.

—¿Es usted médico? —Lo dudada y quiso asegurarse.

—No. Solo me limito a cumplir órdenes.

Cristina miró con desconfianza lo que Ryan le daba.

—Es un simple analgésico, que no es necesario que tome si no está convencida y puede soportar el dolor.

Ella le devolvió los comprimidos.

—Resistiré, gracias.

Ryan valoró su prudencia. Demostraba inteligencia al negarse a tomar medicamentos que le ofrecía un desconocido.

—Y bien, señor…

—Caine, Ryan Caine —volvió a presentarse con sonrisa tranquilizadora.

—Señor Caine, ¿puede decirme dónde me encuentro? —Comenzaba a impacientarse ante la expresión divertida que mostraba el atractivo rostro de su interlocutor.

—Cómo no. Está en un barco cerca del lugar del accidente —le aclaró—. Debo disculparme por haberla atropellado con la tabla de windsurf, si bien he de decir en mi defensa que usted se hallaba fuera de la zona reservada para el baño y no la descubrí hasta el último momento. Creí conveniente traerla aquí. Era el lugar más cercano y disponemos de asistencia sanitaria. Parece ser que no ha sufrido más percance que un golpe en la cabeza que le ha provocado un leve hematoma superficial. No obstante, está todo preparado para llevarla al hospital donde le harán un exhaustivo reconocimiento.

Cristina negó con la cabeza y miró el reloj que llevaba en la muñeca.

Habían pasado cuarenta minutos desde la última vez que lo hizo. De no darse prisa, Miguel llegaría antes que ella a la villa.

—No lo creo necesario, señor Caine; me encuentro bien. Lo que le agradecería es que me acercara hasta la playa —pidió. Temía que ya no iba a encontrar su bolsa allí.

Quiso incorporarse, impulsada por una repentina necesidad de marcharse de aquel lugar. Él apoyó la mano en su hombro para impedírselo.

—No debe levantarse. Necesita descansar un poco más. —Con una mueca burlona, añadió—: Prescripción facultativa, ¿recuerda?

Cristina le dirigió una mirada entre ofendida y suplicante e intentó desasirse.

—Debo regresar. Es muy tarde.

Ryan advirtió su inquietud y se mantuvo firme.

—¿Estaba sola en la playa? —preguntó. No se le había ocurrido que alguien pudiera estar esperándola.

—Sí, al igual que mis cosas en este momento.

—No tema, veré si se encuentran allí —se ofreció para tranquilizarla —. ¿Dígame de qué se trata?

Cristina le describió la bolsa oscura, la gran toalla de baño tendida sobre la arena y las sandalias que calzaba.

—No tendré problemas en reconocer esos objetos. Usted descanse durante un rato. Yo la llevaré a su casa.

Ella se alarmó. No podía permitir que la acompañara a la villa y, mucho menos, que descubriese quién era… o pretendía ser. Además, ¿y si se trataba de un chiflado que quería aprovecharse de ella? ¿Dónde había leído que las redes de trata de blancas eran muy activas en la costa marbellí?

—No es necesario que se moleste, me encuentro bien. Incluso puedo llegar hasta la playa nadando. —Consideró que era lo más acertado.

Se incorporó para levantarse y, al retirar la sábana con la que se cubría, comprobó que estaba desnuda. Se volvió a cubrir hasta la barbilla y dirigió a Ryan una mirada en la que se mezclaban la indignación y el temor.

—¿Qué… qué ha hecho? —tartamudeó aturdida. Sintió que se sonrojaba. ¡Ese hombre era un pervertido!

—No iba a dejarle el traje de baño mojado —se justificó Ryan—. Y no podrá ponérselo hasta que esté seco. Por lo tanto, si no desea regalarnos un bonito espectáculo, le aconsejo que no salga del camarote hasta que yo regrese.

—¡Esto es un atropello! —exclamó Cristina. Sentía que un creciente disgusto se adueñaba de ella haciendo que olvidase su inquietud—. Le exijo que me devuelva mi ropa para que pueda marcharme o le denunciaré por… secuestro.

—El sanitario ha aconsejado que descanse durante unas horas y eso es lo que hará; después, puede denunciarme si lo desea. Me siento responsable de su salud y no quiero que empeore por no haber seguido sus instrucciones —dijo con seriedad.

Las palabras de Ryan la tranquilizaron. Él solo quería acallar su conciencia culpable por haberla atropellado.

—¿Cómo se llama?

—Cristina —respondió de forma automática, y al memento se arrepintió. ¿Cómo era tan estúpida de dar su verdadero nombre?

—Cristina —repitió él paladeando la palabra—. Un precioso nombre. Igual de bonito que su dueña —reconoció con un brillo admirativo en la mirada—. Y dime, Cristina, ¿te espera alguien… especial?

Por la entonación que dio a sus palabras, ella entendió su significado.

—Eso no es de su incumbencia, señor Caine —respondió molesta, negándose a secundar la familiaridad que él pretendía imponer en el trato.

A Ryan le resultaba divertido su enfado. La miró con detenimiento. Era preciosa y el color que la furia daba a sus mejillas le añadía atractivo. Si no tenía compromiso, intentaría convencerla de que pasase la velada con él.

—Creo que has querido decir que no. ¡Magnífico! En ese caso, te invito a cenar. Así nos aseguraremos de que estás restablecida cuando regreses a tu casa.

—¡No haré tal cosa! —¿Qué se había creído ese individuo? Se escudaba en la preocupación por su bienestar para ligar con ella, era obvio. En otras circunstancias no habría tenido inconveniente en aceptar su ofrecimiento. Ese hombre no parecía peligroso, solo algo arrogante, como la mayoría de gente con dinero y poder, pero en su actual situación no podía permitirlo.

Ryan no respondió. Salió de la habitación con una sonrisa satisfecha y con el bikini en la mano antes de que ella tuviera tiempo de continuar protestando.

Cristian emitió un gemido de frustración. Tenía que marcharse y llegar a la villa antes de que Miguel descubriese su escapada. Con el tiempo acabaría confesándoselo; ahora no deseaba que él se

preocupase si no la encontraba allí.

Se levantó y se enrolló la sábana alrededor del cuerpo. Se dirigió a la puerta y la abrió con sigilo. Respiró aliviada al ver que no estaba cerrada con llave. Inspeccionó los cajones y el armario en busca de alguna prenda para ponerse. Toda la ropa era masculina y le quedaba enorme. Optó por una camisa, que le cubría hasta la mitad del muslo, y unos ajustados slips.

Salió del camarote con sigilo y caminó por un largo y estrecho pasillo. Encontró una escalera que ascendía y subió por ella. Oyó voces y se asustó. No debía permitir que la descubrieran o le impedirían marcharse. Se ocultó unos minutos hasta que todo quedó en silencio y salió.

Una vez en cubierta miró alrededor. La pequeña cala se encontraba muy alejada y le supondría un gran esfuerzo llegar hasta ella sin ser vista. A esas horas de la tarde estaba algo más concurrida y algunos bañistas se adentraban en el mar atraídos por el lujoso yate anclado en las cercanías. Si lograba mezclarse con ellos, pasaría desapercibida. Con esa esperanza, se deslizó por una escala y nadó hacia la costa.

Estaba a medio camino cuando vio una pequeña embarcación a motor que se dirigía al yate. Debía de tratarse de Caine, que regresaba de la playa, y no quiso arriesgarse a que la reconociera. Se zambulló y nadó bajo el agua durante el tiempo que sus pulmones le permitieron. Cuando volvió a emerger, la embarcación se alejaba. Supuso que la buscaría cuando descubriese que había huido, y nadó con más energía para no perder tiempo.

En pocos minutos alcanzó la playa. Salió del agua ante la mirada curiosa de los otros bañistas, que les llamó la atención su larga camisa empapada y adherida al cuerpo. Echó un rápido vistazo a la zona en la que había dejado la bolsa y la toalla y no las vio. De haber estado allí, Caine la habría encontrado y ahora estarían en su poder.

Se encaminó hacia la población cercana y, cuando se sintió más segura en las concurridas calles, evaluó su comprometido estado. No tenía dinero, ni tarjeta de crédito, ni documentación que le permitiera alquilar un coche para llegar hasta la villa. Tampoco se atrevía a tomar un taxi. Si algún paparazi estaba apostado por los alrededores y la descubría con el aspecto que presentaba en esos momentos, su imagen saldría en las portadas de las revistas y se montaría un buen escándalo que su hermana no conseguiría acallar.

Tras darle vuelta a las posibles salidas, llegó a la conclusión de que la mejor solución que tenía para salir de aquel embrollo era esperar a que Miguel regresara y que él mismo fuese a recogerla. Confiaba en que hubiese decidido tomar el vuelo de esa tarde, que llegaba sobre las ocho al aeropuerto de Málaga.

Al no disponer de teléfono móvil, ni recordar el número de Miguel, debía esperar a que llegara a la villa para llamarle. Había tenido la precaución de memorizar ese número por si necesitaba ponerse en contacto con la asistenta. Eran las seis y media y calculó que quedaban más de dos horas para llamarle.

Por las miradas de la gente que circulaba por el lugar, se figuró el desastroso aspecto que presentaba. La camisa se había secado y estaba arrugada. Iba descalza, despeinada y no llevaba bolso; también su actitud parecería sospechosa. Caminaba sin rumbo fijo, con la cabeza agachada y mirando asustada a su alrededor, como una vagabunda. No podía refugiarse en un bar. No tenía dinero para consumir y acabarían echándola o llamando a la policía. Al final optó por sentarse en un parque y simular que estaba descansando.

Levaba allí un buen rato cuando vio aparecer a lo lejos a Caine. Asustada, se apresuró a entrar en una tienda cercana y se dedicó a curiosear los artículos sin dejar de vigilar por las ventanas los movimientos del hombre. Lo vio ir de un lado para otro mirando en todas direcciones. En la mano llevaba la bolsa que había abandonado en la playa.

Se alegró de no llevar documentación ni nada que la identificase y de haber apagado el teléfono móvil cuando se metió en el agua, de ese modo no tendría oportunidad de mirar sus contactos y hacer alguna llamada que la comprometiera. Estaba segura de que era imposible localizarla por el contenido de la bolsa y eso la tranquilizó. Era probable que le chocara encontrar la peluca, pero no le importaba porque no le iba a volver a ver.

Cuando el hombre se marchó, ella volvió a esperar sentada en el banco cercano a la cabina telefónica hasta que, pasados unos minutos de las ocho y media, se decidió a llamar a la villa por cobro revertido. Rogó que Miguel no hubiese decidido posponer el viaje para el día siguiente, en cuyo caso estaría en.

Suspiró aliviada al escuchar la voz de Miguel, que respondió con un tono de extrema preocupación a su llamada. Le explicó dónde y cómo se encontraba y él se apresuró a ir en su ayuda.

CAPÍTULO 8

Miguel solo le reprochó a Cristina su conducta cuando estuvo convencido de que se encontraba bien. Entonces, y abandonando el habitual tono comedido, le hizo ver de forma contundente el riesgo que había corrido, y no por la posibilidad de que se descubriera la farsa que estaba representando. Mil amenazas acechaban a una mujer y ella había tenido mucha suerte de no toparse con ninguna en aquella zona tan populosa en la que se daban cita toda clase de personas, muchas de ellas poco recomendables.

Durante el trayecto de regreso a la villa, soportó la reprimenda como una niña a la que habían pillado haciendo una grave travesura, de la que solo le contó una parte y falseó el resto. Estuvo de acuerdo con los reproches de Miguel, los mismo que se estuvo haciendo ella mientras lo esperaba con el temor de que el tal Caine apareciera en cualquier momento.

Reconocía que había sido un desatino impropio de una mujer de veinticinco años y del que no dejaba de arrepentirse, en especial por haber traicionado la confianza depositada en ella y por poner en peligro el trabajo de las últimas semanas.

Estaba desolada por el disgusto que le había ocasionado al bueno de Miguel, que no entendía cómo una persona sensata y prudente había cometido aquella estupidez más propia de Laura, y que difícilmente se podía achacar al agobio por el prolongado enclaustramiento, como ella defendía. Y solo le había contado parte de lo ocurrido.

La hinchazón ocasionada por el golpe estaba oculta entre sus cabellos y la pérdida de sus pertenencias la justificó por haber salido corriendo al ver a una persona que le pareció conocida. Miguel no reparó en el slip masculino que llevaba bajo la camisa, para lo que le habría resultado difícil inventar una historia creíble.

Una vez en la villa, a la que entraron con Cristina oculta en el asiento de atrás del automóvil, Miguel le confesó el miedo que había sentido al no encontrarla allí, y más cuando la asistenta le explicó lo que ocurría. Estaba decidido a llamar a la policía cuando sonó el teléfono y oyó su voz. Le rogó que le perdonase si se había excedido en su reacción. Cristina aceptó sus disculpas y le prometió que no volvería a arriesgarse en excursiones de ningún tipo, a no ser en su compañía.

—¿Cómo se encuentra mi hermana? —le preguntó, mientras descansaban tras la cena.

—Bastante mejorada y quejándose por todo. Los vendajes en el rostro se los quitarán en unos días, aunque continuará hinchado y amoratado un tiempo más; solo entonces comprobaremos el resultado de la operación. La escayola de la pierna se la quitarán en unos quince días y ya podrá comenzar con la rehabilitación. Piensa aprovechar ese tiempo para someterse a la operación de aumento de pecho.

—¿Y las gestiones que tenías que realizar con los americanos? ¿Todo bien?

Por la inquietud que demostró ante esa pregunta, Cristina supo que algo iba mal.

Miguel se levantó y se sirvió una copa.

—¿Qué ocurre, Miguel? —preguntó intranquila.

—Se ha presentado un pequeño obstáculo, Tina —dijo tras un largo trago.

—¿De qué se trata? ¿Es mi hermana? ¿Ha surgido alguna complicación que no me has contado? —Debía de ser algo relacionado con Laura. A su padre lo había llamado la tarde anterior y se encontraba bien.

—No. Ya te he dicho que todo va bien en ese aspecto. Es una complicación de otro tipo y… bastante embarazosa. —Se sentó a su lado en el sofá y le cogió una mano—. Tina, tu hermana me llamó porque le informaron de que Jason Drake, el director norteamericano que dirigirá la película en la que está tan interesada en participar, tenía pensado viajar a España y quería aprovechar para realizar la prueba de *casting* pendiente. Lori me pidió que hiciese las gestiones oportunas para cerciorarme de que es cierto. Y en efecto, parece ser que Drake va a estar muy ocupado durante todo el mes de agosto y parte de septiembre rodando exteriores en la República Checa y quiere dejar resulto ese tema lo antes posible.

—¿No me dijiste que vosotros viajaríais a Estados Unidos a finales de agosto?

—Eso era lo previsto. Drake ha cambiado de planes. Pasará lo que queda de mes en España y quiere conocer a Lori y realizar la prueba aquí. De hecho, creo que llegaba hoy a Marbella.

—¡Aquí! —exclamó asustada. No le gustaba el rumbo que estaba tomando aquella conversación.

—En efecto. Pasará unos días por esta zona.

—¿Y qué pensáis hacer? Mi hermana no está en condiciones de someterse a esa tarea, ni siquiera de entrevistarse con él. —Le

apenaba que todos los esfuerzos que habían realizado resultasen inútiles.

—Ella no podrá hacerlo… —hizo una pequeña pausa y la miró con decisión—, tú sí.

Cristina se levantó de un salto. La impresión recibida había sido grande y lo miró atónita.

—¿Cómo? ¿Os habéis vuelto locos los dos?

—Tranquila, no vas a realizar esa prueba —se apresuró a explicar Miguel—, lo que no creemos que sea tan desatinado es que te entrevistes con él. Ya has demostrado que te desenvuelves muy bien en el papel de Lori Martel.

—¡No puedo creer lo que estoy oyendo! —exclamó. No dejaba de pasear de un lado para otro con nerviosismo.

—Cálmate, por favor.

Cristina se plantó ante él con el rostro encendido de furia.

—¿Que me calme? ¿No os dais cuenta de que es imposible? Una cosa es ir a una fiesta llena de gente en la que hay muchas posibilidades de pasar desapercibida o posar en la piscina para que te hagan fotos con teleobjetivo, y otra muy distinta entrevistarse con una persona que te va a analizar a conciencia. No podría engañarlo. Debe de haber visto todas las películas de Laura y descubrirá de inmediato la suplantación.

—No lo creo, Tina. Piensa que él solo la conoce por sus interpretaciones o por lo que haya leído en la prensa, lo que es una ventaja. Además, la cámara suele cambiar bastante a las personas y las pequeñas diferencias no se advertirán. Le disuadiremos de hacer la prueba en esta ocasión y nos trasladaremos donde él nos indique más adelante, una vez que tu hermana pueda encargarse de ello. Tú te limitarás a imitarla como has hecho hasta ahora, muy bien, por cierto, y no tendrás ningún problema. No deberás hacer nada fuera de lo común aparte de intercambiar algunas palabras, tomar una copa, puede que cenar…

—¿Acostarme con él va incluido? —saltó recelosa ante lo que creyó una velada insinuación.

—¡No, por Dios! Nunca te propondríamos que hicieses tal cosa —se defendió. Le ofendía la suposición a la que Cristina había llegado.

—No me negarás que eso es lo que Laura haría, y puede que sea lo que él espera.

Miguel desvió la mirada.

—Tu hermana no va acostándose con todo el que se le pone por delante —la defendió pese a reconocer que era cierto lo que Cristina

insinuaba.

Le dolía admitir que Laura había conseguido la mayoría de sus contratos utilizando esos medios e intentaría hacer lo mismo con este cuando estuviese restablecida. Y Drake se lo pondría fácil. Según había averiguado, era un conquistador que solía intimar con las actrices que intervenían en sus películas. Se había divorciado tres veces y todas ellas a causa de sus infidelidades.

—En cuanto a Drake —prosiguió—, es un gran profesional al que no se le relaciona con escándalos de acoso o sobornos a cambio de favores sexuales. Si te hiciera alguna proposición de ese tipo y la rechazas, no creemos que insista ni vaya a eliminar a Lori de la lista de candidatas, y menos sin comprobar sus aptitudes para ese papel.

—Bien. En caso de que se resuelva satisfactoriamente, piensa que yo no conozco nada del mundillo en el que mi hermana se mueve. Me resultaría imposible conversar con él. Descubría enseguida que soy un fraude —expuso con creciente angustia.

—No debes temer nada. Lori nunca se ocupa de temas técnicos, es algo que deja a mi cargo. Tendrás que estudiar un poco la trayectoria del director y algunos temas más relacionados con la industria del cine. Eres inteligente y tienes buena memoria; te resultará fácil. Lo único que debes hacer es mostrarte simpática e interesada en todo lo que diga y dejarme los detalles a mí. Yo estaré siempre a tu lado, apoyándote y ayudándote en lo que puedas necesitar, al igual que he hecho hasta ahora. Como Drake no habla ni una palabra de castellano, la conversación se desarrollará en inglés. De esa forma, si hay algo que no sabes o no deseas responder, solo tendrás que fingir que no lo has entendido. El dominio que Lori tiene de esa lengua es menor que el tuyo; deberías tenerlo presente para no ponerla en un aprieto en el futuro.

Por mucho que Miguel se esforzaba en hacerle creer que era una tarea fácil, a Cristina seguía pareciéndole un desatino. ¡Qué locura! Había perdido la razón cuando aceptó tomar parte en aquel tremendo enredo.

—¿Y si se empeña en hacerme la prueba para el papel?

—Simularemos una repentina enfermedad que te obliga a estar en cama durante unos días o el tiempo suficiente para que él tenga que marcharse. Y si nos lo reclama, presentaremos un certificado médico.

Los argumentos eran válidos desde cualquier punto de vista, pero Cristina consideraba que ya había llegado demasiado lejos y no debía dar un paso más. Sin embargo, no tenía valor para dejar a su hermana en la estacada cuando más la necesitaba.

Comenzó a pasearse nerviosa por la habitación. Estaba asustada ante

la inmensa responsabilidad que había recaído sobre ella y, al mismo tiempo, se sentía en la obligación de cumplir con su promesa. Se paró y lo miró.

—¿Cuándo y dónde se llevaría a cabo la entrevista? —preguntó con la esperanza de que ese momento estuviese lejano.

Miguel se revolvió inquieto en su asiento y Cristina se puso alerta.

—Un jeque árabe da mañana una fiesta en su mansión y Drake está entre los invitados. Al enterarse de que te encuentras por la zona, ha pedido que asistas para veros allí. Las invitaciones ya se han enviado, según me ha informado su ayudante.

—¿Mañana? ¡No puedo estar lista en tan poco tiempo! —Su rostro empalideció y su voz mostró el horror que le atenazaba la garganta como una mano de hierro.

—Lo estarás. Te he preparado unos expedientes con la información que necesitas sobre Drake. Tienes tiempo suficiente para estudiarlos. Por lo demás, has aprendido a comportarte como Lori y a imitar bastante bien su voz. Si te limitas a sonreír, coquetear un poco y me dejas a mí el peso de la conversación, no deberían surgir contratiempos. Es un admirador de las mujeres hermosas y tú lo eres; no creo que repare en nada más de momento.

Ella se llevó las manos al rostro en un gesto de impotencia. Miguel se acercó a ella y la rodeó con sus brazos en un intento por reconfortarla.

—No tengas miedo, por favor; todo saldrá bien. Acuéstate y descansa. Mañana lo verás de distinto modo y te convencerás de que el proyecto tiene grandes posibilidades.

Cristina se despidió con un leve beso en la mejilla y se dirigió a su habitación. En las próximas horas tendría que enfrentarse a muchas dificultades y necesitaba estar descansada.

Al día siguiente, nada más levantarse, Miguel entregó a Cristina la información sobre la vida y la actividad profesional de Jason Drake para que la estudiase. Después de comer, se reunió con él para repasar lo que había leído y practicar algunas de las frases y actitudes favoritas de su hermana. A media tarde comenzó a prepararse para la fiesta.

Había adquirido la suficiente maestría para maquillarse y peinarse como Laura y no le llevó demasiado tiempo hacerlo. Se enfundó un largo y ajustado vestido negro con generoso escote, que mostraba bastante más de lo que le gustaría, con el fin de que el americano estuviera pendiente de aquella parte de su anatomía y no la mirara demasiado a la cara.

Hacía días que había perdido la timidez que en un principio le provocaba mostrar su cuerpo, por lo que ya no le suponía tanto esfuerzo ponerse aquellos atrevidos atuendo por los que su hermana sentía predilección. Ahora los consideraba un recurso eficaz para desviar la atención y disimular las diferencias que existían entre ambas.

Terminó calzándose unas altas sandalias para equipararse a la estatura de su hermana, que la superaba en unos centímetros, y se adornó con las vistosas joyas a las que Laura era tan aficionada. Cuando se miró al espejo, sonrió satisfecha. Se parecía tanto a Lori Martel que nadie notaría la diferencia. Le generó algo más de confianza en sí misma que Miguel opinara de igual modo.

Partieron para la residencia del jeque árabe donde se celebraba la fiesta. Cristina intentaba disimular la inquietud que la dominaba, y que Miguel no dejó de advertir.

—Todo saldrá bien, Tina. Yo estaré a tu lado en todo momento —la tranquilizó cuando aparcaron ante la puerta de la enorme mansión.

Cristina asintió de forma automática. Colocó en su rostro la sensual sonrisa que caracterizaba a su hermana y se preparó para el durísimo examen que debía superar.

Nada más abrir la puerta de la limusina sintió los flashes de los fotógrafos cegándola y sus voces formulando preguntas sin cesar. Se limitó a sonreír y, con Miguel a su lado, entraron en la residencia. Siguieron al mayordomo hasta un enorme jardín en el que estaban reunidas un gran número de personas sentadas en las mesas o deambulando por él. En una esquina habían dispuesto el bufé y numerosos camareros paseaban con bandejas llenas de copas y canapés. En otra zona una orquesta amenizaba la velada y, ante ella, varias personas bailaban al compás de la música.

El que la fiesta estuviese tan concurrida era una ventaja para Cristina porque pasaría desapercibida entre tanta gente famosa a la que admirar. Pero ella no era consciente de su atractivo, realzado por el escotado vestido, y de la curiosidad que despertaba la famosa Lori Martel.

Tuvo que saludar al anfitrión, que se había mostrado muy interesado en conocerla desde que se enteró de su asistencia, y a muchos de los invitados. Como siempre, contaba con la ayuda de Miguel, que no se despegaba de su lado y la iba asesorando sobre lo que debía decir.

Tras una larga búsqueda, divisaron a la persona que esperaban encontrar. El director norteamericano estaba sentado en una mesa junto a una bella mujer, y hacia allí se dirigieron.

Jason Drake era un hombre muy atractivo, alto, moreno y con unos penetrantes ojos grises de mirada sagaz. Debía tener poco más de cuarenta años y conservaba una atlética figura. Vestía de forma impecable, con un pantalón oscuro y una chaqueta clara sobre la camisa del mismo tono, que resaltaba su bronceado rostro. Al verles acercarse, se levantó y le cogió una mano a Cristina para besarle el dorso.

—Es un verdadero placer conocerla en persona, señorita Martel. —La ardiente mirada que posó sobre ella no desmentía sus palabras.

—Gracias, señor Drake; estoy feliz de saludarle —contestó Cristina en un tosco inglés.

—He de decirle que resulta mucho más hermosa al natural que en sus películas. La iluminación y el maquillaje no fueron los más acertados para realzar su belleza; algo que tendremos que corregir si llegamos a un acuerdo.

—Es usted muy amable —respondió con seductora sonrisa—. Le presento a mi agente, Miguel Salcedo.

Los dos hombres se saludaron de forma cordial. Miguel se disculpó ante el americano por la poca desenvoltura que su representada mostraba con el idioma y le aseguró que estaba haciendo grandes esfuerzos para mejorarlo. Le indicó que cualquier cosa que deseara comunicarle a la actriz, él se lo traduciría si no era capaz de entenderlo.

Tras el breve coloquio, se sentaron a la mesa y el director les presentó a su acompañante, Bárbara Barnes. Miguel había indagado sobre su nueva pareja. Se trataba de una vedette de revista en Las Vegas, a la que Drake había conocido un par de meses antes y que, sin duda, pretendía llegar al estrellato a través de él.

Desde el primer momento, la mujer se dedicó a observar a Cristina con gesto ceñudo, con el que quería darle a entender que no se atreviera a cazar en ese terreno por ser su coto privado. Ella lo ignoró y, siguiendo el consejo de Miguel, se dedicó a sonreír y mostrarse interesada en todo lo que el director decía.

Drake era un hombre encantador que sabía halagar a una mujer, de ahí su merecida fama de conquistador. No dejó de elogiar su belleza y sus dotes de actriz, mostrándose en todo momento con perfecta caballerosidad. Le comentó que había visto sus últimas películas y le parecía la persona idónea para el papel, aunque debería someterse a la prueba de actores antes de decidirse a firmar el contrato; todo ello sin apartar los ojos de su escote y haciendo caso omiso del visible enfado de su acompañante, que intentaba por todos los medios llamar su atención.

CAPÍTULO 9

—¿No me presentas a tu amiga, Jason?

Cristina se sobresaltó al escuchar aquella voz a su espalda y se giró despacio con la esperanza de estar equivocada. No fue así. Se trataba del hombre del barco, el que la había atropellado con la tabla de windsurf. La miraba con sonrisa traviesa, y ella comprendió que la había reconocido y se divertía ante su apuro.

—No te molestes, lo haré yo mismo —rectificó—. Ryan Caine para servirle, señorita Martel. —Se inclinó en un gesto teatral y le cogió la mano.

—En… encantada —logró balbucir, aturdida por la impresión.

—He de decirle que es mucho más bella al natural que en la pantalla —reconoció, al igual que Drake momentos antes.

Cristina se limitó a sonreír de forma forzada e intentó retirar la mano que aún sostenía. Ryan acarició con sus largos dedos la parte interna de su muñeca y ella sintió un estremecimiento ante la sensual caricia, a lo que él sonrió con satisfacción.

—Tenía muchas ganas de saludarla, aunque es como si nos conociéramos. Debe ser porque he visto todas sus películas. —Su voz y su mirada chispeante revelaban una secreta diversión.

Cristina no supo qué decir ante esa alusión a su anterior encuentro y prefirió simular que no lo había entendido. Volvió su rostro hacia Miguel, que le tradujo el comentario.

Ryan centró su atención en el hombre moreno de rasgos anodinos que la acompañaba.

—¿El nuevo… guardaespaldas? —preguntó con ironía.

A Miguel no le agradó el tonillo irónico que aquel sujeto mostraba, pero al que debía deferencia por ser amigo del director. Alargó la mano para estrechar la de Ryan.

—Soy Miguel Salcedo, agente artístico y consejero legal de la señorita Martel.

—¡El agente! Entonces le dejaré que trate los detalles técnicos con Jason mientras la señorita Martel y yo nos servimos algo de cena; ¿vamos? —Sin darle opción a responder, la cogió del brazo y la obligó a levantarse.

Cristina inició una protesta, que murió en sus labios antes de

verbalizarla. Miguel hizo intención de acompañarles y ella lo tranquilizó con una significativa mirada. Sabía lo que Caine pretendía y no podía negarse a obedecer o se arriesgaba a que descubriera ante los demás su anterior encuentro.

Con una sonrisa forzada le siguió hacia la mesa del bufé. Él no se paró allí y continuaron alejándose de la concurrida zona hasta adentrarse en la parte más oscura y desierta del jardín. Ryan se detuvo junto al muro que lo cerraba por ese lado. Cristina apoyó la espalda y él la bloqueó con su cuerpo.

—Ahora, explícame por qué te marchaste ayer a nado, desoyendo los consejos del sanitario y arriesgando tu vida de forma tan imprudente –le exigió.

Cristina sintió un creciente desasosiego, no solo por la irritación que advertía en sus palabras, también por la sensación que su proximidad le provocaba. Intentó aquietar los acelerados latidos de su corazón. No pensaba dejarse intimidar.

—Ya le dije que tenía mucha prisa y no podía quedarme más tiempo —justificó con bastante aplomo.

Temía su reacción y las complicaciones que pudiera causar cuando advirtiese los cambios que se habían producido en ella. Tampoco le apetecía que le mencionase a Miguel su anterior encuentro.

—Cierto, e imagino que debía tratarse de algo muy importante para cometer esa estupidez. ¿De qué se trataba? ¿Tal vez un encuentro clandestino con tu último amante?

Cristina se sorprendió ante la conclusión a la que había llegado, que no era difícil de deducir si se estaba al tanto de la trayectoria de su hermana. Por una vez se alegró de que Laura fuese una devoradora de hombres. Una cita clandestina era la mejor solución para explicar su aventura de la tarde anterior.

—No pienso responder a sus impertinentes preguntas, señor Caine. No es de su incumbencia lo que haga o deje de hacer —se defendió—. Y ahora, si me disculpa, debo regresar con los demás.

Intentó zafarse del cerco que aquellos brazos mantenían en torno suyo y solo consiguió que este se estrechara más.

—Aún no hemos terminado. —Su enfado era cada vez más evidente —. Y claro que era de mi incumbencia; ¡estaba preocupado por tu salud! Te estuve buscando durante horas, ¿sabes? Primero dando vueltas con la barca, por si habías sufrido un desvanecimiento a causa del golpe; luego por los alrededores, al comprender que estabas sin ropa y sin dinero. Llegué a acudir a la policía para comprobar si habían encontrado algún cuerpo en el mar o alguien había denunciado la desaparición de una mujer en las últimas horas. Esta mañana igual,

hasta que recordé dónde había visto tu cara y comprendí la razón de que llevaras una peluca oscura en la bolsa. ¿Comprendes la preocupación que me has causado por tu insensata decisión de marcharte sin despedirte?

Cristina se sintió avergonzada. Entendía su enfado. En circunstancias normales no habría actuado de forma tan grosera. El problema era que no podía decirle la verdad sin descubrir que estaba cometiendo un delito.

—Lo siento. No pensé que llegaría a esos extremos. Le expliqué que era una buena nadadora, y que me encontraba bien.

—Lo que no querías era que descubriera tu cita clandestina, ¿no es cierto? —seguía empeñado—. Imagino que tu nuevo amigo no quiere que lo relacionen contigo. ¿Otro marido descontento?

Se acercó más a ella para mirar el brillo de sus ojos, que lo atraían como un imán. Olvidada su inicial indignación por lo ocurrido el día anterior, reconocía que aquella embriagadora mujer le tenía subyugado pese a la sórdida reputación que arrastraba y que él detestaba en cualquier persona.

La primera vez que la vio no la reconoció. En esa ocasión mostraba una imagen muy diferente de la que aparecía en sus películas. Fue al recordar dónde la había visto cuando comprendió su extraña reacción y el hecho de que llevase una peluca en la bolsa. Lo que no aprobaba era el cambio del color de los ojos. Él prefería los bonitos iris verdes con reflejos dorados que lo habían mirado con furia a aquellas insípidas pupilas azul violáceo que mostraba en público. ¿Por qué camuflaba uno de sus mayores encantos? ¿Y por qué tenía su cabello de aquel rubio estridente cuando su imagen ganaría con su natural color oscuro? Las mujeres eran incomprensibles y las actrices aún más, se dijo convencido.

—No voy a darle ninguna explicación —contestó resuelta, e intentó apartarlo para marcharse de allí. Estaba más preocupada por las sensaciones que él le suscitaba que por sus comprometidas preguntas.

—Antes dime, ¿mereció la pena el riesgo que corriste o acabó decepcionándote? —susurró a escasos centímetros de su rostro.

Cristina reaccionó ante el calor que emanaba el cuerpo tan cerca del suyo. Su respiración se aceleró y una creciente excitación comenzó a extenderse por su interior.

—Apártese. Debo regresar. —Intentó dotar a su voz de una convicción que no sentía. Resultaba muy peligroso el torbellino de emociones que experimentaba bajo su encendida mirada.

Ryan pareció no oír sus palabras. Le retiró el largo flequillo y la observó a la brillante luz de la luna que iluminaba aquel apartado

rincón.

—Eres muy hermosa. No deberías permitir que el cabello te ocultase el rostro. —Se acercó con lentitud para darle tiempo a que se negara. Ante su muda aceptación, posó los labios en el hueco del cuello mientras sus manos se deslizaban por su cuerpo con lentitud.

Cristina se dijo que debería rechazarle, resistirse al menos… y no lo hizo. Se asombraba de que su cuerpo no hubiese reaccionado ante ese contacto con repulsión, al igual que le sucedió en ocasiones anteriores. Percibía la ardiente respiración en el cuello y la firmeza del torso masculino pegado al suyo y, en vez de asquearla, le excitaba como nada antes lo había hecho. Y esa urgente necesidad que iba creciendo en su interior no era otra cosa que furioso deseo.

estaba demasiado ocupada asimilando.

—No debería… —intentó resistirse a las sensaciones que le provocaban sus caricias, pero no hizo nada para impedirlo.

—Claro que debes. Lo deseas, ¿no es cierto? —le susurró junto a su oído con ronca entonación.

El agónico gemido de Cristina cuando él le lamió el lóbulo de la oreja fue respuesta suficiente para Ryan. Inhaló con fuerza su aroma y continuó explorando su cuello. Las aceleradas palpitaciones del pulso le confirmaban su estado de excitación y, con un gruñido de satisfacción, le tomó la boca en un beso apasionado.

Cristina se olvidó de los reproches que su parte racional le hacía y se dedicó a sentir; sentir su boca devorando la suya, unas veces suave y otras ardiente, sentir sus manos abrasando su piel, acariciantes, incitadoras…

Sin darse cuenta alzó los brazos y los enroscó en su cuello. Acarició la espesa mata de suave cabello y se pegó más a él. Dominada por un ansia que no atinaba a controlar, levantó su cabeza para besarle con voracidad. Su propia osadía la desconcertaba. No le importaba el lugar en el que se hallaban ni que ella no fuese la persona a la que Ryan deseaba.

Él gruñó ante la apasionada respuesta de Cristina y sus manos se volvieron más osadas. Las deslizó hasta sus nalgas y le hizo sentir su ardiente virilidad.

CAPÍTULO 10

—¿Lori?

Ryan ahogó un gemido de frustración y maldijo entre dientes. Cristina, por su parte, emitió un débil grito de sorpresa al reconocer la voz de Miguel que la llamaba.

—Marchémonos de esta estúpida fiesta —dijo él. La agarró del brazo y se encaminó hacia la salida evitando las zonas más concurridas.

Cristina le siguió con docilidad, aún confusa por los momentos de turbación vividos. Los sonidos de la cercana reunión la devolvieron a la realidad y se percató de todo lo sucedido. ¡Había estado a punto de tener una relación sexual con un hombre al que apenas conocía y contra el muro de un jardín! Y lo peor era que no lo había evitado una repentina recuperación de la lucidez o del sentido de la moral, sino la oportuna voz de Miguel.

Cristina se detuvo. No podía irse con Caine. Ella no era tan atrevida como su hermana ni estaba acostumbrada a ese tipo de aventuras. Había sido educada en unas rígidas normas de conducta y, aunque estaba obligada a interpretar un papel, no lo haría hasta ese punto por mucho que lo deseara. Además, no iba a abandonar el lugar sin una explicación; Miguel se preocuparía y Drake se sentiría ofendido.

—No voy a marcharme.

—¿Qué has dicho? —inquirió Ryan, y le soltó el brazo que ella intentaba liberar.

—Lo que ha oído. No pienso ir a ningún lugar por ahora —repitió con decisión.

Ryan la miró con los ojos entornados.

—¿Pretendes insinuar que no vamos a terminar lo que hemos iniciado? —La decepción que sentía era patente en el tono de su voz.

—Eso es lo que acabo de decir.

—¿Y cuál es la razón de esta súbita frialdad? No me negarás que hace unos minutos estabas más que dispuesta a que te tirase al suelo y te poseyese allí mismo. Solo te ha faltado pedirlo.

La veracidad de las palabras y el brillo acusador de sus oscuros ojos provocó un agudo bochorno en Cristina. Tenía razón: había alentado sus expectativas cuando debió cortar de raíz cualquier insinuación por su parte; pero Ryan la atraía de forma irresistible. Había comenzado a

desearlo desde el mismo momento en que se despertó tras el accidente y lo vio ante ella. Pensó que era el hombre más atractivo que había conocido en su vida, con su rostro de varoniles rasgos, sus ojos de inquietante mirada y su físico portentoso. Todo él le pareció magnífico y su recuerdo la había estado persiguiendo desde entonces. Por esa razón no había podido resistirse a su arrolladora masculinidad. Ahora, que no se encontraban entre la dulzona fragancia de los jazmines, debía razonar de forma coherente.

—No es cierto —mintió.

—¿Que no es cierto? Tú tenías tantas ganas como yo. ¿O quieres hacerme creer que todos tus gemidos y suspiros eran fingidos? —inquirió alzando la voz.

Cristina se alarmó. Temía llamar la atención de los concurrentes y provocar un escándalo, algo que debía evitar a toda costa.

Miguel apareció en ese momento.

—Lori, llevo un rato buscándote —dijo. Observó su agitación y el gesto contrariado de Caine y preguntó—: ¿Tienes algún problema?

—No, yo… —comenzó a decir Cristina.

—La señorita y yo estamos tratando un tema importante y nos gustaría hacerlo en privado; si nos disculpa… —terció Ryan, y volvió a agarrar el brazo de ella.

Miguel la miró con estupor.

—¿Es así, Lori?

A Cristina la consumía la incertidumbre. No debía alejarse de la protección de Miguel y, al mismo tiempo, tenía que impedir un enfrentamiento entre ellos. Miró a ambos. La actitud belicosa de Ryan daba a entender sus intenciones y Miguel, consciente de ellas, parecía decidido a no dejar que se marchase con el americano.

La oportuna llegada de Jason Drake salvó la embarazosa situación y Cristina respiró más aliviada.

—Al fin la encuentro, Lori. Mi amigo es un desconsiderado por monopolizarla de esta manera —dijo de forma relajada al percatarse de la tensión reinante entre los tres. Y dirigiéndose a Ryan—: Debes permitir que descubra por mí mismo los encantos de la señorita Martel. Ya sabes que no me dejo guiar por la opinión de los demás en temas tan importantes para mí.

La mirada y el tono de voz empleado hizo comprender a Ryan lo inadecuado de su actitud.

—¿Bailamos, querida? —pidió a Cristina con la intención de alejarla. Sin esperar su respuesta, la cogió del brazo y caminó hacia la pista de baile. Al llegar, la enlazó por la cintura y la hizo girar con

maestría al son de la música. Esa era otra de sus habilidades de seductor que debía añadir a la lista, pensó Cristina.

—Me ha dicho tu agente que os ha sorprendido mi visita —comentó Jason con la esperanza de que ella le entendiera.

—Es cierto, señor Drake…

—Jason, por favor —la interrumpió con una deslumbrante sonrisa.

—Es cierto, Jason. No esperábamos verte hasta dentro de un mes, en Los Ángeles, como estaba previsto. —Cristina se esforzaba por no demostrar el dominio que poseía de la lengua inglesa.

—Confío en que no te haya supuesto un inconveniente interrumpir las vacaciones.

—Al contrario, ya empezaba a aburrirme de tanta inactividad. —Imitó el acento afectado de su hermana al comentar.

—Me alegro. Deseo dejar concluido el tema antes de marcharme a Praga a principios del mes próximo. —Ante el gesto de confusión de ella, añadió—: Me refiero a la prueba pendiente, querida. Tendremos que adelantarla.

Ella disimuló el estremecimiento que sintió y quiso eludir el tema.

—Esos asuntos debes tratarlos con Miguel. Él se encarga de gestionar mi agenda.

—Así lo haré. Y ahora, dejemos de hablar de negocios y disfrutemos de la velada, ¿te parece?

Cristina asintió y él la estrechó un poco más.

Jason estaba intrigado con ella por varios motivos. En primer lugar, daba la impresión de ser una persona diferente a la atrevida y caprichosa actriz que le habían descrito. Esta parecía una joven juiciosa y amable con la que se llevaría de maravilla. No soportaba a las divas, o a las que pretendían serlo. Y le complacía que se defendiese con soltura en su idioma, aunque su agente insistiera en que le faltaba fluidez.

Con todo, lo que le había dejado perplejo eran aquellos generosos senos que ahora se aplastaban contra su pecho. No había podido dejar de admirarlos desde el momento en el que apareció por el derroche con el que los mostraba. Confiaba en que ella hubiese decidido agrandarlos y no que se tratase de una ilusión óptica fruto de algún sujetador milagroso.

Cristina miró hacia la mesa que habían ocupado con anterioridad y observó un gesto de preocupación en Miguel. Sentada junto a él estaba Bárbara, que le lanzaba miradas asesinas. A quien no logró descubrir por ningún lado fue a Caine.

Respiró algo más tranquila. Debía de haberse cansado de esperar y

se había marchado. Con un poco de suerte, no lo volvería a ver. Que ese pensamiento le provocara un cierto desconsuelo era algo que se negaba a admitir.

Acabada la pieza, regresaron a la mesa. Cristina se disculpó y se ausentó. Deseaba estar unos momentos a solas para reflexionar sobre los últimos acontecimientos y poner orden en sus alterados sentidos.

Se dirigió al interior de la vivienda y entró en uno de los baños. Se refrescó la cara y retocó el maquillaje. Una vez calmada, salió dispuesta a representar su papel lo mejor posible durante un rato más.

Iba ensimismada en sus pensamientos cuando tropezó con un cuerpo alto y fuerte. Musitó un descuidado «perdone» y quiso continuar. No pudo. Dos fuertes brazos se lo impidieron. Levantó la cabeza para encontrarse con aquel atractivo rostro que conocía bien.

—Hola de nuevo —se burló Ryan—. ¿Has cumplido con tus obligaciones profesionales? ¿Podemos marcharnos ya?

Cristina abrió los ojos con asombro ante su persistencia. Miró a su alrededor. Estaban en un rincón poco transitado y protegido por una gruesa columna, por lo que nadie los veía desde el exterior; ni Miguel, al que necesitaba para que la librase de Caine, y de ella misma. El cosquilleo del deseo comenzaba a manifestarse en su interior con el simple contacto de su cuerpo y el brillo apasionado de sus ojos.

—¿No contestas? ¿Tienes otro compromiso? —continuó Ryan ante el mutismo de ella—. Te prometo que no te arrepentirás si decides acompañarme. Te haré gozar como nunca durante muchas, muchas horas —susurró con aquella grave y sensual voz que tenía el poder de aletargar sus sentidos.

Cristina se sintió arder ante aquellas palabras y lo que encerraban. Un alarmante abandono la invadió y pensó que sería maravilloso compartir momentos de pasión con aquel hombre que le provocaba sensaciones desconocidas hasta ahora; pero no podía permitirlo y por muchas razones, a las que tenía que añadir otra no menos importante: su falta de soltura en temas sexuales. Ryan lo advertiría y le haría sospechar que no se trataba de la verdadera Lori Martel.

Si en algo se consideraba incapaz de imitar a su hermana era en su gran experiencia con los hombres, que había sido aireada hasta la saciedad por ella misma y por gran parte de sus amantes. El que hubiese dejado de ser virgen por una desafortunada casualidad no quería decir que fuese una maestra en esos temas; Laura sí lo era.

Cristina se tensó y dijo con tono resuelto:

—Lo siento mucho, señor Caine. No tengo intención de abandonar la fiesta aún; y, cuando lo haga, será para ir a casa en compañía de mi agente.

Ryan la miró irritado.

—¿A qué juegas? ¿O es que tienes algún problema conmigo? Me han comentado que no sueles tener escrúpulos con quién te llevas a la cama.

Conocía las historias sobre la generosidad con la que repartía sus favores a todo aquel que le repercutiera un beneficio. Cuando se enteró de ese despreciable modo de obtener contratos, sintió una innata repulsión por la actriz que Jason tenía tanto interés en contratar para su próxima película, que él financiaría en parte al igual que había hecho con otras.

No le gustaban los actores que comerciaban con algo más que su talento para conseguir una oportunidad y consideraba que ese tipo de publicidad era negativa para cualquier producción que se preciara de serio. Su amigo acabó convenciéndolo de lo estupenda actriz que era y de que su reputación no le perjudicaría en Estados Unidos al ser una desconocida; en cambio, sería un buen reclamo en los países iberoamericanos, donde se proyectaban con éxito sus películas y gozaba de mucha popularidad. Eso fue antes de conocerla. Ahora, bajo el hechizo de su irresistible atractivo, no consentiría que sus reparos morales le impidiesen disfrutar de lo que ella quisiese darle.

Cristina se vio en la necesidad de defender a su hermana aun sabiendo que él llevaba razón.

—¡Me está insultando! —exclamó, y lo miró furiosa.

—Solo me hago eco de los comentarios que circulan por ahí. Como coproductor de la película en la que tienes intención de participar, es mi obligación saber dónde voy a invertir mi dinero.

Esa información desconcertó a Cristina. Nadie le había advertido que Caine era uno de los productores de la película y que, probablemente, tenía poder para influir en la adjudicación del contrato. No era aconsejable desairarle, así que tenía que encontrar una excusa para evitar irse con él sin herir su orgullo masculino. Se encontraba en un gran aprieto y no sabía cómo salir de él. ¡Si estuviese Miguel allí para ayudarla!

El pensar en el agente de su hermana le dio una idea.

—No debería dar crédito a todo lo que se dice, señor Caine. Y en todo caso, las cosas han cambiado. Estoy enamorada y pienso serle fiel a mi prometido —confesó con fingida sinceridad.

Ryan la miró de forma intensa.

—¿Sí? ¿Y quién es el afortunado? —preguntó suspicaz.

—Miguel, mi agente artístico. No hemos decidido aún publicar nuestro compromiso y le agradecería que no lo divulgase. Tenemos

pactada la exclusiva con una revista.

Ryan continuó mirándola. ¿Qué clase de mujer era aquella que afirmaba estar enamorada de un hombre y se entregaba a las caricias de otro? ¿Cómo era tan insensible, tan despiadada? No debería extrañarle. Era una oportunista, aunque se empeñase en negarlo, y él se había dejado engañar por su aparente inocencia. ¡Si llegó a sonrojarse al descubrir su desnudez la primera vez que se vieron! Sin duda, era una gran actriz.

Si estaba comprometida y quería serle fiel a su futuro marido, ¿con quién se había citado la tarde anterior? No iba a convencerle de ese pretendido amor por su agente. Su comportamiento no era el de una enamorada; aunque él no podía opinar. No había visto a ninguna hasta ahora.

—En ese caso, no es cuestión de insistir. —Su voz sonó mordaz—. Permíteme que te felicite y te desee un futuro feliz. Espero hacerlo con el novio antes de que acabe la velada.

—Gracias. Ahora, he de volver con mi prometido. Estará buscándome.

Cristina se marchó con rapidez. Tenía que hablar con Miguel antes de que Caine cumpliera su promesa y lo felicitara por su supuesto futuro matrimonio.

CAPÍTULO 11

Cristina se sentía aliviada por haberse librado de la persecución de Ryan, pero había creado un nuevo problema al afirmar que Miguel era su prometido.

Al salir al jardín le vio sentado en la mesa en compañía de Jason y su amiga. Se acercó a ellos, cogió a Miguel de la mano y tiró de ella para que se levantase.

—¿Vamos a bailar, cariño? —pidió con su tono más tierno y seductor—. No hemos tenido la oportunidad de hacerlo en toda la noche.

Miguel obedeció sin comprender a qué se debía ese insólito comportamiento.

—Tus deseos son órdenes para mí. —La enlazó por la cintura y ambos se dirigieron hacia la pista de baile.

—¿Qué ocurre, Tina? —le preguntó en cuanto estuvieron lejos de oídos curiosos.

Cristina se acercó más a él, le rodeó el cuello con sus brazos y pegó la mejilla a su rostro en un revelador gesto de intimidad.

—¿Sabías que Ryan Caine es coproductor de la película?

—Sí, me lo acaba de comentar Drake. —No le entusiasmaba el asunto y lo demostró con un gesto de fastidio—. Son viejos amigos y han participado juntos en varios proyectos. ¿Cómo te has enterado?

—Me lo ha confesado él mismo cuando ha intentado que nos marcháramos juntos. Parece que la fama de mi hermana ha saltado el charco y le precede donde quiera que vaya.

A Cristina le avergonzaba admitir que ella había alentado esa proposición. Caine no la había coaccionado en ningún momento. Lo que consiguió se lo había dado ella libremente cegada por el deseo. Tampoco quería reconocer que, si no estuviese representando esa farsa, habría acabado accediendo a lo que él pretendía.

—Siento que hayas tenido que escuchar esas proposiciones. Nunca fue nuestra intención que te vieras involucrada en ningún conflicto. Tu hermana te quiere y no te expondría a ese riesgo de haberlo sabido.

—Lo sé, Miguel, y no os culpo. Han sido las circunstancias, que se

han complicado más de lo que imaginábamos —reconoció sin acritud—. Para evitar futuras insinuaciones y que no se vea perjudicada la relación con los americanos, creo que he encontrado una solución aceptable.

Él la miró perplejo.

—Explícate, por favor. —No se le ocurría ninguna solución que justificara ese radical cambio de comportamiento en la actriz. De encontrarse allí la auténtica Lori Martel ya estaría en la cama con el productor o el director de la película, por mucho que le doliera reconocerlo.

—Le he dicho que estoy enamorada de ti y que pensamos casarnos en breve.

Miguel dejó de bailar y la miró con auténtico asombro.

—¿Qué? ¿Enamorada de mí?

Cristina estrechó el cerco de sus brazos y le dio un leve beso en los labios. Había descubierto que Ryan los observaba y quería convencerle de que se amaban.

—Por favor, intenta comportarte como si lo estuviésemos. Él no nos quita ojo de encima. Tal vez no me ha creído.

—No creo que sea la mejor forma de resolver este escollo. Al igual que él, lo advertirá todo el mundo y en los próximos días aparecerá en la prensa la noticia de que Lori Martel y su agente estaban bailando en actitud demasiado cariñosa para tratarse de una relación profesional. A tu hermana no le va a gustar nada la noticia, te lo aseguro.

—Pues tendrá que aguantarse o que no me hubiese pedido que la ayudara; además, fue lo único que se me ocurrió en ese momento, cuando me tenía acorralada en el pasillo y… —Calló, ruborizada.

Cristina no podía borrar de su memoria las imágenes de los dos tórridos encuentros con Ryan esa noche, sobre todo en el oscuro rincón del jardín. Se repuso con esfuerzo y continuó explicándole lo sucedido.

—He intentado no desairarle para no poner en peligro el contrato para la película, y me parece acertado. Cuando Laura se reincorpore a la vida activa lo único que tiene que hacer es desmentir los rumores o afirmar que todo ha acabado.

Miguel no quería imaginar la reacción de Lori cuando se enterase. La conocía bien y nunca admitiría de buen grado que la relacionaran sentimentalmente con un tipo como él. Sería perjudicial para su reputación, diría.

—Está bien; lo dicho no se puede cambiar —terció—. Y no es una mala idea. Como bien dices, de ese modo se evitarán futuros

compromisos y justificaremos el retiro de estos días y la escasa asistencia a eventos sociales. Todos pensarán que estamos viviendo una apasionada historia de amor que necesita intimidad.

Miguel sonrió con amargura. Él, que amaba Lori, tenía que representar una comedia con su sustituta cuando lo que deseaba más que nada en el mundo era vivir el romance con la verdadera.

Cristina se daba cuenta del daño que aquello le suponía y sintió una gran pena. De haber encontrado otra solución, no habría recurrido a una tan injusta para él. Esperaba que no le guardase rencor por haberlo metido en aquel embrollo. Otra cuestión era su hermana. Montaría en cólera, pero tendría que resignarse si deseaba continuar con la representación.

Estuvieron bailando durante algunos minutos. Cristina vio a Ryan intercambiar unas palabras con Drake y marcharse a continuación. Volvieron a la mesa para que Miguel ultimase con el director algunos detalles pendientes y decidieron que ya habían cumplido y podían regresar a la villa.

La noche había resultado larga y extenuante. Cristina estaba agotada en todos los sentidos y necesitaba recuperar su identidad y poner en orden sus contradictorios sentimientos.

Como Drake se disponía a abandonar la fiesta en ese momento, los convocó al día siguiente en el lugar donde se alojaba, un barco en Puerto Banús, para continuar conversando y tener la oportunidad de conocerse un poco mejor. Tras darles el nombre y ubicación exacta, se marchó seguido por una encolerizada Bárbara, que no intentaba disimular la hostilidad hacia la actriz española que había encandilado al hombre con el que pretendía casarse.

—Creo que será mejor contarle a Drake nuestro supuesto idilio o podría ocurrir lo mismo que con Caine. Le has causado una gratísima impresión —sugirió Miguel.

Cristina pensó que no le resultaría difícil frenar cualquier tipo de insinuación por parte del director. Él no le provocaba esas tumultuosas sensaciones ni anulaba su voluntad como le sucedía con Caine, al que esperaba no volver a ver.

—No creo que eso le hiciera desistir ni a costa de provocar la ira de esa tigresa que tiene por amiguita. Siento que mi hermana no esté aquí; disfrutaría de lo lindo.

—Y la habría fomentado con gusto, no lo dudes —añadió Miguel.

Ambos rieron aliviados. Las dificultades parecían estar resolviéndose mejor de lo que Cristina creyó en un principio. Esperaba que en la próxima entrevista con Drake se solucionaran todas las cuestiones pendientes y pudiera volver a la tranquilidad que disfrutaba entre los

protegidos muros de la villa.

El camino de vuelta fue tenso. A Miguel se le veía intranquilo y ella estaba perturbada por los recientes acontecimientos. Se sentía culpable por ocultarle su anterior encuentro con Ryan, que no tenía otra finalidad que ahorrarle más preocupaciones, convencida de que no iban a volver a verle.

En cuanto llegaron, Cristina se dirigió a su habitación. Necesitaba descansar para afrontar en las mejores condiciones posibles la dura jornada que le esperaba al día siguiente. Sin embargo, le costó quedarse dormida. No lograba olvidar lo ocurrido horas antes ni se explicaba cómo fue capaz de responder a las caricias de Ryan con tanto apasionamiento.

Cuando logró quedarse dormida, su sueño estuvo plagado de turbadoras imágenes eróticas en las que un hombre alto y atractivo de cabello oscuro y brillantes ojos castaños le hacía el amor de forma incansable, y al que ella respondía con idéntica pasión. Se despertó empapada en sudor y con la respiración agitada; después, le costó volver a dormir.

A la mañana siguiente, oscuras ojeras cercaban los ojos de Cristina y su piel aparecía pálida y demacrada. Miguel se alarmó al ver su aspecto y supuso que era a causa de la inminente entrevista con Drake.

—No te preocupes; lo peor ya ha pasado —intentó animarla—. Te vio ayer y no creo que advirtiera nada sospechoso. Te desenvolviste de forma magistral y él quedó encantado contigo. Hoy será algo similar. Apenas estaremos allí el tiempo necesario para programar todo lo relativo al *casting*, que no harás, y luego pretextaremos un compromiso previo y nos marcharemos. Como partirá para Mallorca esa misma tarde, según me comentó, no tendrás ocasión de volver a encontrarte con él. Ni asistiremos a ninguna fiesta más. Pasaremos el resto del mes descansando en la villa.

Cristina se alegró de que Miguel no adivinase los verdaderos motivos de su desasosiego.

—Soy una tonta por obsesionarme. Todo está saliendo muy bien, pero no puedo evitar agobiarme. Sé lo importante que es para mi hermana conseguir ese papel.

—Te comprendo. También me inquieta el desarrollo de la entrevista de esta mañana, aunque confío en tu capacidad para salir airosa de ella. Lori no podrá reprocharte nada si al final no es seleccionada. Tu actuación está siendo inmejorable. Es afortuna al tenerte como hermana y lo sabe.

Miguel le dio un reconfortante abrazo y Cristina se sintió emocionada por ese gesto.

Tomó un ligero desayuno y se dedicó a mejorar su aspecto para aparecer tan radiante como la ocasión requería. La destreza que había conseguido con el maquillaje logró borrar las huellas de cansancio. Decidió ponerse otro escotado vestido para desviar parte de la atención de su rostro, que iba a ser escrutado a la luz del día. La noche anterior le había dado buen resultado ese sistema; tanto Drake como el resto de asistentes estuvieron más pendientes de su figura que de su cara.

Tras dos intensas horas de trabajo apareció ante Miguel. Le dio su aprobación y se pusieron en marcha para llegar a la cita a la hora acordada. Por el camino, Cristina intentó calmar sus nervios y adoptar un aire de confianza en sí misma que no sentía pese a las palabras de apoyo de Miguel.

Cuando llegaron a Puerto Banús, donde estaba atracado el yate en el que Jason Drake se alojaba, sintió una creciente aprensión. El *Nereus* le resultó muy familiar, pero no podía asegurar que fuera el mismo al que Caine la llevó. Allí había varios de sus características y muy similares entre ellos. Y, en caso de que fuera la misma embarcación, no tenía por qué estar en ella la persona a la que menos deseaba encontrar.

Intentó apartar aquellos negros pensamientos de su cabeza, colocó la sensual sonrisa, tan característica de su hermana, y se preparó para pelear el siguiente asalto.

Drake apareció en una de las cubiertas, les saludó y les invitó a subir. Iba ataviado con un corto pantalón y una holgada camisa, y se cubría con una gorra. No se veía rastro de Caine por ningún lado, lo que la tranquilizó en parte. Había exagerado sus sospechas, reconoció. Tampoco se veía a Bárbara y eso le alegró. No deseaba enfrentarse a la animosidad que le mostraba ni a sus posibles preguntas insidiosas.

Una vez a bordo, Drake la saludó con un beso en cada mejilla y un efusivo abrazo. Les llevó hasta una terraza entoldada en la cubierta de la planta baja y allí se acomodaron. A un gesto suyo, se acercó un camarero para ofrecerles una bebida.

Les comentó que Bárbara y su anfitrión habían ido de compras antes de partir. A Cristina le hubiera gustado preguntarle el nombre del dueño del barco, pero no le pareció oportuno mostrar tanto interés en un desconocido.

Comenzaron a hablar del futuro proyecto y de los preparativos de la prueba. Cristina había estudiado con detenimiento el guion de la película que les había remitido y no tuvo problema en responder a

algunas preguntas que Jason le hizo. Hablaron del resto de actores, unos confirmados y otros aún por decidir, como era su caso, y de las fechas previstas para el rodaje en unos estudios de Hollywood con exteriores en México. A continuación, se dedicaron al tema económico y los problemas legales que pudieran surgir, en el que Miguel tomó mayor parte.

Cristina apenas prestaba atención a lo que ambos hombres discutían. Estaba en tensión, presintiendo que algo iba a ocurrir. No dejaba de mirar en todas direcciones, convencida de que en cualquier momento vería aparecer a Ryan Caine. Ese pensamiento le provocaba tanto inseguridad como expectación, una mezcla que la perturbaba.

CAPÍTULO 12

—¿Te aburres, Lori?

La voz de Drake la hizo volver a la realidad. Lo miró de forma seductora, al tiempo que le dedicaba una amplia sonrisa y apoyaba una mano sobre su brazo desnudo.

—Lo siento, Jason. Me he dejado llevar por la belleza del panorama que se divisa desde este lugar. Imaginaba lo maravilloso que sería hacer un largo viaje en un barco tan magnífico. Además, siempre delego los asuntos técnicos y económicos en mi prometido. Él cuida de mis intereses mucho mejor que yo misma.

Se giró hacia Miguel y le premió con un beso en los labios. Él la enlazó por la cintura y la acercó más a su cuerpo.

—Mi única meta es servirte, amor.

Una voz que Cristina conocía y estaba temiendo oír desde que subió al yate, se escuchó a sus espaldas.

—¡Que conmovedora escena de amor!, ¿no te parece, Jason?

Cristina se volvió con el rostro pálido. Sus sospechas se habían convertido en realidad y él estaba allí, con una sonrisa burlona y la mirada intensa que parecía desnudarla.

—Hola, Ryan. ¿Ya habéis vaciado las tiendas o es que se ha quedado sin fondos la tarjeta de Bárbara? —preguntó Jason.

—Ambas cosas, por suerte. No me apetecía prestarle la mía. No somos tan amigos —respondió el aludido con un guiño de complicidad.

Se sentó con ellos a la mesa y pidió una bebida al camarero. Sin dejar de mirar a Cristina, añadió:

—El único interés en la vida de una mujer parece ser el ver en números rojos las cuentas bancarias propias o las de los hombres que se arriesgan a compartirlas con ella, incluso ambas a la vez. ¿Te ocurre lo mismo, Lori?

Cristina, agarrada al brazo de Miguel, casi había superado la perturbación que la repentina llegada de Ryan le había provocado e intentó adoptar una actitud relajada.

—No hay nada que proporcione tanto placer a una mujer —aseguró con la mayor serenidad que pudo reunir.

—¿Ni siquiera el sexo? —la desafió Ryan.

Ella le mantuvo la mirada con firmeza mientras respondía.

—Ni siquiera el sexo.

—Si opinas de esa manera es porque no has encontrado al amante adecuado —apostillo, y miró a Miguel con una mueca despectiva.

A Cristina le molestó el ataque personal hacia su supuesto prometido, aunque no supo qué responder. Miguel se movió inquieto en su asiento y Drake, desconcertado por la hostilidad que su amigo mostraba por el agente de la actriz, quiso aliviar la tensión que había causado el comentario.

—No recuerdo haberles mencionado anoche que me alojaba en el yate de Ryan, al que ya conocieron. —Ante el gesto afirmativo de ambos, se dirigió a Caine—. Estaba discutiendo con Lori y su agente la fecha de la prueba. Pienso que debe hacerse aquí, para dejar el tema resuelto antes de incorporarme al rodaje en Praga. El señor Salcedo asegura que en verano es muy difícil encontrar un estudio de grabación en condiciones de ser utilizado. Proponen trasladarse el mes próximo al lugar de rodaje y realizar allí la prueba de *casting*; de ese modo, aprovecharíamos el dispositivo técnico del que dispondremos. Además, Lori tiene que seguir perfeccionando su inglés.

—Yo creo que su inglés es muy bueno. —opinó Ryan con los ojos puestos en Cristina. Le intrigaba que su dominio del idioma mejorara cuando estaban a solas y resultara bastante mediocre al hallarse en presencia de Jason—. En cuanto al retraso en la prueba, no creo que sea posible. El mes próximo lo tengo ocupado y no podré desplazarme; y es algo que no deseo perderme ya que mi opinión pesara en la decisión final —dejó caer en sutil amenaza. Miró a Miguel y añadió—: Por lo tanto, le aconsejo que se dedique a buscar un estudio en condiciones o lamentaremos prescindir de la encantadora Lori como candidata para protagonizar nuestra próxima película.

A Jason le sorprendieron las palabras de Ryan. En los varios proyectos que habían desarrollado en común él nunca intervenía en la selección del reparto, confiaba en su buen criterio. ¿A qué se debía tanto interés en esta ocasión? Le notaba cambiado en los últimos días y entendería que se debiese a la presencia de la exuberante Lori Martel. A él le provocaba turbadoras reacciones, pero no hasta el punto de perder los buenos modales.

Cristina apretó el brazo de Miguel. Debía impedir que se fijara la fecha de la prueba antes de que Laura estuviese en condiciones de realizarla. No podía hacerla pasar por ello; sería un auténtico fracaso y terminarían por no contratarla. Tenía que resolverlo de forma conveniente para los intereses de su hermana o se negaría a continuar con la farsa.

Miguel captó el silencioso mensaje que ella le enviaba.

—Haré lo que pueda, señor Caine. Las condiciones técnicas en este país distan mucho de las que se disfrutan en el suyo y no puedo prometerle que lo consiga. Además, con tan poco tiempo…

—En ese caso, no debe demorarse. Póngase a trabajar en ello de inmediato con el fin de dejalo resuelto lo antes posible —le cortó Ryan.

A Miguel le molestó la actitud de Caine. No comprendía sus prisas ni el papel decisivo que representaba en la elección de la candidata. Prefirió no arriesgarse a molestarlo para que no repercutiera negativamente en la resolución del contrato; Lori no se lo perdonaría.

—De acuerdo. Esta misma tarde partiré para Madrid con el fin de localizar un estudio aceptable donde se pueda llevar a cabo el rodaje —concedió con desgana. Le disgustaba que Caine hubiera ganado con tanta facilidad.

—Estupendo. Celebro su buena disposición, Salcedo. Y para que Lori no se quede sola en aquella aislada villa, propongo que nos acompañe en nuestra travesía hasta Mallorca y allí espere sus noticias. Le gustará pasar unos días en la casa que poseo en la isla —expuso Ryan, y sus palabras sonaron más a orden que a sugerencia.

Tanto Cristina como Miguel se quedaron atónitos ante la inesperada invitación. La intención era obvia y ambos lo comprendieron.

—¡No! —exclamó Cristina.

—¿Por qué no, Lori? —preguntó Ryan con fingida inocencia—. Tengo entendido que no tienes ningún compromiso en lo que queda de mes y has mencionado que te encantaría hacer un crucero, ¿no es cierto? Seguro que te divertirás más que permaneciendo sola en Marbella.

—No lo dudo, pero yo… resulta que…

Cristina estaba aturdida y no acertaba a dar una respuesta coherente a su tajante negativa.

Ryan comprendió que la tenía acorralada y se volvió hacia Drake para solicitar su colaboración.

—Jason, ¿no crees que sería beneficioso para todos que la principal candidata para la «Lupe» de *Cruzando la frontera* pasase unos días en nuestra compañía? De ese modo podríamos conocerla mejor.

—Sí, desde luego. Sería estupendo contar con su presencia durante el tiempo que pase en este país.

Cristina miró a Miguel con una súplica en los ojos: no podía acceder a lo que le pedían. No sería capaz de pasar tantos días en compañía de ese hombre, y menos si no contaba con su apoyo. ¿Cómo soportar la

sonrisa de complicidad que no abandonaba su rostro y que le recordaba a cada instante la intimidad que habían compartido?

Hubo un tenso silencio. Miguel no estaba en posición de negarse a las propuestas del americano ni quería meter a Cristina en aquel aprieto; sería pedirle demasiado. Su cerebro, acostumbrado a solucionar con rapidez los problemas que se le presentaban, no acertaba a dar con una salida aceptable para el que tenía entre manos y que contentase a todos los implicados.

Era consciente de que Caine pretendía seducirla. Resultaba evidentes por la forma en que la miraba y el interés en deshacerse de él. No sabía hasta donde había llegado la intimidad entre ellos la noche anterior. Probablemente intercambiaron algo más que un cordial saludo. Cuando los halló en el jardín, Cristina estaba sofocada y él impaciente y fastidiado por la interrupción, lo que revelaba que acababan de mantener un tórrido encuentro.

Miguel enlazó a Cristina por la cintura y la acercó a su cuerpo. Le desazonaba abandonarla a su suerte, pero no le quedaba otra opción que complacer al productor de la película. Solo esperaba que ella fuese hábil y no cayera en sus redes o los planes de su hermana fracasarían.

—El señor Caine tiene razón. Lo solucionaré y me reuniré contigo. —Acalló con un beso la incipiente protesta de ella y continuó con tierno acento—. Seguro que disfrutarás del viaje en barco y, cuando llegues a Palma, yo estaré esperando.

Cristina comprendió que no se podía hacer otra cosa o se arriesgaban a malograr todo el trabajo que habían realizado hasta ese momento; no obstante, lo intentó. Le echó los brazos al cuello e hizo un mohín de disgusto con los labios.

—Sabes que no deseo separarme de ti, Mickey. ¿Por qué no vienes con nosotros y haces los trámites por teléfono? —le pidió, mientras le suplicaba con la mirada que no la abandonase.

—Eso es imposible, cariño. Necesito visitar los estudios y hablar con los técnicos. —Se mantuvo firme. Le resultaba muy difícil mirar aquellos ojos aterrados.

Lo que necesitaba era hablar con Lori para ponerla al corriente de los cambios y dificultades a los que se enfrentaban y hallar entre ambos la mejor solución. Además, quería comunicarle en persona la noticia de su supuesto romance antes de que se enterase por la prensa. Temía que estallara en cólera y eso retrasara su recuperación.

La decepción se reflejó en el rostro de Cristina al ver esfumarse la última oportunidad de evitar aquel viaje y la posibilidad de pasar tanto tiempo con el hombre que la estremecía con solo mirarla. No

estaba segura de poseer la suficiente fuerza de voluntad para resistirse a él.

—¿Todo arreglado? —preguntó Ryan con la intención de cortar aquellas demostraciones de afecto entre ellos que le provocaban un intenso malestar.

—Por supuesto, señor Caine —contestó Miguel sin ocultar su disgusto.

—Estupendo. Puede mandar el equipaje de la señorita por avión a la dirección que le enviaré.

Todos lo miraron con asombro.

—¡No puedo marcharme sin mis cosas! —protestó Cristina. ¿Estaba loco? ¿Cómo iba a emprender un viaje de varios días con lo puesto?

—Serán apenas tres días y Bárbara te puede prestar lo que necesites; o, si lo prefieres, lo compras cuando anclemos en el puerto de Alicante. Acabas de decir que nada te produce más placer que ir de compras, ¿no es cierto? Y creo recordar que una invitada se olvidó algunas prendas de ropa al marcharse con mucha precipitación; seguro que te quedan bien —mencionó. El brillo de su mirada indicaba que se estaba divirtiendo.

—No creo que sea necesaria tanta precipitación, señor Caine. Lori necesita sus objetos personales. Le prometo que estaremos de vuelta en un par de horas. —Miguel intentó convencerlo de lo descabellada que resultaba esa propuesta.

—Me temo que no podemos esperar tanto. El capitán me ha comunicado que se avecina una tormenta por el oeste y debemos zarpar sin demora para evitar que nos alcance. —Ryan se mostró inflexible en ese punto. Por alguna inexplicable razón que no tenía tiempo de analizar, se negaba a que continuase en compañía de su prometido.

A Jason le sorprendió el repentino cambio de planes. Habían quedado en partir a primeras horas de la tarde. Incluso tenían reserva en un restaurante de la localidad para comer.

—Por lo tanto, comprenderá que no tenemos un minuto que perder —continuó Ryan—. Procuraremos que Lori se sienta lo más cómoda posible y la cuidaremos hasta que usted se reúna con nosotros en mi casa de Mallorca. —La mirada de triunfo que dirigió a Cristina fue muy reveladora de sus intenciones.

Debían acatar sus deseos, y así lo entendieron todos.

—Entonces, no les retrasaré más —aceptó Miguel de mala gana, como correspondía a un amante resentido. Se levantó y alargó la mano para estrechar la de Drake—. Confío en tener buenas noticias

cuando nos volvamos a ver. Les deseo una grata travesía.

—Gracias, señor Salcedo. Y no tema; deja a Lori en buenas manos —dijo Jason, en un intento por aliviar la tensión surgida entre los otros dos.

—No lo pongo en duda —respondió Miguel, y miró ceñudo a Ryan. Se despidió de este con una leve inclinación de cabeza y se volvió hacia Cristina—. ¿Me acompañas hasta el coche, amor?

Cristina se levantó y, cogida de su mano, le siguió por la cubierta hasta el muelle.

Jason escudriñó el pétreo rostro de su amigo, que observaba a la pareja dirigirse al coche estacionado a pocos metros del yate.

—Espero que sepas lo que haces, Ryan —le advirtió. Tras unos minutos sin lograr una respuesta, se marchó a su camarote; dudaba que hubiese escuchado sus palabras.

Estaba asombrado por su insólito comportamiento. Lori era una tentadora belleza y comprendía los intentos de Ryan por conquistarla. Él habría hecho lo mismo si no hubiese estado Bárbara allí y si la chica se hubiese mostrado interesada, que no era el caso. Había sido muy reveladora la forma de quitarse a Salcedo de encima para allanar el terreno hasta su cama; una actitud sorprendente en su amigo, que siempre se había caracterizado por la rectitud y honestidad en sus relaciones, tanto laborales como personales. ¡Si hasta le estuvo pagando una pensión a su adúltera esposa cuando le abandonó!

Tampoco se dedicaba a perseguir a las estrellas de sus películas, ni a ninguna mujer, que supiera. Aparte de su esposa, que fue su primera novia, no se le conocían romances hasta que se comprometió con Susan. Por ello, le resultaba tan extraño el comportamiento con la actriz española. Parecía un amante posesivo por la forma de mirarla y los intentos por mantenerla alejada de su prometido.

Debía hablar con él para determinar en qué forma le estaba afectando aquella situación y poner solución al conflicto. No deseaba que complicaciones ajenas al rodaje interfirieran en el mismo, y un romance entre la estrella y el productor habiendo compromisos matrimoniales por ambas partes solo acarrearía publicidad negativa a la película. Él ya se había decidido por Lori para el papel sin necesidad de pasar por *casting* alguno, y no deseaba que nada pudiese hacer peligrar el futuro contrato.

CAPÍTULO 13

Cuando llegaron al muelle, Cristina cogió del brazo a Miguel y le retuvo.

—¡No puedo ir con ellos! —exclamó angustiada.

Miguel vio que Ryan les observaba y continuó andando hacia el coche.

—Por favor, escúchame —le rogó desesperada.

Él se apoyó en el coche, la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia su cuerpo. Cristina, consciente de su intención, no se resistió al abrazo.

—No podemos negarnos a lo que pide, Tina; no sería lógico —le dijo al oído.

—¿Es que no te das cuenta de lo que pretende?

—Perfectamente. Sin embargo, y por mucho que te desee, no te causará problemas si actúas con normalidad. No le considero un acosador; no te obligará a hacer nada en contra de tu voluntad. Y está Drake para impedírselo si fuese necesario.

Era cierto, pensó Cristina. Por su forma de actuar, le había parecido que nunca intentaría aprovecharse de su posición de poder; de hecho, en los dos breves y tórridos encuentros anteriores, no había tomado más de lo que ella quiso darle. Y, como Miguel decía, contaba con la presencia del director y su amiga en el barco; un lugar tan reducido que no facilitaba demasiado la intimidad. Pero lo que más temía era a ella misma, a no poder controlar sus emociones y su voluntad.

De pronto, Miguel soltó una imprecación y se tensó.

—Un periodista nos está fotografiando y no tardará en venir hacia nosotros —le informó en un susurró—. No podemos continuar. Debo marcharme, Tina.

Cristina lo comprendió y asintió en silencio. Era tal la desazón que sentía que le resultaba imposible articular palabra.

—No temas; serán pocos días —intentó tranquilizarla—. Cogió la cartera y sacó todo el dinero que llevaba—. Siento no disponer de más efectivo. Con esto tendrás suficiente para comprarte lo más urgente.

Cristina lo aceptó. Intentaba impedir que las lágrimas asolaran sus ojos.

—Ahora debes regresar al barco antes de que el reportero comience

a hacer preguntas. Intenta actuar como has venido haciendo hasta ahora y todo saldrá bien; ¿me lo prometes?

Ella volvió a asentir. Miguel la abrazó con fuerza y le dio un beso en la mejilla; a continuación, se introdujo en el coche, lo arrancó y se despidió con una sonrisa de aliento.

Cristina quedó desolada. Se sentía desamparada y le asustaba lo desconocido. Reaccionó al oír la voz del periodista que la llamaba. No podía continuar parada en medio del muelle. Debía regresar al barco, aunque tuviera que enfrentarse a Ryan Caine.

Con un esfuerzo, ahuyentó las lágrimas de impotencia y se hizo el firme propósito de impedir que la intimidase. Ella siempre se había caracterizado por su valentía y decisión, que le permitió superar los numerosos obstáculos que se le presentaron en su camino desde bien joven. El papel que representaba le exigía comportarse como una mujer experimentada que sabía desenvolverse en este tipo de situaciones y eso haría. Inspiró con fuerza y se dirigió al yate.

Ryan la esperaba al pie de la pasarela. Cuando llegó a su lado, se plantó ante ella y le cortó el paso.

—Ha resultado conmovedora esa apasionada y dramática despedida, toda una representación para los lectores de las revistas del corazón que pronto tendrán una exclusiva en sus quioscos, ¿me equivoco? —preguntó con sarcasmo.

Cristina lo miró con rencor, olvidando sus buenos propósitos de momentos antes y la promesa que había hecho a Miguel de mostrarse serena y no dejarse alterar por su anfitrión.

—¿Qué le ocurre, señor Caine? ¿Nunca se ha enamorado y por eso no reconoce los síntomas? —En su voz se leía la furia que la dominaba.

—¿De verdad lo estás? Permíteme que lo dude; al menos de él.

Cristina estaba roja de indignación. Se controló, le dedicó una deslumbrante sonrisa y le pidió con fingida amabilidad:

—¿Sería tan amable de indicarme el camarote que voy a ocupar? Estoy algo fatigada y deseo descansar antes de la comida.

—Como desees —Ryan la cogió del brazo y la acompañó al interior.

Bajaron un corto tramo de escaleras y caminaron por el pasillo hasta detenerse frente a una puerta. Ryan la abrió y se hizo a un lado para que ella pasara.

—He imaginado que te gustaría ocupar el camarote que ya conocías de la vez anterior para que te sintieras como en casa, ¿no te parece? —Una ladina sonrisa curvó su boca.

—Este es el suyo, ¿no es cierto? —recordó ella alarmada.

—Lo es. ¿Deseas que lo compartamos?

—¡No!

Ryan soltó una carcajada ante el gesto de estupor de ella.

—Como imaginé que te negarías, he trasladado mis cosas al de enfrente. Seremos vecinos.

—Gracias. Es muy amable.

Cristina vio cómo Ryan se acercaba y se apartó con rapidez. Él continuó en dirección a la cama donde se hallaba la mochila que había dejado en la playa días antes y se la mostró.

—Creo que esto te pertenece. Comprueba si te falta algo de lo que llevabas.

Ella extrajo los objetos de su interior. Advirtió que le faltaba el teléfono móvil y el monedero; no se atrevió a preguntar si los había cogido él.

—Está todo, gracias —mintió.

Ryan aceptó la explicación. Cogió la peluca morena, se acercó a ella y, antes de que pudiera negarse, se la colocó.

—Permíteme. Tengo curiosidad por saber cómo eres con tu color de cabello natural.

Cristina enrojeció al comprender cómo había descubierto que era morena.

Ryan se retiró unos pasos para observarla y, tras unos largos segundos de escrutinio, sonrió complacido.

—Así está mucho mejor —consideró—. ¿Por qué te tiñes de ese color tan excéntrico cuando el cabello oscuro te favorece más? Hace resaltar esos bonitos ojos verdes que tienes.

Ella volvió a sobresaltarse. Esperaba que no se hubiese fijado en el color de sus ojos el día de su primer encuentro; habría sido demasiada suerte.

—El estilista consideró que mi imagen saldría beneficiada con ese cambio.

—Pues creo que debes cambiar de estilista; no tiene ni idea de lo que más te favorece. Es una equivocación camuflar tus encantos naturales bajo esa vulgar imagen de rubia platino con ojos azules. Tendré que hablar con Jason de ello.

—¡No! —gritó asustada. Nadie más debía conocer su secreto.

Ryan la miró desconcertado. Cristina quiso justificar esa exagerada reacción con una explicación convincente.

—Prefiero ocultar los cambios en mi imagen. Como fueron hechos al comienzo de mi carrera, ahora es demasiado tarde para rectificar,

¿comprende?

Ryan no opinaba igual. Se acercó y le colocó una mano bajo la barbilla para elevarle el rostro. Cristina volvió a perderse en aquellos profundos ojos oscuros que lanzaban destellos de deseo y el pulso se le aceleró cuando sintió sus dedos acariciándole la mejilla

—Puedo comprenderlo, si bien no lo comparto. Un cambio favorecedor siempre era beneficioso, aunque eres una mujer preciosa con cualquier color que utilices —admitió, y se sorprendió de que ella no le rechazara cuando deslizó el pulgar sobre su boca para dibujar el contorno.

Cristina separó los labios ante el electrizante roce y tocó el dedo con la punta de la lengua. Él jadeó y se inclinó. Ella supo que la iba a besar y no tuvo fuerzas suficientes para negarse. Se encontraba hechizada, prendida de aquellas pupilas y del ardiente mensaje que trasmitían. Una tenue vocecita en su interior le decía que lo detuviese, que evitase su cercanía o estaría perdida. La ignoró, cerró los ojos y se rindió a las delicias que aquellos labios le proporcionarían. Después vendrían los reproches por haberse dejado seducir, ahora no tenía fuerzas ni deseos para analizar su conducta.

El beso que Cristina presentía voraz y posesivo como en la anterior ocasión, no se produjo. Ryan no llegó a posar su boca sobre ella y permaneció quieto, a escasos centímetros de su rostro. Decepcionada, abrió los ojos y se estremeció ante lo que vio. Él tenía el rostro pegado al suyo y la miraba. La pasión estaba allí, fuerte, impetuosa y férreamente contenida, esperando a que ella tomase la iniciativa... y algo más, un leve reflejo de necesidad mezclado con vulnerabilidad que la emocionó.

Levantó los brazos para enroscarlos en su cuello y se pegó a él. Acercó la boca a aquellos labios anhelantes y le besó con una avidez que nunca había sentido.

Esa era la respuesta que Ryan esperaba e, incitado por el entusiasmo de ella, la estrechó entre sus brazos y respondió con idéntico ardor.

Unos fuertes golpes en la puerta les sacaron de aquella burbuja de ensueño y pasión que los envolvía y los devolvieron a la realidad. Ryan levantó la cabeza expectante. Deseaba que hubiese sido su imaginación.

—¿Señor Caine? —preguntó una voz al otro lado de la puerta, y repitió de forma urgente la llamada.

—¿Qué desea? —preguntó él. Su voz sonó irritada.

—Su prometida ha llamado, señor. Dice que no puede comunicar con usted y le pide que la llame de inmediato.

Ryan soltó una fuerte imprecación y la soltó. Había dejado su móvil

en la cubierta.

—Espérame; volveré en unos minutos —le pidió a Cristina en un susurro. Le dirigió una mirada ardiente, cargada de promesas de placer.

Cristina lo vio salir del camarote y cerrar la puerta. Aún aturdida, se preguntó si no había oído mal. ¿Habían dicho algo de una prometida? Sí, había oído bien. Ryan estaba prometido, algo muy natural; lo que no resultaba normal eran los estragos que esa noticia le provocaba. ¿Por qué tenía que dolerle tanto cuando no debería importarle?

Se sentó en la cama. Necesitaba tranquilizarse y analizar lo que había ocurrido. Tras unos minutos, llegó a la conclusión de que no debía dejarse arrastrar por la atracción que sentía por él ni permitir que se repitieran escenas como la anterior. En nada le beneficiaba acabar enamorándose de un hombre que no era libre y que la creía otra persona. Pero, como había comprobado que no era capaz de controlar las reacciones de su propio cuerpo cuando le tenía cerca y a solas, la única solución era evitar cualquier contacto con él.

Oyó que alguien avanzaba por el pasillo y se precipitó hacia la puerta para echar el cerrojo. Si se trataba de Ryan, eso le impediría el paso. La manecilla de la puerta giró y Cristina contuvo la respiración. Unos suaves golpes sonaron seguidos de una susurrante voz que conocía muy bien.

—Soy Ryan. Abre.

Cristina percibió el deseo en su voz y tuvo que hacer un gran esfuerzo para evitar correr hacia la puerta, arrojarse en sus brazos y volver a sentir el torbellino de la pasión corriendo por sus venas. Se contuvo. Había tomado una determinación y no iba a echarse atrás. Se concedió unos segundos para tranquilizarse y fue a abrir. Se enfrentó a él con el rostro serio.

Ryan intentó entrar y abrazarla. Cristina se mantuvo firme en su sitio y le habló con voz neutra.

—Lo siento, el momento ha pasado.

Él la miró perplejo, como si hubiese recibido un fuerte golpe en la cabeza y no comprendiera lo que le decía. Solo sabía que ella ya no se mostraba receptiva a sus caricias y él continuaba deseándola. Su cuerpo ardía con los restos de la pasión que se había desatado momentos antes.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión con tanta rapidez? —Sus ojos reflejaban la profunda desilusión que le ocasionaba su rechazo.

Cristina luchó para no dejarse enternecer por el desconsuelo que veía en su rostro. Sería tan sencillo rendirse a sus caricias, a sus besos que prometían placeres nunca experimentados. Sería tan maravilloso

convertirse en una mujer entre los brazos de aquel hombre al que, ni en sus más enardecidas fantasías de adolescente, soñó conocer. Pero no podía permitírselo. Debía negarse aun a riesgo de herir su orgullo y exponerse a su rencor.

Lo miró con decisión.

—Fue un momento de debilidad, en el que necesitaba consuelo tras la repentina marcha de mi prometido. La llamada de tu prometida me ha hecho comprender que sería ofensivo para nuestras respectivas parejas continuar con lo que estábamos haciendo, ¿no crees?

A Ryan le dolieron esas palabras. ¿De modo que solo había sido su paño de lágrimas?

—Siento que te hayas enfriado con tanta rapidez. Habríamos pasado un rato muy placentero. —La furia contenida que bullía en su interior se reflejaba en sus ojos; no así en su voz, que sonó fría.

Sin darle tiempo a reaccionar, la abrazó y la besó con fiereza, descargando en esa caricia toda la decepción que sentía. La soltó de inmediato y se marchó.

Cristina quedó aturdida. Era consciente de que Ryan solo quería castigarla, pero había avivado los rescoldos del deseo que continuaban ardiendo en su interior. Se tocó los labios. Ese hombre era peligroso, muy peligroso. Debía apartarse de él antes de que tuviera el poder de herirla.

CAPÍTULO 14

Cristina pensó en inventar una excusa cuando el camarero le anunció que la comida se serviría en unos minutos en el comedor de la primera planta. No se encontraba con ánimos de enfrentarse a Ryan y a su implacable mirada, pero no era la solución; tenía que mostrarse firme. Tampoco debía rehuir sus obligaciones, y estas consistían en conseguir para su hermana el contrato que tanto deseaba.

Ryan no apareció por el comedor; ni Bárbara, que sufría una indisposición. Drake, con el que compartió la comida, hizo gala de su caballerosidad y se mostró muy amable en todo momento y paciente con su torpe inglés. Tras acabar, ambos se retiraron para echar una pequeña siesta.

Como Cristina no estaba acostumbrada, al poco abandonó su camarote y subió a cubierta para disfrutar de la brisa marina. No vio a Ryan por ningún lado y se animó a tender la toalla en la cubierta alta para tomar el sol.

Llevaba un rato bajo los suaves rayos, amodorrada por el balanceo del barco, cuando advirtió una sombra. Al mirar le vio junto a ella, observándola con ojos encendidos.

—¿Molesto?

—De ninguna manera; estás en tu casa —respondió Cristina.

Ryan se tendió a su lado y sonrió ante el ligero sarcasmo que impregnaba sus palabras.

—Espero que hayas disfrutado de la comida. Al enterarme de que Bárbara no acudiría, he preferido dejaros solos para que disfrutarais de intimidad. Un director y su posible actriz deben conocerse bien antes de trabajar juntos.

Cristina cerró los ojos y se esforzó por mostrarse relajada. No le iba a regalar el placer de verla alterada por su presencia.

Ryan no pensaba darle tregua. Deseaba demostrarle lo falsa que era su indiferencia y hacerle tragar sus palabras de horas antes.

—¿Serías tan amable de untarme la espalda con protector solar? No me quiero quemar.

Cristina pensó en negarse. No deseaba ningún contacto con aquel cuerpo que levantaba oleadas de calor en el suyo. Comprendió que no debía hacerlo si deseaba continuar desempeñando el papel de la mundana actriz a la que suplantaba. Ignoró la vocecita interior que le

advertía del peligro, cogió su bote de protector solar y procedió a embadurnarle la espalda a la vez que intentaba hacerlo en el menor tiempo posible.

Ryan tenía los ojos cerrados y apoyaba la cara sobre sus manos cruzadas. Ante esta aparente indiferencia, ella se recreó en su poderosa anatomía. Era tan delicioso deslizar sus manos por aquella amplia superficie, cálida y suave al tacto, que sin darse cuenta se demoró más de lo debido y sus sentidos se alteraron. Jadeó cuando sintió que se tensaban los músculos masculinos bajo sus manos.

—Un poco más abajo estaría bien —Ryan quiso dar un tono ligero a sus palabras, aunque su voz sonó ronca. No había calculado que el masaje le iba a excitar tanto. Su estrategia se había vuelto contra él.

Cristina se estremeció y lo miró.

—Creo que ya he tomado demasiado sol —se justificó turbada. Recogió sus cosas y se encaminó al camarote.

La carcajada de Ryan la acompañó en su precipitada huida; en esta ocasión la había vencido.

Ese encuentro le confirmó a Cristina el peligro que corría de caer bajo su seducción, y se prometió evitarle. Cuando se hallaba en su presencia, olvidaba toda precaución y solo deseaba dejarse envolver por la calidez de sus brazos. Por ello, permaneció en su camarote hasta que el camarero le anunció que la cena se serviría en unos minutos.

Se arregló lo mejor que pudo con los escasos medios de los que disponía. No tenía ropa que ponerse, ya que no pensaba utilizar la que le habían llevado y que debía pertenecer a Bárbara, y echaba en falta el maquillaje con el que acentuaba el parecido con su hermana; aun así, se maquilló los ojos y se pintó los labios con lo que llevaba en el pequeño bolso de mano.

Lo que más necesita en esos momentos era la presencia de Miguel, que siempre sabía cómo calmarla y reconfortarla con su amabilidad y sus sabios consejos. Lo malo era que no tenía forma de comunicarse con él. No disponía de teléfono móvil y, de tenerlo, no lo podía llamar; no recordaba su número, que estaba memorizado en el que perdió en la playa. Todo había sucedido con tanta rapidez que no le dio tiempo de comprar otro, ni se acordó de pedirle que le dejara el suyo antes de zarpar. Tendría que esperar hasta llegar a Palma.

Cuando se presentó en el comedor, tanto el anfitrión como el director estaban allí. Advirtió que solo habían colocados tres servicios sobre la mesa y preguntó:

—¿No nos acompaña Bárbara en esta ocasión?

—Se encuentra indispuesta y prefiere descansar —le informó Jason

con evidente fastidio.

Cristina se sintió aliviada. Ya tenía suficientes problemas como para lidiar con la animosidad de la mujer.

—Eso quiere decir que vas a contar con toda nuestra atención. Espero que no te abrume —comentó Ryan con su característica media sonrisa burlona.

—Me siento afortunada por acaparar su interés, señores —respondió en tono ligero y provocativo, como su hermana habría hecho.

—Y nosotros de ofrecerlo, no lo dudes. —El brillo apasionado de los ojos de Ryan no desmentía sus palabras.

—¿Cómo se encuentra Susan? Creo que ha llamado esta mañana —se interesó Jason, más con el propósito de desviar la atención que dedicaba a su invitada que de conocer el estado de la prometida de su amigo.

Ryan lo miró con mal disimulado rencor. Era obvia su intención. Sabía que a Jason no le agradaba Susan; incluso le había dado a entender que le parecía un error su futuro matrimonio.

—Bien, según me ha asegurado. Llamaba para informarme de que Kevin llega pasado mañana a Mallorca.

—Tenía entendido que se reuniría con nosotros a finales de mes. —A Jason le extrañó el adelanto.

—Esos eran los planes, hasta que ha decidido abandonar el campamento y adelantar su llegada a España.

—¿Y cuál es la causa de ese abandono? ¿Te ha dado alguna explicación? —La alarma que sentía se hizo patente en su voz.

—No he tenido la oportunidad de hablar con Kevin, y Susan no se ha explayado en el tema. Solo me ha comentado que no está contento allí y que ya me lo explicará él cuando llegue. Imagino que la experiencia no estaba resultando como esperaba y ha pensado que aquí se lo pasaría mejor. —Intentó que sus palabras no reflejaran la preocupación que sentía. No era normal que su hijo abandonase una actividad en la que se sentía a gusto, según le comentó cuando estuvo hablando con él unos días antes.

—Disculpa, Lori; es muy desconsiderado por nuestra parte hablar en tu presencia de personas que desconoces —dijo Jason, y procedió a explicarle—: Kevin es el hijo de Ryan. Un niño encantador al que tuve el gusto de apadrinar. En cuanto a Susan, se trata de su prometida.

—Gracias por aclararle las cosas, amigo. Ha sido todo un detalle por tu parte. —Ryan acompañó la acidez de sus palabras con una carcajada—. Ella ya sabía de la existencia de Susan, ¿no es así, Lori? —La pícara mirada que le dirigió no dejaba dudas de por dónde iban

sus pensamientos.

Cristina se limitó a asentir. Se esforzaba en aparentar una despreocupación que no sentía.

La cena transcurrió de forma amena y relajada gracias al encanto de Drake, que animó la charla con anécdotas y comentarios. En cuanto a Ryan, no dejó de posar su ardiente mirada sobre ella, que la hacía sentir incómoda y agitada.

Él sabía lo que le provocaba y se divertía fomentándolo. Y no solo eran aquellos ojos encendidos de deseo, también los continuos roces, a veces evitables, o el encanto que mostraba. Todo ello era suficiente para desbocar los sentidos de Cristina y mantenerla en aquella perenne excitación que no lograba evitar cuando lo tenía cerca. Parecía como si él quisiese demostrarle las grandes dotes de seducción que poseía y a las que ella no se podía resistir. Si tuviera más desenvoltura podría sobrellevar mejor la situación, pero había salido con muy pocos chicos y, desde luego, ninguno con la habilidad y atractivo del que tenía a su lado.

Ryan les comunicó que al día siguiente recalarían durante unas horas en el puerto de Alicante para repostar combustible y visitar la ciudad, y desde allí partirían hacia Mallorca con una breve escala en Ibiza. Tenía interés en que Drake conociera la isla y, en especial, a una buena amiga que residía allí. Atracarían en el puerto de Palma al día siguiente, a tiempo de recoger a Kevin, cuyo avión llegaba esa misma tarde.

A Cristina le animó de la noticia. Suponía acortar la travesía y suprimir algunas de las escalas programadas con anterioridad; de esa forma, no se vería obligada a compartir aquel reducido espacio durante un día más.

La cena resultó amena. Cuando terminaron, Ryan puso música y la invitó a bailar. Cristina no pudo negarse. En presencia del director debía ser amable con su amigo. Lo acompañó hasta la terraza de popa, donde llegaban las notas procedentes del comedor, y se dejó llevar por su experto compañero.

Se sintió hechizada por el romántico entorno, pero era el calor de aquel cuerpo vigoroso, el embriagador aroma varonil que desprendía, el suave roce de su mejilla en la sien y la leve presión de las manos en su cintura lo que contribuía a debilitar su voluntad y nublarle el juicio. Por unos instantes se permitió abandonarse en sus brazos, deseosa de sentir el estremecimiento de placer que experimentaba cada vez que él la abrazaba. Lo deseaba, y sabía que eso era un gran error. ¿Por qué no era capaz de evitarlo?

Ryan percibió ese abandono y lo aprovechó. La estrechó contra él

para hacerle sentir su deseo y deslizó los labios por su cuello, provocándole escalofríos de placer.

—Vamos al camarote —susurró junto a su oído.

—¿Qué? —jadeó Cristina con voz soñadora y apenas audible. Se encontraba en un mundo lejano y maravilloso en el que todos los sueños podían hacerse realidad, y cuya única aspiración era mantenerse abrazada a aquel hombre que tenía el poder de enloquecerla.

Ryan emitió un desesperado suspiro y la abrazó con fuerza.

—Vamos a tu camarote. Prometo hacerte el amor durante toda la noche —dijo con apremio en la voz.

Cristina sintió su quemante aliento y su cuerpo se estremeció. Lo miró con los ojos oscurecidos por la pasión y advirtió en él el mismo brillo. Reaccionó cuando sus palabras atravesaron la bruma de deseo que nublaba su mente. Se desprendió de sus brazos dispuesta a marcharse. Él la sujetó del brazo para impedírselo.

—¿Por qué te echas atrás? Ambos lo deseamos, no lo niegues. —Su voz estaba desprovista de arrogancia. En ella solo se apreciaba una descarnada franqueza.

Cristina no contestó; le estaría mintiendo si lo negaba. Se desprendió y, asustada de su propia debilidad, entró en el comedor, deseosa de alejarse de él. Había estado muy cerca de rendirse al fuego que Ryan avivaba en su interior. No volvería a arriesgarse. Se quedaría en su camarote toda la travesía si era necesario para evitarlo. Ya inventaría alguna excusa; al fin y al cabo, se estaba convirtiendo en una consumada mentirosa.

Cuando entró en el salón aún estaba confusa y excitada. Jason se inquietó al advertir su respiración agitada y el rubor de sus mejillas.

—¿Te encuentras bien, Lori?

—Sí, gracias, solo es fatiga. No estoy acostumbrada a estos largos viajes por mar. Si me disculpas, me retiraré a descansar.

—No te entretengo más. Que pases una buena noche.

La llegada de Ryan interrumpió la huida de Cristina.

—No nos prives ya de tu compañía, Lori. Si nos concedes unos minutos, me gustaría comentar algunas particularidades que me han llamado la atención en tus películas. ¿Recuerdas que lo hablamos, Jason?

—Creo que podemos esperar a mañana. Lori parece agotada —respondió Drake, perplejo ante la petición de su amigo.

—No importa. Es demasiado pronto para acostarme —accedió animosa. Sería poco profesional el negarse.

Se sentó en uno de los sillones confiando en que seleccionara una de las películas menos escandalosas de la amplia filmografía de su hermana, cosa que dudaba. Todas seguían un mismo patrón: exceso de erotismo y guion flojo.

Como temía, Ryan eligió una de las últimas filmaciones en la que Laura interpretaba numerosas escenas de fuerte contenido sexual. Cuando Cristina fue a ver la película, abandonó la proyección antes de que terminara debido a la vergüenza que le provocó. En esta ocasión, y con la mirada ardiente de Ryan sobre ella, temía que no aguantaría hasta el final.

Durante la proyección, Drake fue haciendo comentarios y preguntas que Cristina contestó con soltura. Gracias a la previsión de Miguel, se había documentado muy bien. Cuando llegaron las escenas de sexo, se sintió morir de vergüenza pensando que ambos hombres creían que era ella quien las interpretaba.

Hacia la mitad, y en una de las escenas más atrevidas, Ryan se levantó y se marchó; estaba cansado y deseaba acostarse, pretextó. Cristina estaba abochornada y agradeció su ausencia. Cuando terminó la película, Jason y ella estuvieron comentando algunos pormenores mientras tomaban una última copa.

Cristina, bastante más relajada por la ausencia de Ryan, disfrutaba de la conversación y de la suave brisa nocturna. Había sido un día muy intenso y necesitaba relajarse.

CAPÍTULO 15

Cristina se desperezó en la amplia cama. Percibió que los motores del barco estaban parados y dedujo que habían atracado en el puerto de Alicante, como había oído comentar a Ryan. El sol se filtraba por las cortinas, lo que le hizo pensar que era tarde. Miró el reloj y comprobó que eran las diez de la mañana. No le sorprendió despertarse tan tarde. La noche anterior le costó conciliar el sueño y este no había sido reparador. Ahora se sentía cansada y desanimada.

Se levantó y se dirigió al cuarto de baño. La imagen que le devolvió el espejo le preocupó. Su rostro se veía demacrado, con ojeras y los ojos enrojecidos. Tendría que esmerarse si quería presentar una imagen aceptable ante las personas que tenían en sus manos el futuro de Laura.

Tras una refrescante ducha, se sintió con ánimos para continuar desempeñando el papel que le habían asignado en aquella representación.

Al llegar al comedor no encontró a nadie allí.

—¿Soy la primera en desayunar esta mañana? —preguntó al camarero que se apresuró a servirle.

—No, señorita. El señor Caine y sus dos invitados desayunaron hace más de una hora y bajaron a puerto.

Era lógico que Bárbara, que había estado recluida en su camarote debido a un persistente mareo, estuviese ansiosa de pisar tierra firme; aparte de que tendría la oportunidad de realizar algunas compras. A ella no le pareció oportuno arriesgarse a deambular por las calles, que debían de estar atestadas de gente. Prefería disponer de un rato de soledad.

Terminó de desayunar y subió a la cubierta superior desde donde tenía una bonita imagen de la ciudad. Estaba disfrutando con la visión del paseo marítimo y los numerosos barcos anclados en él cuando divisó una cabina telefónica. Esto le recordó que hacía tres días que no hablaba con su padre. Como se temía que no iba a disponer de otra oportunidad en varios días más, aprovecharía la ausencia de los demás para llamarle.

Pensó en camuflarse, como ya había hecho en Marbella, para no arriesgarse a que la reconocieran. Bajó a su camarote, se colocó la

peluca oscura, las grandes gafas de sol y la gorra y se encaminó hacia la cercana cabina pensando en una buena evasiva por si se encontraba con alguien en el trayecto.

Le enfurecía no haber memorizado los números de teléfono de Miguel y de su hermana; ahora tenía una buena oportunidad de llamarles. Estarían preocupados al no poder comunicarse con ella. El único que recordaba era el de su padre y no podía llamarlo. Si lo hacía, advertiría que no estaba en Londres, donde se suponía que se encontraba en esos momentos.

Llamó a información y pronto consiguió el número de su trabajo. La secretaria le pasó con su extensión y Cristina se enterneció al escuchar su voz; le echaba de menos.

—Hola, papá.

Germán se sobresaltó al oír a su hija por esa línea. Tenía el teléfono móvil sobre la mesa esperando su llamada. Durante todo el día anterior estuvo intentado comunicarse con ella sin conseguirlo.

—¿Tina? ¿Por qué llamas aquí? ¿Ocurre algo?

—He perdido mi móvil y no recordaba tu número. El de la empresa me ha resultado fácil de averiguar. —Solo era una mentira a medias.

—Me alegra que lo hayas hecho. Estaba intranquilo.

—Lo siento, papá. Sabes que estoy muy ocupada y apenas tengo tiempo libre. El curso está resultando más duro de lo que imaginaba. Demasiadas horas y de intenso contenido. El nivel es muy alto y tengo que esforzarme para seguirlo.

Otra mentira a añadir a las muchas que ya llevaba, se dijo con pesar. Se alegró de que su padre no pudiera verla. Él siempre detectaba cuándo le estaba engañando.

—No te agotes. Dedica algún rato a divertirte.

—Lo intentaré. Y tú, ¿cómo te encuentras?

—Bien. Deseando comenzar las vacaciones. El calor en Madrid es insoportable. ¿Cuándo regresas?

Cristina se temía que su hermana no iba a estar restablecida para la fecha en la que debería regresar de Inglaterra y había ideado una justificación.

—Puede que me quede un poco más por aquí. Unas compañeras van a pasar varios días visitando la costa de Gales y me gustaría acompañarles. En ese caso, me reuniría contigo a mi regreso. No te importa, ¿verdad?

—Claro que no, cariño. Diviértete mucho y lleva cuidado.

—Gracias, papá. Prométeme que no retrasarás tus vacaciones por

mí. Yo me dirigiré allí a mi regreso a España y pasaremos juntos el resto del mes —le pidió. Sabía que estaba deseoso por marcharse al pueblo y reencontrarse con sus amigos.

—Te lo prometo —respondió divertido. Su hija se empeñaba en cuidarle como si fuera un anciano desvalido.

Un pitido le recordó a Cristina que apenas le quedaba tiempo.

—Me he quedado sin monedas. Te volveré a llamar lo antes que pueda. Cuídate, por favor.

—No tardes tanto la próxi…

La voz de su padre se extinguió y Cristina colgó el teléfono entristecida. Le añoraba, y él a ella; lo había percibido en el tono afligido de su voz. Se esforzó en superar su tristeza y se giró para regresar al barco. Un grito se le escapó al toparse con la suspicaz e interrogadora mirada de unos conocidos ojos castaños.

Ryan había observado desde lejos a la mujer morena que bajaba del barco y supo que se trataba de Lori. Imaginó que se disponía a dar un paseo por la ciudad y la siguió. La persecución fue corta; acabó en una cabina de teléfono que había muy cerca de allí.

¿A quién estaría llamando y por qué lo hacía desde ese lugar? ¿Es que no tenía móvil? Y en caso de que no dispusiese de uno, ¿por qué no utilizaba el del barco? No querría que nadie escuchara la conversación o que quedase registrado el número al que llamaba.

Esa actitud confirmaba las sospechas que le venían rondando desde el primer momento: ella tenía un amante secreto cuya identidad no deseaba que se descubriese, bien por miedo a perder la exclusiva, y con ello una de sus importantes fuentes de ingresos, o por tratarse de una persona que no deseaba que la relacionasen con ella en público: un hombre casado, rico e influyente, como era su costumbre.

Jason le comentó que circulaban rumores sobre un supuesto idilio con un aristócrata español, por lo que la relación con su agente artístico debía de ser una tapadera. No le extrañaría, teniendo en cuenta su fama de oportunista y sus numerosos escándalos, protagonizados con la única finalidad de hacerse publicidad. No tenía necesidad de recurrir a esos métodos. Era una buena actriz encasillada en papeles que no le ayudaban a demostrar su talento.

Esa mujer no dejaba de confundirle. Había muchas cosas que le intrigaban, como sus cambios de personalidad. Unas veces se comportaba como la Lori Martel que imaginó antes de conocerla: una mujer seductora e inmoral, dispuesta a cualquier cosa para conseguir un buen contrato; en otras, como cuando la estrechaba entre sus brazos, se mostraba como una joven tímida e inocente, que parecía descubrir el placer por primera vez y se entregaba a él con

entusiasmo. En esos momentos, nada en su forma de actuar recordaba a la actriz experimentada y mundana que arrastraba una larga lista de amantes y escándalos tras ella, y él se sentía perplejo a la vez que fascinado.

Eran dos mujeres diferentes en un solo cuerpo: la actriz, fiel a su imagen de devoradora de hombres, y la muchachita dulce e ingenua que solo afloraba en la intimidad. Esa era la que él deseaba, la que había conocido en su primer encuentro, y que llegó a impresionarle tanto que había decidido saltarse algunos de sus principios morales para conseguirla.

Estaba actuando de forma inusual, lo sabía, y le molestaba que Jason lo hubiese advertido y las agrias palabras que se habían dedicado al despedirse. Eran amigos desde hacía muchos años. Siempre le había aconsejado bien y, en esta ocasión, seguro que también lo hacía; pero él no quería escucharlo, cegado por el loco deseo que sentía por esa mujer.

—¿Con quién hablabas? —preguntó Ryan con voz helada.

Cristina se tensó ante el temor de que hubiese escuchado la conversación. Se tranquilizó al recordar que había utilizado el castellano, idioma que él apenas entendía.

—Con mi prometido —respondió con una forzada sonrisa, en un intento de ocultar su temor.

—¿No tienes móvil? —Sin aguardar su respuesta—: ¿Por qué no has utilizado alguno de los que tenemos a bordo? Solo tenías que preguntar a cualquier tripulante.

—Mi teléfono lo olvidé en Marbella. Y no he utilizado el del barco porque deseaba un poco de intimidad —le contestó con parte de la verdad.

—Perdona que no me crea esa bonita historia de amor. Querías intimidad, aunque no para hablar con tu novio. Se trataba de otra persona, ¿no es cierto? —No iba a dejarse engañar.

Cristina se sonrojó ante sus acertadas suposiciones y reaccionó con vivacidad. ¿Quién era él para espiarla?

—¿Y si así fuera? —se encaró desafiante.

—Si así fuera, supondría que el bueno de tu agente no es el único que recibe tus favores y podría albergar la esperanza de que decidieses ampliar el cupo de beneficiarios —insinuó.

Cristina se mantuvo firme.

—¿Y si yo no deseo ese tipo de intimidad contigo?

—¿Qué no la deseas? —rio escéptico—. No me engañas. Me deseas tanto como yo a ti.

—Puedes pensar lo que te apetezca. La realidad es que estoy enamorada de Miguel al igual que tú debes estarlo de tu futura esposa —replicó mordaz. No podía darle la razón y menos ceder a sus exigencias.

—Así que se trata de eso. ¿Ahora sales con los escrúpulos de conciencia? Debe de ser algo nuevo para ti. Nunca te han importado; ¿me equivoco?

Ella no se dejó amedrentar.

—Las cosas han cambiado. Quiero que se me valore por mi trabajo, por mis dotes de actriz, y no por… otro tipo de habilidades.

Ryan la miró durante unos minutos calibrando la sinceridad de sus palabras. No creía ni por un momento que fuesen ciertas, pero no insistiría por ahora.

—¿Eso quiere decir que deberé esperar hasta que estés rodando la película para que me aceptes en tu cama? —preguntó mordaz.

Cristina se negó a responder. Le había pasado el problema a su hermana y no le importó. Ella la había cargado con sus conflictos sin obtener nada positivo a cambio. Ya se encargaría Laura de resolver el embrollo, si acababa surgiendo; tenía la suficiente experiencia para conseguirlo. Incluso sería beneficioso para la carrera de Lori Martel este cambio de conducta.

—¿Volvemos al barco? —sugirió. Y se encaminó al muelle donde estaba atracado el yate sin comprobar si él la seguía.

Ryan acusó la indirecta y se quedó mirando cómo se marchaba. Había confirmado sus sospechas. Todo respondía a una ingeniosa y calculada estrategia para asegurarse el papel: seducir, prometer y, una vez firmado el contrato, cumplir sus promesas o no, según le apeteciese.

No podía negar que era inteligente y calculadora. Sospechaba que le había hecho la misma sugerencia a Jason, y le había incluido a él en sus manejos para no cometer errores ni dejar cabos sueltos. ¿Qué otra explicación podría justificar ese interés en excitarlo, en hacerle probar lo que, una vez que tuviera el papel en sus manos, degustaría a placer?

Cristina subió al yate muy disgustada y se dirigió con rapidez a su camarote. Deseaba evitar a Ryan el mayor tiempo posible. Sabía que la vigilaba y no debía permitir que por cualquier inocente error descubriera toda la trama cuando faltaba poco para terminar y existían grandes posibilidades de que tuviese éxito.

Cuando calculó que era la hora de la comida y que Drake y Bárbara ya habían regresado, decidió esperar en el comedor hasta que la sirviesen. En compañía del director se sentía cómoda y segura.

Abandonó su encierro y se dirigió a la cubierta de popa, donde Drake solía sentarse a tomar el sol. No lo encontró allí y preguntó al camarero. Este le explicó que no le había visto desde el desayuno. Se paseó por las diferentes cubiertas del barco y no lo encontró. Dudaba que estuviese en su camarote, luego la opción más lógica era que se había quedado en la ciudad.

Para evitar comer a solas con Ryan, regresó a la cubierta de popa y le indicó al camarero que tomaría algo allí mismo. Este le comunicó que el señor Caine la esperaba en el comedor y que serviría la comida en cuanto llegase. Estuvo tentada de negarse, pero consideró que no era apropiado ni beneficiaría a Laura que se granjease su enemistad. Estaba allí para desempeñar un trabajo y quería realizarlo lo mejor posible.

Se dirigió al comedor con la esperanza de que Drake se reuniera con ellos. Cuando llegó, Ryan estaba hablando por teléfono y le indicó con un gesto que le disculpara. La conversación fue breve y él respondió apenas con monosílabos. Al terminar, fue hacia el pequeño bar.

—¿Te sirvo una copa? —le preguntó.

—No, gracias —denegó. No estaba acostumbrada a tomar nada antes de la comida ni deseaba que esta se alargara con aperitivos.

Ante su negativa, Ryan se sirvió una para él y pidió al camarero que se retirase hasta nuevo aviso.

Cristina aprovechó que se encontraba de espaldas a ella para regalarse la vista con su soberbia figura. No podía negar que era un hombre muy apuesto. A su elevada estatura se unía un cuerpo atlético y muy bien proporcionado, que el corto pantalón y el ajustado suéter de manga corta se encargaban de resaltar. A ello había que añadir la masculina belleza de sus rasgos, su alta frente, los grandes y rasgados ojos de mirada perturbadora, la recta nariz y la boca de sensuales labios, que tan inquietantes recuerdos le despertaba. Todo en él era magnífico y la atracción que sentía llegaba a asustarla.

Sería muy fácil ceder a sus instintos y entregarse a la pasión que le despertaba, pero no debía aprovecharse de la identidad de su hermana. ¿Cómo se sentiría sabiendo que él le estaba haciendo el amor a otra mujer, aunque fuese su cuerpo el que poseía? En esos momentos de intimidad quería ser ella misma y no el reflejo de otra.

—¿Encuentras algo que te guste? —dijo Ryan con chispeante acento, aún de espaldas.

Cristina se sonrojó y desvió los ojos con rapidez.

—No he visto a Jason en toda la mañana. ¿Dónde está? —preguntó.

Ryan se acercó a ella con una socarrona sonrisa que aportaba a su rostro un perverso atractivo.

—¡Ah! ¿no te lo he comentado? —Parecía tan inocente como un niño de chupete.

—No lo has hecho —dijo con disgusto, y se preparó para recibir malas noticias.

—Lo siento. Ocurre que nuestro querido Jason ha decidido portarse como un caballero y ha cedido a los ruegos de su doliente dama, que languidecía en el lúgubre camarote presa de la peor de las torturas —explicó guasonamente. Hizo una pequeña pausa para degustar la bebida y observó divertido la expectación con la que ella esperaba que continuase—. Por lo que han partido esta mañana para Palma en avión. Le ha costado renunciar al placer de este viaje por mar y a tu inestimable compañía que, de esa forma, queda para mi único disfrute. —La sonrisa de triunfo con la que terminó la explicación fue toda una declaración de intenciones.

Cristina contuvo la respiración ante el impacto de sus palabras, las últimas que esperaba oír. Que Jason hubiese abandonado el barco era una catástrofe de dimensiones extraordinarias porque suponía que iba a estar sola con él durante todo un largo día.

—¿Tienes algún problema con ello? —preguntó Ryan ante su mutismo.

Sí, claro que lo tenía; tenía todos los problemas del mundo… y no pensaba admitirlo ante él.

—En absoluto. ¿Y cómo es que lo han decidido de improviso? —Hacía grandes esfuerzos por no estallar en cólera o echarse a llorar; ambas alternativas eran igual de válidas para dar salida al estado emocional en el que se encontraba.

—Fue anoche cuando comenzó a considerar la idea. Bárbara se encontró mal durante todo el día y no dejó de protestar. Decidimos que, si salía un avión desde Alicante a una hora prudencial, lo cogerían. Esta mañana he llamado al aeropuerto y hemos tenido suerte. Ya han llegado a la villa. Estaba hablando con él cuando apareciste hace unos minutos. Me ha dado recuerdos para ti y te desea una placentera travesía.

Cristina se mordió los labios para no gritar. Ese… ese… endemoniado lo había preparado todo para quedarse a solas con ella. Estaba convencida de que le había propuesto la idea a Drake. Tembló al pensar en las veinticuatro horas que le quedaban por delante. ¿Qué iba a hacer ahora?

Se reprochó otra vez la absurda decisión que había tomado de renunciar al cursillo de formación en Inglaterra para ayudar a una hermana, que les abandonó años antes y que, con seguridad, volvería a ignorarles cuando todo se hubiese solucionado. Conocía su carácter

orgulloso y resentido y no esperaba que cumpliera la promesa de dar el primer paso para reconciliarse con su padre.

—¿Comemos?

La voz de Ryan cerca de su oído la sacó de sus sombríos pensamientos. Se levantó y fue hacia la mesa. Él le retiró la silla para que se acomodara y se sentó enfrente. Comieron en silencio apenas interrumpido por alguna frase alusiva al tiempo y poco más.

Cristina trataba de disimular su enfado. Ryan no dejaba de observarla, lo que conseguía que se sintiese más incómoda. Por su parte, él se mostraba divertido y su relajación contrastaba con la tensión de ella. Para aumentarla, los numerosos platos eran servidos con excesiva lentitud.

Cristina se arrepintió mil veces de no haberse quedado en su camarote como tenía previsto. Al final, y consciente de que estaba al límite de su resistencia, renunció al postre y le dijo a Ryan que se retiraba a descansar.

Cuando llegó a su camarote suspiró aliviada. En aquel espacio se sentía a salvo de la mirada de su anfitrión, que la enfurecía y excitaba por igual.

CAPÍTULO 16

Cristina permanecía echada en la cama, entretenida en la lectura de un libro que había encontrado en la surtida biblioteca la tarde anterior, y con la intención de no abandonar el camarote hasta llegar a la isla. Allí estaría rodeada de gente y con la presencia y el apoyo de Miguel.

Sin embargo, cuando llevaba confinada en aquella pequeña habitación por espacio de tres horas, comenzó a sentirse angustiada. Necesitaba la caricia del sol y la brisa marina. Además, el permanecer allí no le libraría de Ryan. Si le decía que no se encontraba bien, insistiría en llamar al sanitario y no se separaría de su lado.

Un rato antes había advertido que los motores de la embarcación estaban parados y no navegaban. Imaginó que se trataba de alguna avería que se solucionaría pronto y lo ignoró. Al comprobar que transcurrían los minutos sin que el barco continuase la travesía, se arriesgó a salir de allí y averiguar qué ocurría.

Al subir a cubierta lo primero que advirtió fue que se encontraban cerca de la costa. No muy lejos se divisaba una amplia franja de playa desierta y salvaje. No tenía idea de dónde se encontraban y preguntó a un marinero. Este le informó que estaban anclados frente a la isla de Formentera. Al parecer, Ryan había decidido parar durante un rato para practicar windsurf.

Cristina temió que, si continuaban demorándose, no llegarían a Palma hasta la tarde siguiente. Como no podía hacer nada por acelerar el viaje, pensó en aprovechar para darse un baño en aquellas cristalinas aguas.

Bajó a su camarote y se colocó el bikini. Cuando volvió a cubierta, miró en todas direcciones para comprobar si Ryan se encontraba en las proximidades. Una vez convencida de que no había peligro, se zambulló en las frías aguas y nadó hacia la playa para entrar en calor. Deseaba tenderse en la dorada arena y disfrutar del sol sobre su piel.

La desierta playa constituía una tentación irresistible. Sabía que esa isla permanecía casi virgen, sin ceder a la masificación urbanística, como ocurría con el resto de las islas del archipiélago, y sin el caos turístico que constituía la fuente primordial de riqueza en aquella zona del Mediterráneo. Solo una pequeña parte permanecía habitada y, sin duda, no era aquella.

En pocos minutos llegó a la orilla, exhausta y satisfecha tras esos

días de forzada inactividad. Se tendió en la arena y dejó que el sol calentara su piel. Por unos largos minutos disfrutó de la relajación que el entorno le proporcionaba, hasta que percibió un leve sonido a su lado y abrió asustada los ojos.

Cegada por la luz, no distinguió a la persona que estaba ante ella y solo vislumbró una alta figura. Se incorporó con recelo hasta que una familiar voz la tranquilizó.

—No debiste alejarte del barco. Esta parte de la isla es muy solitaria y no se sabe quién puede estar por los alrededores. Podrías haberte llevado una desagradable sorpresa —la recriminó Ryan. Su voz estaba alterada por la preocupación.

Cristina aceptó la regañina; reconocía que había sido una imprudencia.

—Lo siento. No pensé que pudiera correr ningún peligro. Regresaré al barco.

Se levantó y se dispuso a zambullirse en el agua. Ryan la cogió del brazo para detenerla.

—No es necesario que lo hagas si no lo deseas. Tardaremos una hora en zarpar. Yo te haré compañía.

—No deseo permanecer al sol por más tiempo. No he traído protector solar y tengo la piel muy sensible. Comienza a estar enrojecida —se excusó. No debía quedarse sola con él. No confiaba en su fuerza de voluntad para rechazarle si insistía con sus proposiciones.

Ryan paseó una perezosa mirada por el esbelto cuerpo.

—Regresemos entonces. No debes castigar esa delicada piel. —Deslizó una mano por su brazo en lenta y sugerente caricia. El leve temblor de ella no le pasó desapercibido.

Sin darle tiempo a reaccionar, la llevó con él hasta la tabla de windsurf, que estaba tendida sobre la arena a pocos metros.

—¿Sabes manejarla? —Señaló la tabla con la vela de brillantes colores.

A Cristina le intrigó la pregunta. ¡No estaría pensando en enseñarla!

—No, nunca he subido a una de esas.

Ryan le soltó el brazo y arrastró la tabla hasta el agua. Subió a ella e izó la vela. Al hacerlo, los potentes músculos de sus brazos y piernas se tensaron y Cristina admiró su fuerza y belleza. ¿Se tensarían de igual modo cuando hacía el amor? ¿Qué aspecto tendría su rostro sumido en los espasmos del placer?

—¿Lori?

Ella dio un respingo y pareció despertar de la peligrosa ensoñación

en la que se había recreado. ¿Cómo se permitía pensar en esas cosas, y en ese preciso instante? Se estaba volviendo loca, y eso se lo debía a Laura y su brillante idea. Se reprochó el haber permitido que su imaginación se desbocara de forma tan peligrosa.

Ryan le tendió la mano.

—¿No pretenderás que suba a ese artefacto? —Lo miró espantada.

—Esa es la intención. Si nunca has subido en una, ahora tienes la oportunidad de hacerlo. —Sonrió ante el pavor que advertía en su rostro. Le encantaba ver ese desconcierto en ella, la hacía parecer más cercana. Sintió el deseo de abrazarla y asegurarle que nada debía temer a su lado, que él la protegería.

—¡No puedo! ¡Me caeré al primer intento! —exclamó, y retrocedió de forma instintiva—. No tengo ni idea de cómo se maniobra. Me parece algo peligroso e innecesario. Puedo llegar al barco por mis propios medios.

—No irás sola. Yo subiré contigo y te guiaré. No hay peligro, te lo aseguro. En pocos minutos estaremos en el barco.

¿Cómo que iban a subir los dos en aquel estrecho tablón? ¡Si apenas había espacio para una persona! Además, estarían tan juntos que acabaría excitándose, como siempre que la abrazaba.

—Gracias. No me apetece en absoluto subir a ese… endeble artefacto. Prefiero regresar a nado.

Ante esa respuesta, la sonrisa de Ryan se intensificó.

—No es posible. La fuerza del viento ha aumentado y el yate se encuentra a una buena distancia. Que la brisa soplara a tu favor te ha facilitado el llegar sin esfuerzo hasta aquí, ahora no sería tan fácil. No voy a consentir que a la presunta estrella de mi película le ocurra algún tipo de accidente. Jason no me lo perdonaría jamás —comentó con fingida inocencia.

Cristina sabía que tenía razón. El barco se veía muy alejado y dudaba de que pudiera llegar hasta él sin agotarse por completo. Irritada por tener que claudicar y sin decir una palabra, asió la mano que le tendía y subió de un salto a la resbaladiza tabla.

Ryan le pidió que se agarrara a la barra horizontal y relajara el cuerpo. Él se colocó a su espalda y sujetó la barra para estabilizar y orientar la vela en la dirección deseada.

Paralizada por el temor que le provocaba la inestable superficie, a lo que se unía la velocidad que estaba adquiriendo, Cristina apenas podía atender a sujetarse con fuerza para no estrellarse contra las olas.

—Apóyate en mí —le aconsejó Ryan.

Cristina sabía que, por su seguridad, debería obedecer, pero conocía

los estragos que su cercanía le provocaba y no quería arriesgarse. Durante varios minutos luchó para mantenerse rígida y no ceder a la tentación. Echó mano de toda su fuerza de voluntad… y fracasó.

Con un gemido de frustración, dejó de lado las advertencias que la razón le dictaba, y acabó cediendo a sus deseos. Se recostó en aquel sólido cuerpo que tenía a su espalda y olvidó toda resistencia. Fueron momentos muy gratificantes, con la seguridad que le proporcionaban los fuertes brazos que la rodeaban, el roce con el duro y suave torso, la fresca brisa marina azotando su rostro... Cerró los ojos y se permitió soñar que Ryan la deseaba a ella y no al reflejo que Lori Martel proyectaba en la mujer que tenía a su lado.

Todo era perfecto hasta que una voz junto a su oído la sacó de la deliciosa ensoñación.

—Estamos llegando —le advirtió Ryan con cálido acento.

Le había costado reprimir la fuerte excitación que ella le provocaba. Era muy tentador ese cuerpo casi desnudo abandonado entre sus brazos. Por suerte, la cercanía del yate le había salvado de cometer una estupidez y estropear el momento. Le gustaba tenerla así, relajada y confiada, como si solo fuera la chica anónima que él imaginó la primera vez que se vieron.

Cristina se enderezó todo lo que pudo para facilitarle la maniobra de acercamiento a la plataforma de popa. Subió al barco con la ayuda de uno de los marineros y se dirigió a su camarote. Necesitaba encerrarse en él para reflexionar. No quería engañarse. Sabía que estaba corriendo un gran riesgo, que las emociones eran cada vez más incontrolables y que no podía hacer nada para evitarlo, porque estaba atada por una promesa y no tenía más opción que callar y continuar representando su papel. Por muy difícil que le resultara y lo que sufriera durante el proceso, intentaría que él no lo advirtiera.

Debió quedarse dormida durante un buen rato. Cuando despertó alertada por unos golpes, anochecía y el camarote se hallaba sumido en la penumbra. Tardó en reaccionar y los golpes se repitieron, esta vez acompañados por la voz de Ryan que la llamaba.

Se levantó y fue a abrir la puerta sin haberse despejado del sueño. La luz del pasillo la deslumbró y entrecerró los ojos.

—¿Sí? —preguntó con voz pastosa.

Ryan estaba parado frente a la puerta y la miraba con ojos ardientes.

—¿Qué ocurre? —insistió, impaciente ante el silencio de él.

Siguió la dirección de su mirada y descubrió la causa de su mutismo: había olvidado ponerse la parte superior del bikini y Ryan contemplaba ensimismado sus senos desnudos.

Se le escapó una sonora imprecación y cerró la puerta de golpe. La carcajada que escuchó no alivió su sofoco. Una vez cubierta, volvió a abrir la puerta y se enfrentó a él con el ceño fruncido.

Ryan estaba apoyado en la pared de enfrente con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa burlona en el rostro. Iba vestido con una americana oscura sobre una impecable camisa blanca sin corbata, que destacaba su bronceado rostro. En el suelo, junto a él, se amontonaban varios paquetes envueltos con coloridos papeles.

—Y bien. ¿Qué deseas? —preguntó Cristina con acritud. Estaba molesta por haberse mostrado semidesnuda.

—He reservado mesa para cenar. Tienes media hora para arreglarte. Y, por favor, sé puntual. Me disgusta hacer esperar a mis amigos —le informó. Le divertía su enfado.

Cristina estaba confundida. En el barco estaban ellos solos, a no ser que hubiese invitado a la tripulación.

—¿Cenar? ¿Dónde? ¿Con quién?

—En el *Ebesus*, el mejor restaurante de la isla. Te gustará.

—¿Ya estamos en Palma? —preguntó asombrada. O habían llegado volando o ella estuvo durmiendo durante veinticuatro horas.

—Por supuesto que no. Estamos en Ibiza —le aclaró.

Cristina recordó que la noche anterior Ryan había comentado con Drake algo sobre recalar en la isla para visitar a una amiga. Al marcharse el director imaginó que había modificado los planes y que seguirían navegando hacia Mallorca. Le molestó que no la hubiese informado durante la comida y que pareciese no tener prisa por llegar a su destino cuando ella lo estaba deseando.

—¿Ibiza? Pensaba que no atracaríamos aquí. Si continuamos retrasándonos, no llegaremos mañana a Palma.

—No temas; mañana estarás allí a la hora prevista. Espero que tu prometido acuda puntual a la cita —comentó malicioso—. Arréglate, por favor; ya te he dicho que nos esperan.

Recogió los paquetes y se los entregó a Cristina. Ella los tomó y lo miró con gesto interrogativo.

—Como tu vestuario es bastante reducido, me he permitido comprarte algo de ropa. No creo haberme equivocado con la talla. —Le dedicó una insinuante sonrisa y se alejó por el pasillo.

Cristina cerró la puerta con furia. Ese hombre era insufrible. En ningún momento le había pedido que cenara con él y sus amigos, se había limitado a ordenárselo como si ella fuese su empleada con la obligación de complacer sus caprichos. Pensó en negarse y su fuerte sentido del deber volvió a indicarle que no era una actitud prudente.

Su hermana nunca rechazaría una petición como aquella ni siendo expresada con tan poco tacto.

Abrió intrigada los paquetes. El mayor contenía un vestido blanco de seda, largo hasta los tobillos. Los finos tirantes iban bordados con pedrería, así como el filo del amplio escote delantero y la pronunciada abertura de la espalda, que la dejaba al descubierto hasta casi la cintura. A lo largo de todo el talle llevaba una serie de tiras de encaje de varios centímetros de anchura y situadas de forma estratégica para mostrar sin revelar nada inconveniente.

Cristina se sintió sofocada. Nunca había llevado algo tan atrevido y no estaba segura de poder hacerlo en esta ocasión. Él lo habría elegido precisamente por eso. Aun así, sería una descortesía no ponérselo y más cuando se adaptaba al estilo provocador y desinhibido de Lori Martel.

En el resto de los paquetes encontró unas finas sandalias plateadas de alto tacón adornadas con pedrería y un pequeño bolso-joya. También encontró varias braguitas de satén de diversos colores y numerosos artículos de belleza y maquillaje. Admiró todo el conjunto y admitió que Ryan tenía buen gusto en vestuario femenino o sabía dejarse aconsejar.

Se despojó de la camisa y se probó el vestido y las sandalias. Si no le quedaba bien, tendría una excusa para no ponérselo. No tuvo tanta suerte. La delicada prenda se deslizó por su cuerpo en suave caricia y se adaptó a él como una segunda piel. Era precioso y le quedaba de maravilla. Hacía resaltar sus sinuosas curvas y el bronceado de su piel. Se sentía muy femenina y glamurosa.

CAPÍTULO 17

Media hora más tarde, Cristina salió a cubierta donde Ryan la esperaba. La destreza adquirida en las semanas anteriores le había facilitado la tarea, y le permitió aparecer deslumbrante y dispuesta a desempeñar a la perfección su papel ante cualquier invitado que su anfitrión hubiese decidido presentarle.

Ryan se quedó aturdido cuando la vio aparecer. Había elegido el vestido por su osado diseño, pensando que a ella le incomodaría llevarlo, sin prever que el incómodo y alterado iba a ser él. Estaba fascinante y muy deseable. Su cuerpo reaccionó de forma inmediata con un incómodo endurecimiento en cierta zona nada conveniente en aquellos momentos.

Lo peor era que los hombres que la contemplasen sentirían lo mismo que él, y eso era algo que no le fastidiaba. Estaba claro que se había equivocado con la elección de vestuario.

—¿Te parece que me sienta bien? —preguntó Cristina con descaro, alentada por la ardiente mirada masculina.

Superado el sofoco de ver sus senos casi desnudos a causa del transparente encaje, se alegraba de haber tenido la suficiente valentía para ponérselo solo por observar el efecto que provocaba en él. Esperaba continuar pensando de igual forma al bajar del barco y enfrentarse al resto de miradas que recibiría a lo largo de la noche.

—¿Nos vamos? —propuso ante la falta de respuesta.

Ryan, con un gruñido, la cogió del brazo y se encaminó hacia la pasarela de descenso. El barco estaba atracado en el puerto deportivo de la bonita ciudad. Bajaron de él y se dirigieron andando hasta el restaurante, que quedaba muy cerca.

Cristina estaba asombrada ante la animación y la abigarrada mezcla de gentes que pululaban por la zona de los muelles. Conocía la fama de extravagante que tenía Ibiza, si bien no llegó a imaginar que le resultaría tan sorprendente. En sus estrechas y empinadas callejuelas se encontró con un sinfín de variopintos personajes, cuyos extravagantes atuendos le provocaron más de una sonrisa y le hicieron olvidarse de su apuro.

—¿Habías visitado la isla? —le preguntó Ryan. Le divertía su cara de asombro ante lo que le rodeaba.

Cristina se alarmó. No recordaba que Laura o Miguel le hubiesen

hablado sobre ello, pero imaginaba que su hermana habría ido en alguna ocasión; era aficionada a esos ambientes de desenfreno.

—Estuve hace años. Había olvidado lo divertida que es —dijo para evitar comprometerse demasiado.

—Yo suelo venir con frecuencia siempre que ando por esta parte del mundo. Me gusta el entorno bullicioso, tan diferente del señorial de la ciudad de Palma, y tengo buenos amigos aquí —confesó Ryan. La llevaba cogida del brazo para sortear los grupos de gentes que circulaban por las estrechas calles.

—¿Con quién vamos a cenar? —Le inquietaba ese tema e intentaba ocultarlo. Cabía la posibilidad de encontrarse con alguien que conociera en profundidad a su hermana y la metiera en un aprieto.

—Se trata de una buena amiga que tiene casa en la isla, en la que pasa la mayor parte del año. Es inglesa, divorciada y una pintora de gran éxito.

Cristina respiró con más tranquilidad. Era poco probable que Laura y esa mujer se conocieran. No parecía pertenecer a los círculos que su hermana frecuentaba.

En pocos minutos llegaron al restaurante. Ryan dio su nombre al maître y este les acompañó hasta una mesa en la que estaban sentadas dos personas, un joven muy guapo y una atractiva morena que superaba con creces la treintena e iba vestida de forma provocativa.

—¡Ryan, qué enorme placer verte de nuevo! —exclamó ella con efusividad, y se arrojó a sus brazos.

Él recibió con agrado el saludo de su amiga. Tras unos segundos, hizo las presentaciones.

—Fiona, ella es Lori Martel, una actriz española de la que es muy probable que hayas oído hablar.

La mujer miró a Cristina con mal disimulada antipatía.

—Pues no; no me suena de nada —comentó con desdén, y volvió su atención a Ryan—. Prométeme que te quedarás unos días, querido. Tengo tantas cosas que contarte…

—No creo que sea posible —dijo con cierta sequedad, molesto por la descortesía con la que había tratado a Cristina. Se giró hacia el acompañante de Fiona, alargó la mano y se presentó—. Ryan Caine.

—Boris Shevchenko — El joven estrechó la mano de Ryan y desvió su atención a Cristina, a la que saludó con un beso en ambas mejillas —. Yo sí he visto algunas de sus películas, señorita Martel, y en todas me ha gustado mucho su actuación.

—Gracias, me alegra escucharlo —respondió complacida, y le dedicó una sincera sonrisa. Le había impresionado la belleza de Boris,

de rasgos exquisitos, sorprendentes ojos azules y larga melena rubia; con todo, prefería el atractivo de Ryan a aquel angelical rostro.

Se sentaron a la mesa y, desde el primer momento, Fiona dedicó su total atención a Ryan. Por los retazos de conversación que llegaban a sus oídos, Cristina dedujo que en el pasado habían mantenido una íntima relación; algo que la pintora estaba ansiosa por reanudar. Boris lo interpretó de igual modo y su gesto se fue agriando conforme pasaban los minutos.

A Ryan no parecían molestarle los manoseos y cuchicheos al oído que Fiona le dedicaba. La pintora ignoraba a los demás y parecía que estaba a solas con su antiguo amante. Esa actitud despertó en Cristina un sentimiento que le resultaba desconocido y ante el que no sabía cómo reaccionar. ¿Acaso estaba celosa?

Con una disculpa, se levantó y fue al servicio. Necesitaba serenarse. Allí permaneció durante largos minutos en los que intentó controlar sus emociones y reflexionar sobre los contradictorios sentimientos que Ryan le provocaba. Cuando regresó a la mesa la encontró vacía. Alarmada, miró alrededor; temía que sus compañeros se hubieran marchado sin ella.

Iba a abandonar el restaurante y dirigirse al barco cuando descubrió a Ryan y Fiona. Estaban bailando en una pequeña pista ubicada en un rincón del jardín y mezclados con otras parejas. El zarpazo de los celos la atacó de improviso y sintió como si una afilada daga se hundiese en su vientre. Fiona estaba colgada de su cuello y tan pegada a él que eran un solo cuerpo, mientras ambos se movían al lento compás de la música; una visión demasiado dolorosa para seguir presenciándola.

Pidió a un camarero lápiz y papel y dejó a Ryan una escueta nota en la que le explicaba que se encontraba indispuesta y regresaba al barco. Cuando se marchaba una mano la sujetó. Se giró y encontró a Boris, que la contemplaba con una mirada cargada de comprensión.

—Creo que los dos estamos de más esta noche —dijo con ecos de tristeza en la voz.

Cristina hizo un esfuerzo por mantenerse entera. Él la sujetó del brazo y comenzó a caminar a su lado.

—Te acompañaré donde desees. No es prudente que vayas sola a estas horas de la noche.

Ella aceptó el ofrecimiento y ambos se encaminaron a los muelles. Boris parecía más maduro que los veinte años que tenía. Durante el trayecto, le confesó que amaba a Fiona. Vivían juntos y era su modelo y acompañante desde que llegó a la isla, seis meses antes. Ambos habían pactado una mutua libertad para cambiar de pareja cuando lo deseasen, algo normal en aquella sociedad tan liberal y poblada por

los reductos de los antiguos hippies que descubrieron Ibiza en la década de los setenta. A él, que procedía de una tradicional familia ucraniana y tenía muy arraigado el sentido de la fidelidad, le costaba asimilarlo y no ocultaba que le había herido su actitud de esa noche.

Con la pena reflejada en sus rostros, y sintiéndose traicionados por sus respectivos acompañantes, llegaron al muelle donde se hallaba atracado el *Nereus*.

Cristina se despidió de Boris y corrió a refugiarse en su camarote, abrumada por esos nuevos sentimientos que no lograba manejar.

Ryan respiró más tranquilo cuando vio a Lori subir al barco y a su acompañante desaparecer entre la multitud que poblaba la zona.

Se había dejado llevar por su deseo de protegerla y ahora debía regresar al restaurante y disculparse con Fiona, a la que había abandonado en medio de la pista de baile con un apresurado «disculpa» cuando vio marcharse a la actriz y comprendió los peligros a los que se enfrentaba.

Su intención era asegurarse de que llegaba sana y salva al barco para volver junto a su amiga, pero al verla acompañada de Boris decidió seguirlos. No conocía al joven amigo de Fiona y las intenciones que llevaba. Temía que acabaran uno en brazos del otro en alguno de los oscuros clubes que proliferaban en el paseo del muelle y las callejuelas adyacentes, o lo llevara al barco y aprovecharan la intimidad del camarote.

Respiraba más tranquilo al ver que sus sospechas eran infundadas y Fiona merecía una disculpa. La velada no iba a terminar como ella esperaba, e intentaría resarcirla con una copa y un poco de charla. No tenían prisa por zarpar. Podía disfrutar de algunas horas más en aquel lugar.

Cuando llegó al restaurante, su amiga se había marchado y le había dejado una nota. Al principio, Ryan no entendió el significado de esas palabras; tras unos momentos llegó a comprenderla. La nota decía así:

«*Solo en otra ocasión he apreciado ese brillo en tu mirada. Espero que esta vez no te desengañe la persona elegida. ¿Es innecesario agregar que siento no haber sido yo la favorecida por la fortuna?*»

Durante más de una hora estuvo vagando por las calles, mezclándose con la gente, en un inútil intento por acallar su propio corazón, que se empeñaba en confirmar las palabras de Fiona. No estaba enamorado de ella. Lo único que sentía por Lori era lujuria, algo comprensible tratándose de una mujer tan deseable y por la que muchos hombres suspiraban, aparte de la fama de perversa que le acompañaba y que le confería un atractivo añadido a sus muchos

encantos.

No le llevaron a ningún lugar sus cavilaciones, sí sus pasos. Se encontró otra vez en el muelle, frente al barco. Subió y ordenó al patrón que levara anclas y zarparan sin demora. Deseaba llegar a su destino para poner un mayor espacio entre él y la mujer que se había convertido en su obsesión. Una vez en la casa, la dejaría allí y se alejaría para no volver hasta que su hijo estuviese con él. Con Kevin a su lado, sus pensamientos se apartarían de ella.

CAPÍTULO 18

El barco surcaba veloz la plateada superficie de las aguas con la luna dejando en ellas su estela luminosa. A lo lejos se divisaba alguna luz procedente de otras embarcaciones y en el cielo las estrellas brillaban con deslumbrante fulgor. El silencio era casi absoluto, interrumpido por el débil zumbido de los motores y el chapoteo de las olas al chocar contra el casco de la embarcación. El aire estaba saturado de un intenso olor a mar. Todo era relajante, embriagador. Nada turbaba la placidez y el sosiego de aquella noche en medio de las aguas; sin embargo, Cristina no podía admirar toda aquella belleza porque lúgubres pensamientos ocupaban su mente.

Siempre había soñado con un momento como aquel, rodeada por la inmensidad del océano, sentada en una cómoda hamaca, mirando el cielo estrellado y quedarse dormida arrullada por el batir de las olas. Ahora que había hecho realidad su sueño, que se encontraba navegando en alta mar, en un magnífico barco y con tiempo para disfrutarlo, la inquietud le impedía saborearlo.

Miró el reloj de pulsera. Eran casi las tres de la madrugada, aunque no tenía sueño ni deseos de regresar a su camarote. En aquel lugar, sentada en la cubierta de popa y con la suave brisa acariciando su rostro, se sentía menos atormentada.

Volvió a preguntarse por qué no había renunciado mucho antes a aquella farsa y si merecía la pena tantos sinsabores para ver reunida otra vez a la familia y borrar la desdicha del rostro de su padre. Su respuesta fue inmediata: sí, merecería la pena, incluso con el gran precio que estaba pagando.

Aquella situación la estaba destrozando. Ya no se trataba solo del esfuerzo que suponía actuar durante veinticuatro horas con el continuo temor a ser descubierta o a decepcionar a los americanos y que se negasen a pensar en su hermana para el papel. Había algo más, algo que la mortificaba y de lo que no veía forma de despojarse. En realidad, no quería dar nombre a esa inquietud interior por no reconocer que se estaba enamorado de Ryan. ¿Para qué negarlo si los síntomas estaban claros?, y los celos parecían ser uno de ellos.

Gimió al recordar a Fiona. Era muy seductora y con una personalidad que eclipsaba a cualquier otra que estuviese a su lado. Ella se sintió insignificante ante la fascinación que proyectaba, como

el patito feo y desvalido en presencia de un majestuoso cisne. Comprendía el interés de Ryan por aquella hermosa mujer y no le extrañaría que hubieran terminado la velada en casa de ella o en el propio barco.

Sollozó; el imaginarlo en sus brazos, entregado al placer, le provocaba un agudo dolor.

Ryan, oculto en las sombras, la observaba sin atreverse a revelar su presencia. No soportaba el agobio del pequeño camarote y salió al exterior. Se encontraba en un oscuro rincón de la cubierta cuando ella llegó y se sentó en una de las hamacas del otro extremo. No quiso alertarla de su presencia y continuó en silencio, observándola.

¿Cómo era posible que esa mujer consiguiera trastornarlo de aquella forma? Le cautivaba como ninguna otra y lo confundía y exasperaba también. Su presencia le provocaba la frenética necesidad de hacerle el amor y, al mismo tiempo, despertaba en él una enorme ternura y deseos de protección; sentimientos que creyó olvidados hacía muchos años. Cuando la veía como ahora, afligida y vulnerable, sentía el impulso de cogerla entre sus brazos y consolarla.

Sabía que se sentía atraída por él. No fingiría esas apasionadas respuestas ni el deseo que brillaba en sus ojos cuando sus cuerpos se rozaban si no fuese cierto. Pero ya no se conformaba con que le desease. Quería más, lo quería todo; también que padeciese el tormento del rechazo y que la corroyesen los celos, como a él cuando la contemplaba en brazos de su agente. Esa era la razón de que no hubiese cortado de raíz los avances de Fiona. Pretendía demostrarse que no la deseaba tanto como su cuerpo se empeñaba en manifestar, ni la necesitaba como su corazón no dejaba de dictarle. Un error que le habría hecho perder una buena amiga.

Suspiró con pesadumbre y pensó en bajar a su camarote para descansar las pocas horas que le quedaban hasta llegar a Mallorca. Estaba agotado de mantener esa lucha interna entre aceptar sus sentimientos y deseos o ignorarlos y dejar que todo se diluyese como en un mal sueño.

Se levantó con sigilo y dio unos pasos cuando oyó su llanto y no pudo evitar acercarse a ella. Solo quería consolarla, aliviar su aflicción, fuese cual fuese. Cuando estuvo a su lado, le apoyó una mano en el hombro. Cristina giró la cabeza asustada e hizo un movimiento de rechazo.

—Disculpa. Te dejaré sola —dijo Ryan con amargura. Había interpretado de forma equivocada su reacción.

Fue a marcharse cuando ella le cogió la mano en un espontáneo

gesto y se la llevó a la mejilla para rozarla en una tímida caricia. Ryan se quedó paralizado, conmovido por aquel gesto.

—¿Qué te ocurre? ¿Puedo ayudarte? —Se inclinó sobre ella y le retiró el cabello del rostro con delicadeza.

Cristina negó con un movimiento de cabeza. ¿Cómo explicarle lo que sentía? ¿Cómo confesarle que estaba cansada de vivir esa mentira y que deseaba regresar a su anodina vida, aunque esta ya no volviera a ser la misma? Arrepentida de haberle mostrado sus sentimientos, soltó su mano con la intención de huir de allí y evitarse una nueva humillación.

Ryan se lo impidió. La levantó e hizo que apoyara la cabeza en su hombro hasta que ella se fue relajando poco a poco. No quería analizar las emociones que lo dominaban en ese momento, solo sabía que se parecían mucho a la idea que tenía de la felicidad. La meció en sus brazos y rozó con sus labios la húmeda mejilla. Notó el sabor salado de sus lágrimas y se preguntó por quién las estaría vertiendo.

Cristina no entendía su reacción, lo único que sabía era que, al advertir la presencia de Ryan, se había sentido feliz y quiso retenerlo a su lado. Cuando él la abrazó, ese sentimiento se incrementó. La delicadeza que mostraba la conmovía, era lo que necesitaba para superar su tristeza, y se dejó llevar por aquella sensación de seguridad y consuelo que le proporcionaba.

La inicial relajación fue pronto sustituida por un sentimiento mucho más intenso. El deseo comenzó a crecer en su interior alimentado por el calor de aquel cuerpo fuerte y la ternura de aquellos brazos que la sostenían, hasta el punto de nublarle la razón de todo pensamiento lógico y dejarse llevar por los sentidos. Necesitaba su fuerza, su pasión, el fuego que trasmitía en sus caricias y que la hacían vibrar como una bandera agitada por el viento. Levantó la cabeza y buscó su boca, al tiempo que se pegaba a su cuerpo con vehementes reclamos.

A Ryan le entusiasmó ese cambio porque él era quien tomaba la iniciativa y ella se dejaba llevar hasta que decidía cortar sus avances. Dejó de cuestionarse los motivos que pudiera tener y pasó a responder a sus caricias con ansia. Era consciente de que en ese momento le necesitaba y no necesitaba saber más. La apretó con fuerza contra su cuerpo y reclamó su boca, fundiéndose con ella en un beso febril.

Cristina gimió. Era probable que terminara arrepintiéndose de esa debilidad, pero ahora solo podía pensar en responder con toda la fuerza que la pasión le dictaba. Nada importaba, solo sentir aquellos poderosos brazos alrededor de su cuerpo y aquella dominante boca devorándola con ardor.

La certeza de que él ya no la deseaba la había estado atormentando tanto que, al comprobar que se había equivocado, no podía ocultar su

dicha. Llegaría hasta el final sin pensar qué sucedería al día siguiente ni las complicaciones que le traería. Quería experimentar ese éxtasis del que había oído hablar y que intuía exquisito.

Exaltado con su reacción, Ryan se olvidó de los motivos que ella pudiera tener o de su propia falta de ética al aceptarlo. En esos momentos no pensaba en que la actriz, famosa por recurrir a los favores sexuales para conseguir los contratos, le estuviese utilizando para asegurarse el próximo. Dejó de lado sus principios morales, que siempre le habían llevado a no ceder ante presiones de ningún tipo, y decidió que esa noche ella sería la asustada joven que recogió del mar. Al día siguiente, una vez saciada la lujuria que le dominaba desde que la conoció, podría pensar con calma en las obligaciones que le acarrearía.

Cristina, ajena a las dudas que atormentaban a Ryan, estaba entregada a la pasión. Con la respiración agitada y el cuerpo inflamado, besaba aquella boca que la trastornaba y recorría ansiosa la ancha espalda con manos torpes, en un intento por liberarle de la camisa para acceder a su piel.

—¡Aquí no! —exclamó él con voz enronquecida. La alzó en brazos para descender por la estrecha escalera que conducía a los camarotes.

Ella abandonó su boca para facilitarle la visión y continuó besándole el cuello y llenándose las fosas nasales con el aroma de su piel. Estaba en otro mundo, un mundo de sensaciones en el que los sentidos primaban sobre la razón y los deseos sobre los dictados de la moral. Sabía que había perdido la batalla contra estos últimos y estaba feliz de haberse dejado vencer al fin.

Había sido una tonta al resistirse durante tanto tiempo. Ahora le parecían pueriles las excusas en las que se escudó durante días para evitar caer en sus brazos. No estaba obligada a rendir cuentas a nadie, ni siquiera a su hermana cuando descubriera que había mantenido una relación con el productor de la película en la que confiaba participar. Ella no tenía su experiencia en relaciones sexuales, pero podía suplirla con apasionamiento y audacia. Que resolviera el problema si era necesario, se dijo. ¿No la había cargado Laura con los suyos?

Ryan tuvo dificultad para llegar a la puerta del camarote porque no conseguía reunir la fuerza de voluntad necesaria para dejar de besarla. Cuando lo consiguió, se introdujo dentro y la cerró de una patada. Se dirigió a la cama y la tendió en ella. Le quitó la larga camiseta que llevaba y, durante unos minutos, la miró extasiado bajo la profusa luz de la luna que se filtraba por la ventana. Estaba prendido de las curvas de su cuerpo y de las promesas de placer que ofrecían sus ojos.

Cristina aguardaba confundida. Ardía con un deseo tan abrasador

que no comprendía por qué se quedaba inmóvil y no continuaba con sus caricias. ¿Estaría calculando las consecuencias de continuar? ¿Pensaría que no debía ser infiel a su prometida o, conociendo la reputación de su hermana, no deseaba proporcionarle un motivo de presión en el futuro?

Giró la cabeza y cerró los ojos, preparándose para el rechazo del único hombre que había despertado su pasión en todos aquellos años. Se sorprendió cuando advirtió que la descalzaba y elevaba sus pies hasta la boca para besarlos. Era una caricia tan sensual que el deseo mitigado momentos antes renació con fuerza. Jadeó y se concentró en aquella exquisita lengua que comenzaba a avanzar por sus piernas en dirección a los muslos.

Ryan se irguió y la miró con una traviesa sonrisa. Volvió a lamer sus pies y frotó las sensibles plantas por el suave vello de su pecho.

Cristina sintió un grato cosquilleo y se agitó anhelante. Él quería jugar y parecía no tener prisa; ella sí la tenía. La ansiedad mandaba. Se incorporó con la intención de hacérselo saber. Extendió los brazos y quiso agarrarle de los hombros para atraerlo sobre ella.

—No me prives de esta preciosa vista —dijo Ryan divertido. Se retiró y le levantó un poco más las piernas, con lo que consiguió que volviera a tenderse.

Ella supo que estaba atrapada. En aquella posición, tendida en la cama y con las piernas elevadas y sujetas, se sentía indefensa. Ese convencimiento le proporcionó una excitante sensación y se abandonó a su capricho. Se relajó con un voluptuoso suspiro y sonrió.

Ryan estaba asombrado de su propia serenidad. La impaciencia de minutos antes se había esfumado para dar paso a una placentera calma en la que sus sentidos se agudizaban y el deseo se refrenaba con el fin de saborear con toda intensidad el esperado momento. Tenía tiempo; tenía toda la noche y no quería que la precipitación restase placer a aquellas horas.

Aunque ese no era el único motivo. Deseaba que ella gozara como nunca. Pretendía que olvidara a todos los hombres que había conocido. Deseaba ser el mejor amante que hubiese tenido. Se arrodilló y colocó las piernas de ella sobre sus hombros, de tal manera que las rodillas abrazaran su cuello. Deslizó sus manos por los muslos femeninos con enardecidas caricias hasta llegar a las caderas.

Cristina sentía su acelerada respiración acariciándole la parte interna de los muslos y la lengua avanzar hacia aquella palpitante zona de su cuerpo, y una increíble sensación de anticipación la invadió. Exhaló un suspiro cuando sintió el esperado roce y se arqueó, hasta que comprobó que algo estorbaba para que el placer fuera más

intenso y la caricia más profunda. No había advertido que llevaba puesta la braguita hasta que notó que él la rasgaba con los dientes.

Ryan separó más sus muslos y colocó las manos bajo su cuerpo para levantar su pelvis y tener un mejor acceso a aquella parte que le atraía con un imán. Enterró su rostro entre los cortos rizos oscuros y su aroma penetró por las fosas nasales hasta llegar a su cerebro. Era como una potente droga que le embotó los sentidos y nubló su razón. Y bebió en aquella inagotable fuente como si de un moribundo se tratase y esa fuese la única forma de salvar su vida.

Ajeno a todo lo que no fueran los gemidos de ella y estimulado por los movimientos de su cuerpo, continuó hasta que Cristina se sintió estallar de placer y tiró de la cabeza para atraerla hacia su boca. Como él no estaba dispuesto a dejar esa deliciosa tarea, de la que nunca podría saciarse, continuó hasta que los agudos gritos del éxtasis de ella le devolvieron a la realidad; solo entonces se incorporó y la contempló.

Cristina, con la respiración agitada y el corazón palpitante a causa del violento orgasmo que la había sacudido, movía la cabeza de un lado a otro desbordada por las emociones que acababa de experimentar.

Una sonrisa de masculino orgullo curvó la boca de Ryan y el deseo le golpeó con redoblada fuerza. Con rápidos movimientos se quitó la ropa y se dirigió al cuarto de baño contiguo. Regresó en pocos segundos con un pequeño paquete. Lo rasgó impaciente y extrajo un preservativo.

Ella, perdida en un tumulto de sensaciones, no advirtió lo que Ryan hacía hasta que sintió encima y comprobó asombrada cómo su cuerpo, al que creía saciado, volvía a revivir al contacto de la cálida piel masculina.

Ryan la besó con lentitud. Quería darle tiempo para que la pasión retornara, pero el deseo y la necesidad de poseerla eran tantos que le costaba un tremendo esfuerzo reprimir el loco anhelo de introducirse en aquel cuerpo enloquecedor y regocijarse en sus profundidades. Se contuvo un poco más. No deseaba acabar tan pronto. Quería proporcionarle todo el placer del que fuese capaz.

Apartó la boca de la de ella y se dedicó a torturar el cuello con tiernos besos y pequeños mordiscos, mientras frotaba su sobreexcitada masculinidad por el suave terciopelo del vientre femenino con movimientos cada vez más urgentes.

Cristina se dejó arrastrar a un nuevo frenesí de emociones, y respondió con renovado ímpetu. Recorría su espalda en urgentes caricias, pronunciando confusas palabras entre suspiros de placer. Y

cuando Ryan abandonó su cuello para dirigirse a los senos, supo que no podía esperar más; anhelaba con urgencia sentirlo dentro de ella. Buscó su boca para besarle enfebrecida y alzó las caderas en una muda súplica para que no se demorase más.

Ryan captó el mensaje y le separó las piernas con sus rodillas para penetrarla con un fuerte impulso. Entre la nebulosa que embotaba su mente, le pareció percibir una momentánea rigidez en ella, que atribuyó al excesivo ímpetu.

—Discúlpame. He sido demasiado brusco. —Su voz estaba envuelta en pesar.

Olvidó pronto su temor al advertir que ella se relajaba con un suspiro y se quedó inmóvil, sin fuerzas para moverse, concentrando todo su ser en esa parte de su cuerpo que se hallaba envuelta por una ardiente y húmeda suavidad.

Levantó la cabeza y la miró a los ojos. Lo que vio en ellos le hizo arder la sangre en las venas. Se desbocó como un caballo fuera de control y comenzó a moverse con fuerza, con potentes y rítmicas embestidas sin dejar de mirarla. Estaba hipnotizado por el brillo de aquellos ojos y absorto en las emociones que reflejaban. Nunca había visto tal expresión de placer en el rostro de una mujer y, tal vez, de algo más que no se paró a analizar en aquellos momentos.

Vio cómo ella cerraba los ojos y emitía un prolongado gemido de éxtasis. No pudo contenerse más. En una última y potente embestida se derramó entre gozosas convulsiones.

Exhausto, se desplomó sobre ella con un suspiro de satisfacción y sintió cómo el cuerpo femenino lo acogía y lo envolvía con su ternura.

CAPÍTULO 19

Ryan apartó un mechón del oxigenado cabello para contemplar el sereno rostro a la pálida luz del amanecer y se recreó en la visión de tanta belleza. Observó sus largas pestañas, la fina nariz, los sensuales labios hinchados por los besos, la delicada barbilla enrojecida por el continuo roce con su áspera barba… Todo le subyugaba y conseguía que brotaran dentro de él tiernos sentimientos que creía desterrados de su corazón.

Ella dormía, agotada tras varias horas de continua batalla amorosa en la que había sido una digna rival. La dejaría descansar un poco. Aún no se había saciado de ese maravilloso cuerpo que se le ofrecía con tanta generosidad y con algo más. Sus inocentes caricias, la dulzura que mostraba en ellas, el brillo de sus ojos y sus emotivas palabras de amor eran algo nuevo. No recordaba haberlo observado en sus anteriores parejas, ni siquiera en su exesposa y, desde luego, nunca en los fríos encuentros con Susan.

Esa mujer le intrigaba más que antes de conocerla íntimamente. La imaginaba insensible y egoísta, dispuesta a desplegar todo su encanto y actuar como una experimentada ramera hasta conseguir su objetivo. En cambio, en sus brazos se había mostrado franca y apasionada; a veces tímida e inexperta, y siempre maravillosa en su desprendida entrega.

Le sorprendía su falta de interés por abordar el tema que le interesaba y al que no había hecho referencia. Tampoco le había dado muchas ocasiones para mantener alguna conversación, reconoció con una sonrisa satisfecha. Apenas le dejó la boca libre durante algunos minutos seguidos, y en esos momentos ella solo podía gemir y suspirar.

Debía tratarse de otra de sus elaboradas estrategias para cautivarle; muy efectiva, por cierto. Ahora comprendía su merecida fama de seductora y excelente amante. Era preciosa, tentadora y muy inteligente, aparte de una gran actriz. Con esos atributos no tardaría en triunfar en Hollywood. Productores y directores pugnarían por ofrecerle los mejores contratos, incluso antes de haber recibido sus favores. Cualquier hombre que estuviese con ella no podría olvidarla, y se rendiría a sus caprichos como un manso cordero.

Una punzada de dolor le traspasó al imaginarla en brazos de otros hombres, ofreciéndoles a ellos las caricias que a él le había prodigado.

No debía olvidar de quién se trataba ni albergar esperanzas de que llegara a cambiar. Tenía muy presente que la íntima relación que habían iniciado esa noche no iría más allá de la firma del contrato para la película y que, a partir de entonces, se dedicaría a seducir a otros que le aportaran mayores beneficios. Por ello, debía aprovechar al máximo los días que permanecieran juntos para disfrutar de tan suculento manjar.

Miró por la ventana del camarote. A la tenue luz del amanecer advirtió que no se divisaba la costa de la isla y calculó que tardarían un par de horas en llegar a puerto. Estaba cansado y necesitaba dormir, aunque le sería imposible hacerlo junto a ella. Decidió marcharse a su camarote para descansar antes de llegar a Palma. Una vez en puerto, llamaría a la casa para enterarse de las últimas novedades.

Quería hablar con Jason para que le informase. La noche anterior no pudo comunicarse con él. Como era su costumbre, solía apagar el teléfono cuando no deseaba que lo molestaran. También con Miguel Salcedo. Imaginaba que habría solucionado las cuestiones técnicas para realizar la prueba y estaría esperándoles allí. Esperaba equivocarse. Deseaba continuar gozando con aquella deliciosa criatura todo el tiempo que ella lo consintiera.

Con un suspiro de resignación, dejó el confortable lecho y fue a su camarote. Dio orden de que no le molestaran en varias horas y se tendió en la cama; de inmediato se sumió en un profundo sueño.

Cristina despertó cegada por la brillante luz que entraba a raudales por la ventana. En un acto reflejo, se giró en la cama para abrazarse al hombre con el que la había compartido durante toda la noche. Se llevó una decepción al no hallarlo en ella. Deseaba estrecharlo entre sus brazos, hacer el amor otra vez. Era tal la alegría que la embargaba que podría estallar como un globo demasiado hinchado.

¿Se estaba enamorando de él? No estaba segura. Nunca se había sentido así. Era una sensación tan maravillosa que estaba decidida a disfrutarla al máximo y atesorar las vivencias para rememorarlas cuando la realidad volviese a situarla en el lugar que le correspondía. Se conformaba con eso.

No era tan ingenua de esperar algo más que unos días de pasión porque Ryan no sentía lo mismo por ella, solo le guiaba el deseo y el acicate que le supuso su resistencia inicial. Tenía una prometida con la que pensaba casarse en breve. Una persona de su exclusivo círculo social, al que ella nunca soñaría en pertenecer ni le apetecía hacerlo. No le agradaba el mundo ficticio y corrompido que rodeaba a la industria cinematográfica. Además, si se enteraba de la farsa que

habían urdido, no la perdonaría.

Estaba viviendo una mentira y no podía permitir que su egoísmo le impulsara a desvelar la suplantación y perjudicar a Laura. Nada debía cambiar, ni siquiera arriesgándose a acabar con el corazón en mil pedazos. Al fin y al cabo, era la única responsable de lo sucedido. Si se hubiese negado, como en ocasiones anteriores, él habría desistido.

Había sido una experiencia maravillosa el descubrir lo que se sentía al hacer el amor, y en los brazos de un magnífico amante. No tenía referencias para comparar, era cierto, solo su intuición le decía que no estaba equivocada. Su falta de egoísmo, sus esfuerzos por satisfacerla, la ternura de sus caricias… Sabía que le iba a resultar difícil encontrar otro hombre como Ryan y que tendría que conformarse con pálidos reflejos de la pasión que habían compartido; era consciente desde el principio y lo aceptó.

No se hacía ilusiones de un futuro en común. Él no era suyo y nunca lo sería; esa era la cruda realidad. Él se marcharía a Estados Unidos, se casaría con su prometida y pronto la olvidaría. Ella regresaría a sus clases y a su vida sencilla, y pensaría que todo había valido la pena si conseguía unir de nuevo a su familia. Ese triunfo le ayudaría a olvidarle o, al menos, a no añorarle de forma dolorosa. Si era el precio que debía pagar por unos pocos días de felicidad junto a Ryan, lo aceptaría.

Le contaría a Laura lo que había sucedido entre ellos para que estuviese preparada y soportaría sus recriminaciones. No le preocupaba. Algún provecho debería sacar ella de todo aquello, ¿no? Y su hermana era la menos indicada para censurar su conducta cuando, quizá, no habría tardado tanto en meterse en su cama.

Se acercó a la ventana y advirtió que el barco estaba atracado en el muelle. Desde allí se apreciaba una bonita vista de la ciudad, con su catedral al fondo. Siempre deseó pasear por su famoso puerto deportivo, perderse por las callejuelas de la vieja ciudad y tomar un baño en alguna de sus paradisíacas calas. Esperaba tener ocasión de disfrutar de todo eso.

Se dirigió al cuarto de baño para ducharse y arreglarse. Le habría gustado esperar a Ryan en la cama y volver a hacer el amor, pero comprendía su impaciencia por recoger a su hijo. Confiaba en compartir nuevos momentos de pasión cuando llegaran a la casa. No quería pensar en el momento que tuviera que marcharse. Quería vivir el presente como se le presentaba y aprovecharlo al máximo. Ya lloraría la perdida; tendría todo el tiempo del mundo para hacerlo.

Cristina salía del baño envuelta en una toalla cuando oyó una voz de mujer en cubierta discutiendo de forma acalorada y pensó que se trataba de Bárbara, que había venido a recibirles o, más probable, a

recoger alguna pertenencia olvidada en su precipitada marcha. Esperaba que Jason la hubiese acompañado. Deseaba saber si tenía noticias de Miguel y, sobre todo, si se encontraba ya en la isla.

Se sorprendió al mirar el reloj y comprobar que pasaban unos minutos de las once de la mañana. No comprendía cómo había dormido tanto; ¿o sí lo sabía?, pensó con una ensoñadora sonrisa.

Se dirigió a la revuelta cama para buscar las prendas que Ryan le había quitado la noche anterior. Recordaba la larga camiseta y las braguitas de raso que él le regaló. La camiseta estaba en el suelo junto a la cama, así como sus zapatillas; no había ni rastro de la prenda íntima.

Buscó en todos lados. No le apetecía que la hallara el personal de limpieza y más al recordar que estaba rasgada, lo que provocaría maliciosos comentarios. Las encontró entre las revueltas sábanas y a su mente acudieron imágenes de horas antes.

Se desprendió de la toalla y se acercó al armario para buscar algo que ponerse. Deseaba que Miguel hubiese enviado el equipaje para variar un poco su atuendo. Pensó en el precioso vestido que Ryan le regaló la noche anterior. Recordaba cómo la había devorado con la mirada y deseó volver a sentir sus ojos ardientes sobre ella.

Con un gesto de resignación, ahuyentó aquellos pensamientos. Ese no era el momento de demorarse en fantasías por muy placenteras que fuesen, y esa no era una prenda adecuada para la mañana. Debería recurrir a la única decente que tenía: el vestido que llevaba cuando embarcó dos días antes en Puerto Banús.

Cristina se giró cuando la puerta se abrió de golpe a sus espaldas, y se sobresaltó al advertir que no era Ryan el que entraba en el camarote. Se trataba de una alta y elegante mujer que la miraba con gesto despectivo.

—¿Quién… quién es usted? —logró articular Cristina, e intentó cubrir su desnudez con la sábana que tenía a mano.

La mujer esbozó una cínica sonrisa y se dirigió al baño para mirar en su interior.

—¿Dónde está Ryan? —preguntó en un tosco castellano, idioma que Cristina había empleado.

Cristina, molesta por la actitud despectiva de la intrusa, respondió indignada y en correcto inglés.

—No sé dónde se encuentra el señor Caine en estos momentos. Lo que es evidente es que no está en este camarote ni usted tiene derecho a irrumpir en él sin permiso.

La mujer la observó con detenimiento y, sin responder, se dirigió a

la salida. Iba a abandonar el camarote cuando se abrió la puerta frente a ella y apareció en el umbral un asombrado Ryan.

—Hola, Susan. ¿Qué haces aquí? No te esperaba —dijo con la voz alterada por el sueño.

Se acercó a ella para estampar un desapasionado beso en sus fríos labios.

—Eso es evidente, querido —respondió sin perder su habitual aplomo—. ¿Tendrías el detalle de presentarme a tu nueva «amiga» española? Es incómodo estar en presencia de dos personas desnudas sin conocer a ambas.

Ryan advirtió en ese momento que no llevaba nada encima. Medio dormido, había oído la breve discusión en cubierta, que no relacionó con su propio barco. Se despejó cuando identificó las dos voces femeninas en el camarote frente al suyo y se precipitó a la salida sin reparar en su desnudez.

Pese al acuerdo con Susan, por el que ambos tenían libertad para llevar con discreción una vida privada propia, le incomodaba que hubiese llegado en ese momento. Tampoco tenía que darle una excusa convincente al no haberles descubierto en la misma cama; otra cosa era lo que Susan imaginara.

Con una disculpa, Ryan se ausentó unos segundos para regresar cubierto por una toalla.

—Ella es Lori Martel, la actriz española en la que Jason está interesado para el reparto de su próxima película. —Le presentó a Cristina con desenvoltura, una vez repuesto de la impresión inicial y aparentando una tranquilidad que no sentía en ese momento. Después se dirigió a la avergonzada Cristina, que se aferraba a la sábana como si en ello le fuera la vida, y le explicó—: Ella es Susan Forrest mi… abogada y…

—Su prometida —se adelantó la aludida con una sonrisa de superioridad—. Encantada, señorita Martel. Espero que la travesía haya resultado grata y la negociación se resuelva de forma satisfactoria para usted. —Se giró hacia Ryan y añadió—: ¿Podemos hablar en privado, querido? Tenemos un tema importante que tratar.

—Pasemos a mi camarote. Este lo he cedido a mi invitada como habrás comprobado.

Se hizo a un lado para dejarla pasar y dirigió una preocupada mirada a Cristina, que permanecía desconcertada en el centro de la habitación.

CAPÍTULO 20

Ryan cerró la puerta tras ellos y se encaró con Susan, que inspeccionaba el camarote con una mueca de disgusto.

—Y bien, ¿a qué se debe esta imprevista visita? Me aseguraste que no podías librarte de tus obligaciones para pasar unos días con nosotros. ¿Has cambiado de opinión? —preguntó interesado. Se dirigió al armario y se colocó unos pantalones.

A pesar de la aparente ligereza que intentaba imprimir a sus palabras, estaba muy preocupado. Intuía que algo grave había ocurrido para que Susan hubiese decidido abandonar su trabajo y recorrer tantos kilómetros.

—Ni una cosa ni la otra —respondió ella, que se había sentado en un sillón y estaba encendiendo un cigarrillo—. Sabes que no puedo desatender a mis clientes en estos momentos para tomarme unos días de vacaciones, y en este país tercermundista en el que las comunicaciones son arcaicas. Me he desplazado hasta aquí al considerar que, como tu futura esposa y madre de Kevin, me atañe esta crisis y tengo derecho a intervenir.

Ryan se obligó a tener calma y escuchar lo que tenía que comunicarle por muy arduo que fuese. Desde que Susan le llamó dos días antes para anunciarle que Kevin había abandonado el campamento y tenía la intención de reunirse con él en Mallorca, se había estado preguntando por la causa de aquella repentina decisión. Ni las explicaciones de Susan ni las de su propio hijo, cuando consiguió hablar con él, le satisfacían y le hacían presagiar problemas.

Kevin alegaba que se había cansado de aquel lugar, que no le gustaban las actividades que se realizaban y que las instalaciones le parecían muy incómodas. A Ryan le extrañó esa actitud ya que había asistido el verano anterior y no se mostró descontento; al contrario, llevaba todo el año esperando con ilusión el momento en el que se reencontraría con sus compañeros.

¿Tanto había cambiado de un año para otro? No lo creía. Además, en su voz advirtió que le ocultaba algo. Habría discutido con alguno de los monitores o con sus compañeros y eso le preocupaba. Aunque Kevin era muy sensato y maduro, sabía que con un niño de esa edad cualquier cosa podía ocurrir. Su hijo atravesaba por un período muy difícil y él debía armarse de paciencia para sobrevivir a la tormentosa pubertad.

Las últimas palabras de Susan le hacían temer que le había ocultado un espinoso asunto y eso le molestaba. Se trataba de su hijo y tenía derecho a estar informado en todo momento de lo que le ocurría; ella lo sabía bien.

—¿Ha tenido un accidente? —preguntó alarmado. Ambos le habían asegurado que no era una cuestión de salud y no les perdonaría que le hubiesen mentido.

—No temas. Kevin está bien y deseando verte para darte su versión de lo ocurrido. No te expliqué de qué se trataba porque me pidió que no lo hiciera; insiste en hablarte en persona. Y, como imagino que su intención es manipular los hechos, he decidido adelantarme y ponerte en antecedentes de lo que ocurrió, según me explicó el director del campamento.

—¿Kevin ya está aquí? Cuando hablé contigo creí entender que llegaba esta tarde.

—Sí, espera en la casa. Decidí acompañarle y tomamos un vuelo anterior al programado, con escalas en Nueva York y Londres. Llegamos anoche. Tengo trabajo pendiente y debo regresar mañana mismo.

Ryan comenzaba a ponerse nervioso, muy nervioso. Se acercó al frigorífico y se sirvió una copa. Ofreció otra a Susan.

—Demasiado pronto para mí, gracias —rehusó ella.

—Dispara entonces. Cuéntame en qué consiste ese embrollo tan monumental en el que se ha visto envuelto mi hijo y que te ha obligado a abandonar tus importantes ocupaciones. —Fue hacia la pequeña ventana y miró el exterior. No quería que Susan advirtiese la inquietud que reflejada su rostro.

La ironía que destilaban sus palabras no hizo mella en Susan.

—Kevin ha sido expulsado del campamento al descubrírsele varios objetos robados en su poder.

Ryan se giró con la sorpresa reflejada en el rostro. No imaginaba algo parecido.

—No lo puedo creer. —Le costaba aceptar que su hijo fuese un ladrón.

—Es un hecho probado, por muy inaudito que parezca en él.

—¿Lo ha admitido?

—Lo niega. Una actitud poco inteligente, ya que los objetos estaban escondidos en su bolsa de viaje.

—El hecho de que hayan aparecido entre sus cosas no quiere decir que él sea el responsable de su hurto. Mi hijo no es un ladrón; no es su naturaleza ni lo necesita —lo defendió con calor.

—No lo disculpes antes de conocer todos los hechos, Ryan. Debes saber que hay testigos que lo corroboran.

Ryan, que había comenzado a pasearse nervioso por la habitación, se paró en seco y miró a Susan con asombro.

—¿Testigos?

—Sí. Varios compañeros le vieron registrar la mochila de uno de los instructores, de la que desapareció un objeto que luego se le encontró entre el resto.

A Ryan le costaba creer lo que estaba oyendo. Su hijo nunca había hecho nada semejante. Desde pequeño lo educó en el respeto a los demás, que ahora actuase de ese modo contravenía todo lo que le había enseñado. Lo conocía bien y sabía que era incapaz de tales acciones.

—¡No es cierto! —exclamó con firmeza—. Puede que se equivoquen o estén mintiendo. Si él niega haberlo hecho, yo le creo.

—Reconozco que es difícil admitirlo, Ryan, pero no sería algo inusual. Ya sabes que a esa edad…

—¿Ya has dado tu veredicto, Susan? ¿Tanto te cuesta creer en la inocencia de mi hijo? —acusó. Le defraudaba su postura—. Te demostraré que estás equivocada y descubriré al verdadero culpable, aunque tenga que ir allí para demostrarlo.

—No lo considero acertado, Ryan. He logrado convencer, tanto a los implicados como al director del campamento, de que no presenten una demanda contra Kevin y se silencie todo a cambio de una justa indemnización. Si decides remover el caso, lo único que conseguirás es que se arrepientan de su decisión y denuncien a tu hijo.

—No, Susan. Si tú no estás convencida de su inocencia yo sí lo estoy y no voy a consentir que se le injurie sin motivo. Pleitearé con ellos si es necesario hasta limpiar el nombre de Kevin. —Comenzó a abrir cajones y meter todo en una maleta.

—Por favor, sé razonable. Piensa que lo único que vas a conseguir es publicidad negativa para ti y para tu hijo, aparte del enorme desembolso económico que supondrían las costas judiciales y las indemnizaciones a pagar. Y existe la posibilidad de que el juez crea conveniente castigar a Kevin con la reclusión en un centro de menores por algún tiempo. Las leyes de California son muy estrictas con este tipo de delitos, tanto para adultos como para menores de edad. ¿Imaginas lo que eso supondría para Kevin?

—Conozco a mi hijo y me niego a admitir que haya cometido ese robo. Una vez que lo demuestre, pensaré si demandamos a esas personas por injurias o dejamos correr el asunto.

—Si es tu deseo, adelante. Pero si piensas demandarles, no cuentes con que yo os defienda. No estoy dispuesta a secundar tu descabellada cruzada ni perder mi tiempo ni mi credibilidad en un caso perdido.

Ryan la miró con una expresión de decepción salpicada de amargura.

—Gracias por tu confianza y apoyo, querida. —Estaba muy dolido. No esperaba amor ni para él ni para su hijo, aunque sí su lealtad por los años de amistad que les unían. Le dolía pensar que no podría contar con eso en el futuro. Intentaría que Kevin no lo advirtiese. Sabía que su hijo la apreciaba y él tenía la obligación de evitar que se sintiese defraudado.

—Compréndeme —Susan intentó disculparse por la negativa impresión que estaba dando—, el que queramos a Kevin y deseemos lo mejor para él no quiere decir que debamos cerrar los ojos ante la evidencia y, según todas las pruebas en su contra…

Ryan, asqueado por su actitud materialista, decidió terminar con la polémica y dirigirse a la casa para hablar con su hijo, que en estos momentos le necesitaba a su lado para prestarle todo su apoyo y comprensión; no deseaba demorarse más con inútiles explicaciones.

—No temas. No tengo derecho a esperar que otorgues la misma confianza que yo deposito en Kevin puesto que, aparte de que le quiero, lo conozco desde que nació y sé que nunca haría algo tan mezquino. Si él lo niega, es porque no lo ha hecho. Ahora, si no tienes inconveniente, avisaré para que recojan el equipaje y nos marcharemos.

Abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarla pasar. Una vez fuera, llamó a la puerta del camarote de enfrente.

Esta se abrió y Cristina apareció en ella.

—Partiremos en cuanto estés preparada, Lori —le anunció con gesto serio—. Te esperamos en el muelle.

Cuando Cristina fue a responder que estaba lista, él había agarrado a Susan del brazo y se encaminaban a las escaleras. Se quedó preocupada. Ryan parecía disgustado y ella encrespada. Les había estado oyendo discutir sin llegar a entender lo que decían, aunque lo imaginaba.

La prometida de Ryan habría sacado sus conclusiones ante las evidencias. Aparte de terminar solos la travesía, la había encontrado en su camarote; ambos hechos, unido a la fama de disoluta que su hermana arrastraba y que ella debía conocer, ¿cómo no imaginar que su prometido y la actriz tenían una aventura? El hecho de presentarse inesperadamente demostraba que tenía sospechas y se había apresurado a ponerle solución. Con su presencia en la casa, la relación

terminaría y Susan era consciente de ello.

Cristina sonrió con tristeza. Sus dudas y temores se habían resuelto de forma sencilla: Ryan no se atrevería a continuar con la relación si estaba su prometida bajo el mismo techo. Y, si tuviese la insolencia de pretenderlo, no se lo consentiría.

No culpaba a Ryan, pese a los remordimientos que sentía en esos momentos. No debió permitir que la infidelidad se consumase sabiendo que él tenía una pareja a la que dañaría. ¿Dónde quedaba la honestidad a la que se había aferrado desde que tenía memoria?

No tenía excusa. Se había comportado de forma abominable, y habría continuado acostándose con él de no haberse presentado Susan allí. ¿Tanto se había metido en el papel de su hermana que ya le parecían adecuados ese tipo de comportamientos?

Recogió el bolso con sus pertenencias y se dirigió al muelle. No quería que se retrasasen por su causa. Estaba deseosa de llegar a la casa. Pensaba decirle a Laura que abandonaba la farsa. Estuviese allí Miguel o no, la llamaría para decirle que tomaría el primer avión que saliese con rumbo a Madrid. Ya había hecho bastante por su hermana. Si alguna vez le debió algo, se lo había pagado con creces. No tenía derecho a exigirle más ni a aprovecharse de su generosidad y de los deseos de hacer feliz a su padre. Tampoco tenía valor para compartir el mismo techo con aquella mujer que la miraba con desdén y la consideraba una vulgar prostituta.

Salió a cubierta y vio un automóvil negro aparcado en el muelle a pocos metros y a Ryan paseándose nervioso. Cuando llegó, le abrió una de las puertas traseras y le indicó que se sentara junto a Susan, haciéndolo él en el asiento delantero.

El trayecto hasta la casa, que se encontraba en una zona de agretes paisaje a pocos kilómetros de la ciudad, fue una pesadilla para Cristina y no solo por lo tortuoso del camino que tuvieron que recorrer. El ambiente que se respiraba en el interior del coche era de lo más tenso. Ryan no despegó los labios salvo para responder con monosílabos a alguna pregunta de Susan. En cuando a ella, la mujer la sometió a un descarado desprecio, como si se negase a admitir su presencia en el coche. Cristina no le dio importancia a ese hecho. Estaba más preocupada por hallar una buena excusa que justificase su precipitada marcha que en quedar bien ante la arrogante americana.

Cuando llegaron, Ryan se bajó del coche, dio unas breves indicaciones a un hombre mayor con uniforme de mayordomo que les esperaba en la puerta de la vivienda, y desapareció en el interior de esta. Susan hizo otro tanto, tras ordenar al hombre que le subiese una taza de té a su habitación. Cristina se quedó parada en medio del jardín sin saber lo que debía hacer y rogando para que Miguel

apareciera.

—Buenos días, señorita; me llamo Fred —se presentó el mayordomo con amable sonrisa y un aceptable dominio del castellano—. Si hace el favor de seguirme, la acompañaré hasta su habitación—. Cogió la bolsa de las manos de ella y comenzó a caminar hacia el interior de la residencia.

Cristina le siguió por la amplia construcción. Se trataba de una antigua masía rehabilitada y dotada de los más novedosos adelantos técnicos; aun así, conservaba la belleza rústica con la que se había edificado. El hombre la guio hasta una luminosa habitación en la primera planta. Abrió el armario y mostró el interior.

—Su equipaje llegó ayer por avión, señorita. Nos hemos tomado la libertad de colocarlo. Si desea alguna cosa, descuelgue el teléfono.

—Gracias. ¿Sabe si ha llegado Miguel Salcedo? Le estoy esperando —preguntó esperanzada.

—Aún no, señorita.

Cristina se quedó desolada; tenía grandes esperanzas de encontrarle allí.

—Gracias.

—La comida se servirá dentro de una hora, si el señor no indica otra cosa.

Para evitar cualquier tropiezo con Susan, prefirió permanecer en su habitación unas horas más. Con suerte, Miguel llegaría esa tarde. Su presencia representaría un gran apoyo y le facilitaría la forma de salir de allí lo antes posible.

—Creo que estoy demasiado cansada para bajar a comer. ¿Podrían subirme algo para tomar ahora y acostarme? —sugirió. No había probado bocado desde la noche anterior y estaba hambrienta.

—Le pediré a Dolores que prepare una bandeja —ofreció, y salió de la habitación.

Cristina se sintió segura en la espaciosa habitación. Dentro de pocas horas se vería libre de aquella representación y de Ryan, el hombre que tenía el poder de acelerarle los latidos del corazón con su sola presencia.

Se dirigió a los ventanales que se abrían sobre una terraza corrida y salió al exterior. El paisaje que se contemplaba desde allí era soberbio. La casa construida junto a la costa, en un pequeño promontorio rocoso. La terraza se proyectaba sobre los acantilados, rodeada de una gran extensión de aguas azuladas, lo que daba la sensación de encontrarse sobre el mar. A la gran terraza se abrían varias puertas más, que pertenecían a otras habitaciones de la casa.

Sintió la tentación de explorar toda la zona, pero consideró más prudente permanecer en su cuarto para evitar encuentros no deseados. Ya iba a retirarse al interior cuando unas voces, entre las que reconoció la de Ryan, le llamaron la atención. Se acercó con cautela hasta el final de la terraza, desde donde se divisaba uno de los laterales del edificio, donde se ubicaba la piscina.

Las voces correspondían a Ryan y a un niño de unos diez años. Imaginó que se trataba de Kevin, el hijo de Ryan, por el enorme parecido entre ambos y por las muestras de cariño que se profesaban. Les acompañaba Susan, que presenciaba la escena sin intervenir apenas en la acalorada conversación.

Cristina intuyó que algo iba mal. El niño parecía a punto de llorar mientras explicaba algo a su padre. En ese momento intervino Susan y Ryan pareció desaprobar su opinión, por lo que ella se marchó con gesto ofendido. Entonces, Kevin comenzó a llorar y su padre lo atrajo a sus brazos y lo consoló con ternura.

Cristina se sintió culpable por estar observando esas muestras de cariño entre padre e hijo y se giró para volver a su habitación. Ahogó un grito al descubrir a Susan, que estaba parada a escasos centímetros de ella.

—¿No le parece indigno el escuchar las conversaciones ajenas? —inquirió Susan con gesto agrio.

—Yo no… Yo… salí a tomar un poco de aire y me pareció escuchar voces, entonces…

—Decidió averiguar de qué se trataba para comprobar si era posible sacar algún beneficio de ello. Tengo entendido que la venta de exclusivas a la prensa sensacionalista de este país es una fuente de ingresos para usted.

Cristina dedujo que Susan estaba informada de las artimañas que su hermana empleaba para hacerse publicidad.

—Está muy equivocada. De ninguna manera he pretendido espiar a nadie. De todas formas, como podrá comprobar si lo desea, desde este lugar no es posible entender nada de lo que están hablando —se defendió, ofendida por las acusaciones de la mujer.

—No la creo, y Ryan llegará a la misma conclusión cuando le explique cómo la he descubierto —le advirtió con una maliciosa sonrisa que afeaba su hermoso rostro.

A Cristina le irritó la retorcida imaginación de Susan. No le iba a dar el gusto de pedirle que guardara silencio.

—Piense usted lo que le venga en gana, señora —dijo con acritud, y se encaminó a su habitación sin añadir palabra.

CAPÍTULO 21

—¿Por qué no me cree, papá? —preguntó Kevin, abatido por la incomprensión de Susan demostraba.

Ryan sintió un hondo pesar ante la decepción que veía en los ojos de su hijo. Nunca perdonaría la falta de lealtad de la persona que iba a convertirse en un miembro de su familia.

—No importa; yo te creo y demostraré tu inocencia. —Lo atrajo hacia él y lo abrazó en un intento por infundirle confianza.

Kevin miró a su padre con los ojos anegados de lágrimas y en los que se leía el alivio que le causaban esas palabras.

—¿Y cómo lo harás?

—Descubriendo al verdadero ladrón. Alguien te ha incriminado y tenemos que saber por qué lo ha hecho.

—Será muy difícil. Todos creyeron que era culpable — reconoció Kevin, y la desolación más absoluta se reflejó en su rostro.

—Ten confianza; todo saldrá bien —intentó animarle, convencido de que así sería—. Dime, ¿te peleaste con alguno de tus compañeros o discutiste con los monitores?

—No, papá. Lo estaba pasando muy bien. Las actividades me gustaban mucho, sobre todo las acampadas, las pruebas de orientación en la naturaleza y el curso de fotografía. Yo asistía a todas las que me daba tiempo; eran muy divertidas. —Sonrió con nostalgia. Le había entristecido abandonar aquel lugar en el que tanto se estaba divirtiendo.

—Susan dice que algunos compañeros te vieron registrando las cosas de uno de los instructores, ¿es cierto?

Kevin se ruborizó.

—Bueno… sí; pero yo no le quité la brújula, de verdad. —Miró a su padre con impotencia.

—¿Y por qué lo hiciste? ¿Qué buscabas?

—Yo solo quería ver las fotos que había hecho esa tarde porque… salía una chica que me gusta —admitió con un fuerte sonrojo.

Ryan sonrió ante el apuro de su hijo.

—No debiste cogerle la cámara sin su permiso. Estuvo mal, Kevin —le reprendió con seriedad.

—Pensé que no le importaría. Otras veces me había dejado verlas.

Adam es muy simpático. No entiendo que se disgustara ese día; hasta me gritó. —La voz se le ahogó y las lágrimas volvieron a llenar sus ojos.

Ryan le acarició la cabeza con ternura.

—Y del resto de cosas que aparecieron en tu bolsa, ¿sabes a quién pertenecían o las habías visto antes?

Kevin frunció el entrecejo concentrado en lo que su padre le pedía.

—Solo algunas. El smartwatch de Justin y la Nintendo de Zac, que eran mis compañeros de cuarto, y la brújula de Adam, claro. Había también un móvil, unas gafas de sol y una linterna, que no las había visto antes. ¡Yo no las robé, papá! No las quería ni las necesitaba. Mi móvil es mejor, y en él puedo jugar; no necesito la Nintendo ni el reloj inteligente —insistió con vehemencia—. Además, si lo hubiera hecho, no iba a esconderlas en mi bolsa.

Ryan sonrió. Pese a su inocencia, Kevin llevaba razón; un niño inteligente como él no habría cometido ese gran error. Analizó la información que le había dado. Todos esos objetos eran fáciles de sustraer y cualquiera pudo ponerlos en aquel lugar. Lo que más le llamaba la atención era la insólita actitud del instructor. ¿Por qué se había disgustado tanto en esa ocasión cuando en otras no le importó que Kevin manipulase su cámara de fotos?

—Háblame de Adam. ¿Cómo es? ¿A qué se dedica? —le pidió con una animosa sonrisa. Pensaba investigar a esa persona y quería conocer la impresión de su hijo.

—Yo no lo conocía. Ha venido nuevo este año. Se encarga de dar el curso de fotografía y de organizar las acampadas. Es muy simpático y amable; el mejor de todos los monitores. Nos hacía regalos, fotos, nos contaba historias graciosas… Nos ayudaba cuando necesitábamos algo o teníamos algún problema.

—¿Habíais tenido algún otro conflicto?

—No, nunca. Me gustaba mucho estar con él, es muy divertido. Yo era uno de sus ayudantes y me dejaba llevarle la bolsa de las cámaras.

Ryan frunció el entrecejo en un gesto idéntico al que su hijo había hecho momentos antes. No cabía duda de que Kevin apreciaba al hombre; él no estaba tan convencido de que fuera la magnífica persona que estaba describiendo.

—¿Qué cosas os regalaba?

—Golosinas, nos invitaba a helados o refrescos. A Zac le regaló una cámara de fotos porque la suya se le rompió. Era antigua y decía que ya no la utilizaba.

—Cuéntame qué ocurrió cuando le cogiste la cámara.

Kevin volvió a concentrarse en lo que su padre le pedía sin dar muestras de impaciencia o cansancio.

—Salimos de acampada y, cuando regresábamos, hicimos un descanso. Le vi fotografiando a las chicas la noche anterior y quería ver las que le había hecho a Lindsay. —Enrojeció y desvió la mirada —. Abrí su mochila y cogí la cámara.

—¿Llegaste a verlas?

—No. Era una cámara nueva, muy complicada, y no encontré las fotos. La mía me gusta más. —Le sonrió agradecido por el regalo que le había hecho antes de iniciar la acampada.

—¿Entonces se disgustó? —lo animó a continuar.

—Sí. Me gritó que dejara la cámara, que no me había dado permiso para cogerla, que si la había roto tendría que pagarla… Todos se rieron de mí. Me sentí mal. —La congoja se reflejó en su rostro.

Una terrible sospecha rondaba la mente de Ryan, aunque no era momento de hablar de ello con su hijo.

—Una cosa más, ¿cuándo ocurrió el incidente con Adam?

—Esa mañana. Por la tarde el director me llamó a su despacho para decirme que habían encontrado los objetos robados en mi bolsa. Yo le dije que no los había cogido y no me creyó.

—No te preocupes. No voy a permitir que se te acuse de algo que no has hecho. Viajaré hasta allí para esclarecer la verdad. —Le revolvió el pelo en un gesto de cariñoso aliento.

Cristina se paseaba inquieta por la habitación. Necesitaba desahogar de alguna manera la indignación que le había provocado el encuentro con Susan y sus malignas insinuaciones. Imaginaba que intentaría convencer a Ryan de que no le adjudicase el papel en la película, y el acusarla de espiar era una baza a su favor. Si daba crédito a su prometida, todo el sacrificio que había realizado sería en vano.

Debía hablar con él y aclarar los hechos antes de que Susan le convenciese con su malévola versión. No permitiría que pusiera en peligro aquello por lo que tanto habían luchado. Pero antes necesitaba acumular el suficiente valor para enfrentarse a Ryan sin correr el riesgo de arrojarse en sus brazos.

Sin apenas haber tenido tiempo de desahogar su frustración y serenar sus emociones, sonaron unos golpes en la puerta y Cristina fue a abrir, convencida de que era el mayordomo con la comida. En efecto, se trataba de la bandeja que había pedido, y Ryan era quien la llevaba.

—¿Puedo entrar? —preguntó con socarrona sonrisa ante la

inmovilidad de ella.

Cristina se hizo a un lado para dejarle pasar a la habitación. El ver en su puerta a la persona que menos deseaba en esos momentos la había paralizado. ¿Susan le había puesto tan pronto en antecedentes de lo ocurrido en la terraza y él venía a acusarla?

Ryan colocó la bandeja en una mesa auxiliar y se sentó en la butaca que había al lado. Al darse cuenta de que no tenía intención de marcharse, Cristina se sentó sobre la cama, único lugar que quedaba libre, y esperó que él comenzase las recriminaciones.

—¿A qué se debe ese repentino malestar que te impide acompañarnos en la comida? —preguntó Ryan, tras unos minutos en los que se dedicó a comérsela con los ojos.

A Cristina le sorprendió la pregunta, así como su anhelante mirada, que le alteraba el pulso en unos momentos en los que debía estar serena.

—Estoy bastante cansada y prefiero tomar algo ligero y tenderme un rato, si no te importa.

—No me importa, si es el verdadero motivo. Si lo que ocurre es que temes un enfrentamiento con Susan, no debes preocuparte. Ella no ha visto nada y, si lo intuye, ten por seguro que no va a organizar una escena de celos, en el improbable caso de que le importara —quiso tranquilizarla.

Desde unas horas antes Ryan había tomado una determinación: iba a cancelar el compromiso de matrimonio con Susan y se lo comunicaría de inmediato. La principal razón que le movía a hacerlo era la falta de empatía con Kevin. Si no era capaz de confiar en su hijo, nunca llegaría a apreciarle como se merecía. Y algo más. Había comprendido lo triste y solitario que iba a ser su matrimonio tras compartir las horas de pasión y entrega con la mujer que tenía delante y no quería conformarse con menos.

Cristina pensó que estaba equivocado. Su prometida le había parecido una mujer posesiva a la que había que temer, y demasiado inteligente como para no sospechar nada.

Ryan sonrió ante la incredulidad que mostraba su rostro. Se acercó, la estrechó entre sus brazos y la besó con pasión. Cristina se dejó arrastrar por el anhelo que siempre conseguía despertar en ella y no se opuso.

—Es una pena que tenga que marcharme esta misma tarde; podríamos haber repetido lo de anoche —se lamentó con la voz enronquecida por la pasión—. Volveré lo antes que pueda. Espérame, por favor.

Cristina, a pesar del torbellino de deseo que nublaba su razón, fue

consciente de sus palabras y se tensó. Había tomado la decisión de marcharse y su ausencia se lo ponía más fácil. Debía acabar con aquella relación cuando aún no le resultaba demasiado doloroso renunciar a las promesas de placer que ofrecían sus palabras.

Se apartó y lo miró con un aplomo que estaba lejos de sentir.

—Creo que tendremos que prescindir de nuestra grata aventura, Ryan.

—¿Y eso?

—Entiéndeme, no me parece adecuado dadas las circunstancias, ni honrado con nuestras respectivas parejas —explicó, y lo miró a los ojos con determinación.

—A Susan no le importa en absoluto si decido sustituirla en la cama, y me da la impresión de que a tu agente tampoco le molestaría demasiado, ¿me equivoco? —insistió él.

Cristina no deseaba herir sus sentimientos por el bien de su hermana, así que debía convencerle de lo indecoroso que resultaba continuar con esa relación teniendo allí a sus respectivos prometidos. Aparentando una desenvoltura que no sentía, se acercó a él, se apoyó contra su cuerpo y le enlazó el cuello con sus brazos.

—Lo siento. Ha sido maravilloso, Ryan. Eres un magnífico amante. Me encantó que estuvieras cerca en esos momentos que necesitaba la compañía de un hombre fuerte y apasionado —dijo con voz melosa junto a su oído—. Pero, como bien sabes, estoy prometida y, cuando Miguel está a mi lado, no deseo reemplazarle por nadie.

Ryan se tensó. Le retiró los brazos de su cuello con lentitud y la apartó de él. Estaba herido. ¿Quería convencerle de que él solo había sido el recurso a mano para satisfacerla en ausencia de su prometido?

—No me creo nada de lo que has dicho. Si te has acostado conmigo ha sido para asegurarte el contrato; aunque no te va a servir de nada. Harás la prueba, como las demás, y solo entonces tomaremos una decisión. No creas que me voy a prestar a tus juegos, como la mayoría de los hombres que has encontrado a tu paso —dijo con dureza.

Ella hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza sin apartar la mirada de aquellos ojos que destellaban rencor y desengaño a partes iguales. Sabía que lo había herido y ese pesar lo sentía como propio, pero no se arrepentía porque era lo que debía hacer. Tenía una promesa que cumplir y, si acababa con el corazón roto, lo asumiría como el precio a pagar.

Ryan no se disculpó pese a que estaba arrepentido de su brusquedad. La miró durante varios minutos, debatiéndose entre el deseo de rectificar y la necesidad de defender su amor propio. Al final, venció el orgullo y se marchó. ¿Qué le importaba la opinión que

pudiera tener de él?

CAPÍTULO 22

Agotada por las emociones de ese día, Cristina se quedó dormida. Al despertar, comprobó que había anochecido y solo una leve claridad entraba por los ventanales.

Se levantó entumecida y con una sensación de mareo. Recordó que no había comido nada desde la noche anterior. Miró hacia la pequeña mesa ubicada en una esquina de la habitación y comprobó que continuaba en su lugar la bandeja que Ryan le había llevado horas antes.

Se acercó y miró el contenido. El pollo estaba frío, la ensalada mustia y el pan de molde reseco. Volvió a colocar la tapa a la bandeja. Si comía algo de ello se sentiría peor de lo que ya se encontraba.

Se preguntó si Miguel habría llegado. Esperaba que sí y que había querido dejarla descansar. Pensó que lo más conveniente era quedarse en su cuarto hasta que él fuera a buscarla, pero necesitaba verle y no podía esperar más.

Decidió bajar con la esperanza de no encontrarse con Ryan ni con Susan. ¿No le había dicho que se marchaba esa misma tarde? Si así era, ella se vería libre de su presencia para siempre. Sonrió con tristeza al comprobar que, lejos de aliviarla, ese convencimiento le causaba más sufrimiento.

Pasó al cuarto de baño y se arregló para bajar. No había visto a Jason a su llegada, lo que no quería decir que no estuviese allí; sería demasiada suerte.

Se preguntó por la urgencia que había llevado a Ryan a emprender ese precipitado viaje cuando su hijo acababa de llegar. Alguna complicación con sus empresas, dedujo.

No le apetecía vestirse y maquillarse esa noche, pero se obligó a hacerlo. Durante el tiempo que permaneciese en aquel lugar, debía presentar una imagen perfecta en todo momento y evitar que los demás advirtiesen su congoja.

Apenas tardó media hora en arreglarse. Se dio una ducha rápida, se secó el pelo y se maquilló con esmero. Cuando abrió el guardarropa se sintió animada al ver que todo su vestuario estaba colocado. Al fin tenía la oportunidad de elegir entre varias prendas, pensó con alivio. Se vistió con un sencillo vestido corto y se calzó unas sandalias.

Al mirarse al espejo se sintió satisfecha y más animada que un rato antes. A la mañana siguiente se marcharía y acabaría con aquella farsa, que había resultado más complicada de lo previsto en un principio, e intentaría olvidar al hombre que había despertado en ella sentimientos desconocidos y maravillosos, al igual que incertidumbre y dolor.

Con ese convencimiento, bajó las escaleras y se quedó parada en el vestíbulo, la única parte de la casa que conocía. No se oían voces y eso la desorientó, por lo que tomó una dirección. Esperaba encontrar la cocina o a alguno de los sirvientes que le facilitara algo de cena.

Sus pasos la llevaron hacia una puerta tras la cual se filtraba luz. Quedó indecisa durante unos minutos. ¿Y si tras esa puerta estaba alguna de las personas que menos deseaba ver en esos momentos, como Ryan y su prometida? Un sordo sonido emitido por sus intestinos la indujo a continuar.

Golpeó con suavidad y oyó una voz infantil que la invitaba a entrar. Abrió y se encontró en una amplia estancia ocupada en el centro por una gran mesa rodeada de sillas; debía tratarse del comedor. Respiró aliviada. Había dado con el lugar que estaba buscando y allí solo estaba el niño.

—Hola. Tú debes de ser Kevin —saludó Cristina en inglés.

Él afirmó con la cabeza.

—Y tú la actriz española que va a salir en la película de tío Jason —dijo convencido.

—Aún no es seguro. Tengo que someterme a una prueba de *casting* y después decidirán entre todas las candidatas.

Cristina le sonrió y él le devolvió el gesto. Parecía muy sociable.

—¿Has cenado ya? Puedes acompañarme si lo deseas —le ofreció Kevin con expectación en la voz.

—Gracias. La verdad es que llevo horas sin tomar nada y me muero de hambre.

Kevin rio con ganas y Cristina se sentó a la mesa frente a él. No se atrevía a preguntarle si Ryan y su prometida se habían marchado y optó por no demorarse mucho y regresar a su habitación por si continuaban en la casa.

—Te he reconocido por la película que vi. Ahora tienes el pelo diferente —comentó con espontaneidad.

Cristina se asombró de que le hubiesen permitido ver alguna de las películas de su hermana. Eran inadecuadas para un niño de aquella edad por el alto contenido erótico. Desaprobaba que Ryan no censurase a su hijo ese tipo de obras.

—¿Cuál de ellas viste? —le preguntó con la esperanza de que hubiese sido una de las más decentes, si es que se podía encontrar alguna entre la filmografía de Lori Martel que se pudiera calificar de ese modo.

—No… no sé. Solo vi un poco —balbució con las mejillas encendidas y la cabeza baja.

Cristina comprendió a qué se debía su repentina turbación. Tras su espontánea respuesta, debió recordado el tipo de películas a las que pertenecía y se avergonzaba de admitir que la había visto. Su padre no sabía nada de ello, ni lo aprobaría en caso de enterarse, de ahí el sentimiento de culpa que no lograba disimular.

En ese momento se abrió una puerta lateral. Fred entró por ella con una bandeja y comenzó a llenar el plato que Kevin tenía delante.

—¿Desea cenar, señorita? —le preguntó.

—Sí, gracias. Acompañaré a Kevin. ¿Ha llegado ya el señor Salcedo?

—No, señorita. Tal vez su avión se ha retrasado —respondió Fred con animosa sonrisa al advertir su ansiedad. Colocó ante ella un servicio completo.

—¿Me lo comunicará cuando llegue o llame por teléfono, por favor? He extraviado mi móvil y no tengo forma de comunicarme con él —le pidió, fastidiada por la tardanza de Miguel.

—Si lo desea, puede llamar desde la línea fija.

—Yo te puedo dejar el mío, Lori —ofreció Kevin con espontaneidad.

—Gracias. El problema es que no recuerdo su número. Esperaré a que él venga o llame.

A Cristina no le resultaría difícil comunicarse con Laura a través de la clínica en la que estaba ingresada o dejar un recado allí para que ellos la llamaran, pero supondría revelar una información que a su hermana le interesaba mantener en secreto. Prefería que Miguel se pusiese en contacto con ella, cosa que haría al día siguiente; debía pensar que aún estaban de travesía. Estarían preocupados al no haber conseguido hablar con ella. Ya tendría tiempo de explicarle lo ocurrido, o la parte que se atrevía a desvelar.

El mayordomo se retiró y Kevin esperó a que ella empezara. Durante unos minutos estuvieron comiendo en silencio la deliciosa *vichyssoise* que Fred les había servido.

Cristina aprovechó para estudiar al niño con disimulo. Había advertido, al verlo esa mañana en la piscina, el gran parecido que tenía con Ryan y ahora comprobaba que eran casi idénticos. Tenían los ojos del mismo color y forma, la misma pronunciada barbilla con el atractivo hoyuelo en su centro, los mismos labios carnosos y bien

perfilados… De mayor, Kevin sería tan atractivo como su padre.

—No temas. No le diré a tu padre que has visto una de mis películas —le aseguró con un guiño de complicidad. Comprendía que se sentía arrepentido de su confesión.

Kevin levantó la mirada y le sonrió con alivio.

—Gracias. La cogí por error y solo vi un trozo —se defendió—. Además, estaba en versión original y yo no entiendo demasiado bien el español.

Cristina le creyó y dio por zanjado el tema para no continuar abochornándolo. Parecía un buen chico, educado y tímido. Su padre estaría muy orgulloso de él. Aunque tenía un cierto aire de tristeza, más bien de preocupación, que la inquietaba. Había visto esa expresión en tantos alumnos que la reconocía al momento y podía asegurar que era ocasionada por algún grave asunto familiar. La inminente boda de su padre, tal vez. Los traumas que sufrían los hijos de padres separados parecían los mismos en todas partes, independientemente de la cultura o el nivel social de los implicados.

Por desgracia, no estaba en su mano ayudarle. Se marcharía al día siguiente y no deseaba inmiscuirse en los temas familiares de Ryan. Le agradaba el niño y le disgustaba que tuviese que sufrir las consecuencias de un hogar destruido, con seguridad por las infidelidades de su padre. ¿Cómo podía ser de otra forma si en vísperas de su enlace había tenido una aventura, a la que no quería renunciar ni sospechando que su prometida estaba al tanto de ella?

Miró a Kevin con simpatía. Le pareció que se encontraba solo y falto de afecto, algo típico en los hijos de matrimonios rotos, y le gustaría ayudarle a superar el trauma si no fuera imprudente por su parte y corriera el riesgo de encariñarse con aquel niño; sería un error. Le había ocurrido con el padre, ¿para qué aumentar su desdicha?

Volvió Fred con el segundo plato y Cristina observó que retiraba casi intacto el anterior de Kevin.

—¿No te ha gustado la crema? —le preguntó Fred con cariñosa preocupación.

—Estaba muy buena, gracias. Es que esta noche no tengo mucho apetito —se disculpó en un vacilante castellano, idioma que el mayordomo se empeñaba en utilizar.

—Debes alimentarte, Kevin. Cuando tu padre regrese tienes que estar fuerte para salir a navegar.

—Lo intentaré. Este pescado parece apetitoso. ¿Qué hay de postre?

—Tu favorito: tarta de chocolate.

—¡Estupendo! —exclamó entusiasmado—. Da las gracias a Dolores y

dile que me reserve un buen trozo para mañana, por favor.

—Lo haré. Ahora, cómete todo el pescado, ¿de acuerdo?

Kevin hizo un gesto afirmativo con la cabeza y comenzó a comer. Fred salió con los platos sucios y volvieron a quedar en silencio. Cristina imaginaba que Ryan se había marchado, lo que no sabía era si Susan o Drake continuaban allí. Se decidió a acabar con la incertidumbre y le preguntó a Kevin con aparente desinterés:

—¿Dónde se encuentran los demás?

—Mi padre y Susan se han marchado hacia el aeropuerto. Iban a tomar el primer avión que saliera con rumbo a Los Ángeles —explicó con desencanto.

A Cristina le alivió la noticia que acababa de darle. ¡Ryan y su prometida estaban rumbo a Estados Unidos! Cuando él le comunicó que se marchaba de viaje no pudo imaginar que iba a ser tan lejos. Calculó que estaría fuera varios días y ella no estaría cuando regresase. Esa certeza le provocaba una honda amargura, que descartó con firmeza.

—¿Jason y su acompañante se han marchado? —Quería salir de dudas. Con un poco de suerte, solo quedaría aquel encantador niño para acompañarla.

—No. El tío Jason y Bárbara han ido a visitar a unos amigos que tienen una casa en Puerto Andratx y no sé cuándo regresarán.

—¿Y cuánto tiempo piensa estar tu padre ausente? Estaba interesado en asistir al *casting*, según me comentó. —Quería saber a qué atenerse en el futuro.

—No lo sé. Puede que menos de una semana. Me ha prometido que, cuando se resuelva todo, regresará.

Cristina asintió. La respuesta de niño confirmaba sus suposiciones. Aunque no era lo que ella hubiese deseado, sin la presencia de Ryan y Susan se haría más llevadero el tiempo que le quedaba de representar aquella comedia, y hasta tendría la oportunidad de conocer la isla.

Cuando acabaron de cenar, Kevin le propuso jugar una partida de ajedrez y ella aceptó de buena gana. Le sorprendió la habilidad del niño en ese juego, al que acabó ganando con esfuerzo. Pasada la media noche, Cristina sugirió que se acostasen. Habían planeado salir de excursión en bicicleta por los alrededores antes de que el sol sofocase demasiado.

A la mañana siguiente, cuando Cristina bajó camuflada con las grandes gafas de sol y la gorra, encontró a Kevin preparado e impaciente por partir. Tras el desayuno y equipados con ropa cómoda

y un plano de los alrededores, se pusieron en marcha. Llevaban abundantes provisiones que les había preparado Dolores, la esposa de Fred y cocinera de la casa, que llevaban allí desde que Ryan la adquirió cinco años antes.

Su intención era pasar solo un par de horas y regresar pronto por si Miguel llegaba o llamaba, pero no pudo negarse a las súplicas de Kevin y acabaron recorriendo los pueblos de los alrededores, donde compraron algunos recuerdos, se bañaron en calas de aguas cristalinas, comieron en un pequeño y acogedor restaurante y regresaron a primeras horas de la tarde, agotados y felices.

—Señorita Martel, el señor Salcedo la ha llamado esta mañana. Al no saber cuándo regresarían, me ha dejado este número de teléfono para que lo llame usted en cuanto tenga ocasión —le comunicó Fred al verla, y le entregó un papel con el número escrito.

—Gracias. Le llamaré de inmediato. —Se dirigió a su habitación para hablar con la suficiente intimidad.

Esa misma mañana había intentado comprar un teléfono móvil. En la tienda le pidieron algún tipo de documentación y ella no disponía de ninguna.

—¿Miguel? —preguntó a la voz masculina que contestó a la llamada.

—Tina, ¿qué ocurre? No contestas a mis llamadas. Tu móvil aparece apagado. Estábamos muy preocupados al no saber nada de ti.

Cristina se sintió culpable de la inquietud que les había provocado y que se reflejaba la voz de Miguel. Se recriminó por no haber puesto el suficiente empeño en comunicarse con ellos durante esos días y haberle ocultado que había perdido el móvil en su aventura en solitario en Marbella.

—Lo siento mucho. Lo perdí el primer día y no recordaba vuestros números, por eso no os he llamado. —Esa excusa se parecía bastante a lo que había ocurrido.

—Pudiste contactar con nosotros por otros medios —le reprochó.

—No tuve oportunidad, Miguel. Hasta ayer estuvimos de travesía y aquí no ha sido fácil, como comprenderás. —Intentó justificarse, aun sabiendo que tenía razón. Confiaba en que no advirtiera que estaba mintiendo.

—De acuerdo. Admito que te está resultando muy difícil. Dime, ¿cómo te encuentras? ¿Han surgido problemas? —Era lo que más le importaba en ese momento.

Cristina pensó que tenía muchos, y el principal de ellos no pensaba contárselo a Miguel.

—Todo se va solucionando bien, no temas. Caine acortó el viaje en un día porque su hijo había adelantado las vacaciones y al poco de llegar se marchó a Estados Unidos. En cuanto a Drake está de visita en casa de unos amigos y puede que ni tenga oportunidad de verle. Creo que mi trabajo ya está hecho y puedo marcharme sin peligro de que el proyecto fracase. Ya hablaremos de ello cuando vengas —le explicó con satisfacción y sin querer dar excesivos detalles por si había alguien escuchando—. Y Laura, ¿cómo se encuentra?

Tras unos segundos de silencio, en los que Cristina pensó que la comunicación se había cortado, se oyó la voz conmocionada de Miguel.

—No… no muy bien. Me temo que se han complicado las cosas.

Cristina se asustó.

—¿Qué le ocurre a mi hermana? —le urgió elevando la voz.

—Ha cogido una neumonía que está retrasando su restablecimiento; por suerte, ya han logrado controlarla.

—¿Puedo hablar con ella? —preguntó ansiosa. Quería oír de sus labios lo que Miguel afirmaba. Se temía que pudiera ser más grave de lo que quería hacerle creer.

—No es posible en este momento. Está dormida y no es conveniente despertarla, pero te aseguro que ya está fuera de peligro. No obstante, deberá permanecer en la clínica hasta que se restablezca.

—Entonces, déjala descansar. En cuanto a mí, no te preocupes. Veré si puedo coger un vuelo hoy mismo. En caso contrario, lo haré mañana. No es necesario que vengas por mí. Debes estar a su lado.

Laura necesitaba atención constante y Miguel era la persona idónea para proporcionársela. Conociendo lo que sentía por su hermana, no estaría dispuesto a dejarla en momentos tan difíciles. Ya se las arreglaría ella para salir de allí.

Miguel carraspeó un poco. Necesitaba tiempo para elegir las palabras. Al igual que Cristina, no quería revelar nada por teléfono que pudiera comprometerles.

—Tina, creemos que es conveniente que permanezcas allí durante unos días más, hasta que Laura pueda marcharse a casa. Sería complicado que abandonaras ahora, cuando el proyecto no ha concluido; ¿comprendes?

Ella se tomó un tiempo para responder. Si se marchaba antes de que Laura estuviese en condiciones de asumir su identidad, podía malograrse todo lo conseguido hasta ese momento; si se quedaba, tendría que continuar representando aquella comedia durante más tiempo, algo que cada vez le costaba más esfuerzo.

—Sabemos que es difícil y te supondrá un esfuerzo —continuó Miguel ante el mutismo de ella.

—Está bien. Me quedaré unos días más —accedió al fin. Sin la presencia de Ryan en la casa, no estaba tan deseosa de marcharse. Incluso esos días podrían convertirse en unas auténticas y relajantes vacaciones. Drake había llamado la noche anterior para comunicar que se quedaría un par de días en casa de sus amigos. Solo quedaba Kevin para hacerle compañía, y con él podía relajarse. Era un niño encantador, fácil de apreciar, y al que recompensaría su falta de sinceridad dedicándole todo el tiempo que estuviera a su lado.

—Gracias, Tina. Tu hermana y yo te estaremos muy agradecidos. —El alivio en la voz de Miguel era manifiesto—. Procura comprar un móvil y me llamas la próxima vez desde él. Sería más cómodo para todos.

—No puedo. Me piden una identificación. Y apenas me queda dinero ni dispongo de tarjetas de crédito o de algún tipo de documentación que me permita sacarlo de mi cuenta.

—Es cierto, no había reparado en ello. No te preocupes, te enviaré uno por mensajería urgente y una tarjeta de crédito a mi nombre con la clave para que puedas comprar el billete de vuelta y sacar dinero de algún cajero automático. Solo tienes que darme la dirección de la casa y el nombre de alguien que se haga responsable de aceptar el envío; ¿te parece bien?

—Estupendo. Te volveré a llamar con los datos que me pides.

Cristina se sintió más aliviada al colgar. No era la solución que esperaba; tampoco resultaba tan mala como en un principio creyó. Pasaría unos días allí y se marcharía antes de que Ryan regresase. En cuanto a Drake, intentaría convencerlo de que Miguel continuaba con las gestiones. Él acabaría marchándose a Praga para incorporarse al rodaje y la prueba se pospondría hasta que su hermana estuviera en condiciones de realizarla.

CAPÍTULO 23

Ryan se paseaba inquieto por el despacho del agente especial del FBI Jack Cyrus en Los Ángeles.

Tras aterrizar un par de horas antes, pasó por su casa para ducharse y cambiarse de ropa. Estaba agotado por las doce horas de vuelo y algunas más de espera en los aeropuertos de Palma, París y Nueva York, aunque no tenía tiempo de descansar; cualquier demora sería crucial para resolver el caso.

Llamó a su amigo por teléfono antes de partir de la isla para exponerle el problema que tenía y estaba impaciente por escuchar lo que había averiguado.

Susan, que en un principio quiso acompañarle en el viaje, al percatarse de que su actitud no había sido la adecuada, se quedó en Nueva York con el pretexto de visitar a un cliente. Ryan suponía que esa repentina decisión tenía que ver con la discusión mantenida durante el vuelo y en la que le había confesado que cancelaba la boda. Si se sintió herida no lo manifestó y acató su decisión con la misma frialdad que solía mostrar en todos sus actos.

Él se sentía aliviado, como si se hubiese quitado un gran peso de encima. Le había decepcionado profundamente la falta de lealtad hacia su hijo, algo inexcusable en su futura esposa. Había comprendido que no quería a Kevin ni se esforzaría por ganarse su cariño en el futuro. Pero no iba a mentirse. Existía otra razón, e igual de poderosa.

Desde que conoció a Lori, comenzó a replantearse su decisión de casarse con Susan. Intuía el enorme error que iba a cometer al unir su vida a una persona a la que ni siquiera deseaba. Ella nunca había logrado despertar en él esos tumultuosos sentimientos que la actriz española le estaba haciendo sentir en solo unos días, y no quería renunciar a ello.

Sabía que le resultaría difícil conseguir que Lori le amase y estuviera dispuesta a cancelar su compromiso con Salcedo. Cabía la posibilidad de que no mintiese al afirmar que estaba enamorada de él, aun así, lo intentaría. Cuando regresase a Mallorca, lucharía por ella con todos los medios a su alcance y esperaba ganar. Ella lo deseaba y no se esforzaba en disimularlo. Ahora, lo más acuciante era descubrir a la persona que había inculpado a su hijo en un delito del que era inocente.

La puerta del despacho se abrió y entró por ella la persona que Ryan esperaba con impaciencia.

Jack Cyrus, amigo de la infancia y compañero de universidad de Ryan, era un hombre atractivo de mirada sagaz y sonrisa viva que no solo destacaba por su inteligencia. Su determinación y coraje demostrados en las peligrosas misiones que había llevado a cabo, muchas de ellas infiltrado en bandas de delincuentes, lo convertían en un hombre resolutivo que no daba un caso por perdido.

—Me alegro de que hayas venido, Ryan. No tengo buenas noticias para ti —dijo, y estrechó la mano que le tendía.

Ryan lo miró con expresión de desaliento.

—Explícate, Jack.

Cyrus se sentó tras la mesa y colocó sobre ella el expediente que llevaba en la mano.

—Los agentes que revisaron los efectos personales de Adam Morgan no encontraron nada de lo que sospechas y, al interrogarle, continuó manteniendo la misma versión: que vio a Kevin registrando su mochila y, al poco, descubrió que le faltaba la brújula. Sospechó de él y se lo comunicó al director del centro. Ambos fueron a la habitación de tu hijo y descubrieron en su maleta el objeto robado junto a otros que, con posterioridad, comprobaron que habían sido sustraídos a alumnos o personal del centro —le explicó con gesto contrito.

Ryan hizo una mueca de disgusto. Sabía que no iba a resultar fácil.

—¿Lo habéis investigado?

—Desde luego. Morgan es un estudiante de último curso en la universidad de Stanford. Solicitó el trabajo para ayudarse en los estudios y fue contratado para todo el verano. El director está muy satisfecho con él, lo considera un buen profesional y es muy querido por todos los alumnos y compañeros. No tiene antecedentes policiales, ni una multa de aparcamiento. Parece tan inocente como un niño de parvulario.

—Demasiado inocente —especuló Ryan suspicaz—. Está mintiendo, lo presiento. Alguien ha querido quitar a Kevin de en medio, y la mejor explicación que se me ocurre es que Morgan pensó que había visto algunas fotografías que no debería de haber hecho una persona tan inocente como él. Si lo desacredita, haciéndole aparecer como un ladronzuelo, consigue que le expulsen del campamento y que nadie lo crea si decide contar lo que ha visto.

—Esa es una hipótesis entre muchas otras, Ryan. ¿Te has parado a pensar que podría tratarse de una broma y el responsable no se atreve a dar la cara al ver el revuelo que se ha creado? Por no mencionar que se deba a la venganza de algún compañero con el que tenía rencillas y

ha querido resarcirse de esa retorcida forma. Ya sabes lo que pasa en esos sitios y a esas edades. Ambos lo conocemos bien. —Una mirada nostálgica veló sus ojos de un gris tormentoso.

—Claro que he considerado varias opciones. He revisado toda la información, la he contrastado con la que me hijo me ha facilitado y la explicación más verosímil es esa —insistió convencido—. Son demasiadas coincidencias, Jack: el hecho de que se descubriera el robo horas después del incidente con la cámara de fotos de Morgan, el que dos de los objetos robados fuesen de sus compañeros de cuarto y otro del mismo instructor, al que le resultaba muy conveniente denunciarlo; por no hablar de que le gusta fotografiar a los chicos y hacerles regalos. No sé tú, a mí me parece la forma de proceder de un pedófilo.

—Puede ser; lo que nos faltan son pruebas. En caso de que sea como dices, ha tenido tiempo de deshacerse de cualquier material que guardase. Tanto las memorias de las dos cámaras que se le han intervenido como el disco duro de su ordenador portátil estaban limpios, según el experto que los ha examinado. Y no se ha encontrado nada en los ordenadores de la sala de ocio ni se han registrado envíos o intercambios por internet.

Ryan se pasó la mano por el pelo en un gesto de impotencia. Confiaba en su hijo y sabía que no estaba mintiendo. Algo se les escapaba. De pronto se le ocurrió una idea.

—¿Y si tiene un cómplice? Otro monitor, personal de mantenimiento, abastecedores…, cualquiera que pueda guardar el material sin levantar sospechas.

—Es poco probable. Los pedófilos suelen actuar solos. Y no es normal que se deshagan del material que poseen y que constituye para ellos un gran tesoro; sin embargo, lo investigaremos. Informaré a la unidad de delitos informáticos y, tal vez, consigamos algo. Ahora, márchate a descansar. Te avisaré en cuanto tenga nuevas noticias que darte —le aconsejó al observar el aspecto demacrado que presentaba —. Déjalo en nuestras manos. Si es él o alguien de su entorno, acabaremos atrapándole.

Ryan abandono las oficinas del FBI y se dirigió a su casa. En nada beneficiaría a su hijo que enfermase por agotamiento. Confiaba en la gran profesionalidad de Jack. Le avalaban sus numerosos éxitos en la resolución de delitos y en la captura de delincuentes.

Calculó que en España debía de ser la hora de la cena y llamó a su hijo. Sabía que se había quedado muy preocupado tras su marcha.

Cristina se acercó a Kevin que, sentado al borde de la piscina,

miraba las iluminadas aguas con gesto pensativo. Había observado la expresión triste y preocupada que mostraba su rostro desde que estuvo hablando con su padre por teléfono un rato antes. También se mostró retraído durante la cena, algo inusual en un niño tan alegre y comunicativo como él.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó con sincera preocupación.

Kevin la miró e intentó, sin conseguirlo, dibujar en su rostro una sonrisa.

—Estoy bien, Lori. Gracias por preocuparte por mí.

A Cristina se le formó un nudo en la garganta por el abatimiento que observaba en ese niño dulce y generoso.

—Si crees que puedo ayudarte en algo, solo tienes que decírmelo; ¿de acuerdo? —se ofreció, y se dispuso a marcharse. No quería agobiarle con su presencia.

—Se trata de mi padre. No me ha dado buenas noticias —confesó cuando ella se alejaba.

Cristina se detuvo y, sin hacer ningún movimiento, esperó a que él continuara hablando si lo deseaba.

—¿Por qué algunas personas quieren hacerte daño si tú no les has hecho nada?

Ella no sabía a quién se refería. Le contestó como su razón le dictaba. Se sentó a su lado y lo abrazó con ternura.

—Hay muchas formas de maldad, Kevin. Algunas personas, por envidia o por deseos de acumular riqueza y poder, no sienten remordimientos en causar el mal a los demás. Ellas son un ejemplo de lo que no se debe hacer. Otras tienen la mente enferma y eso les lleva a actuar de manera dañina con los que le rodean. Son muy peligrosas y es importante descubrirlas.

—Yo no supe hacerlo —se quejó, sin poder evitar que las lágrimas acudieran a sus ojos.

—No te culpes de ello, cariño; la mayoría de las veces no es fácil darse cuenta y acaban perjudicándote.

Kevin apoyó la cabeza en su hombro y liberó en forma de llanto la tensión que llevaba acumulando desde que su padre se marchó. Cristina esperó a que él se tranquilizara y mantuvo un respetuoso silencio.

Cuando pasaron unos minutos, él se secó los ojos y, sin mirarla desahogó su pesar. Le explicó la causa de la expulsión del campamento, la impotencia que había sentido al no poder defenderse de las acusaciones y al comprender que todos pensaban que era culpable. Solo su padre creía en su inocencia y había viajado hasta allí

para demostrarla y descubrir al verdadero responsable de aquellos robos. Cuando estuvieron hablando le confesó que no habían descubierto al culpable, y él temía que, si no lo encontraban, todos continuarían pensando que era un ladrón.

Cristina entendió la gravedad del problema y el empeño de Ryan por esclarecer el asunto, o la reacción de Susan al descubrirla observando desde la terraza. Asumió que iba a vender la noticia a la prensa.

—No te preocupes. Tu padre descubrirá la verdad y nadie te culpará —intentó animarle.

—¿Tú me crees, Lori?

—Claro que sí. —No le mentía. Solo hacía veinticuatro horas que lo conocía y ya sabía que era un niño honesto e incapaz de realizar las acciones que se le atribuían.

—Gracias. —Le sonrió aliviado. Pronto sustituyó la sonrisa por un gesto de tristeza—. Susan no me cree. No me hizo caso cuando le expliqué que yo no había robado esos objetos y creyó todo lo que el director le contó. Me riñó delante de él y de varios profesores más. Me dio mucha vergüenza —admitió con pesadumbre.

Cristina se compadeció de él. Si su futura madrastra no había descubierto su verdadera naturaleza y se negaba a apoyarle en momentos tan cruciales para él, la relación entre ambos no iba a ser fácil en el futuro y el niño sufriría. Ryan debería de haberlo advertido; aunque, si amaba a su prometida, nada más tendría importancia para él.

No siempre era fácil congeniar con los hijos de la pareja y respetaba el derecho que tenían los padres de ser felices con la persona elegida, lo que le resultaba triste era que los niños tuvieran que pagar siempre las ingratas consecuencias, siendo quienes menos culpa tenían.

—No pienses más en ello, Kevin. Pronto estará olvidado.

Algo más animado por las palabras de su amiga española, como la llamaba, Kevin recuperó la sonrisa. Decidieron ver una película y acostarse temprano; estaban agotados. Habían planeado pasar el día siguiente en Palma y debían levantarse temprano. El niño estaba entusiasmado con la posibilidad de hacer de cicerone de Cristina. Conocía bien la ciudad por haberla visitado en numerosas ocasiones durante los años que llevaba pasando allí las vacaciones de verano.

Drake, al que Cristina llevaba varios días sin ver, llegó cuando aún no se habían acostado.

—Hola, tío Jason; no os esperábamos hasta el jueves —dijo Kevin complacido.

Cristina y él estaban sentados en la terraza, comiendo una generosa ración de la sabrosa tarta de chocolate de Dolores y ultimando los preparativos para el día siguiente.

—He venido yo solo. Bárbara ha decidido permanecer un poco más disfrutando de aquella zona tan concurrida y animada; además, echaba mucho de menos a cierto jovencito que siempre suele ganarme a los videojuegos —explicó, y dirigió a Kevin una mirada de auténtico cariño.

Cristina disimuló una sonrisa. Imaginaba que, cansado de la empalagosa Bárbara, había decidido concederse algunos días de tranquilidad.

—Genial. Mi padre me regaló la PlayStation 5 por haber aprobado el curso y tengo un montón de juegos nuevos. Si quieres, podemos jugar ahora —ofreció Kevin.

—Es tarde y estoy cansado, claval; te lo pondría demasiado fácil para ganarme. Mañana prometo tomarme la revancha de la última vez.

—Vale, tío Jason —respondió con gesto desilusionado. No había jugado con su nueva consola y estaba deseando demostrar su maestría. Recordó lo que habían planeado para el día siguiente y rectificó—. Tendrá que ser por la noche. Lori y yo vamos a Palma. No la conoce y se la voy a enseñar. ¿Quieres venir?

—No voy a poder. Tengo que resolver algunos asuntos y eso me tendrá casi todo el día al teléfono. Si queréis, podemos hacer una excursión al día siguiente donde os apetezca, siempre que no sea en bicicleta; ya sabes que no domino muy bien esos trastos —ofreció con sonrisa pícara.

—¡Eso sería estupendo! —Kevin miró a Cristina para que ella lo confirmase—. ¿Dónde quieres ir, Lori?

—No conozco nada de la isla, por lo que cualquier lugar que decidáis estará bien para mí.

—¿Y tú, tío Jason?

—Opino igual que Lori; como no conozco casi nada, prefiero que nos aconsejes.

Tras recapacitar unos segundos, Kevin dijo:

—Hay muchos sitios que os gustarán: las cuevas del Drach, Valldemossa, Pollença…Yo los conozco todos, y no me importa repetir.

—Estaría bien empezar por las cuevas y dejar para otro día el resto, ¿qué te parece? —propuso Jason.

—Bien. Tenemos que ir en coche. Están muy lejos.

—¡Qué alivio! —suspiró cómicamente, lo que provocó la carcajada de los otros dos—. Creo que es hora de que te acuestes. Necesito hablar con Lori de negocios, ¿de acuerdo? —pidió a Kevin.

Cristina se tensó ante esas palabras. No había hablado con él desde que abandonaron el barco e imaginaba que tampoco lo había hecho con Miguel. Estaría interesado en conocer cómo iban las gestiones que el agente de su hermana estaba realizando.

El niño obedeció. Dio un beso en la mejilla a cada uno y subió a su cuarto.

—Un chico estupendo. Ryan es un hombre afortunado —comentó Jason naturalidad, a lo que Cristina respondió con un gesto afirmativo.

Era innegable el afecto que el director sentía por Kevin, al que conocía desde que nació. El niño lo quería y lo consideraba de la familia sin que les uniera parentesco alguno. Le había explicado a Cristina en una ocasión que Drake colaboró con su abuelo en muchas películas y ahora lo hacía con su padre. A él le encantaba que lo llevara a los rodajes para ver a sus actores favoritos y pedirle autógrafos.

—¿Cómo han transcurrido estos últimos días, Lori? —le preguntó sin apartar su mirada sagaz de ella.

—Bien, gracias —se limitó a responder con la mayor serenidad que pudo.

A Jason le bastó observar el sonrojo que cubría su rostro y la mirada huidiza de ella para confirmar sus sospechas: había existido una relación íntima entre Ryan y ella. Él no iba a interferir en las decisiones de dos personas adultas, solo esperaba, por el bien de ambos, que supieran lo que estaban haciendo.

—¿Y las gestiones para realizar la prueba pendiente?

Cristina esperaba y temía esa pregunta.

—Miguel está haciendo todo lo que está en su mano para conseguir un estudio aceptable.

—Entiendo. La cuestión es que tengo la intención de partir para Praga el tres de agosto y, si no lo consigue para finales de mes, deberéis desplazaros hasta el set de rodaje en Praga —le advirtió.

El gesto de alivio de Cristina no pasó desapercibido para Jason, pendiente de sus reacciones, y tomó buena nota de ello.

—No habría ningún problema por nuestra parte; incluso sería la mejor solución. Ahora, si me disculpas, me gustaría acostarme. Estoy muy cansada. Es difícil igualar la vitalidad de un niño de diez años.

—Perdona por haberte entretenido. Hasta mañana.

Cristina se despidió de forma un tanto apresurada y se dirigió a su habitación. No quería fomentar la familiaridad entre ellos y arriesgarse a cometer algún error que pudiera perjudicar a su hermana en el futuro.

Se preguntaba cómo conseguiría Laura evitar que Jason advirtiera el cambio. No le cabía dudad de que acabaría reparando en las diferencias entre la Lori Martel de aquellos días y la que aparecería en unas semanas. Las distintas personalidades se evidenciaban más en la intimidad; un riesgo al que su hermana sabía que se exponía cuando concibió aquella absurda ficción.

Ya se las arreglaría Laura cuando llegara el momento, pensó. Era inteligente y encontraría una excusa convincente que justificara los cambios.

CAPÍTULO 24

Cristina miró las fotografías que ocupaban varias páginas de la revista con gesto de fastidio. Como se temía, la despedida de Miguel en Puerto Banús había sido captada por el paparazi y, según esa y varias más que compró el día anterior, el idilio de la actriz y su agente artístico se había convertido en una de las sorpresas del verano, pese a que ninguna de las partes implicadas lo había confirmado. Se rumoreaba sobre la futura incorporación de Lori Martel a una producción norteamericana, que se rodaría en Hollywood, y cuyas negociaciones se llevaban muy en secreto por temor a que fracasasen.

Laura estaba muy disgustada, según le aseguró Miguel cuando habló con ella esa mañana. A Cristina no le importó. Su hermana debía de considerarse muy afortunada si ese era el único precio que tenía que pagar por todo aquel embrollo. Ella, le recordó, estaba soportando la peor parte y no armaba tanto revuelo.

Desde que Ryan se marchó, el ambiente había cambiado de forma radical y su estancia allí se estaba convirtiendo en unas vacaciones que no le disgustaría prolongar hasta que recuperase su identidad. Sabía que era imposible porque Ryan no tardaría muchos días en regresar y ella no quería estar allí para cuando lo hiciese.

Había tomado la decisión de marcharse en un par de días, y así se lo había comunicado a su hermana. A Laura no tardarían en darle el alta y terminaría de restablecerse en su piso de Madrid, donde Cristina permanecería hasta que pudiera simular su regreso de Londres y recobrara su aspecto.

Cristina observaba los juegos de Kevin en la piscina con mirada soñadora. Habían sido unos días estupendos, reconoció. Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien y se divertía tanto. Tuvo la oportunidad de recorrer pintorescos rincones de gran belleza, de disfrutar de largos baños en las aguas mediterráneas, de apetitosa comida y de la compañía de Kevin, un niño maravilloso, inteligente y muy maduro para su edad con el que compartía muchos gustos y aficiones.

La visita a Palma de dos días antes le encantó. Kevin, como siempre, había ejercido de magnífico guía y apenas se dejaron cosas por ver. Sin embargo, cuando mejor lo pasó fue al día siguiente, en la excursión por la parte este de la isla. Las cuevas del Drach le parecieron espectaculares, así como el agreste paisaje de aquella zona,

de gran belleza natural. A la vuelta, Jason insistió en parar en el pueblo de Manacor, donde adquirieron artículos de piel y unos preciosos pendientes de perlas, tan famosas en aquella zona, que el director le regaló. Regresaron al atardecer y disfrutaron de una magnífica cena y una relajante tertulia en la tranquila terraza con vistas al mar.

Un día maravilloso en agradable camaradería, durante el cual descubrió al verdadero Jason Drake, un hombre encantador, paciente y afectuoso. Sentía un gran cariño por Kevin, tal vez porque veía en él al hijo que no había logrado tener en ninguno de sus matrimonios.

También advirtió que apreciaba a Ryan como a un hermano y lo defendía con decisión. Jason le había pedido que perdonara a su amigo por si, en algún momento, la había tratado de forma poco caballerosa; lo que se alejaba de su verdadero carácter, noble y generoso. Le habló de su frustrado matrimonio y del gran amor que sentía por su hijo, hasta el punto de planear el matrimonio con Susan para proporcionarle una madre y una estabilidad familiar a Kevin sin estar enamorado de su prometida.

Para ese día tenían planeado visitar Valldemossa y pasearse en el famoso tren de Sóller, pero una llamada de Bárbara, pidiéndole a Jason que fuese a recogerla, los había desbaratado. Ante el contratiempo, Kevin y ella se habían dedicado a descansar, tomar el sol y bañarse en las limpias aguas que lamían los acantilados sobre los que se elevaba la casa, y a las que se accedía por un estrecho sendero que bajaba hasta una pequeña cala.

Kevin quiso salir a navegar en la embarcación a vela y Cristina se negó. No quería correr el riesgo de que ocurriese algún accidente, por lo que aguantó sus protestas y consiguió pasar la mañana en feliz armonía entre juegos y confidencias. Tras la comida, insistió en descansar unas horas para evitar las intensas radiaciones solares, para volver a la piscina cuando la tarde ya caía.

A pesar de lo feliz que se sentía, no podía evitar los remordimientos que la acosaban por estar engañándolos, sobre todo a Kevin. El niño le había tomado un gran cariño y ella le correspondía de igual manera; lo que constituía un error porque solo conseguiría aumentar su añoranza cuando tuviera que despedirse de él para no volver a verle.

—¿A que no me alcanzas esta vez, Lori? —la retó Kevin desde la piscina.

—¿Qué nos apostamos? —lo provocó Cristina, riendo feliz.

—¿La ración que queda de la tarta de chocolate? —propuso el niño.

—Vale. —Se lanzó a la piscina tras él. Nadó vigorosamente y logró atraparlo antes de que llegara al otro extremo—. Reconoce que soy

imbatible —pidió con la respiración entrecortada por el esfuerzo.

—Porque eres más alta y tienes los brazos más largos. Cada brazada tuya es como dos de las mías y avanzas más rápido. Espera a que crezca un poco más y comprobarás que no es tan fácil ganarme —se justificó Kevin.

Cristina le revolvió el pelo y le tendió una toalla.

—El año próximo volveremos a batirnos y espero que las fuerzas estén más niveladas para entonces.

—Puedes apostar. Soy el más alto de mi clase y papá dice que dentro de pocos años le superaré a él en altura —dijo con orgullo.

—No lo dudo, Kevin. Y hasta serás más atractivo.

—¿Te parece atractivo mi padre? —le preguntó con una nota de ansiedad en la voz.

—Mucho. Incluso podría convertirse en actor. Tendría montones de admiradoras entre las que yo me contaría —continuó en el mismo tono juguetón, sin que fueran menos ciertas sus palabras.

—Es una posibilidad que no había considerado —dijo una conocida voz.

—¡Papá, ya has vuelto! —exclamó Kevin, y se lanzó a los brazos de su padre para fundirse en un estrecho abrazo.

Cristina se giró con una extraña expresión en el rostro, mezcla de alegría e inquietud. La sorpresa era tal que su cerebro se negaba a asumirla. Ryan había regresado antes de lo previsto, solo cuatro días desde su marcha. ¿No se suponía que iba a estar ausente una semana más?

—¿Cómo has regresado tan rápido? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Kevin con ansiedad.

—Tranquilo; todo ha ido muy bien. Acompáñame a mi cuarto para que pueda cambiarme y te contaré las novedades —respondió Ryan con una amplia sonrisa.

Estaba feliz al observar la expresión de alivio en el rostro de su hijo. Había valido la pena el agotador viaje en el jet privado que alquiló en Los Ángeles. Aunque esa no era la única razón que le había impulsado a acelerar su regreso, reconocía mientras devoraba con los ojos el cuerpo de Cristina embutido en un escueto bikini.

—Me alegra encontrarte aquí, Lori —saludó, sin dejar de reparar en la inquietud que ella intentaba disimular. Sabía que continuaba allí y que Salcedo no había aparecido, pero no quiso anunciar su regreso para que no decidiera marcharse antes de que él llegara.

El intenso brillo de deseo que desprendían los ojos de Ryan no contribuyó a tranquilizar a Cristina, que contestó con una leve

inclinación de cabeza.

—Espero que hayas atendido a nuestra invitada como se merece, Kevin.

—Claro. Nos lo hemos pasado muy bien estos días, ¿verdad, Lori?

—Sí. Han sido estupendos —respondió ella. Le costaba manejar los encontrados sentimientos que provocaba en ella.

—Así me gusta, Kevin —dijo Ryan con paternal orgullo—. Vamos arriba y, cuando regresemos, podréis informarme de vuestras aventuras.

Cristina los vio dirigirse hacia la casa y comenzó a pensar con celeridad. Todos los planes que habían trazado con Miguel se habían derrumbado y ahora urgía idear otros nuevos. ¡Y ella que se había resignado a no volver a verle! Maldijo su mala suerte cuando apenas quedaban cuarenta y ocho horas para abandonar la personalidad de Lori Martel y regresar a su pacífica vida. Ahora se arrepentía de no haber seguido su primer impulso de marcharse al día siguiente de su llegada a Palma.

Tendría que llamar a Miguel e informarle de aquel imprevisto. Él la ayudaría a encontrar una excusa adecuada que le permitiera abandonar la casa lo antes posible sin herir los sentimientos de Kevin y levantar las suspicacias de Ryan y Jason, y en esta ocasión no aceptaría una nueva demora. Como el teléfono móvil que le había enviado por mensajería junto a la tarjeta de crédito se encontraba en su habitación, tendría que esperar a que bajasen para acercarse a la casa y realizar la llamada. Era tarde para marcharse ese mismo día, pero lo haría en el primer avión que partiera para Madrid al día siguiente.

Lo más difícil sería permanecer durante esas horas bajo el mismo techo y resistir la tentación que él suponía. No iba a negar que seguía deseándolo igual que antes. Así se lo había revelado su cuerpo al verle de nuevo, hasta el punto de que tuvo que reprimir con fuerza el deseo de correr hacia él y abrazarle.

Al menos estaba libre de la presencia de Susan y su rencorosa inquina. Kevin le había comentado que la prometida de su padre no iba a regresar. Se trataba de una mujer muy ocupada que dedicaba casi todo su tiempo al trabajo, y no le gustaba aquel lugar. A Cristina le dio la impresión de que el niño se alegraba. No apreciaba demasiado a su futura madrastra y la aceptaba por el amor que le tenía a su padre.

Intentó serenarse. La situación no era tan grave y, si tenía que permanecer allí veinticuatro horas más, contaba con mayores ventajas que durante la travesía. Disponía de más espacio y de la compañía de

otras personas. La presencia de Kevin era una baza a su favor. Ryan querría estar con su hijo y le dedicaría menos tiempo a ella. Hasta guardaba la esperanza de que hubiese perdido el interés. Desechó al momento ese pensamiento al recordar el brillo de deseo que había advertido en sus ojos.

CAPÍTULO 25

—¿Qué has descubierto, papá? —le urgió Kevin de camino a la casa.

Ryan entendía la ansiedad de su hijo por conocer las noticias que traía y no lo demoró más.

—Como pensábamos, había una persona que quería implicarte. Robó esos objetos y los colocó en tu bolsa de viaje para acusarte y que fueras expulsado del campamento.

—¿Quién?

—Adam Morgan.

Kevin miró a su padre con asombro.

—¿Adam? —No acababa de creerlo. ¡Si era su amigo!

Ryan dudaba. No estaba seguro de que su hijo tuviera que conocer todo lo sucedido. Había ciertos hechos que debería ocultarle. Kevin solo tenía diez años, era aún un niño, aunque pronto se enfrentaría a la cruda realidad de la vida.

—Tal vez no sepas que hay personas que sienten un interés… inapropiado por los menores de edad; un interés de tipo sexual. —Lo miró con atención para calibrar su reacción.

—Claro, papá, no soy tan inocente. En el colegio nos advirtieron que lleváramos cuidado con ellos —respondió con naturalidad.

Ryan no pudo evitar sonreír. Tendría que poner más interés en la educación de su hijo. Estaba creciendo a pasos agigantados.

—Pues bien, Adam es una de esas personas.

Un gesto de repugnancia, afloró al rostro de Kevin.

Ryan advirtió la gran decepción que le habría supuesto el descubrir que una persona por la que sentía afecto era un peligroso pervertido. Pero había una pregunta que llevaba días queriendo hacerle y no pensaba esperar más. Necesitaba salir de dudas.

—Él… se ha portado correctamente contigo; quiero decir, nunca ha intentado nada deshonesto.

—¡Claro que no, papá! —exclamó Kevin.

Por la franqueza de su reacción, Ryan quedó convencido de la sinceridad de sus palabras y volvió a respirar con normalidad.

—¿Y por qué quería que me marchara de allí?

—Pensó que habías visto ciertas fotografías que había hecho cuando estuviste manipulando la cámara. Si aparecías como un ladrón a los ojos de los demás, nadie te creería si lo contabas.

—¡Yo no vi nada!

—Él no lo sabía, Kevin, y no podía correr ningún riesgo. Creyó que lo mejor sería que desaparecieras de allí y pensó que nadie iba a perder el tiempo en comprobar si eras culpable o no.

No había resultado fácil desenmascararle. Se trataba de una persona muy cuidadosa, que sabía cubrir muy bien su rastro. Jack Cyrus, con la ayuda de la unidad de delitos informáticos, descubrió en un chat a alguien que intentaba pasar material desde una dirección IP que resultó ser la del ordenador del director del campamento, del que conocía la clave y desde el que se conectaba cuando nadie lo veía. Gracias a las cámaras de vídeo que habían instalado en varias zonas estratégicas, lograron descubrirle cuando entraba en el despacho. En el nuevo interrogatorio, y a la luz de las pruebas en su contra, confesó los hechos y fue acusado.

Jack estaba muy satisfecho con los resultados. Adam Morgan era un miembro muy activo de una importante red dedicada a la producción y distribución de pornografía infantil, a la que llevaban tiempo persiguiendo, y tenía grandes esperanzas de atrapar al resto de implicados con la información que les pudiera facilitar.

Ryan consideró oportuno no demandarle por haber implicado a Kevin. No quería hacer pasar a su hijo por todos los sinsabores que un juicio le acarrearían, y más estando por medio un tema tan sórdido como el de la pedofilia, que la prensa airearía con gusto.

—¿Lo han detenido?

—Sí, y ha confesado que él sustrajo esos objetos. Ha quedado probada tu inocencia y el FBI me ha pedido que te felicite por haber ayudado a desenmascarar a un peligroso delincuente —le explicó con satisfacción.

Kevin sonrió con orgullo y olvidó el disgusto que le había supuesto descubrir la verdad sobre el que creía su amigo.

Cristina oyó unas voces que se acercaban. Reconoció la excitada voz de Kevin, que explicaba algo, y la divertida carcajada de Ryan como respuesta a sus palabras. Se obligó a ocultar sus emociones e impedir que advirtiesen su nerviosismo.

Por la alegría que mostraban y las veladas palabras de Ryan cuando llegó, Cristina dedujo que el resultado del viaje había sido satisfactorio. Hablaría con Kevin cuando tuviera oportunidad para que le informara. No deseaba que Ryan supiese que ella estaba al tanto de

los problemas de su hijo e imaginara, como hizo Susan, que pensaba vender la noticia a la prensa y beneficiarse con ello. Debía explicarle que no utilizaría la información que tuviera por si su prometida le habría comunicado sus sospechas.

Les vio aparecer por el sendero que conducía a la piscina desde la parte posterior de la casa. Ryan se había cambiado de ropa y ahora aparecía con un colorido traje de baño y una toalla al hombro. Estaba tan atractivo que Cristina sintió un fuerte ramalazo de deseo que la dejó jadeante. Sería tan feliz si pudiera sentir una vez más aquel cálido y suave cuerpo sobre el suyo, sus caricias, su pasión... No podía permitírselo. Debía apartar esos tentadores pensamientos de su cabeza y resistirse a los deseos de su traidor cuerpo.

Se colocó las gafas de sol y simuló estar muy interesada en la lectura de la revista que tenía entre las manos.

—Lori, papá dice que mañana iremos a navegar si no hace mucho viento —le anunció Kevin con alegría cuando llegó a su lado.

—Eso es estupendo.

Cristina evitaba mirar a Ryan, que se hallaba parado frente a ella.

—¿Vendrás con nosotros? —le pidió con tono suplicante.

Ella tardó unos segundos en responder. Debía evitar la cercanía de Ryan durante el mayor tiempo posible y, al mismo tiempo, no quería defraudar las ilusiones del niño al negarse a ir con ellos. Se sintió observada, tanto por el padre como por el hijo, ambos pendientes de su respuesta.

—Creo que no es conveniente, Kevin. No sé navegar y solo sería un estorbo para vosotros. —La evasiva sonó poco convincente.

—No te preocupes, Lori. Papá es un gran marino y yo estoy aprendiendo mucho. Entre los dos manejaremos las velas y tú no tendrás que preocuparte por nada. ¿No es cierto? —preguntó a su padre.

—Lo es. Y si desea aprender, estaremos dispuestos a enseñarla —respondió Ryan con una chispeante sonrisa.

—Claro, te enseñaremos. Ya verás cómo te gusta cuando aprendas, es fenomenal.

Cristina se sintió divertida ante el entusiasmo del niño y sus esfuerzos por convencerla. Lo miró con ternura, cosa que no pasó desapercibida a los atentos ojos de Ryan.

—Iré solo si me dejáis llevar salvavidas —concedió con humor.

—¡Bien! —exclamó Kevin. Se lanzó al cuello de ella y le estampó un sonoro beso en la mejilla—. Es estupenda; ¿no te lo había dicho, papá?

Ryan rio divertido.

—Varias veces en los últimos minutos. —En la intensa mirada que dirigió a Cristina se acumulaban un buen número de emociones, algunas de las cuales ni él mismo se atrevía a identificar—. Y ahora que has conseguido la promesa de la dama, ¿podemos bañarnos? Estoy acalorado.

Cristina captó la insinuación del último comentario. Desde que había llegado, él no dejaba de contemplarla con febriles ojos.

Kevin no esperó a que su padre lo repitiera y se lanzó a la piscina de cabeza. Ryan fue a dejar la toalla en una tumbona al lado de Cristina y, en un rápido movimiento, le quitó las gafas.

—Me gusta ver tus preciosos ojos cuando te miro, aunque insistas en camuflar su color natural con esas ridículas lentillas azules —dijo en un susurro junto a su rostro, al tiempo que le recorría el brazo en una insinuante caricia.

Ella se tensó y un escalofrío recorrió su cuerpo como respuesta al roce de la mano masculina. Ryan soltó una carcajada y corrió a zambullirse en la piscina.

Cristina vio que era el momento ideal para llamar a Miguel y planear juntos una rápida salida a la nueva complicación. Aprovechó que padre e hijo jugaban en el agua para levantarse y dirigirse a la casa, procurando que su marcha pasara inadvertida. Si en algún momento albergó la remota esperanza de que Ryan hubiese perdido el interés por ella, sus gestos y miradas le demostraban que estaba equivocada. Él pretendía continuar con la relación y ella debía evitarlo por mucho que lo deseara; y lo deseaba más que nada, esa era la triste realidad.

A Ryan, que estaba pendiente de ella, no se le escapó su precipitada marcha y se preguntó qué se traería entre manos. Susan le había explicado que la descubrió espiando la conversación entre padre e hijo el día que llegaron y le recordó su afición a vender todo tipo de información. Si la noticia se publicaba y acababa filtrándose a la prensa norteamericana, podía tener repercusiones.

Al fin, todo se había resuelto y Kevin estaba libre de sospecha, pero no deseaba que su nombre apareciera en los medios de comunicación. Tendría que hablar con ella. No iba a permitir que el bienestar de su hijo se viese alterado.

Otra cosa que le había llamado la atención era la asombrosa forma en que Kevin se había encariñado con la actriz, de la que hablaba con sincero afecto. Y el sentimiento parecía ser mutuo. Nunca imaginó que aquella frívola mujer era capaz de mostrar tanta ternura y paciencia hacia un niño, a no ser que todo se tratase de otra maniobra para

conseguir sus fines. Cierto o no, el trabajo estaba realizado y Kevin se mostraba fascinado con ella; al igual que el padre, pensó con cierta amargura.

¿Cómo había permitido que se le metiese tan dentro, hasta el punto de que lo único en lo que pudo pensar desde que se marchó era en volver para estar a su lado? Aquellos días alejado de ella habían supuesto una auténtica tortura. Soñaba con sus ojos encendidos de pasión y sentía unas irreprimibles ansias de regresar a sus brazos.

Qué equivocado estuvo al pensar que una vez que gozara de ella lograría superar la fascinación que le provocaba. Al contrario, se había avivado la ardiente llama de su deseo hasta convertirse en una auténtica hoguera difícil de sofocar. Sabía que estaba adentrándose en un terreno peligroso y no por la fiera pasión que despertaba en su cuerpo sino por los intensos sentimientos que albergaba en su corazón.

CAPÍTULO 26

—He de deciros que me marcho mañana —anunció Cristina con el mayor aplomo que pudo reunir.

Ryan y Kevin la miraron con el mismo gesto de sorpresa en el rostro.

Se encontraban reunidos alrededor de la mesa, disfrutando de la excelente cena que Dolores había preparado, y al llegar a los postres comprendió que ya no podía retrasar más el momento. Era necesario dar el paso. Sabía que se tendría que enfrentar a la suspicacia de Ryan y a la desilusión de Kevin y estaba preparada para hacer frente a ambas. Jason y Bárbara habían salido y regresarían tarde.

—Volverás pronto, ¿verdad? —dijo Kevin.

Cristina no esperaba que le iba a afectar tanto la tristeza que detectó en su voz y tuvo que hacer un esfuerzo para parecer optimista.

—Intentaré regresar. No me perdería un paseo en barca por nada del mundo.

Kevin bajó la cabeza y continuó comiendo la mousse de chocolate con visible disgusto. A Cristina le dolía tener que mentirle a aquel niño, que le mostraba tanta franqueza y simpatía. Sabía que le estaba traicionando, pero la alternativa que tenía era demasiado peligrosa para ella y no se podía permitir el lujo de aceptarla, pese a que la deseaba con todas sus fuerzas.

—¿Y a qué se debe esa repentina decisión? —preguntó Ryan. La observaba con intensidad y advertía sus esfuerzos por evitar su mirada.

—He hablado esta tarde con Miguel. Ha concertado un reportaje gráfico con una revista y he de estar mañana por la tarde en Madrid para prepararlo —contestó sin levantar la cabeza.

—¿Otra de tus famosas exclusivas? —quiso saber Ryan. Tal vez Susan tenía razón y ella pensaba vender a una agencia de prensa la información que había conseguido sobre Kevin.

—No. Se trata de un reportaje fotográfico en el que muestro los diseños de una importante marca comercial para la próxima temporada. Ya realicé uno similar el año pasado y en esta ocasión han querido volver a contar conmigo para dar a conocer sus modelos.

Cristina se atrevió a mirarlo a la cara. Se arrepintió de inmediato. Lo que vio en aquellos ojos no la tranquilizó en absoluto y le demostró

que le iba a resultar difícil convencerle. Por suerte, solo tenía que comprobarlo si lo deseaba.

Cuando llamó esa tarde a Miguel para comunicarle el repentino regreso de Ryan y la necesidad de abandonar la casa, le urgió para que encontraran un buen pretexto que le permitiera marcharse sin levantar sospechas. Fue Laura la que lo proporcionó. A causa del accidente había tenido que aplazar la sesión fotográfica hasta que estuviese restablecida, aunque podían adelantarlo si la propia Cristina se encargaba de hacerlo. De esa forma, tenía un verdadero motivo para regresar a Madrid y los americanos no sospecharían ninguna irregularidad.

Cristina no se consideraba capaz de hacerlo y se opuso al principio. Tanto su hermana como Miguel le aseguraron que se desenvolvería bien debido a la maestría que había adquirido imitando a Lori Martel. Se limitaría a ser fotografiada en variadas poses y Miguel estaría a su lado para ayudarla y asesorarla. Aceptó. Necesitaba huir de aquel lugar y haría lo que fuese necesario. Era la mejor solución para acabar con aquella ficción.

Ryan no podía oponerse al tratarse de su trabajo. Y, si continuaba insistiendo en realizar la prueba antes de que Drake se marchara a la República Checa, Miguel se encargaría de seguir posponiendo los trámites. Para entonces, su hermana ya estaría en condiciones de tomar las riendas y ella desaparecería de escena para siempre. Todo parecía bien planeado, era lógico y no admitía objeciones por parte de nadie; con todo, Cristina estaba convencida de que Ryan las encontraría.

—¿Y cuánto tiempo te llevará ese… trabajo? Sabes que está pendiente el tema de la prueba y Jason ha de marcharse en poco más de una semana —le recordó Ryan sin perder de vista su expresión. Su pétreo semblante no dejaba traslucir si creía o no las explicaciones que acababa de darle.

Cristina había preparado una explicación por si sacaba a relucir ese tema.

—El reportaje apenas me llevará uno o dos días y Miguel me ha comentado que la búsqueda de un estudio va muy adelantada. En todo caso, y de no poder efectuarla en esas fechas, ya sabes que no tenemos ningún inconveniente en trasladarnos al lugar que él nos indique —respondió con estudiada naturalidad.

Ryan permaneció silencioso hasta el final de la cena, lo que aumentó la inquietud de Cristina. Ella habría preferido multitud de preguntas y no ese mutismo que le parecía sospechoso. Al terminar decidieron pasar al salón para ver una película. Jason llegó al rato y se unió a ellos. Bárbara prefirió retirarse a su habitación. No había superado la

inquina hacia la actriz española y lo demostraba a la menor ocasión.

Kevin se fue a dormir y, a petición de Ryan, Cristina le explicó a Jason las novedades. Este le aseguró, como ya había hecho con anterioridad, que no tenía inconveniente en aplazar la grabación de la prueba hasta que ella hubiese solucionado sus compromisos. El rodaje de la película no comenzaría hasta dentro de cuatro meses y había tiempo suficiente para realizarla. También le informó que la lista de candidatas se había reducido a dos y ella la encabezaba. Cristina se sintió más tranquila. Ya imaginaba que con él no iba a tener problemas.

Ryan la mirarla con intensidad y evaluaba sus respuestas y reacciones. Desde su regreso la notaba muy intranquila; la mirada huidiza y el constante rubor de sus mejillas se lo indicaban. Sabía que no estaba diciendo toda la verdad, que intentaba huir de él. Temía volver a abandonarse en sus brazos y reconocer que los momentos de intimidad compartidos habían significado mucho para ella. Se lo confirmaban sus ojos cuando le miraban y la agitación de su cuerpo ante el menor contacto; entonces, ¿por qué no reconocerlo y continuar con la relación para comprobar hasta dónde podía llegar?

A él le resultaba imposible dejar de pensar en ella y de desearla con todas sus fuerzas, por lo que la idea de estar varios días sin verla le provocaba auténtica angustia. Tenía la sospecha de que no regresaría, como le había prometido a su hijo.

Ensimismado en sus pensamientos, no oyó la tímida despedida de Cristina y reaccionó al advertir que se levantaba y salía del salón.

—¿Estás aquí, Ryan, o te has marchado a otro planeta? —preguntó Jason con sarcasmo.

—¿Cómo?

—Ya veo que estás a años luz de la Tierra. Cuando regreses, me lo comunicas.

—Perdona. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—Yo diría que solo tienes una desde hace un rato, aunque no tengo inconveniente en darte la razón si insistes en falsear la evidencia —le recriminó Drake molesto—. En fin, tú sabrás lo que te traes entre manos. No soy el más indicado para dar consejos en estas cuestiones; no obstante, por los años que nos conocemos y la prerrogativa que esa circunstancia me concede, te diría que olvidases el tema antes de que acabe golpeándote con fuerza donde más te duela.

—Oído.

—¿Y aceptado? —Ante el mutismo de su interlocutor, movió la cabeza con resignación—. Bien, eres mayorcito para tener que explicarte el riesgo que corres. Sí te advierto que no toleraré que se

ponga en peligro el proyecto porque tú no puedas mantenerte apartado de esa mujer.

—Como tú mismo has dicho, ya soy mayorcito —respondió Ryan con frialdad. Se levantó y se marchó.

Jason vio alejarse a su amigo con preocupación. Desde el primer momento supo que surgirían complicaciones, y no se había equivocado. Imaginaba lo sucedido entre ellos durante el resto de la travesía. Lori se mostraba inquieta ante Ryan y este exaltado y posesivo con la actriz. La mujer de esta noche no se parecía en nada a la que había descubierto durante los días que Ryan estuvo ausente. Aquella parecía una joven alegre y feliz, esta se veía sofocada y nerviosa.

Era obvio que Ryan la intimidaba con su presencia y que ella estaba deseando marcharse de su lado. Y la atracción que sentía por su amigo era tan evidente que hasta un ciego la podría ver, y él no estaba ciego.

Esperaba que ambos recuperasen la cordura y se olvidaran del asunto que mantenían entre manos. En esas condiciones sería difícil rodar con Lori. Para él su trabajo era lo primero y, si era, estaba dispuesto a prescindir de la colaboración económica de Ryan con el fin de evitar su interferencia en el proyecto.

Cristina daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Llevaba más de dos horas intentándolo y no lo conseguía; se lo impedían los encontrados sentimientos que la abrumaban. Al principio fue la preocupación por si él decidía acudir a su cuarto. Cuando los minutos pasaron y nadie llamó a su puerta, el desconsuelo reemplazó a la expectación anterior, algo que no se negaba a admitir. Le añoraba. Deseaba gozar de sus caricias, temblar bajo su cuerpo, derretirse con su ardiente mirada, sentir su enloquecedora pasión… Pese a ello debía marcharse y olvidarle.

A la mañana siguiente partiría a primera hora hacia el aeropuerto. Dejaría atrás todo lo que había revolucionado su plácida existencia en tan pocos días, convencida de que su vida ya no volvería a ser como antes. Su corazón no latiría del mismo modo y su cuerpo no vibraría con tanta intensidad como lo había hecho entre aquellos brazos.

Ahogó un sollozo. Ese vacío interior que sentía, y que tanto le costaría llenar, era desgarrador. ¿Por qué se mostraba tan cruel el destino? Había perdido a su madre cuando más la necesitaba y a su hermana, que constituía un gran apoyo para ella, y con ambas a su padre, que parecía ausente desde que su hija mayor desapareció, como si nada le importase ya en el mundo. Ahora debía renunciar al hombre que amaba. Era demasiado.

Si pudiera disfrutar de unos pocos días más a su lado se consideraría afortunada. Sabía que era imposible, pero quedaba esa noche. ¿Por qué no? Se merecía disfrutar de la ternura y el placer que él le regalaba para atesorar esos recuerdos con los que se resignaría a vivir a partir de entonces. No perjudicaría a nadie excepto a sí misma, y ese era un precio que pagaba gustosa a cambio de esas horas de felicidad.

Con la decisión tomada, se levantó y se dirigió a la puertaventana que comunicaba con el balcón corrido. Sabía cuál era la habitación de Ryan, estaba al final de la terraza y aislada del resto, que daban al lado opuesto. Nadie la vería.

Salió al exterior y la fresca brisa de la noche le provocó un escalofrío. Eso no la detuvo y recorrió presurosa los escasos metros que separaban ambas habitaciones. Sin embargo, al encontrarse ante la puerta acristalada, el fuerte impulso que la había llevado pareció extinguirse de golpe y hacerle recobrar el sentido común. Allí estaba, descalza, vestida con un liviano camisón, buscando las caricias de un hombre... ¿Qué locura iba a cometer?

Ahogó un grito al ver que la puerta se abría y aparecía en ella la alta figura de Ryan. Estaba desnudo y despeinado, y la miraba con intensidad. Transcurrieron unos largos segundos de tensa espera en los que ninguno se movió. Entonces, él abrió los brazos en una clara invitación y ella olvidó por completo sus escrúpulos y se arrojó con un gozoso gemido en aquel seguro cobijo que la esperaba impaciente.

Se fundieron en un febril abrazo en el que no pudieron, ni quisieron, enmascarar sus sentimientos y los mostraron sin tapujos. Parecía como si esos cortos días de separación hubiesen incrementado hasta tal punto su deseo, que les resultaba imposible contener toda la pasión que pugnaba por derramarse.

Las manos de él recorrían el cuerpo femenino con enardecidas caricias, que inflamaban los excitados sentidos de ella. Cristina, a su vez, no podía dejar de besar aquel rostro tan añorado. De forma vehemente, frotaba su vientre contra el inflamado miembro y le arrancaba roncos gemidos de necesidad.

Ryan, casi al límite de su resistencia, la cogió en brazos y se dirigió al revuelto lecho donde la depositó. Con frenética impaciencia, le quitó el camisón y la escueta braguita y se inclinó sobre ella para besar y lamer aquellos abultados montículos de suave y sonrosada piel. Cristina le cogió la cabeza y tiró de ella; no podía dejar de besarle. Abrió las piernas para acogerlo entre ellas y se agitó nerviosa bajo su cuerpo en urgente demanda.

Él, obedeció. Sin abandonar su boca, revolvió en el cajón de la mesilla. Sacó un pequeño paquete y procedió a colocarse el preservativo con rápidos y diestros movimientos.

Se tendió sobre ella, que le esperaba anhelante, y la penetró con una potente embestida. El grito de placer fue mutuo ante ese ansiado primer impacto y se quedaron inmóviles, saboreando el sublime momento. Mas la urgencia de Ryan era tanta que no pudo resistirse al embriagador gozo que comenzaba a extenderse por todo su cuerpo. Atrapó la boca de Cristina en un voraz beso y comenzó a moverse en su interior con rápidas acometidas, mientras su lengua imitaba el mismo ritmo dentro de la boca de ella.

Cristina se liberó de aquella enloquecedora boca para gritar cuando se sintió estallar de placer a causa del fulminante orgasmo, y apenas llegó a oír los agónicos gemidos de Ryan antes de verse envuelta en una placentera nube que la aislaba poco a poco de la realidad y la sumía en un apacible sopor. Entre brumas, le pareció sentir una lluvia de pequeños besos en su cabello y una tierna voz junto a su oído que le susurraba dulces palabras de amor.

La luz inundaba la habitación cuando Cristina despertó al oír unos golpes en la puerta seguidos de la voz de Kevin que llamaba a su padre. Sintió que Ryan se incorporaba y respondía aún soñoliento.

—¿Qué quieres, Kevin?

Cristina se cubrió con la sábana, sonrojada bajo la pícara mirada masculina, e hizo intención de levantarse para volver a su dormitorio. Ryan la sujetó por el brazo y la pegó a su cuerpo.

—Dijiste que te llamara a las siete y media, ¿recuerdas? Me prometiste que nos daríamos un baño en la cala antes de desayunar —respondió el niño con tono impaciente.

—Espérame abajo. Enseguida me reuniré contigo.

—¡No tardes! —le urgió Kevin, y se marchó corriendo por las escaleras.

Cristina estaba aturdida y bastante abochornada al revivir las escenas de horas antes. En la oscuridad de la noche todo parecía menos vergonzoso. Ahora, a plena luz del día, no comprendía cómo pudo ceder a aquella necesidad que le llevó a buscarle y arrojarse en sus brazos otra vez.

—¿Estás arrepentida? —le preguntó Ryan con una nota de ansiedad en la voz.

¿Lo estaba? Cristina sopesó por unos instantes la pregunta. ¿Lamentaba haber disfrutado de aquellos maravillosos momentos de pasión y ternura con el hombre que le despertaba sentimientos desconocidos y maravillosos? No, no lo estaba. La unión había sido voluntaria y deseada, casi como un acto de amor, aunque para él no hubiese representado lo mismo.

Negó con la cabeza y vio cómo el rostro masculino se iluminaba con una sonrisa y desaparecían las huellas de la incertidumbre que momentos antes estaban impresas en él.

Ryan se inclinó sobre ella y la besó con una ternura que la conmovió.

—Regresaré a tiempo para llevarte al aeropuerto. Espérame —le pidió con una alegría en la mirada que le hacía parecer un jovencito enamorado.

Se levantó y se colocó un traje de baño. Con la misma precipitación, se dirigió a la puerta. Desde allí se giró y le lanzó una última sonrisa unida a una profunda mirada de deseo antes de salir por ella y desaparecer.

Cristina continuó unos minutos más saboreando el inconfundible olor masculino que desprendían las sábanas y se permitió soñar por unos momentos que la sensación de felicidad que experimentaba continuaría durante mucho tiempo. El placer de despertar entre sus brazos había sido maravilloso. El calor de su cuerpo envolviéndola, el roce de sus labios, el tacto de su piel… ¿Cómo iba a prescindir de todo ello a partir de ahora y para siempre?

Ahogó un sollozo y se levantó de un salto. Era inútil llorar por una ilusión, una bonita fantasía con la que solo tendría ocasión de soñar a partir de ahora. Se dirigió a su cuarto con el temor de que alguien la viera.

Tenía que marcharse de allí antes de que Ryan regresara. No debía permitir que la acompañara al aeropuerto. Si pasaba más tiempo a su lado, le resultaría más difícil la separación. Además, ella estaba representando una farsa, suplantando a la verdadera Lori Martel, y podían surgir problemas que su presencia no ayudaría a resolver.

Terminó de hacer las maletas y se vistió con un corto pantalón y una camiseta. Tenía pensado ponerse la peluca oscura que había utilizado para su escapada en Marbella. No quería que la reconocieran los periodistas que pululaban por el aeropuerto mallorquín en aquellas fechas.

Bajó a desayunar. El comedor estaba solitario a esas horas de la mañana y se alegró de ello. No deseaba despedirse de Jason ni de su insufrible amiguita. En cuanto a Ryan, le dejaría una nota explicándole que prefería ir sola para evitar cotilleos de la prensa y le prometería que le llamaría para informarles de cómo iban los trámites para la prueba.

Pidió a Fred que llamara a un taxi, le dio la nota para Ryan y subió a su habitación para terminar de arreglarse. Con la peluca, las gafas oscuras y la amplia gorra de visera que camuflaba sus rasgos, sintió

reforzada su confianza y se convenció de que lograría superar la nueva dificultad que tenía por delante.

Cuando dejó atrás la casa en la que había sido tan feliz, se tragó las lágrimas y se hizo el firme propósito de olvidar aquella noche y el resto de momentos compartidos con Ryan. Sabía que era la única forma de recuperar el equilibrio perdido y aportar un poco de sosiego a su vida.

CAPÍTULO 27

Cuatro horas después de abandonar la casa de Ryan, Cristina llegó a Madrid. Nadie había reparado demasiado en la mujer morena de grandes gafas oscuras y gorra calada hasta las orejas que permaneció todo el tiempo en un rincón con aspecto desconsolado.

Una vez en la ciudad, se encaminó a la dirección que su hermana le había dado la tarde anterior por teléfono. Se trataba de la casa de Miguel, un amplio y luminoso ático en pleno barrio de Salamanca, donde Laura había decidido trasladarse tras abandonar esa misma mañana la clínica para evitar visitas de curiosos y el acoso de la prensa. A ella le pareció conveniente permanecer allí durante los días que quedaban para acabar el mes, cuando volvería a asumir su verdadera personalidad.

Le tranquilizó encontrar a su hermana tan restablecida. Aún le quedaban algunos hematomas en el rostro y el vendaje en la pierna fracturada, que debería llevar durante unos días más y le impedía moverse con libertad. Lo que no había mejorado era su carácter, y Cristina lo advirtió desde el primer momento.

—Hola, hermanita. Observo que continúas de una pieza. Por tu llamada de auxilio pensé que te estaba persiguiendo un loco sanguinario —saludó con su habitual cinismo cuando Cristina se le acercó para besarla.

Miguel ya le había prevenido de que su estado de ánimo no era todo lo bueno que debería tras el mes largo de encierro forzoso y le pidió paciencia.

—Veo que tu sentido del humor ha mejorado mucho en estos días. ¿Has pensado dedicarte a la comedia? —respondió Cristina en el mismo tono.

—Eso lo dejo para ti. Según Mickey, tienes un gran futuro en el séptimo arte.

Cristina sonrió. Ese comentario era lo más cercano a una felicitación que iba a recibir por su parte.

—No lo creo. Este mundillo es más pestilente de lo que imaginaba. Prefiero continuar educando a niños; ellos son más sinceros.

Miguel vio conveniente intervenir antes de que las dos hermanas se enzarzaran en una discusión que pusiera en peligro la sesión

fotográfica programada para el día siguiente.

—Tina, por ajustes de agenda del fotógrafo que va a realizar el catálogo, la sesión ha sido programada para mañana —le anunció.

Ante esas palabras, Cristina saltó como un resorte.

—¿Mañana? ¡Si apenas tendré tiempo de prepararme! ¿No se puede aplazar hasta que Laura esté en condiciones de realizarla? Creo que ya he cumplido sobradamente con el acuerdo.

—¿Tanto te cuesta hacer un último favor, guapa? —le reprochó Laura con irritación.

Cristina inspiró con fuerza para serenarse y evitar contestarle como se merecía.

Miguel le dio a entender a Laura con la mirada que se esforzara en controlar su fuerte temperamento o lo echaría todo a perder. Comprendía que se le estaba exigiendo demasiado a esa joven, que se mostraba paciente y con gran espíritu colaborador, y cuyos resultados estaban siendo magníficos; aun así, debía pedirle un último esfuerzo.

—Lo siento, Tina, sería muy poco profesional que aplazásemos otra vez la fecha. El fotógrafo no tiene otro hueco en todo el mes y el reportaje es para la temporada otoño-invierno, por lo que debe comenzar a aparecer en los medios de comunicación a mediados de agosto como fecha límite —le informó con su amable tono de voz que tenía la facultad de convencer a cualquiera.

—¿Qué tendría que hacer? —preguntó con gesto de fastidio.

No tenía valor para dejar a su hermana en la estacada. Además, consideraba que se lo debía. No se arrepentía de la relación que había mantenido con Ryan y consideraba que debía contárselo a Laura para que la suplantación no fuese descubierta si tenía que enfrentarse a él, pero decidió esperar unos días para reunir el suficiente valor.

—Lo primero serán las pruebas de vestuario con las prendas seleccionadas. Si todo va bien, comenzarás la sesión con Marcos Galán, el fotógrafo que se encargará este año de realizar el reportaje. Es un gran profesional, que te irá guiando paso a paso. Y la gran ventaja es que nunca ha trabajado con Lori, por lo que no sospechará nada raro. Ahora te dejaré ver el vídeo de la sesión del año pasado para que observes e intentes imitar los movimientos y expresiones —le explicó Miguel.

—Está bien, lo haré —aceptó con resignación.

Miguel suspiró de alivio, el mismo que se apreciaba en Laura pese a que intentaba disimularlo. Quedaba otra cuestión no menos embarazosa.

—Ryan Caine me ha llamado dos veces. Quiere hablar contigo. Le

he dicho que no te he visto aún y que no respondes al móvil. Me ha pedido tu número y no se lo he dado. Prefería esperar a que me autorizases a hacerlo.

La sola mención de Ryan alteró a Cristina. Se repuso e intentó dar a sus palabras un tono de despreocupación que no sentía.

—Me alegra que no se lo hayas dado. No quiero hablar con él. Ya he soportado durante demasiado tiempo a ese individuo. Inventa alguna excusa, que me he marchado a… donde se te ocurra; tú verás.

—Me ha parecido muy empeñado en comunicarse contigo. Es probable que nos cree dificultades si te niegas. Reconsidéralo, Tina. Sería solo una llamada —insistió Miguel.

—Pues tendréis que resolver esos problemas si surgen —zanjó con sequedad, y se marchó rápida hacia su habitación.

A Miguel le extrañó la inusual reacción de Cristina, ni comprendía esa obcecación por parte de una persona razonable como ella. Si se tratara de Laura, tan caprichosa y voluble, podría comprenderlo, no en su hermana. Debía de haber pasado algo que quería olvidar.

En cambio, a Laura no le sorprendió esa reacción. Sabía que su hermana ocultaba algo. Miguel le había comentado el interés que el productor norteamericano mostraba por ella y, aunque a Cristina pareció desagradarle, pudo cambiar de opinión durante los días que compartieron tanta intimidad. Había visto una fotografía de Ryan Caine y reconocía que era un hombre muy atractivo. Por muy mojigata que fuese su hermana, era una mujer y pudo sentirse tentada. Ahora estaría arrepentida de esa debilidad y le avergonzaba admitirlo.

—Si el tal Caine vuelve a llamar, dile que estoy ilocalizable; después, ya veré cómo lo resuelvo. Voy a averiguar qué ha ocurrido entre ellos —dijo Laura.

Ayudada por las muletas, se dirigió a la habitación que ocupaba su hermana y llamó a la puerta. Al ver que no contestaba, abrió y entró. Cristina estaba duchándose. Laura se sentó en un sillón y aguardó.

—¿Hay algo que has olvidado decirnos, Tina? —preguntó Laura cuando Cristina salió del baño envuelta en una toalla.

La voz exenta de reproches animó a Cristina. Ya les había puesto al tanto de lo ocurrido durante esos días para que estuvieran prevenidos y evitaran cometer algún error, omitiendo la íntima relación con Ryan; pero comprendió que no debía continuar ocultándolo y se sinceró con su hermana. Al hacerlo comprobó que se quitaba un gran peso de encima, si bien se guardó lo más humillante: que se había enamorado de él.

En contra de lo que esperaba, Laura se mostró comprensiva.

—No te preocupes, Tina; tu aventura con Caine no supondrá ningún inconveniente, y me alegra que lo hayas contado para saber a qué atenerme si coincido con él en alguna ocasión —le aseguró—. Reconozco que es un hombre impresionante, al que deber resultar difícil resistirse. A mí me habría ocurrido lo mismo, no lo dudes —añadió con una sonrisa cómplice.

El rubor cubrió el rostro de Cristina y la carcajada de su hermana no contribuyó a aliviar su bochorno.

Cristina se presentó en el estudio de Marcos Galán a primera hora de la mañana. Tras probarse el vestuario que iba a lucir, comenzó a posar. Siguiendo las indicaciones del fotógrafo, lo que había visto hacer a su hermana y su propia intuición, todo resultó mucho más sencillo de lo que esperaba y concluyó ese mismo día. La profesionalidad que demostraba admiró a Miguel, que la acompañaba, y en especial a ella misma.

—Has estado fantástica, Tina. Albergaba mis dudas, pero he comprobado que tienes cualidades innatas para esto. Si quisieras, podrías ganarte la vida muy bien como modelo y actriz. ¿No te tienta? —sugirió Miguel. Se dirigían a su casa, donde una ansiosa Laura les esperaba.

—Gracias; con una en la familia es suficiente. —Sonrió ante el comentario. Estaba contenta con el resultado y, sobre todo, porque había concluido su aportación a aquella farsa que ya estaba durando demasiado. Era hora de retomar su vida.

Guardaron silencio durante unos minutos. Miguel conducía concentrado en el tráfico de las últimas horas de la tarde. En su rostro, Cristina advirtió que había algo que le perturbaba y no quiso preguntar. Él no tardó en exponerlo.

—Caine ha vuelto a llamar. Insiste en que tiene un tema pendiente que tratar contigo. ¿Sería pedirte demasiado que consintieras hablar con él? Podrías dejarlo zanjado, sea el que sea, y evitarle a tu hermana conflictos en el futuro. —Con su tono daba a entender que imaginaba de qué se trataba.

La insinuación subyacente en sus palabras alteró a Cristina, y un torrente de imágenes acudieron a su memoria. Las desechó y se centró en lo que le pedía. A Laura le sobraba experiencia y sabría manejarle si tenía que enfrentarse a Ryan, aunque como esa era una complicación adicional que ella había creado, tenía el deber de resolverla.

—Le llamaré. Dame su número —aceptó con menos firmeza de la que le hubiera gustado.

Miguel dejó escapar la miró con un brillo de admiración, consciente del gran esfuerzo que tendría que realizar.

—Es mejor que lo llames desde mi teléfono, así evitarás que te tenga localizada —sugirió.

Cristina afirmó. Miguel siempre estaba pendiente de todo.

Cuando llegaron al parking del edificio, él marcó el número y se bajó del coche para dejarle intimidad. Cristina, con el pulso galopando veloz, aguardó la respuesta. Tras varios tonos de llamada, Ryan respondió.

—Buenas tardes, Salcedo. ¿Dígame?

El sonido de aquella voz tan conocida le hizo vibrar por dentro y desató emociones y recuerdos que se empeñaba en enterrar. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para serenarse y aparentar una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—Hola, Ryan. Soy Lori. Me han dicho que querías hablar conmigo. ¿Qué deseas?

Ryan no esperaba que ella le respondiera y mucho menos con el tono distante que empleaba.

—¿Cómo te encuentras? Me quedé preocupado tras tu repentina marcha —le preguntó con anhelo.

—Muy bien. Gracias por el interés.

Una enorme desilusión comenzó a adueñarse de Ryan. No podía creer que se mostrase tan fría después de lo que habían compartido.

—¿Por qué te fuiste? Te dije que me esperaras, que yo te llevaría al aeropuerto. Quería hablar contigo.

El tono desolado de su voz hizo que Cristina se enterneciera. Se rehízo.

—Te expliqué mis razones en la nota. ¿Te la dio Fred?

—Sí. Lo que no entendí…

Ella le interrumpió. Tenía que mostrarse firme.

—Pues no hay nada que aclarar. Llegué bien y muy cansada. Necesitaba una cura de sueño, de ahí que no quisiera que nadie me molestara. Gracias por preocuparte. Y ahora, si me disculpas, estoy muy ocupada con el reportaje fotográfico que te comenté. Me alegra haber hablado contigo, Ryan. Da recuerdos a Kevin y Jason de mi parte.

—¿Qué te ocurre, Lori? ¿Tan pronto has olvidado lo que sucedió entre nosotros? —se apresuró a decir antes de que ella cortara la llamada.

Cristina estuvo a punto de sucumbir ante la tristeza que envolvía sus

palabras. Por mucho que le doliera, no podía volverse atrás.

—Escucha, Ryan. Sabías que la breve aventura que mantuvimos no llevaría a ninguna parte. Fue muy estimulante y guardaré un grato recuerdo de ella, nada más. Ambos tenemos pareja y yo estoy feliz con la mía; que, por cierto, me gustaría que no llegara a enterarse. Espero que te portes como un caballero y no desveles nuestro secreto.

Ryan estuvo tentado de decirle que había roto el compromiso con Susan. Calló. No quería aumentar la humillación que esa confesión le provocaba.

—No temas, nada saldrá de mis labios.

—Gracias. Y ahora te dejo, Miguel se acerca. Me encantará saludarte en Hollywood… si llegamos a vernos. —Soltó una risita que le sonó forzada.

Ryan no estaba dispuesto a dejar las cosas así.

—Dame tu número de móvil y continuaremos esta conversación en otro momento —pidió con brusquedad.

—Lo siento, ya está acabada. Para temas de trabajo, te sugiero que contactes con Miguel; siempre los delego en él, ya lo sabes. Adiós.

Esas últimas palabras de Cristina fueron el golpe que lo derribó. ¿Eso era para él, un tema de trabajo? Una mezcla de sentimientos bullía dentro de él: decepción, rabia, dolor… ¿Pretendía hacerle creer que no sentía nada cuando se le entregaba tan generosamente? No iba a admitirlo hasta que sus ojos lo corroborasen. Tenía que comprobarlo. Cogería el primer avión que saliera para Madrid al día siguiente e insistiría en verla. La amenazaría con eliminarla de la lista de aspirantes si era necesario. Con lo interesada que estaba en ese papel, no se negaría. A ver si tenía valor de decirle a la cara que solo se había acostado con él para asegurarse el contrato.

Cristina perdió la entereza que había mantenido hasta entonces y se derrumbó nada más acabar la llamada. Necesitaba liberar parte de la angustia que llevaba acumulando durante tantos días y los sollozos la sacudieron. No trató de impedirlos, eran el epitafio de la loca aventura que había llegado a su fin.

CAPÍTULO 28

A la mañana siguiente, Cristina acudió a un centro de estética donde modificaron el corte de pelo y se lo tiñeron de su color natural, con lo que el parecido con la actriz de moda se redujo. También se libró de las lentillas azules, el exceso de maquillaje, los descomunales tacones y la ropa provocativa que había estado utilizando durante ese último mes. Volvía a ser Cristina Ayala, una joven nada espectacular, y eso le encantó. Ya estaba preparada para regresar a casa y debía decírselo a su hermana.

Laura estaba tomando el sol en la terraza. Le apenaba despedirse de ella. Sabía que pasaría bastante tiempo antes de que volvieran a verse. Necesitaba retomar el curso de su vida, ver a su padre y pasar unos días con él, reflexionar sobre su futuro y comenzar a olvidar al hombre del que se había enamorado.

—He decidido marcharme, Laura; papá me necesita —le anunció.

Laura la miró e hizo una mueca en la que Cristina creyó advertir un atisbo de desencanto mezclado con añoranza, aunque debían de ser imaginaciones suyas.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —le preguntó Laura con aparente indiferencia.

—Eso depende de ti. Debes dar el primer paso para que la familia vuelva a unirse. No voy a forzarte a cumplir la promesa que me hiciste cuando todo esto comenzó; tienes que desearlo.

—Lo deseo, Tina, pero tengo miedo de que me rechace. —Laura no intentó ocultar la inseguridad que sentía.

—Ten presente que papá te quiere. Nunca ha dejado de hacerlo y está deseando abrazarte de nuevo. Es lo que le falta para ser feliz.

Laura deseaba que fuese cierto.

—Te llamaré a menudo para saber cómo te encuentras —le prometió Cristina. Le dio un beso y fue a despedirse de Miguel.

—Mickey me ha dicho que hablaste ayer con Caine. Gracias por ese último esfuerzo —dijo Laura antes de que su hermana abandonara la terraza.

Cristina se giró e intentó mostrar una expresión serena.

—La responsabilidad era mía y debía hacerle frente. Espero que no te vuelva a molestar.

—Tal vez dentro de un tiempo… podría existir la posibilidad de aclarar las cosas —ofreció Laura.

—¡No! —exclamó con vehemencia. Se arrepintió de la brusca reacción y continuó—. Solo ha sido una aventura, nada importante. Ya está olvidado.

A Laura le dio la impresión de que mentía. Sentía algo más que deseo por el norteamericano, en caso contrario no se habría ido a la cama con él. Le amaba. Lo proclamaba la expresión de amargura plasmada en su rostro. Tampoco era cuestión de ponerla en evidencia si ella no quería reconocerlo. Le apenaba que su hermana estuviese sufriendo.

—Como quieras, Tina.

—Antes de marcharme te prepararé una tarta de chocolate con la receta de mamá. ¿Recuerdas cuánto nos gustaba?

—Si te sale la mitad de buena que a ella, pienso comérmela toda. ¡Llevo tantos años sin probarla! —Su cómico gesto hizo reír a Cristina.

—Te vas a chupar los dedos —le aseguró y desapareció por la puerta acristalada que daba al salón.

Miguel esperó a que Cristina saliera para hablar con Laura.

—¿Qué ocurre, Mickey? —preguntó alarmada al ver la inquietud que mostraba su rostro.

—Ryan Caine acaba de llamarme. Está en la ciudad y quiere hablar contigo… con Tina, en realidad. Dice que no se marchará hasta que lo haga y que, de negarse, te puedes ir olvidando de hacer carrera en Hollywood.

A Laura se le torció el gesto. Todos los esfuerzos no habrían servido para nada si no accedía a las exigencias de ese hombre, pero ¿cómo pedirle a su hermana que volviera a pasar por ello? Sabía a lo que venía. Ella había conocido a muchos hombres de ese tipo, ricos y arrogantes, acostumbrados a hacer valer sus influencias para conseguir a la mujer que deseaban.

—Hay que encontrar una solución que no involucre a Tina; le hemos exigido demasiado. Además, va siendo hora de que vuelva a escena —terció Laura.

—Lo veo difícil. Aún no estás restablecida.

—Mejor. Le diremos que acabo de tener un accidente y que debo mantener reposo durante un par de semanas; de ese modo solucionamos el tema de la prueba pendiente.

—No es mala idea. Con el aspecto que presentas ahora mismo, y no te ofendas, se le quitarán las ganas de insistir en… lo que tenga en mente. Procura hablar lo menos posible y mostrarte algo desorientada.

Le explicaré que es a causa de la medicación y que necesitas descansar. Yo no me despegaré de tu lado —aceptó Miguel.

—Pienso que la mejor manera de convencerle de que la aventura que mantuvimos ha terminado es reforzar la idea de que estamos comprometidos —sugirió Laura—. Interpretaré el papel de adúltera temerosa de que se descubra la infidelidad. ¿Recuerdas aquella escena en *La mujer insatisfecha*, con la mirada huidiza, el semblante avergonzado y la voz temblorosa? Creo que eso bastará para convencerle de que no existe la menor posibilidad de reanudar la relación. —Esperaba que el encaprichamiento de Caine con Tina, de ser cierto, se le hubiese pasado para cuando ella comenzara el rodaje, si al final Drake la elegía. Sería muy incómodo tenerlo remoloneando a su alrededor a todas horas.

—La recuerdo. Una actuación memorable —dijo Miguel con aquel brillo de admiración en la mirada que a ella tanto le gustaba.

Como en varias ocasiones durante las últimas semanas, Laura sintió una calidez interior al mirarle y se encontró sonriendo como una tonta. ¿Cómo no había reparado nunca en los ojos tan bonitos que tenía? Se repuso de esa momentánea debilidad. Solo le faltaba enamorarse de su agente.

—Está bien, cuanto antes lo resolvamos, más tranquilos nos quedaremos. Llama a Caine y dile que puede venir en una hora. Necesito tiempo para maquillarme. Intentaré disimular los hematomas en el rostro, no vaya a desilusionarse demasiado. Tú avisa a Tina de lo que va a ocurrir para que tenga la oportunidad de marcharse si lo desea.

Miguel ayudó a Laura a llegar hasta su habitación y llamó a Ryan; después, fue hasta la cocina donde Cristina se afanaba en preparar el pastel bajo la atenta mirada de María, la asistenta y cocinera, que no quería perder detalle. La veía tan contenta que le dolía ser portadora de tan desastrosas noticias.

Ryan colgó el teléfono con un gesto de preocupación. El representante de Lori acababa de comunicarle que esta había sufrido un leve accidente en una pierna que le obligaba a mantener reposo durante dos semanas. Estaba lastimada y bajo medicación, pero estaría encantada de saludarle. Le había dado una dirección y le esperaba en ella en una hora. No sabía si creerlo o si se trataba de otra evasiva para evitar encontrarse con él.

Abandonó la habitación del hotel donde se hospedaba y cogió un taxi. En pocos minutos le llevó a la dirección que le había dado, un elegante edificio en la zona más distinguida de Madrid. Llamó a la

puerta del piso indicado y se encontró con Miguel Salcedo.

—Buenos día, señor Caine. Pase, Lori le espera —saludó, y extendió la mano que Ryan estrechó.

Se dirigieron hacia el amplio salón, donde Laura se hallaba sentada en un sillón y con la pierna herida descansando sobre un taburete.

Una serie de encontradas emociones se reflejaron en el rostro de Ryan al verla: felicidad, inquietud… y perplejidad. ¡Estaba tan cambiada!

Laura lo vio acercarse y se sintió incómoda; aquellos ojos ardientes parecían taladrarla. Le ofreció la mejilla para que la besara y forzó una sonrisa.

—Me alegro de saludarte, Ryan. ¿Has tenido buen vuelo? —dijo en inglés, que se había esforzado en mejorar durante ese último mes.

—Perfecto, gracias.

—Siéntate, por favor. —Laura le indicó un sofá algo alejado de ella.

—Me gustaría hablar contigo en privado —pidió Ryan, cada vez más confuso y sin dejar de examinarla.

Miguel se colocó junto a ella y le cogió la mano.

—Como ya le he dicho, Lori no se encuentra bien. Los medicamentos que está tomando son tan fuertes que apenas puede mantenerse en pie. Se ha levantado de la cama para recibirle —le explicó con la esperanza de que Ryan desistiera.

—Déjenos solos, Salcedo. Lori y yo tenemos un tema importante que tratar. No la cansaré, descuide —insistió él con firmeza.

Laura posó la mano en el brazo de Miguel en un gesto tranquilizador.

—No te preocupes, amor, solo serán unos minutos.

Miguel salió y Ryan se acercó otra vez a Laura. Había algo en su aspecto que le desconcertaba. Parecía mayor, tal vez porque iba maquillada en exceso, y estaba muy delgada. ¿Tanto había cambiado en solo tres días?

—Agradezco tu visita, Ryan, aunque no sea el mejor momento. En cuanto a la prueba de *casting* pendiente, comprobarás que no me encuentro en condiciones de hacerla. Cuando esté restablecida, me trasladaré al lugar que decidáis.

Su voz sonaba diferente y se expresaba con vacilación. Pero lo que más le intrigaba era su mirada. Si no fuera imposible, diría que se trataba de otra persona.

—No he venido para eso. Tenemos que hablar sobre nosotros. Me prometiste romper con tu prometido, al igual que yo lo he hecho con

Susan —le echó en cara.

—¿Lo hice? —Laura no podía creer que su hermana hubiese sido tan imprudente de prometer algo así.

—Por supuesto. ¿Ya lo has olvidado? —inquirió con gesto de pesar.

—No… no, claro que lo recuerdo. Perdona, estoy un poco confusa; la medicación…

Ryan reaccionó. No podía creerlo. Le había tendido una trampa y ella había caído.

—No se trata de la medicación, estás mintiendo. ¡Tú no eres Lori! —dijo enfurecido.

Un visible temor se reflejó en el rostro de Laura. ¿Cómo lo había descubierto tan rápido? Y ella que pensaba que estaba haciendo una gran interpretación.

—¿Qué dices? ¡Claro que lo soy! —intentó mostrarse ofendida y no resultó convincente.

El espanto en la cara de Laura acabó de confirmar las sospechas de Ryan.

—No mientas. Quiero saber dónde está ella y qué le habéis hecho —exigió levantando la voz.

Miguel, que aguardaba al otro lado de la puerta, entró de inmediato.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmado.

—Se ha vuelto loco. Dice que no soy Lori Martel —le explicó de forma atropellada.

Ryan se mantuvo firme.

—Si no me dicen dónde está Lori llamo a la policía.

Laura y Miguel se miraron. La expresión de ferocidad en el rostro de Ryan no permitía dudar de que fuese a cumplir su amenaza. No podían permitirse un escándalo de ese tamaño. Ambos comprendieron que la mejor opción era contarle la verdad y esperar que no decidiera revelar nada.

—Cuéntaselo, Mickey —pidió Laura con gesto de derrota.

Miguel suspiró. Desde el primer momento intuyó que nada bueno iba a salir de aquel teatro.

—Quiere sentarse, señor Caine.

—No quiero sentarme. Y responda de una vez, ¿dónde está Lori?

—No es tan sencillo. Lori está ante usted. Ella es la verdadera Lori Martel. La… persona que usted conoció era una doble.

—¿Cómo? —Ryan no salía de su asombro.

—Déjeme que le explique, por favor. Hace poco más de un mes, Lori

—dijo, señalando a Laura— tuvo un accidente de tráfico que le dejó graves heridas, principalmente en el rostro. Como queríamos evitar que se le diera publicidad al asunto, y debido a que la prensa en este país siempre está al tanto de las idas y venidas de los famosos, pensamos contratar a una doble que la suplantara durante el tiempo que durara su convalecencia. Solo tenía que dedicarse a descansar en la casa que habíamos alquilado en Marbella y dejarse ver en algún acto social. —Hizo una pausa y miró a Ryan, que seguía su explicación cada vez más crispado—. Cuando Jason Drake llamó anunciando que venía a España y quería verse con Lori, no nos atrevimos a contarle la verdad para que no decidiera prescindir de ella.

—¡Eso es un fraude! —estalló Ryan.

Ahora comprendía muchas cosas que antes le intrigaban: sus cambios de personalidad y de aspecto físico, la timidez e inocencia que mostró la primera vez que le hizo el amor y que le llevó a pensar que era falsa la fama de libertina que se le atribuía, la insistencia en hacerle creer que estaba enamorada de su agente cuando él estaba convencido que era falso, la desenvoltura con la que hablaba en inglés y que parecía olvidar cuando se encontraba en presencia de otros… Demasiadas incongruencias que indicaban algo inusual y que él no se paró a evaluar porque tenía la mente aturdida por la belleza de esa mujer y solo podía pensar en poseerla.

—No creemos que lo sea. Mucha gente utiliza dobles para… —intentó defenderse Miguel.

—No quiera convencerme de lo contrario —le cortó Ryan—. Nos han engañado. Han cometido un delito que no va a quedar impune.

Laura, que había entendido gran parte de lo que hablaban, intervino. Si no lo detenían, desataría un escándalo que acabaría con su carrera y podía llevarles a la cárcel.

—Por favor, señor Caine, le ruego que nos crea. No era nuestra intención engañarles, nos vimos obligados. Tenía mucho interés en participar en la película y no quería que un desafortunado accidente me privara de esa posibilidad.

Pese a la furia que le dominaba por verse envuelto en esa sucia treta, Ryan comprendía las razones de la actriz. Lo que no perdonaba era que hubiesen llevado el engaño el extremo de que la falsa Lori Martel lo sedujera para asegurarse el papel. ¿Cómo había sido capaz de jugar con sus sentimientos?

—¿Dónde está? Quiero su nombre y dirección —ordenó Ryan. Cuando se la echara a la cara, pensaba felicitarla por su gran profesionalidad y abnegación al trabajo.

—Estoy aquí.

Todos giraron la cabeza al mismo tiempo. Cristina, con el semblante pálido, estaba en la puerta y miraba a Ryan con una mezcla de emociones en las que la inquietud no era la que dominaba.

Incapaz de marcharse antes de que Ryan llegara, como habían acordado, cuando bajó a la calle se quedó en un bar cercano al edificio. Quería verle cuando llegara y atesorar esa última imagen; también tenía el presentimiento de que algo podía ir mal y ella debía estar allí para ayudar. Así que, cuando lo vio entrar, subió al piso para escuchar la conversación. Si no era necesario, no intervendría. Si algo salía mal, daría la cara.

Lo primero que experimentó Ryan al verla fue sorpresa ante su cambio de aspecto, lo que no impidió que la reconociera enseguida. Sus ojos, de aquel color verde que él adoraba, lo miraban con una expresión de alarma y arrepentimiento que le conmovió. Se rehízo con esfuerzo. No iba a dejarse engañar otra vez por aquella mujer sin escrúpulos cuyo trabajo era el engaño.

Sin dejar de mirar a Ryan, Cristina fue avanzando hasta llegar a su lado. Tenía que hacer un gran esfuerzo para reprimir el deseo de abrazarle, de paliar de alguna forma la mirada herida de sus ojos y que la furia no lograba ocultar.

Él la cogió por el brazo y la llevó a la terraza. Cristina lo siguió sin oponer resistencia. Con un leve gesto de la cabeza indicó a su hermana y a Miguel que no intervinieran.

Ryan cerró la puerta y se encaró con ella.

—¿Por qué te prestaste a esta farsa? ¿Tanto te han pagado?

—No ha sido por dinero. Lori es mi hermana. Solo quise ayudarla —dijo en su defensa.

—¿Engañando, burlándote de todos? ¿Cómo crees que se sentirá Kevin cuando se entere? ¿Y Jason?

—Lo siento. Nunca pensamos llegar a esos extremos —reconoció con sincero arrepentimiento.

—Pero no dejaste de aprovecharlo para asegurarle a tu hermana el contrato, ¿no es cierto? ¿Por eso te acostaste conmigo? —se quejó con amargura.

—¡No fue por eso! —exclamó, y lo miró dolida. ¿Cómo podía pensar que era tan mezquina?

Ryan no escuchaba. El dolor embotaba sus oídos.

—¿Cómo has podido hacer algo tan despreciable? ¿Sabes en lo que te has convertido? Y lo peor es que me hiciste creer que podíamos tener un futuro juntos. —Su voz se quebró.

El sufrimiento que reflejaba aquel rostro tan amado era una tortura

para Cristina.

—Ryan, por favor, escúchame. Yo…

Él no quería sus explicaciones. El resentimiento le nublaba la razón.

—Déjalo. No quiero saber nada de ti. Creía que eras una persona diferente, digna de respeto y solo eres una… una… —Ryan no acabó la frase, su gesto de desprecio lo decía todo. Era una consumada intrigante que lo había seducido… y él se había enamorado como un estúpido. Se había dejado engañar por segunda vez.

A través de las lágrimas, Cristina vio cómo se marchaba y su corazón se rompió en pedazos.

CAPÍTULO 29

Cristina recogió los libros esparcidos por las mesas y los colocó en las estanterías. Suspiró; los chicos no cambiaban.

Una vez ordenada la clase, guardó en su cartera algunos expedientes que deseaba repasar esa noche y se dispuso a marcharse. Miró el reloj. Eran más de las seis de la tarde. Se había demorado bastante, pero ya estaba acostumbrada a que eso ocurriera a principios de curso.

Saludó al conserje y salió al exterior. El sol comenzaba a aproximarse al horizonte en aquella cálida tarde de mediados de septiembre, por lo que decidió regresar caminando a casa. No tenía prisa por llegar. Nadie la esperaba allí. Su padre estaría en el local social del barrio jugando alguna partida de ajedrez con los amigos y no regresaría hasta la hora de la cena. Podía demorarse un rato paseando por las tranquilas calles, saboreando aquella paz que tanto necesitaba.

Se había incorporado a su trabajo en el colegio con la esperanza de que esa actividad le ayudase a olvidar aquel extraño verano y, con él, a Ryan. Lo había intentado desde el primer momento y continuaría intentándolo día a día aun sabiendo que no lo iba a conseguir. Tal vez con el tiempo encontraría otro hombre por el que sentir algo parecido, se casaría, tendría hijos y hasta llegaría a ser feliz, aunque él siempre ocuparía un lugar destacado en sus pensamientos y en su corazón. El primer amor nunca se olvida, decían.

No había pasado ni un solo día sin añorar los momentos transcurridos a su lado y preguntándose si él sentiría lo mismo, para recriminarse al segundo siguiente por su ingenuidad. ¿Qué esperaba? ¿Que la buscara para confesarle que la amaba y que quería compartir con ella cada minuto de su vida?

Era una pérdida de tiempo soñar con fantasías. Si Ryan llegó a sentir algo por ella, esos sentimientos debieron transformarse en odio al descubrir la suplantación. Lo había herido en su orgullo, y eso era difícil de superar para cualquier hombre. Solo tenía que recordar la mirada de desprecio que le dirigió la última vez que se vieron.

Habían pasado muchas cosas desde ese día, mes y medio antes, la mayoría buenas, por lo que aquella aventura no resultó tan desafortunada como temían.

Ella abandonó el piso de Miguel esa misma tarde y se mantuvo en contacto con su hermana. Al principio, el temor fue constante para

todos. No sabían cómo iba a reaccionar Ryan, si pensaba denunciarlos o informar a la prensa. Cuando pasaron los días y la policía no llamó a su puerta ni apareció ninguna noticia en las revistas, respiraron más tranquilos, mas la incertidumbre continuaba.

Imaginaban que Ryan le habría contado a Jason Drake la artimaña urdida y daban por hecho que el sueño americano se había evaporado. Laura estaba resignada. Cristina la notó tranquila y presumía que Miguel tenía algo que ver en ello. Había observado una entonación diferente en la voz de su hermana cuando se refería a su agente.

Contra todo pronóstico, Jason avisó que estaba decidido a hacerle la prueba, por lo que Laura y Miguel se trasladaron a mediados de agosto hasta Praga, donde Drake estaba rodando.

—Todo ha ido genial, hermanita. Dice que he estado magnífica y que el papel es mío. En realidad, había tomado la decisión antes de conocerme. Era la productora la que le imponía ese trámite —le comunicó Laura alborotada.

—¿No estaba disgustado?

—En absoluto. Hasta le pareció divertida la situación. Dice que valora la valentía que tuvimos al correr tantos riesgos para conseguir el papel. Tenías razón, es un verdadero encanto, educado, discreto, caballeroso… Te manda recuerdos y espera volver a verte.

Cristina se alegraba de que aquella arriesgada aventura hubiese tenido el final deseado, y el que Laura le atribuyera parte del mérito le llenaba de orgullo.

A partir de entonces las cosas se sucedieron rápidamente. A los pocos días su hermana le comunicó que se casaba con Miguel y deseaba que, tanto su padre como ella, fueran los testigos. Cristina estaba tan contenta que la sonrisa volvió a su rostro. Se alegraba por ellos y porque daría pie a la reconciliación entre padre e hija.

La boda se celebró en el juzgado de un pequeño pueblo segoviano y en la más estricta intimidad. Solo asistieron un hermano de Miguel, la única familia que tenía, su padre y ella. El que Laura no aprovechara aquel evento para vender una exclusiva, como era su costumbre, demostraba lo que había cambiado, y Miguel era el autor de ese milagro. Lo comprendió al ver la felicidad que reflejaba su rostro y el amor con el que miraba a su marido.

Lo más emocionante fue el encuentro entre padre e hija. Si en un principio Cristina creyó que su padre se opondría, comprobó que estaba equivocada. Ambos se fundieron en un fuerte abrazo, sin reproches, solo muestras de cariño, aceptación y alegría. Aquella imagen compensaba todos los sinsabores, pensó Cristina.

Llegó a casa sin apenas darse cuenta, abstraída en sus pensamientos.

De no ser así, habría advertido la presencia de un impresionante coche deportivo estacionado al otro lado de la calle; algo inusual en aquel barrio modesto.

Se apresuró; su padre ya debía estar en casa. Entró y se dirigió a su habitación.

—¿Tina?

—Sí, papá. Espera un momento que me cambie —le contestó.

Se dio una ducha rápida, se recogió el oscuro cabello en una juvenil coleta y se puso un vestido de tirantes.

—Jaque.

Sonrió al oír la voz de su padre mientras avanzaba por el pasillo, Debía de haber invitado a un amigo a jugar al ajedrez.

—Si hace otro movimiento de ese tipo, no tendré dificultad para ganarle, amigo —continuó Germán en tono divertido.

Cuando el alto extranjero se presentó una hora antes preguntando por Tina, imaginó que se trataba de uno de los amigos ingleses de su hija y lo invitó a pasar. Llevaban un buen rato enfrascados en una interesante partida, en la que no estaba decidido el ganador hasta que su adversario se desconcentró de repente, en concreto desde que Cristina llegó. Era muy revelador ese estado de ansiedad que intentaba ocultar sin éxito y las disimuladas miradas a la puerta.

—Usted mueve —le recordó al ver que parecía confundido.

—Disculpar. Yo distraer mucho.

—Ya me había dado cuenta —dijo Germán, y soltó una carcajada ante la tribulación de su contrincante.

Cristina se detuvo al escuchar esa voz masculina con inconfundible acento extranjero. Parecía… No, estaba soñando despierta otra vez. Su rebelde corazón no se resignaba a olvidarle y le llevaba a concebir vanas ilusiones. ¿Cuándo dejaría de anhelar lo imposible? Ryan se habría olvidado de la aventura prematrimonial con la doble de la actriz española y estaría casado, o a punto de hacerlo, con la bella Susan.

Forzó una sonrisa con la que enmascarar su pena. No deseaba preocupar a su padre con sus problemas y menos ahora que, al fin, le veía feliz y optimista.

Abrió la puerta del estudio y se quedó inmóvil. Su rostro evidenciaba una gran sorpresa teñida de aprensión. ¡Ryan!

Nunca imaginó encontrarlo allí, ni estaba preparada para verle. Un alud de emociones la embargaron: dicha, alegría, ilusión… Reprimió a tiempo el fuerte impulso de correr hacia él y abrazarle. ¿Y si había venido para contarle a su padre la verdad y vengarse de ella? Aunque

la expresión de su rostro era serena, sin el rencor que lo dominaba la última vez, no debía descartarlo.

Miró con cautela a su padre para descubrir si estaba al tanto de lo ocurrido. No detectó signo de alteración y se tranquilizó.

—Pasa, hija. Tu amigo lleva un buen rato esperando y haciendo esfuerzos por comprender lo que hablo —dijo divertido—. No le vendrían mal unas clases de castellano; yo estoy muy mayor para aprender idiomas.

Ryan miró a Germán con claros signos de no entender lo que decía. Cristina se adelantó y le tendió la mano, al tiempo que pronunciaba un casi inaudible saludo en inglés.

—Debemos invitarle a cenar. Me acercaré a la tienda por provisiones. ¿Te parece bien, Tina? —preguntó Germán. No pensaba marcharse hasta que su hija se lo indicase.

El gesto afirmativo de ella le convenció de que no había peligro.

—Seguro que se me va más de una hora entre ir y volver —comentó sin poder contener una sonrisa.

Cristina y Ryan continuaron parados uno frente al otro, prendidas las miradas y sin advertir lo que ocurría a su alrededor hasta que la puerta se cerró y ella reaccionó. Le indicó con un ademán que se sentara en uno de los sillones, ella lo hizo en otro más alejado.

Ryan la observaba en silencio y con gesto serio. Estaba inquieta y parecía muy avergonzada, lo que le provocó un fuerte sentimiento de protección y unas locas ansias de ofrecerle consuelo. Se contuvo; antes tenía que averiguar algo importante.

Las locas ilusiones concebidas tras la última noche que pasaron juntos se desvanecieron al descubrir la trama que habían urdido para conseguir el papel en la película de Jason. El desengaño fue tal que se marchó de allí destruido y con sed de venganza.

Fueron semanas de incertidumbre y frustración. No podía olvidar lo sucedido y, sobre todo, le corroía la duda de si la íntima relación que había mantenido con ella fue un acto voluntario por su parte o, por el contrario, había recurrido al truco más despreciable para conseguirle el contrato a su hermana. Hasta que Jason le convenció de que estaba actuando como un cobarde al negarse a descubrir la verdad por miedo a llevarse una desilusión, y había acabado sucumbiendo al deseo que durante todo ese tiempo logró mantener bajo control.

Necesitaba saber qué sentía por él para poder expresarle sus sentimientos, por eso estaba allí. Anhelaba que ella le confirmase que había correspondido a sus caricias siguiendo los dictados de su corazón y, por encima de todo, que continuaba sintiendo de igual manera.

Cristina se esforzó por serenarse y, de alguna parte, sacó fuerzas para preguntar.

—¿A qué has venido, Ryan?

—No temas, no pienso revelar nada a tu padre —quiso tranquilizarla por si era lo que le preocupaba.

Ella suspiró aliviada.

—Tenemos que hablar. Lo hemos aplazado demasiado tiempo —continuó él.

Cristina asintió y, de forma atropellada, comenzó a hablar. Quería exponerle los motivos que le llevaron a participar en aquella mascarada ilegal, y lo hizo mirándole a los ojos para que él confirmara su sinceridad.

—Siento mucho lo sucedido. Sé que no debí acceder a lo que Laura me propuso, pero tenía tanta ilusión en hacer la película y yo en que se reconciliara con nuestro padre que no pude negarme —concluyó con voz entristecida.

—Lo sé, y no me pesa haber quedado como un idiota porque ha servido para una buena causa —reconoció Ryan sin mostrar signos de enfado—. Sin embargo, hay algo que me cuesta aceptar.

Ella se ruborizó. Sabía a qué se refería.

—¿Por qué lo hiciste?

La amargura impregnaba la voz de Ryan y Cristina se decidió a revelarle sus sentimientos. Con ello desnudaba su alma y se arriesgaba a que se riera de ellos. No le importaba. Él no se merecía más mentiras.

—No era mi intención presionarte para asegurarle el contrato a mi hermana, créeme. Yo… me enamoré de ti y no lo pude evitar. Solo quería… disfrutar de esos momentos —confesó con el rostro arrebolado.

Ryan inspiró hondo y se acercó a ella. Arrodillado, le levantó la barbilla para que lo mirara.

—¿Y qué sientes ahora, Cristina? —Su voz era apenas un murmullo esperanzado.

Ella levantó los ojos y lo miró. Él vio reflejados en ellos los mismos sentimientos que había leído en otra ocasión, la última vez que hicieron el amor, y no necesitó respuesta. Henchido de felicidad, la estrechó entre sus brazos.

—Me porté como un canalla, no debí dudar de ti. ¿Podrás perdonarme? —rogó con el rostro hundido en su cuello.

Cristina acalló sus palabras con un beso lleno de promesas, con el

que quiso olvidar el pasado e iniciar un nuevo y maravilloso futuro juntos.

CAPÍTULO 30

Seis meses después.

Cristina caminaba por la roja alfombra deslumbrada por las luces de los flashes y sin apenas advertir lo que ocurría a su alrededor, solo sabía que el brazo al que iba agarrada era el del hombre que amaba y por el que era correspondida.

Había accedido a asistir a la gala de entrega de los premios Oscar, a los que su hermana estaba nominada como mejor actriz de reparto, ante la insistencia de esta, que deseaba compartir ese triunfo con su familia.

Su padre, que en un principio se negó en rotundo a viajar hasta Los Ángeles, se dejó convencer tras los ruegos de Kevin, que estaba deseoso de ver otra vez a su abuelo español, como él lo llamaba, y ahora les precedían en animada charla. Bastante más atrás, y constantemente interrumpida por los periodistas que se disputaban la atención de una de las protagonistas de la noche, caminaba su hermana del brazo de Miguel.

Laura estaba muy bella en su cuarto mes de embarazo, y no solo por el atractivo natural de sus rasgos. Su rostro irradiaba tal felicidad que incrementaba su belleza.

—Si sientes envidia de Lori, puedo hablar con Jason para que te incluya en el reparto de su próxima película. Ya sabes que tengo un gran poder de decisión en esos temas y me dejo sobornar con facilidad —dijo Ryan al oído de Cristina. La amplia sonrisa demostraba lo que se estaba divirtiendo.

Ella le dio un contundente codazo y lo miró con reprobación.

—No necesito tu recomendación para actuar en una película, cariño. De hecho, Jason me ha sugerido en varias ocasiones que estaría dispuesto a hacerme una prueba.

—¿Eso ha hecho el muy…? —calló antes de soltar la imprecación—. Recuérdame que, cuando acabe la gala, le dé un repaso a esa cara de consumado sinvergüenza que tiene.

Cristina no pudo evitar la carcajada que la sacudió con fuerza.

—No sé por qué te molesta. ¿Acaso crees que no saldría airosa de ella?

—Estoy convencido de que lo harías a la perfección; debe ser cuestión de genes. Lo que llevaría muy mal sería el verte rodeada de

guaperas de película a todas horas y, mucho menos, que alguno te pusiera la mano encima —admitió. Si ella lo deseaba, no le pondría trabas, aunque rogaba para que no decidiese seguir los pasos de su hermana—. Lo siento, yo no estoy hecho de la misma pasta que tu cuñado. No me explico cómo puede soportar ver a su mujer rodando ciertas escenas…

—Es una actriz, Ryan, y él sabe que solo está trabajando.

—Aun así, prefiero que mi futura esposa se limite a actuar para mí en la intimidad. Seguro que no encontrarías un público más entregado. —Le guiñó un ojo con picardía.

Cristina sonrió. Ese hombre era un verdadero demonio cuando se lo proponía.

—Si continuas con esas demostraciones de celos voy a arrepentirme de querer casarme contigo. A las mujeres no nos gustan los maridos tiránicos que nos impidan desarrollar nuestras aptitudes.

—No son celos, es espíritu de supervivencia. ¿Has visto cómo te miran todos los hombres con los que nos hemos tropezado? —Le pasó un brazo por la cintura en un gesto posesivo que provocó otra carcajada en ella.

Una vez dentro del espléndido teatro en el que se desarrollaría la gala, ocuparon los asientos reservados a los familiares de los nominados. Laura, junto a Miguel, se encontraba situada en las primeras filas y aguardaba nerviosa el momento de la entrega de premios a su categoría.

Cuando casi al final de la larga ceremonia, los dos actores encargados de entregar el premio a la mejor actriz de reparto leyeron en el sobre el nombre de Lori Martel, todos los presentes irrumpieron en una gran ovación.

Laura, incapaz de contener la emoción, se abrazó a su marido con lágrimas en los ojos y, ayudada por Miguel, fue a recogerlo.

—Les doy las gracias a los miembros de la Academia por considerar que mi trabajo en *Cruzando la frontera* es merecedor de este premio. A Jason Drake por haberme confiado este importante papel para mi carrera y, en especial, agradezco la ayuda, el apoyo y los grandes sacrificios de mi familia, sin los que en este momento no estaría levantando el preciado trofeo. Mi corazón siempre está con ellos.

Los aplausos volvieron a atronar como homenaje a las palabras de la actriz que, emocionada, se retiró detrás de las cortinas.

Cristina estaba exultante de felicidad, al igual que su padre, cuyo rostro reflejaba el orgullo que sentía al ver realizado el sueño de Laura. Que él no comprendiera el significado de las palabras de su hija mayor no las hacía menos emocionantes.

Ryan y Kevin se compartían el entusiasmo que les rodeaba y más cuando llegó la última alegría. Jason Drake, que estaba nominado para mejor director, y que no aparecía entre los favoritos según las predicciones de los entendidos, se alzó con el galardón ante la sorpresa de muchos y el reconocimiento de la mayoría.

La fiesta que siguió a la entrega de premios en uno de los hoteles más lujosos de la ciudad, en el que estaban alojados, fue la ocasión para celebrar el gran éxito de la película y de las personas que lo habían hecho posible.

—Sabes que la mitad de este premio es tuyo, ¿verdad, hermanita? —dijo Laura, que no acababa de creérselo.

—Puedes quedarte con esa fea estatuilla. Si entera es horrorosa imagina partida por la mitad —bromeó Cristina, exultante de felicidad.

—Si te empeñas…

—Siento interrumpir las confidencias de mis dos mujeres favoritas, pero ya es hora de que la embarazada descanse; ¿te parece bien que nos retiremos a nuestra habitación, Lori? —propuso Miguel, siempre pendiente del bienestar de su esposa.

—Me parece perfecto. —La mirada de intenso alivio indicaba lo agotada que se sentía tras casi seis horas de duro trabajo y fuertes emociones.

Jason se despidió de Laura con un beso y se acercó a Cristina.

—Te felicito, Jason. Un premio muy merecido.

—No estoy de acuerdo, Tina. El mérito de todo director está en el buen trabajo de los actores que dirige y, en este caso, yo he sabido rodearme de algunos de los mejores; aunque es mejor guardar el secreto o me quitarán el trofeo —le comentó al oído con su peculiar ironía.

Cristina rio ante el comentario.

—Ya está bien de secretitos, Jason, o verás mi puño machacando tu cara hasta borrar esa sonrisa de sátiro que tienes —amenazó Ryan con fingida hostilidad.

Ambos se fundieron en un efusivo abrazo.

—¿Qué has visto en este energúmeno, Tina? Tu hermana ha tenido mejor gusto al elegir pareja —comentó Jason con chanza.

—Tuvo que ser aquel viaje en barco que me hizo perder el poco juicio que me quedaba; no veo otra explicación —reconoció ella con cómico gesto de resignación.

—Un caso perdido el tuyo, por lo que veo. De todos modos, si decides recuperar la razón, aquí tienes a un director de cine maduro y

de buen ver, según me dicen, simpático e inteligente y, desde hace unas horas, con un Oscar en su poder. No lo olvides.

—Veo que estás deseando que te hagan la cirugía estética, amigo —gruñó Ryan.

—Tendré en cuenta tu oferta para cuando me haga falta. —Le palmeó la espalda entre risas y cogió la mano de Cristina para darle un beso—. Debo dejarte, mi dulce dama. Me espera una guapa aspirante a actriz que necesita mis consejos para abrirse camino en este difícil mundillo.

—No la hagas esperar entonces, galante caballero; la guapa aspirante necesitará muchos consejos y no creo que encuentre a nadie mejor para proporcionárselos —replicó Cristina siguiéndole el juego.

—Inteligente y hermosa. ¡Qué suerte tienes, bribón!

—Eso ya lo sé. ¿Por qué te crees que no me despego de ella? —Ryan la atrajo más hacia él para reforzar sus palabras.

Sonriendo, Jason se dirigió a la salida donde una joven y despampanante rubia le esperaba.

—¿Qué te parece si nos retiramos, amor? —sugirió Ryan, y deslizó la mano por la espalda su espalda en una lenta e incitante caricia.

—Gracias por proponerlo. Estoy agotada. —Cristina se estremeció. Su marido tenía el poder de excitarla con un simple roce.

—¡Qué pena! —se quejó él, y en su rostro apareció una mueca de decepción.

—Bueno, tal vez me queden fuerzas para…

Cristina no pudo acabar la frase. Ryan la silenció con un beso apasionado antes de sacarla de allí. Y la risa encantada de ella no dejó de escucharse hasta que la puerta de la habitación se cerró.

Espero que hayas disfrutado con la lectura de esta novela. Si es así, y te apetece, agradecería que dejaras una valoración en la plataforma donde la hayas adquirido y compartieras tu opinión en redes sociales, porque el aliento que impulsa a todo escritor viene de las opiniones de sus lectores.

Puedes contactar conmigo a través de mi correo:

amber.lake@yahoo.es

o mis redes sociales:

https://amber-lake.blogspot.com

https://www.facebook.com/amber.lake/

https://twitter.com/lake_amber

https://www.instagram.com/lake_amber/

https://www.pinterest.es/alake3958/

https://www.youtube.com/@amberlakewriter

¡Muchas gracias!

Os cuento un poco sobre mí. Me llamo Fuensanta Vidal, nombre con el que he publicado algunos relatos cortos y poemas en libros colectivos y revistas, aunque mis obras más conocidas son las novelas románticas que publico con el seudónimo de Amber Lake.

Nací a orillas del Mar Menor, en la Región de Murcia (España), soy licenciada en Historia y diplomada en Magisterio, bibliotecaria, madre de tres hijos, lectora empedernida y gatoadicta, entre otras muchas cosas, porque la curiosidad por todo lo que me rodea es una de las características que definen mi personalidad.

Desde muy joven sentí el gusanillo de la escritura, que nunca me ha abandonado, pero escribía sin intención de publicar; hasta que hace unos veinte años me decidí a enviar uno de mis relatos a un concurso. Recibió un premio y eso me animó a escribir con regularidad y a presentar algunas de las novelas románticas que tenía escritas a las editoriales del género. En 2008 salió la primera y hasta ahora he publicado un total de catorce títulos. En 2018 mi novela *La máscara del traidor* resultó ganadora del VI Premio Internacional HQÑ, que convoca la editorial Harlequin Ibérica.

En mis redes sociales encontraréis más información sobre mis obras.

Suplantación
AMBER LAKE
Dos hermanas, dos vidas diferentes
y una mentira que las une.